UNE ✦ SACRA

Espiritismo

La Génesis

✦ ✦ ✦

Allan Kardec

Traducción (edición 1.4)

Créditos

Autor	Allan Kardec
Fecha	1868
Idioma original	Francés
Versión	Traducción (edición 1.4)
Traducción	Traducción popular, a partir del original francés
Fuente	Internet Archive — La Genèse, les miracles et les prédictions selon le spiritisme (Paris, Librairie internationale, 1868), OCR corrigé avec les numérisations bub_gb_KzDGY2nT08AC et bub_gb_hupkPNggu5sC
Licencia	CC BY-NC-SA 4.0 · original: Dominio público

Acerca de:

La Génesis, los milagros y las predicciones según el Espiritismo, publicada por Allan Kardec en enero de 1868, un año antes de su muerte, es la última de las obras básicas.

En la primera parte, La Génesis, Kardec presenta el carácter de la revelación espírita, la idea de Dios y el origen del bien y del mal, y relee la formación del universo, de la Tierra y de los seres vivos a la luz de la astronomía y la geología del siglo XIX, comparándolas con el relato bíblico de los seis días.

La segunda, Los milagros, trata de los fluidos y explica por los principios espíritas los hechos extraordinarios atribuidos a Jesús.

La tercera, Las predicciones, estudia la presciencia, las profecías del Evangelio y el anuncio de una nueva era para la humanidad («Los tiempos han llegado»).

Los ítems se numeran de nuevo en cada uno de los 18 capítulos. El texto sigue la 1.ª edición (1868); la 5.ª edición, de 1872, publicada después de la muerte de Kardec, trae cambios cuya autoría se discute.

Fuente: https://archive.org/details/bub_gb_DIErB97VOk8C

Esta traducción popular y el diseño de este archivo son de Une Sacra, bajo la licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0 (CC BY-NC-SA 4.0): puede copiarse y compartirse citando "Une Sacra (unesacra.com)", sin uso comercial y con la misma licencia. El texto original sigue la licencia de su fuente. Términos de uso: unesacra.com/#/legal/terms

Edición digital generada el 26 de noviembre de 2026 por Une Sacra, biblioteca abierta de textos sagrados. · UneSacra.com

Índice

Introducción

I. Caracteres de la revelación espírita

II. Dios

III. El bien y el mal

IV. Papel de la ciencia en el Génesis

V. Sistemas del mundo antiguos y modernos

VI. Uranografía general

VII. Esbozo geológico de la Tierra

VIII. Teorías de la Tierra

IX. Revoluciones del globo

X. Génesis orgánica

XI. Génesis espiritual

XII. Génesis mosaica

XIII. Caracteres de los milagros

XIV. Los fluidos

XV. Los milagros del Evangelio

XVI. Teoría de la presciencia

XVII. Predicciones del Evangelio

XVIII. Han llegado los tiempos

INTRODUCCIÓN

✦

1 Esta nueva obra es un paso más en las consecuencias y las aplicaciones del Espiritismo. Como indica su título, tiene por objeto el estudio de tres puntos interpretados y comentados de diversas maneras hasta hoy: la Génesis, los milagros y las predicciones, en sus relaciones con las nuevas leyes que se desprenden de la observación de los fenómenos espíritas.

2 Dos elementos o, si se quiere, dos fuerzas rigen el universo: el elemento espiritual y el elemento material; de la acción simultánea de estos dos principios nacen fenómenos especiales que son naturalmente inexplicables si se prescinde de uno de los dos, del mismo modo que la formación del agua sería inexplicable si se prescindiera de uno de sus dos elementos constitutivos: el oxígeno o el hidrógeno.

3 El Espiritismo, al demostrar la existencia del mundo espiritual y sus relaciones con el mundo material, da la clave de una multitud de fenómenos incomprendidos y considerados, por eso mismo, inadmisibles por cierta clase de pensadores. Estos hechos abundan en las Escrituras, y es por desconocer la ley que los rige por lo que los comentaristas de los dos bandos opuestos, girando sin cesar en el mismo círculo de ideas, unos prescindiendo de los datos positivos de la ciencia y otros del principio espiritual, no han podido llegar a una solución racional.

4 Esta solución se encuentra en la acción recíproca del espíritu y de la materia. Es cierto que quita a la mayoría de estos hechos su carácter sobrenatural; pero ¿qué es mejor: admitirlos como derivados de las leyes de la na-

turaleza o rechazarlos por completo?

4.2 Su rechazo absoluto implica el de la base misma del edificio, mientras que admitirlos de ese modo, al suprimir solo lo accesorio, deja intacta esa base. Por eso el Espiritismo lleva a tantas personas a creer de nuevo en verdades que hasta hace poco consideraban utopías.

5 Esta obra es, pues, como hemos dicho, un complemento de las aplicaciones del Espiritismo desde un punto de vista especial. Sus materiales estaban listos o, al menos, elaborados desde hacía mucho tiempo, pero aún no había llegado el momento de publicarlos.

5.2 Primero era necesario que las ideas que debían servirles de base hubieran alcanzado la madurez y, además, tener en cuenta si las circunstancias eran oportunas. El Espiritismo no tiene misterios ni teorías secretas; todo debe decirse en él a plena luz, para que cada cual pueda juzgarlo con conocimiento de causa; pero cada cosa debe llegar a su tiempo para llegar con seguridad.

5.3 Una solución dada a la ligera, antes de aclarar por completo la cuestión, sería una causa de retraso más que de progreso. En la que aquí nos ocupa, la importancia del tema nos imponía el deber de evitar toda precipitación.

6 Antes de entrar en materia, nos ha parecido necesario definir claramente el papel respectivo de los Espíritus y de los hombres en la obra de la nueva doctrina; estas consideraciones preliminares, que apartan de ella toda idea de misticismo, son el objeto del primer capítulo, titulado: Caracteres de la revelación espírita; pedimos una atención seria sobre este punto, porque ahí está, en cierto modo, el nudo de la cuestión.

7 A pesar de la parte que corresponde a la actividad humana en la elaboración de esta doctrina, la iniciativa pertenece a los Espíritus, pero no está formada por la opinión personal de ninguno de ellos; no es, ni puede ser, sino el resultado de su enseñanza colectiva y concordante. Solo con esta condición puede llamarse la doctrina de los Espíritus; de otro modo, no sería más que la doctrina de un Espíritu, y solo tendría el valor de una opinión personal.

8 Generalidad y concordancia en la enseñanza: tal es el carácter esencial de la doctrina, la condición misma de su existencia; de ello resulta que todo principio que no haya recibido la confirmación del control de la generalidad no puede considerarse parte integrante de esa misma doctrina, sino una simple opinión aislada de la que el Espiritismo no puede asumir la responsabilidad.

9 El libro de los Espíritus solo ha visto consolidarse su crédito porque es la expresión de un pensamiento colectivo general; en el mes de abril de 1857, vio cumplirse su primer período de diez años; en ese intervalo, los principios fundamentales cuyas bases estableció se han completado y desarrollado sucesivamente, como resultado de la enseñanza progresiva de los Espíritus, pero ninguno ha sido desmentido por la experiencia; todos, sin excepción, se han mantenido en pie, más vivos que nunca, mientras que, de todas las ideas contradictorias que se ha intentado oponerles, ninguna ha prevalecido, precisamente porque en todas partes se enseñaba lo contrario. Este es un resultado característico que podemos proclamar sin vanidad, puesto que nunca nos hemos atribuido su mérito.

10 Como los mismos escrúpulos han presidido la redacción de nuestras otras obras, hemos podido decir, con toda verdad, que son según el Espiritismo, porque estábamos seguros de su conformidad con la enseñanza general de los Espíritus. Lo mismo ocurre con esta, que podemos, por motivos semejantes, presentar como complemento de las anteriores, con excepción, sin embargo, de algunas teorías todavía hipotéticas, que hemos tenido cuidado de indicar como tales y que solo deben considerarse opiniones personales hasta que hayan sido confirmadas o contradichas, a fin de no hacer recaer su responsabilidad sobre la doctrina.

11 Por lo demás, los lectores asiduos de la Revista habrán podido observar en ella, en forma de esbozo, la mayoría de las ideas que se desarrollan en esta última obra, como hemos hecho con las anteriores. La Revista es a menudo para nosotros un terreno de ensayo destinado a sondear la opinión de los hombres y de los Espíritus sobre ciertos principios, antes de admitirlos como partes constitutivas de la doctrina.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

I. CARACTERES DE LA REVELACIÓN ESPÍRITA

✦

1 ¿Se puede considerar el Espiritismo como una revelación? En ese caso, ¿cuál es su carácter? ¿En qué se funda su autenticidad? ¿A quién y de qué manera se ha hecho? ¿Es la doctrina espírita una revelación en el sentido litúrgico de la palabra, es decir, es en todos sus aspectos el producto de una enseñanza oculta venida de lo alto? ¿Es absoluta o susceptible de modificaciones?

1.2 Al traer a los hombres la verdad ya hecha, ¿no tendría la revelación el efecto de impedirles hacer uso de sus facultades, ya que les ahorraría el trabajo de investigar? ¿Qué autoridad puede tener la enseñanza de los Espíritus si no son infalibles y superiores a la humanidad? ¿Qué utilidad tiene la moral que predican si esa moral no es otra que la de Cristo, que ya se conoce? ¿Cuáles son las verdades nuevas que nos traen? ¿Necesita el hombre una revelación y no puede encontrar en sí mismo y en su conciencia todo lo necesario para conducirse? Estas son las cuestiones sobre las que importa tener claridad.

2 Definamos primero el sentido de la palabra revelación.

Revelar, derivado de la palabra velo (del latín velum), significa literalmente quitar el velo; y, en sentido figurado: descubrir, dar a conocer una cosa secreta o desconocida. En su acepción común más general, se aplica a toda cosa ignorada que sale a la luz, a toda idea nueva que pone sobre la pista de lo que no se sabía.

Desde este punto de vista, todas las ciencias que nos dan a conocer los mis-

terios de la naturaleza son revelaciones, y puede decirse que para nosotros hay una revelación incesante; la astronomía nos ha revelado el mundo astral, que no conocíamos; la geología, la formación de la tierra; la química, la ley de las afinidades; la fisiología, las funciones del organismo, etc.; Copérnico, Galileo, Newton, Laplace y Lavoisier son reveladores.

3 El carácter esencial de toda revelación debe ser la verdad. Revelar un secreto es dar a conocer un hecho; si la cosa es falsa, no es un hecho y, por consiguiente, no hay revelación. Toda revelación desmentida por los hechos no es tal; si se atribuye a Dios, como Dios no puede mentir ni equivocarse, no puede emanar de él; hay que considerarla como el producto de una concepción humana.

4 ¿Cuál es el papel del profesor respecto de sus alumnos, sino el de un revelador? Les enseña lo que no saben, lo que no tendrían ni el tiempo ni la posibilidad de descubrir por sí mismos, porque la ciencia es la obra colectiva de los siglos y de una multitud de hombres que han aportado cada uno su caudal de observaciones, del que se benefician quienes vienen después de ellos.

4.2 La enseñanza es, pues, en realidad, la revelación de ciertas verdades científicas o morales, físicas o metafísicas, hecha por hombres que las conocen a otros que las ignoran y que, sin ella, las habrían ignorado siempre.

5 Pero el profesor solo enseña lo que ha aprendido: es un revelador de segundo orden; el hombre de genio enseña lo que ha encontrado por sí mismo: es el revelador primero; aporta la luz que, poco a poco, se difunde. ¿Dónde estaría la humanidad sin la revelación de los hombres de genio que aparecen de vez en cuando?
Pero ¿qué son los hombres de genio? ¿Por qué son hombres de genio? ¿De

dónde vienen? ¿Qué es de ellos después? Observemos que la mayoría trae al nacer facultades extraordinarias y conocimientos innatos que basta un poco de trabajo para desarrollar. Pertenecen realmente a la humanidad, puesto que nacen, viven y mueren como nosotros. ¿De dónde han sacado, pues, esos conocimientos que no han podido adquirir durante su vida? ¿Se dirá, con los materialistas, que el azar les ha dado materia cerebral en mayor cantidad y de mejor calidad? En ese caso, no tendrían más mérito que una hortaliza más grande y sabrosa que otra.

¿Se dirá, con ciertos espiritualistas, que Dios los ha dotado de un alma más favorecida que la del común de los hombres? Suposición igualmente ilógica, puesto que atribuiría parcialidad a Dios. La única solución racional de este problema está en la preexistencia del alma y en la pluralidad de las existencias. El hombre de genio es un Espíritu que ha vivido más tiempo; que, por consiguiente, ha adquirido más y ha progresado más que quienes están menos adelantados. Al encarnarse, trae lo que sabe, y como sabe mucho más que los demás, sin necesidad de aprender, es lo que se llama un hombre de genio. Pero lo que sabe no deja de ser fruto de un trabajo anterior y no el resultado de un privilegio. Antes de renacer era, pues, un Espíritu adelantado; se reencarna, ya para hacer que los demás se beneficien de lo que sabe, ya para adquirir más.

Los hombres progresan indiscutiblemente por sí mismos y por los esfuerzos de su inteligencia; pero, abandonados a sus propias fuerzas, ese progreso es muy lento si no reciben ayuda de hombres más adelantados, como el escolar la recibe de sus profesores. Todos los pueblos han tenido sus hombres de genio que han venido, en diversas épocas, a darles un impulso y sacarlos de su inercia.

6 - Desde el momento en que se admite la solicitud de Dios por sus criaturas, ¿por qué no admitir que unos Espíritus capaces, por su energía y la superioridad de sus conocimientos, de hacer avanzar a la humanidad se encarnen por voluntad de Dios para ayudar al progreso en un sentido determinado; que reciban una misión, como un embajador la recibe de su soberano? Tal es el papel de los grandes genios. ¿Qué vienen a hacer, sino enseñar a los hombres verdades que estos ignoran y que habrían ignorado durante largos períodos todavía, a fin de darles un peldaño con cuya ayuda puedan elevarse más rápidamente? Esos genios que aparecen a través de los siglos como estrellas brillantes, dejando tras de sí una larga estela luminosa sobre la humanidad, son misioneros o, si se quiere, mesías. Si no enseñaran a los hombres nada más que lo que estos ya saben, su presencia sería completamente inútil; las cosas nuevas que les enseñan, ya en el orden físico, ya en el orden filosófico, son revelaciones.

Si Dios suscita reveladores para las verdades científicas, con mayor razón puede suscitarlos para las verdades morales, que son uno de los elementos esenciales del progreso. Tales son los filósofos cuyas ideas han atravesado los siglos.

7 En el sentido especial de la fe religiosa, la revelación se refiere más particularmente a las cosas espirituales que el hombre no puede saber por sí mismo, que no puede descubrir por medio de sus sentidos y cuyo conocimiento le es dado por Dios o por sus mensajeros, ya mediante la palabra directa, ya mediante la inspiración.

7.2 En este caso, la revelación se hace siempre a hombres privilegiados, designados con el nombre de profetas o mesías, es decir, enviados, misioneros, que tienen la misión de transmitirla a los hombres. Considerada desde

este punto de vista, la revelación implica la pasividad absoluta; se acepta sin comprobación, sin examen, sin discusión.

8 Todas las religiones han tenido sus reveladores y, aunque todos estén lejos de haber conocido toda la verdad, tenían su razón de ser providencial, pues eran adecuados al tiempo y al medio en que vivían, al carácter particular de los pueblos a los que hablaban y a los que eran relativamente superiores. A pesar de los errores de sus doctrinas, no por ello dejaron de conmover los espíritus y, por eso mismo, sembraron gérmenes de progreso que, más tarde, habían de florecer o florecerán algún día al sol del Cristianismo. Por tanto, es injusto lanzarles el anatema en nombre de la ortodoxia, pues llegará un día en que todas esas creencias, tan diversas en la forma, pero que en realidad descansan sobre un mismo principio fundamental: Dios y la inmortalidad del alma, se fundirán en una grande y vasta unidad, cuando la razón haya triunfado sobre los prejuicios.
Desgraciadamente, las religiones han sido en todo tiempo instrumentos de dominación; el papel de profeta ha tentado a los ambiciosos de menor talla, y se ha visto surgir una multitud de supuestos reveladores o mesías que, al amparo del prestigio de ese nombre, han explotado la credulidad en provecho de su orgullo, de su codicia o de su pereza, encontrando más cómodo vivir a costa de sus incautos. La religión cristiana no ha estado a salvo de esos parásitos. Sobre este asunto, llamamos seriamente la atención sobre el capítulo xxi de El Evangelio según el Espiritismo: «Habrá falsos Cristos y falsos profetas».

9 ¿Hay revelaciones directas de Dios a los hombres? Es una cuestión que no nos atreveríamos a resolver ni afirmativa ni negativamente de una manera absoluta. La cosa no es radicalmente imposible, pero nada ofrece una

prueba cierta de ella. Lo que no puede ponerse en duda es que los Espíritus más próximos a Dios por su perfección se impregnan de su pensamiento y pueden transmitirlo. En cuanto a los reveladores encarnados, según el orden jerárquico al que pertenecen y el grado de su saber personal, pueden sacar sus enseñanzas de sus propios conocimientos o recibirlas de Espíritus más elevados, e incluso de los mensajeros directos de Dios. Estos, al hablar en nombre de Dios, han podido a veces ser tomados por Dios mismo.

Este tipo de comunicaciones no tiene nada de extraño para quien conoce los fenómenos espíritas y la manera en que se establecen las relaciones entre los encarnados y los desencarnados. Las enseñanzas pueden transmitirse por diversos medios: por la inspiración pura y simple, por la audición de la palabra, por la visión de los Espíritus instructores en las visiones y apariciones, ya en sueños, ya en estado de vigilia, como se ve en numerosos ejemplos en la Biblia, el Evangelio y los libros sagrados de todos los pueblos. Es, pues, rigurosamente exacto decir que la mayoría de los reveladores son médiums inspirados, auditivos o videntes; de lo que no se deduce que todos los médiums sean reveladores, y menos aún intermediarios directos de la Divinidad o de sus mensajeros.

10 Solo los Espíritus puros reciben la palabra de Dios con la misión de transmitirla; pero ahora se sabe que los Espíritus están lejos de ser todos perfectos y que algunos se dan falsas apariencias; esto es lo que hizo decir a san Juan: «No creáis a todo Espíritu, sino ved antes si los Espíritus son de Dios». (Ep. 1.ª, cap. iv, v. 4.)

Puede haber, pues, revelaciones serias y verdaderas, así como las hay apócrifas y mentirosas. El carácter esencial de la revelación divina es el de la verdad eterna. Toda revelación que contenga errores o esté sujeta a cambios no

puede emanar de Dios. Así, la ley del Decálogo tiene todos los caracteres de su origen, mientras que las demás leyes mosaicas, esencialmente transitorias, con frecuencia en contradicción con la ley del Sinaí, son la obra personal y política del legislador hebreo. Al suavizarse las costumbres del pueblo, esas leyes cayeron por sí mismas en desuso, mientras que el Decálogo ha permanecido en pie como el faro de la humanidad. Cristo hizo de él la base de su edificio, mientras que abolió las otras leyes; si estas hubieran sido obra de Dios, se habría guardado de tocarlas. Cristo y Moisés son los dos grandes reveladores que han cambiado la faz del mundo, y ahí está la prueba de su misión divina. Una obra puramente humana no tendría semejante poder.

11 Una importante revelación se está realizando en la época actual; es la que nos muestra la posibilidad de comunicarnos con los seres del mundo espiritual. Este conocimiento no es nuevo, sin duda, pero hasta nuestros días había permanecido en cierto modo como letra muerta, es decir, sin provecho para la humanidad.

11.2 La ignorancia de las leyes que rigen estas relaciones lo había sofocado bajo la superstición; el hombre era incapaz de extraer de él ninguna deducción provechosa; estaba reservado a nuestra época librarlo de sus elementos accesorios ridículos, comprender su alcance y hacer surgir de él la luz que debía iluminar el camino del porvenir.

12 El Espiritismo, al habernos dado a conocer el mundo invisible que nos rodea, y en medio del cual vivíamos sin sospecharlo, las leyes que lo rigen, sus relaciones con el mundo visible, la naturaleza y el estado de los seres que lo habitan y, por consiguiente, el destino del hombre después de la muerte, es una verdadera revelación en la acepción científica de la palabra.

13 Por su naturaleza, la revelación espírita tiene un doble carácter: participa a la vez de la revelación divina y de la revelación científica. Participa de la primera en que su advenimiento es providencial, y no el resultado de la iniciativa y de un propósito premeditado del hombre; en que los puntos fundamentales de la doctrina proceden de la enseñanza impartida por los Espíritus encargados por Dios de esclarecer a los hombres sobre cosas que ignoraban, que no podían aprender por sí mismos y que les importa conocer hoy, cuando ya están maduros para comprenderlas.

13.2 Participa de la segunda en que esta enseñanza no es privilegio de ningún individuo, sino que se da a todo el mundo por la misma vía; en que quienes la transmiten y quienes la reciben no son seres pasivos, dispensados del trabajo de observación e investigación; en que no renuncian a su juicio ni a su libre albedrío; en que la comprobación no les está prohibida, sino, por el contrario, recomendada; finalmente, en que la doctrina no ha sido dictada por entero ni impuesta a la creencia ciega; en que se deduce, mediante el trabajo del hombre, de la observación de los hechos que los Espíritus ponen ante sus ojos y de las instrucciones que le dan, instrucciones que él estudia, comenta, compara y de las que extrae por sí mismo las consecuencias y las aplicaciones.

13.3 En una palabra, lo que caracteriza a la revelación espírita es que su fuente es divina, que la iniciativa pertenece a los Espíritus y que la elaboración es fruto del trabajo del hombre.

14 Como medio de elaboración, el Espiritismo procede exactamente de la misma manera que las ciencias positivas, es decir, aplica el método experimental. Se presentan hechos de un orden nuevo que no pueden explicarse

por las leyes conocidas; los observa, los compara, los analiza y, remontándose de los efectos a las causas, llega a la ley que los rige; luego deduce de ella las consecuencias y busca sus aplicaciones útiles.

14.2 No establece ninguna teoría preconcebida; así, no ha planteado como hipótesis ni la existencia y la intervención de los Espíritus, ni el periespíritu, ni la reencarnación, ni ninguno de los principios de la doctrina; ha concluido que los Espíritus existen cuando esta existencia se ha desprendido con evidencia de la observación de los hechos, y lo mismo ha ocurrido con los demás principios.

14.3 No son los hechos los que han venido después a confirmar la teoría, sino la teoría la que ha venido posteriormente a explicar y resumir los hechos. Es, pues, rigurosamente exacto decir que el Espiritismo es una ciencia de observación y no el producto de la imaginación.

15 Citemos un ejemplo. En el mundo de los Espíritus ocurre un hecho muy singular, y que seguramente nadie habría sospechado: el de los Espíritus que no se creen muertos.

15.2 Pues bien, los Espíritus superiores, que lo conocen perfectamente, no han venido a decir de antemano: «Hay Espíritus que creen vivir todavía la vida terrestre, que han conservado sus gustos, sus hábitos y sus instintos»; sino que han provocado la manifestación de Espíritus de esta categoría para que los observáramos.

15.3 Al haber visto, pues, a Espíritus inseguros de su estado, o que afirmaban que aún eran de este mundo y creían dedicarse a sus ocupaciones habituales, del ejemplo se dedujo la regla.

15.4 La multiplicidad de hechos análogos demostró que no se trataba de una excepción, sino de una de las fases de la vida espírita; permitió estudiar todas las variedades y las causas de esta singular ilusión; reconocer que esta situación es, sobre todo, propia de los Espíritus poco avanzados moralmente, y que es particular de ciertos géneros de muerte; que solo es temporal, pero puede durar días, meses y años.

15.5 Así nació la teoría de la observación. Lo mismo sucede con todos los demás principios de la doctrina.

16 Así como la ciencia propiamente dicha tiene por objeto el estudio de las leyes del principio material, el objeto especial del Espiritismo es el conocimiento de las leyes del principio espiritual; ahora bien, como este último principio es una de las fuerzas de la naturaleza, y actúa incesantemente sobre el principio material y viceversa, resulta de ello que el conocimiento de uno no puede ser completo sin el conocimiento del otro; que el Espiritismo y la ciencia se complementan mutuamente; que la ciencia sin el Espiritismo se encuentra en la imposibilidad de explicar ciertos fenómenos mediante las solas leyes de la materia, y que por haber prescindido del principio espiritual se ha detenido en tantos callejones sin salida; que el Espiritismo sin la ciencia carecería de apoyo y de comprobación, y podría dejarse llevar por ilusiones. Si el Espiritismo hubiera llegado antes de los descubrimientos científicos, habría sido una obra malograda, como todo lo que llega antes de tiempo.

17 Todas las ciencias se encadenan y se suceden en un orden racional; nacen unas de otras, a medida que encuentran un punto de apoyo en las ideas y en los conocimientos anteriores.

17.2 La astronomía, una de las primeras que se cultivaron, permaneció en los errores de la infancia hasta el momento en que la física vino a revelar la ley de las fuerzas de los agentes naturales; la química, que nada podía sin la física, debía sucederla de cerca, para luego avanzar juntas, apoyándose una en otra.

17.3 La anatomía, la fisiología, la zoología, la botánica y la mineralogía solo llegaron a ser ciencias serias con ayuda de las luces aportadas por la física y la química. La geología, nacida ayer, sin la astronomía, la física, la química y todas las demás, habría carecido de sus verdaderos elementos de vitalidad; solo podía llegar después.

18 La ciencia moderna ha refutado los cuatro elementos primitivos de los antiguos y, de observación en observación, ha llegado a la concepción de un solo elemento generador de todas las transformaciones de la materia; pero la materia, por sí misma, es inerte; no tiene vida, pensamiento ni sentimiento; necesita unirse al principio espiritual. El Espiritismo no ha descubierto ni inventado este principio, pero ha sido el primero en demostrarlo mediante pruebas irrefutables; lo ha estudiado, analizado y ha hecho evidente su acción. Al elemento material ha venido a añadir el elemento espiritual. Elemento material y elemento espiritual: estos son los dos principios, las dos fuerzas vivas de la naturaleza. Mediante la unión indisoluble de estos dos elementos se explica sin dificultad una multitud de hechos hasta entonces inexplicables.

Por su esencia misma, y por tener como objeto el estudio de uno de los dos elementos constitutivos del universo, el Espiritismo se relaciona necesaria-

mente con la mayoría de las ciencias; solo podía llegar después de la elaboración de estas ciencias, y sobre todo después de que hubieran demostrado su incapacidad para explicarlo todo mediante las solas leyes de la materia.

19 Se acusa al Espiritismo de parentesco con la magia y la brujería; pero se olvida que la astronomía tiene como hermana mayor a la astrología judiciaria, que no está tan alejada de nosotros; que la química es hija de la alquimia, de la que ningún hombre sensato se atrevería a ocuparse hoy. Nadie niega, no obstante, que en la astrología y en la alquimia estuviera el germen de las verdades de las que surgieron las ciencias actuales. A pesar de sus fórmulas ridículas, la alquimia puso en el camino del descubrimiento de los cuerpos simples y de la ley de las afinidades; la astrología se apoyaba en la posición y el movimiento de los astros que había estudiado; pero, por ignorancia de las verdaderas leyes que rigen el mecanismo del universo, los astros eran, para el común de la gente, seres misteriosos a los que la superstición atribuía una influencia moral y un sentido revelador. Cuando Galileo, Newton y Kepler dieron a conocer estas leyes, cuando el telescopio rasgó el velo y dirigió hacia las profundidades del espacio una mirada que algunas personas consideraron indiscreta, los planetas se nos mostraron como simples mundos semejantes al nuestro, y todo el andamiaje de lo maravilloso se derrumbó.

Lo mismo ocurre con el Espiritismo respecto de la magia y la brujería; estas también se apoyaban en la manifestación de los Espíritus, como la astrología en el movimiento de los astros; pero, por ignorancia de las leyes que rigen el mundo espiritual, mezclaban con estas relaciones prácticas y creencias ridículas que el Espiritismo moderno, fruto de la experiencia y de la observación, ha refutado. Ciertamente, la distancia que separa al Espiri-

tismo de la magia y de la brujería es mayor que la que existe entre la astronomía y la astrología, entre la química y la alquimia; querer confundirlos es demostrar que no se sabe de ellos ni lo más elemental.

20 El solo hecho de que sea posible comunicarse con los seres del mundo espiritual tiene consecuencias incalculables de la más alta importancia; es todo un mundo nuevo que se nos revela y que tiene tanta más importancia cuanto que espera a todos los hombres sin excepción. Este conocimiento, al generalizarse, no puede dejar de producir una modificación profunda en las costumbres, el carácter, los hábitos y las creencias que tienen tan gran influencia en las relaciones sociales. Es toda una revolución que se produce en las ideas, una revolución tanto más grande y poderosa cuanto que no se limita a un pueblo o a una casta, sino que llega simultáneamente al corazón de todas las clases, de todas las nacionalidades y de todos los cultos.
Con razón, pues, se considera al Espiritismo como la tercera gran revelación. Veamos en qué difieren y por qué vínculo se relacionan unas con otras.

21 Moisés, como profeta, reveló a los hombres el conocimiento de un Dios único, soberano señor y creador de todas las cosas; promulgó la ley del Sinaí y puso los cimientos de la verdadera fe; como hombre, fue el legislador del pueblo por medio del cual esta fe primitiva, al depurarse, debía un día extenderse por toda la tierra.

22 Cristo, tomando de la antigua ley lo que es eterno y divino, y rechazando lo que solo era transitorio, puramente disciplinario y de concepción humana, añade la revelación de la vida futura, de la que Moisés no había hablado, y la de las penas y recompensas que esperan al hombre después de la muerte. (Véase Revista Espírita, 1861, p. 90 y 280.)

23 La parte más importante de la revelación de Cristo, en el sentido de que es la fuente primera, la piedra angular de toda su doctrina, es el punto de vista completamente nuevo desde el cual hace contemplar la divinidad.

23.2 Ya no es el Dios terrible, celoso, vengativo de Moisés, el Dios cruel y despiadado que riega la tierra con sangre humana, que ordena la matanza y el exterminio de los pueblos, sin exceptuar a las mujeres, los niños y los ancianos, que castiga a quienes perdonan la vida a las víctimas; ya no es el Dios injusto que castiga a todo un pueblo por la falta de su jefe, que se venga del culpable en la persona del inocente, que hiere a los hijos por la falta de su padre, sino un Dios clemente, soberanamente justo y bueno, lleno de mansedumbre y misericordia, que perdona al pecador arrepentido y da a cada uno según sus obras; ya no es el Dios de un solo pueblo privilegiado, el Dios de los ejércitos que preside los combates para sostener su propia causa contra el Dios de los demás pueblos, sino el padre común del género humano que extiende su protección sobre todos sus hijos y los llama a todos hacia él; ya no es el Dios que recompensa y castiga únicamente con los bienes de la tierra, que hace consistir la gloria y la felicidad en el sometimiento de los pueblos rivales y en la multiplicidad de la descendencia, sino el que dice a los hombres: «Vuestra verdadera patria no está en este mundo, está en el reino celestial; allí los humildes de corazón serán elevados y los orgullosos serán rebajados».

23.3 Ya no es el Dios que hace de la venganza una virtud y ordena devolver ojo por ojo, diente por diente, sino el Dios de misericordia que dice: «Perdonad las ofensas si queréis que se os perdone; devolved bien por mal; no hagáis a los demás lo que no querríais que os hicieran».

23.4 Ya no es el Dios mezquino y meticuloso que impone, bajo las penas más rigurosas, la manera en que quiere ser adorado, que se ofende por la inobservancia de una fórmula, sino el Dios grande que mira el pensamiento y no se siente honrado por la forma; ya no es, en fin, el Dios que quiere ser temido, sino el Dios que quiere ser amado.

24 Siendo Dios el eje de todas las creencias religiosas, el objeto de todos los cultos, el carácter de todas las religiones se ajusta a la idea que dan de Dios. Las que hacen de él un Dios vengativo y cruel creen honrarlo con actos de crueldad, con las hogueras y las torturas; las que hacen de él un Dios parcial y celoso son intolerantes; son más o menos meticulosas en la forma, según lo crean más o menos manchado por las debilidades y las pequeñeces humanas.

25 Toda la doctrina de Cristo se funda en el carácter que atribuye a la Divinidad. Con un Dios imparcial, soberanamente justo, bueno y misericordioso, pudo hacer del amor a Dios y de la caridad hacia el prójimo la condición expresa de la salvación, y decir: En esto están toda la ley y los profetas, no hay otra. Solo sobre esta creencia pudo asentar el principio de la igualdad de los hombres ante Dios y de la fraternidad universal.
Esta revelación de los verdaderos atributos de la divinidad, unida a la de la inmortalidad del alma y de la vida futura, modificaba profundamente las relaciones mutuas de los hombres, les imponía nuevas obligaciones, les hacía contemplar la vida presente bajo otra luz; por eso mismo, debía influir en las costumbres y las relaciones sociales. Es indiscutiblemente, por sus consecuencias, el punto más fundamental de la revelación de Cristo, cuya

importancia no se ha comprendido lo suficiente; es lamentable decirlo, pero también es el punto del que más se han apartado y que más se ha desconocido en la interpretación de sus enseñanzas.

26 Sin embargo, Cristo añade: Muchas de las cosas que os digo aún no podéis comprenderlas, y tendría muchas otras que deciros que no comprenderíais; por eso os hablo en parábolas; pero más adelante os enviaré al Consolador, el Espíritu de Verdad que restablecerá todas las cosas y os las explicará todas.

Si Cristo no dijo todo lo que habría podido decir, fue porque creyó que debía dejar ciertas verdades en la sombra hasta que los hombres estuvieran en condiciones de comprenderlas. Según su propia declaración, su enseñanza era, pues, incompleta, puesto que anuncia la llegada de quien debe completarla; preveía, por tanto, que se interpretarían mal sus palabras, que se desviarían de su enseñanza, en una palabra, que se desharía lo que él había hecho, puesto que todo debe ser restablecido; ahora bien, solo se restablece lo que ha sido deshecho.

27 ¿Por qué llama Consolador al nuevo Mesías? Este nombre significativo y sin ambigüedad es toda una revelación. Preveía, pues, que los hombres necesitarían consuelo, lo que implica la insuficiencia del que encontrarían en la creencia que iban a formarse. Quizá nunca haya sido Cristo más claro y más explícito que en estas últimas palabras, a las que pocas personas han prestado atención, tal vez porque se ha evitado sacarlas a la luz y profundizar en su sentido profético.

28 Si Cristo no pudo desarrollar su enseñanza de manera completa, fue porque a los hombres les faltaban los conocimientos que solo podían adquirir con el tiempo, y sin los cuales no podían comprenderla; hay cosas

que habrían parecido un sinsentido en el estado de los conocimientos de entonces. Completar su enseñanza debe entenderse, pues, en el sentido de explicar y desarrollar, mucho más que en el de añadirle verdades nuevas; porque todo se encuentra en ella en germen; faltaba la clave para captar el sentido de sus palabras.

29 Pero ¿quién se atreve a permitirse interpretar las Sagradas Escrituras? ¿Quién tiene ese derecho? ¿Quién posee los conocimientos necesarios, si no son los teólogos?

¿Quién se atreve? La ciencia, en primer lugar, que no pide permiso a nadie para dar a conocer las leyes de la naturaleza y pasa por encima de los errores y los prejuicios. — ¿Quién tiene ese derecho? En este siglo de emancipación intelectual y de libertad de conciencia, el derecho de examen pertenece a todo el mundo, y las Escrituras ya no son el arca sagrada que nadie se atrevía a tocar con un dedo sin arriesgarse a ser fulminado. En cuanto a los conocimientos especiales necesarios, sin poner en duda los de los teólogos, y por muy ilustrados que fueran los de la Edad Media, en particular los Padres de la Iglesia, todavía no lo estaban lo suficiente como para no condenar como herejía el movimiento de la tierra y la creencia en las antípodas; y, sin remontarnos tan lejos, ¿no han lanzado los de nuestros días el anatema contra los períodos de formación de la tierra?

Los hombres solo han podido explicar las Escrituras con ayuda de lo que sabían, de las nociones falsas o incompletas que tenían sobre las leyes de la naturaleza, reveladas más tarde por la ciencia; por eso los propios teólogos han podido, de muy buena fe, equivocarse sobre el sentido de ciertas palabras y ciertos hechos del Evangelio. Queriendo encontrar a toda costa en él la confirmación de una idea preconcebida, giraban siempre en el mismo

círculo, sin abandonar su punto de vista, de modo que solo veían en él lo que querían ver. Por muy sabios teólogos que fueran, no podían comprender las causas que dependían de leyes que no conocían.

Pero ¿quién juzgará las interpretaciones diversas y a menudo contradictorias dadas fuera de la teología? — El porvenir, la lógica y el buen sentido. Los hombres, cada vez más ilustrados a medida que se revelen nuevos hechos y nuevas leyes, sabrán distinguir los sistemas utópicos de la realidad; ahora bien, la ciencia da a conocer ciertas leyes; el Espiritismo da a conocer otras; unas y otras son indispensables para comprender los textos sagrados de todas las religiones, desde Confucio y Buda hasta el cristianismo. En cuanto a la teología, no podría invocar con buen juicio las contradicciones de la ciencia cuando ella misma no siempre está de acuerdo consigo misma.

30 El Espiritismo, que toma su punto de partida en las propias palabras de Cristo, como Cristo tomó el suyo en Moisés, es una consecuencia directa de su doctrina.

A la idea vaga de la vida futura añade la revelación de la existencia del mundo invisible que nos rodea y puebla el espacio, y con ello precisa la creencia; le da un cuerpo, una consistencia, una realidad en el pensamiento.

Define los lazos que unen el alma y el cuerpo, y levanta el velo que ocultaba a los hombres los misterios del nacimiento y de la muerte.

Por el Espiritismo, el hombre sabe de dónde viene, adónde va, por qué está en la tierra, por qué sufre temporalmente en ella, y ve en todas partes la injusticia de Dios.

Sabe que el alma progresa sin cesar a través de una serie de existencias sucesivas, hasta alcanzar el grado de perfección que puede acercarla a Dios.

Sabe que todas las almas, al tener un mismo punto de partida, son creadas iguales, con una misma aptitud para progresar en virtud de su libre albedrío; que todas son de la misma esencia y que entre ellas solo existe la diferencia del progreso realizado; que todas tienen el mismo destino y alcanzarán la misma meta, con mayor o menor rapidez según su trabajo y su buena voluntad.

Sabe que no hay criaturas desheredadas, ni unas más favorecidas que otras; que Dios no ha creado ninguna que sea privilegiada y esté exenta del trabajo impuesto a otras para progresar; que no hay seres perpetuamente destinados al mal y al sufrimiento; que los designados con el nombre de demonios son Espíritus todavía atrasados e imperfectos, que hacen el mal en su condición de Espíritus, como lo hacían en su condición de hombres, pero que avanzarán y mejorarán; que los ángeles o Espíritus puros no son seres aparte en la creación, sino Espíritus que han alcanzado la meta después de haber recorrido el camino del progreso; que, por tanto, no hay creaciones múltiples de distintas categorías entre los seres inteligentes, sino que toda la creación depende de la gran ley de unidad que rige el universo, y que todos los seres gravitan hacia una meta común, que es la perfección, sin que unos sean favorecidos a expensas de otros, pues todos son hijos de sus obras.

31 Por las relaciones que el hombre puede establecer ahora con quienes han dejado la tierra, no solo tiene la prueba material de la existencia y de la individualidad del alma, sino que comprende la solidaridad que une a los vivos y a los muertos de este mundo, y a los de este mundo con los de los demás mundos.

31.2 Conoce su situación en el mundo de los Espíritus: los sigue en sus migraciones; es testigo de sus alegrías y de sus penas; sabe por qué son felices o desdichados, y la suerte que le espera a él mismo según el bien o el mal que haga.

31.3 Estas relaciones lo inician en la vida futura, que puede observar en todas sus fases, en todas sus peripecias; el porvenir ya no es una vaga esperanza: es un hecho cierto, una certeza matemática. Entonces la muerte ya no tiene nada de espantoso, pues para él es la liberación, la puerta de la verdadera vida.

32 Mediante el estudio de la situación de los Espíritus, el hombre sabe que la felicidad y la desdicha en la vida espiritual son inherentes al grado de perfección y de imperfección; que cada uno sufre las consecuencias directas y naturales de sus faltas, es decir, que es castigado por aquello en lo que ha pecado; que esas consecuencias duran tanto como la causa que las ha producido; que, por tanto, el culpable sufriría eternamente si persistiera eternamente en el mal, pero que el sufrimiento cesa con el arrepentimiento y la reparación; ahora bien, como de cada uno depende mejorar, cada uno puede, en virtud de su libre albedrío, prolongar o abreviar sus sufrimientos, del mismo modo que el enfermo sufre por sus excesos mientras no les ponga fin.

33 Si la razón rechaza, por ser incompatible con la bondad de Dios, la idea de las penas irremisibles, perpetuas y absolutas, a menudo impuestas por una sola falta; de los suplicios del infierno que no puede mitigar el arrepentimiento más ardiente y sincero, se inclina ante esa justicia distributiva e imparcial, que tiene todo en cuenta, nunca cierra la puerta del regreso y tiende sin cesar la mano al náufrago, en vez de arrojarlo al abismo.

34 La pluralidad de las existencias, cuyo principio Cristo estableció en el Evangelio, pero sin definirlo más que muchos otros, es una de las leyes más importantes reveladas por el Espiritismo, en el sentido de que demuestra su realidad y su necesidad para el progreso.

34.2 Mediante esta ley, el hombre se explica todas las anomalías aparentes que presenta la vida humana; sus diferencias de posición social; las muertes prematuras que, sin la reencarnación, harían inútiles para el alma las vidas abreviadas; la desigualdad de las aptitudes intelectuales y morales, por la antigüedad del Espíritu, que ha vivido más o menos, aprendido y progresado más o menos, y que al renacer trae lo adquirido en sus existencias anteriores. (N.º 5.)

35 Con la doctrina de la creación del alma en cada nacimiento, se vuelve al sistema de las creaciones privilegiadas; los hombres son extraños unos a otros, nada los une, los lazos de familia son puramente carnales; no son solidarios de un pasado en el que no existían; con la del aniquilamiento después de la muerte, toda relación cesa con la vida; no son solidarios del porvenir. Por la reencarnación, son solidarios del pasado y del porvenir; como sus relaciones se perpetúan en el mundo espiritual y en el mundo corporal, la fraternidad tiene por base las propias leyes de la naturaleza; el bien tiene una finalidad, el mal sus consecuencias inevitables.

36 Con la reencarnación caen los prejuicios de razas y de castas, puesto que el mismo Espíritu puede renacer rico o pobre, gran señor o proletario, amo o subordinado, libre o esclavo, hombre o mujer. De todos los argumentos invocados contra la injusticia de la servidumbre y de la esclavitud, contra la sujeción de la mujer a la ley del más fuerte, ninguno supera en lógica al hecho material de la reencarnación. Así pues, si la reencarnación funda en

una ley de la naturaleza el principio de la fraternidad universal, funda en la misma ley el de la igualdad de los derechos sociales y, por consiguiente, el de la libertad.

Los hombres solo nacen inferiores y subordinados por el cuerpo; por el Espíritu, son iguales y libres. De ahí el deber de tratar a los inferiores con bondad, benevolencia y humanidad, porque quien hoy es nuestro subordinado puede haber sido nuestro igual o nuestro superior, quizá un pariente o un amigo, y nosotros podemos llegar a ser a nuestra vez subordinados de aquel a quien mandamos.

37 Quitad al hombre el Espíritu libre, independiente, que sobrevive a la materia, y haréis de él una máquina organizada, sin finalidad, sin responsabilidad, sin otro freno que la ley civil, y apta para ser explotada como un animal inteligente.

37.2 Como nada espera después de la muerte, nada lo detiene para aumentar los placeres del presente; si sufre, solo tiene ante sí la desesperación y la nada por refugio. Con la certeza del porvenir, la de reencontrar a quienes ha amado, el temor de volver a ver a quienes ha ofendido, todas sus ideas cambian.

37.3 Aunque el Espiritismo solo hubiera sacado al hombre de la duda respecto a la vida futura, habría hecho más por su mejoramiento moral que todas las leyes disciplinarias que a veces lo refrenan, pero no lo cambian.

38 Sin la preexistencia del alma, la doctrina del pecado original no solo es inconciliable con la justicia de Dios, que haría a todos los hombres responsables de la falta de uno solo, sino que sería un sinsentido, tanto menos justificable cuanto que el alma no existía en la época a la que se pretende remontar su responsabilidad. Con la preexistencia y la reencarnación, el

hombre trae al renacer el germen de sus imperfecciones pasadas, de los defectos de los que no se ha corregido y que se manifiestan en sus instintos naturales, en sus inclinaciones a tal o cual vicio. Ese es su verdadero pecado original, cuyas consecuencias sufre con toda naturalidad; pero con esta diferencia capital: que carga con la pena de sus propias faltas, y no con la de la falta de otro; y con esta otra diferencia, a la vez consoladora, alentadora y sumamente equitativa: que cada existencia le ofrece los medios de redimirse mediante la reparación y de progresar, ya sea despojándose de alguna imperfección, ya adquiriendo nuevos conocimientos, y esto hasta que, suficientemente purificado, ya no necesite la vida corporal y pueda vivir exclusivamente la vida espiritual, eterna y bienaventurada.

Por la misma razón, quien ha progresado moralmente trae, al renacer, cualidades naturales, como quien ha progresado intelectualmente trae ideas innatas; está identificado con el bien; lo practica sin esfuerzos, sin cálculo y, por así decirlo, sin pensar en ello. Quien se ve obligado a combatir sus malas tendencias se encuentra todavía en la lucha; el primero ya ha vencido, el segundo está venciendo. Hay, pues, virtud original, como hay saber original y pecado o, mejor dicho, vicio original.

39 El Espiritismo experimental ha estudiado las propiedades de los fluidos espirituales y su acción sobre la materia. Ha demostrado la existencia del periespíritu, sospechada desde la antigüedad y designada por san Pablo con el nombre de Cuerpo Espiritual, es decir, de cuerpo fluídico del alma después de la destrucción del cuerpo tangible.

39.2 Hoy se sabe que esta envoltura es inseparable del alma; que es uno de los elementos constitutivos del ser humano; que es el vehículo de transmisión del pensamiento y que, durante la vida del cuerpo, sirve de lazo en-

tre el Espíritu y la materia.

39.3 El periespíritu desempeña un papel tan importante en el organismo y en multitud de afecciones, que se vincula tanto con la fisiología como con la psicología.

40 El estudio de las propiedades del periespíritu, de los fluidos espirituales y de los atributos fisiológicos del alma abre nuevos horizontes a la ciencia y da la clave de multitud de fenómenos incomprendidos hasta entonces por desconocerse la ley que los rige; fenómenos negados por el materialismo, porque se vinculan con la espiritualidad, y calificados por otros de milagros o de sortilegios, según las creencias.

40.2 Tales son, entre otros, los fenómenos de la doble vista, de la visión a distancia, del sonambulismo natural y artificial, de los efectos psíquicos de la catalepsia y de la letargia, de la presciencia, de los presentimientos, de las apariciones, de las transfiguraciones, de la transmisión del pensamiento, de la fascinación, de las curaciones instantáneas, de las obsesiones y posesiones, etc.

40.3 Al demostrar que estos fenómenos se basan en leyes tan naturales como los fenómenos eléctricos, y las condiciones normales en que pueden reproducirse, el Espiritismo destruye el imperio de lo maravilloso y de lo sobrenatural y, por lo tanto, la fuente de la mayoría de las supersticiones.

40.4 Si hace creer en la posibilidad de ciertas cosas que algunos consideran quiméricas, impide creer en muchas otras cuya imposibilidad e irracionalidad demuestra.

41 El Espiritismo, lejos de negar o destruir el Evangelio, viene, por el contrario, a confirmar, explicar y desarrollar, mediante las nuevas leyes de la naturaleza que revela, todo lo que Cristo dijo e hizo; arroja luz sobre los

puntos oscuros de su enseñanza, de modo que aquellos para quienes ciertas partes del Evangelio eran ininteligibles o parecían inadmisibles las comprenden sin dificultad con ayuda del Espiritismo y las admiten; ven mejor su alcance y pueden distinguir lo que corresponde a la realidad y a la alegoría; Cristo les parece más grande: ya no es simplemente un filósofo, es un Mesías divino.

42 Si se considera además el poder moralizador del Espiritismo por la finalidad que asigna a todas las acciones de la vida, por las consecuencias del bien y del mal que hace palpables; la fuerza moral, el valor, los consuelos que da en las aflicciones mediante una confianza inalterable en el porvenir, mediante el pensamiento de tener cerca a los seres que se han amado, la seguridad de volver a verlos, la posibilidad de conversar con ellos y, finalmente, mediante la certeza de que, de todo lo que se hace, de todo lo que se adquiere en inteligencia, en ciencia, en moralidad hasta la última hora de la vida, nada se pierde, que todo contribuye al progreso, se reconoce que el Espiritismo cumple todas las promesas de Cristo respecto al Consolador anunciado. Ahora bien, como es el Espíritu de Verdad quien preside el gran movimiento de la regeneración, la promesa de su venida también se cumple, pues, de hecho, él es el verdadero Consolador (1).

(1) Muchos padres de familia lamentan la muerte prematura de hijos por cuya educación han hecho grandes sacrificios, y se dicen que todo eso ha sido en vano. Con el Espiritismo, no lamentan esos sacrificios y estarían dispuestos a hacerlos, incluso con la certeza de ver morir a sus hijos, porque saben que, si estos no aprovechan esa educación en el presente, servirá primero para su progreso como Espíritus, y luego será otro tanto adquirido para una nueva existencia, y que, cuando regresen, tendrán un bagaje inte-

lectual que los hará más aptos para adquirir nuevos conocimientos. Tales son esos niños que traen al nacer ideas innatas, que saben sin, por así decirlo, necesitar aprender. Si, como padres, no tienen la satisfacción inmediata de ver a sus hijos aprovechar esa educación, sin duda disfrutarán de ella más tarde, ya como Espíritus, ya como hombres. Quizá vuelvan a ser los padres de esos mismos niños de quienes se dice que han sido bien dotados por la naturaleza, y que deben sus aptitudes a una educación anterior; del mismo modo, si unos hijos toman un mal camino a causa de la negligencia de sus padres, estos pueden tener que sufrir más tarde por las molestias y los pesares que les causarán en una nueva existencia.
(Evang. según el Esp.: cap. V, n.º 21: Muertes prematuras.)

43 Si a estos resultados se añade la rapidez inaudita de la propagación del Espiritismo, a pesar de todo lo que se ha hecho para derribarlo, no se puede negar que su llegada sea providencial, ya que triunfa sobre todas las fuerzas y todas las malas voluntades humanas. La facilidad con que es aceptado por un número tan grande de personas, y esto sin coacción, sin otros medios que el poder de la idea, prueba que responde a una necesidad: la de creer en algo, después del vacío abierto por la incredulidad, y que, por consiguiente, ha llegado a su debido tiempo.

44 Los afligidos son numerosos; no es, pues, sorprendente que tantas personas acojan una doctrina que consuela con preferencia a las que desesperan; porque el Espiritismo se dirige a los desheredados más que a los felices de este mundo. El enfermo ve llegar al médico con más alegría que quien goza de buena salud; ahora bien, los afligidos son enfermos, y el Consolador es el médico.
Vosotros que combatís el Espiritismo, si queréis que lo abandonen para se-

guiros, dad más y mejor que él; curad con mayor seguridad las heridas del alma. Dad, pues, más consuelos, más satisfacciones del corazón, esperanzas más legítimas, certezas mayores; trazad un cuadro del porvenir más racional, más atractivo; pero no penséis imponeros, unos, con la perspectiva de la nada, otros, con la alternativa de las llamas del infierno o de la beata e inútil contemplación perpetua.

45 La primera revelación estaba personificada en Moisés, la segunda en Cristo, la tercera no lo está en ningún individuo. Las dos primeras son individuales, la tercera es colectiva; este es un carácter esencial de gran importancia. Es colectiva en el sentido de que no se ha hecho por privilegio a nadie; que nadie, por consiguiente, puede llamarse su profeta exclusivo. Se ha hecho simultáneamente en toda la tierra, a millones de personas, de todas las edades, de todos los tiempos y de todas las condiciones, desde lo más bajo hasta lo más alto de la escala, según esta predicción referida por el autor de los Hechos de los apóstoles: «En los últimos tiempos, dice el Señor, derramaré mi espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros ancianos tendrán sueños». No ha surgido de ningún culto particular, a fin de servir un día a todos como punto de unión (1).

Las dos primeras revelaciones, al ser producto de una enseñanza personal, estuvieron necesariamente localizadas, es decir, tuvieron lugar en un solo punto, alrededor del cual la idea se extendió poco a poco; pero hicieron falta muchos siglos para que alcanzaran los confines del mundo, sin llegar a abarcarlo por entero. La tercera tiene la particularidad de que, al no estar personificada en un individuo, se ha producido simultáneamente en miles de puntos diferentes, que se han convertido todos en centros o focos de

irradiación. Al multiplicarse estos centros, sus rayos se van uniendo poco a poco, como los círculos formados por una multitud de piedras arrojadas al agua; de tal modo que, al cabo de cierto tiempo, acabarán por cubrir toda la superficie del globo.

Esta es una de las causas de la rápida propagación de la doctrina. Si hubiera surgido en un solo punto, si hubiera sido la obra exclusiva de un hombre, habría formado una secta a su alrededor; pero quizá habría transcurrido medio siglo antes de que hubiera alcanzado los límites del país donde habría nacido, mientras que, al cabo de diez años, tiene hitos plantados de un polo al otro.

(1) Nuestro papel personal, en el gran movimiento de las ideas que se prepara mediante el Espiritismo, y que ya comienza a producirse, es el de un observador atento que estudia los hechos para buscar su causa y extraer sus consecuencias. Hemos cotejado todos los que nos ha sido posible reunir; hemos comparado y comentado las instrucciones dadas por los Espíritus en todos los puntos del globo, y después hemos coordinado el conjunto metódicamente; en una palabra, hemos estudiado y dado al público el fruto de nuestras investigaciones, sin atribuir a nuestros trabajos otro valor que el de una obra filosófica deducida de la observación y de la experiencia, sin habernos erigido jamás en jefe de doctrina ni haber querido imponer nuestras ideas a nadie. Al publicarlas, hemos ejercido un derecho común, y quienes las han aceptado lo han hecho libremente. Si estas ideas han encontrado numerosas simpatías, es porque han tenido la ventaja de responder a las aspiraciones de un gran número de personas, de lo cual no podríamos envanecernos, puesto que su origen no nos pertenece. Nuestro mayor mérito es el de la perseverancia y la entrega a la causa que hemos abrazado.

En todo esto hemos hecho lo que otros habrían podido hacer como nosotros; por eso nunca hemos tenido la pretensión de creernos profeta o mesías, y menos aún de presentarnos como tal.

47 Esta circunstancia, sin precedentes en la historia de las doctrinas, da a esta una fuerza excepcional y un poder de acción irresistible; en efecto, si se la reprime en un punto, en un país, es materialmente imposible reprimirla en todos los puntos, en todos los países. Por un lugar donde se la obstaculice, habrá otros mil al lado donde florecerá.

47.2 Más aún, si se la ataca en un individuo, no se la puede atacar en los Espíritus que son su fuente. Ahora bien, como los Espíritus están en todas partes y siempre los habrá, si, por un imposible, se lograra sofocarla en todo el globo, reaparecería algún tiempo después, porque se apoya en un hecho, porque ese hecho está en la naturaleza y porque no se pueden suprimir las leyes de la naturaleza.

47.3 De esto deben convencerse quienes sueñan con el asentimiento del Espiritismo. (Revista espírita, feb. de 1865, p. 38: Perpetuidad del Espiritismo.)

48 Sin embargo, estos centros dispersos habrían podido permanecer todavía mucho tiempo aislados unos de otros, confinados como están algunos en países lejanos. Hacía falta entre ellos un vínculo que los pusiera en comunión de pensamientos con sus hermanos de creencia, dándoles a conocer lo que se hacía en otros lugares.

48.2 Ese vínculo, que le habría faltado al Espiritismo en la antigüedad, se encuentra en las publicaciones que llegan a todas partes, que condensan, bajo una forma única, concisa y metódica, la enseñanza dada por todas partes bajo múltiples formas y en diversas lenguas.

49 Las dos primeras revelaciones solo podían ser el resultado de una enseñanza directa; debían imponerse a la fe por la autoridad de la palabra del maestro, pues los hombres no estaban lo bastante adelantados para contribuir a su elaboración.

Observemos, sin embargo, entre ellas un matiz muy perceptible que se debe al progreso de las costumbres y de las ideas, aunque se hayan producido entre el mismo pueblo y en el mismo medio, pero con casi dieciocho siglos de intervalo. La doctrina de Moisés es absoluta, despótica; no admite discusión y se impone a todo el pueblo por la fuerza. La de Jesús es esencialmente orientadora; se acepta libremente y solo se impone por la persuasión; se la discute incluso en vida de su fundador, quien no desdeña discutir con sus adversarios.

50 La tercera revelación, llegada en una época de emancipación y de madurez intelectual, en la que la inteligencia desarrollada no puede resignarse a un papel pasivo, en la que el hombre no acepta nada a ciegas, sino que quiere ver adónde se lo conduce, saber el porqué y el cómo de cada cosa, debía ser a la vez producto de una enseñanza y fruto del trabajo, de la investigación y del libre examen.

50.2 Los Espíritus enseñan solo lo justo para poner en el camino de la verdad, pero se abstienen de revelar lo que el hombre puede encontrar por sí mismo, dejándole la tarea de discutir, comprobar y someterlo todo al crisol de la razón, e incluso dejándole a menudo adquirir experiencia a su costa.

50.3 Le dan el principio, los materiales; a él le corresponde sacarles provecho y ponerlos en práctica (n.º 15).

51 Como los elementos de la revelación espírita se dieron simultáneamente en una multitud de puntos, a hombres de todas las condiciones sociales y de diversos grados de instrucción, es evidente que las observaciones no podían hacerse en todas partes con el mismo fruto; que las consecuencias que debían extraerse de ellas, la deducción de las leyes que rigen este orden de fenómenos, en una palabra, la conclusión que debía dar fundamento a las ideas, solo podían surgir del conjunto y de la correlación de los hechos.

51.2 Ahora bien, cada centro aislado, circunscrito a un círculo reducido, que la mayoría de las veces solo veía un orden particular de hechos, a veces aparentemente contradictorios, que por lo general solo trataba con una misma categoría de Espíritus y que, además, se veía obstaculizado por las influencias locales y el espíritu de partido, se encontraba en la imposibilidad material de abarcar el conjunto y, por eso mismo, era incapaz de vincular las observaciones aisladas a un principio común.

51.3 Como cada uno apreciaba los hechos desde el punto de vista de sus conocimientos y de sus creencias anteriores, o de la opinión particular de los Espíritus que se manifiestan, pronto habría habido tantas teorías y sistemas como centros, y ninguno de ellos habría podido ser completo, por falta de elementos de comparación y de comprobación.

51.4 En una palabra, cada uno se habría quedado inmovilizado en su revelación parcial, creyendo tener toda la verdad, por no saber que en otros cien lugares se obtenía más o mejor.

52 Hay que observar, además, que en ninguna parte se ha dado la enseñanza espírita de una manera completa; abarca un número tan grande de observaciones y temas tan diversos que exigen conocimientos o aptitudes mediúmnicas especiales, que habría sido imposible reunir en un mismo

punto todas las condiciones necesarias. Como la enseñanza debía ser colectiva y no individual, los Espíritus dividieron el trabajo dispersando los temas de estudio y de observación, como en ciertas fábricas la confección de cada parte de un mismo objeto se reparte entre distintos obreros.

La revelación se ha hecho así parcialmente, en diversos lugares y por una multitud de intermediarios, y de esta manera continúa todavía en este momento, pues no todo está revelado. Cada centro encuentra en los demás centros el complemento de lo que obtiene, y es el conjunto, la coordinación de todas las enseñanzas parciales, lo que ha constituido la doctrina espírita.

Era, pues, necesario agrupar los hechos dispersos para ver su correlación, reunir los diversos documentos, las instrucciones dadas por los Espíritus en todos los puntos y sobre todos los temas, para compararlos, analizarlos y estudiar sus analogías y diferencias. Como las comunicaciones eran dadas por Espíritus de todos los órdenes, más o menos esclarecidos, había que apreciar el grado de confianza que la razón permitía concederles, distinguir las ideas sistemáticas individuales y aisladas de aquellas que contaban con la aprobación de la enseñanza general de los Espíritus, las utopías de las ideas prácticas; descartar las que estaban manifiestamente desmentidas por los datos de la ciencia positiva y la sana lógica; utilizar incluso los errores, los informes proporcionados por los Espíritus aun del nivel más bajo, para conocer el estado del mundo invisible, y formar con ello un todo homogéneo. Hacía falta, en una palabra, un centro de elaboración, independiente de toda idea preconcebida, de todo prejuicio de secta, resuelto a aceptar la verdad que se hubiera vuelto evidente, aunque fuera contraria a sus opiniones personales. Ese centro se formó por sí mismo.

53 Por la fuerza de las cosas, y sin un propósito premeditado (1)

De este estado de cosas resultó una doble corriente de ideas: unas iban de los extremos al centro, y las otras volvían del centro a la circunferencia. Así fue como la doctrina avanzó rápidamente hacia la unidad, a pesar de la diversidad de las fuentes de las que emanó; como los sistemas divergentes fueron cayendo poco a poco, por su aislamiento, ante el ascendiente de la opinión de la mayoría, al no encontrar en ella ecos favorables. Desde entonces se estableció una comunión de pensamientos entre los distintos centros parciales; hablando la misma lengua espiritual, se comprenden y simpatizan de un extremo del mundo al otro.

Los espiritistas se sintieron más fuertes, lucharon con más valor y avanzaron con paso más seguro cuando dejaron de verse aislados, cuando sintieron un punto de apoyo, un vínculo que los unía a la gran familia; los fenómenos de los que eran testigos dejaron de parecerles extraños, anormales y contradictorios cuando pudieron relacionarlos con leyes generales de armonía, abarcar de una mirada el edificio y ver en todo ese conjunto un fin grande y humanitario (1).

Pero ¿cómo saber si un principio se enseña en todas partes o si solo es el resultado de una opinión individual? Como los grupos aislados no estaban en condiciones de saber lo que se decía en otros lugares, era necesario que un centro reuniera todas las instrucciones para hacer una especie de recuento de votos y dar a conocer a todos la opinión de la mayoría (1).

(1) El libro de los espíritus, la primera obra que hizo entrar al Espiritismo en la vía filosófica, al deducir las consecuencias morales de los hechos, que abordó todas las partes de la doctrina, tratando las cuestiones más importantes que esta plantea, fue, desde su aparición, el punto de encuentro hacia el que convergieron espontáneamente los trabajos individuales. Es bien

sabido que la publicación de este libro marca el comienzo de la era del Espiritismo filosófico, que hasta entonces había permanecido en el terreno de los experimentos de curiosidad. Si este libro conquistó las simpatías de la mayoría, fue porque expresaba los sentimientos de esa misma mayoría y respondía a sus aspiraciones; también porque cada cual encontraba en él la confirmación y una explicación racional de lo que obtenía por su cuenta. Si hubiera estado en desacuerdo con la enseñanza general de los Espíritus, no habría tenido ningún crédito y habría caído rápidamente en el olvido. Ahora bien, ¿en torno a quién se han reunido? No en torno al hombre, que nada es por sí mismo, pieza ejecutora que muere y desaparece, sino en torno a la idea, que no perece cuando emana de una fuente superior al hombre.

Esta concentración espontánea de las fuerzas dispersas dio lugar a una correspondencia inmensa, monumento único en el mundo, cuadro vivo de la verdadera historia del Espiritismo moderno, donde se reflejan a la vez los trabajos parciales, los múltiples sentimientos que ha hecho nacer la doctrina, los resultados morales, las abnegaciones y los desfallecimientos; archivos preciosos para la posteridad, que podrá juzgar a los hombres y las cosas a partir de documentos auténticos. Ante estos testimonios irrecusables, ¿qué será, en el futuro, de todas las falsas alegaciones, de las difamaciones de la envidia y de los celos?

(1) Es notable que, de todos los grupos que se formaron con la intención premeditada de provocar una escisión proclamando principios divergentes, así como de aquellos que, por razones de amor propio u otras, al no querer dar la impresión de someterse a la ley común, se creyeron lo bastante fuertes para marchar solos y con suficientes luces para prescindir de consejos, ninguno logró constituir una idea preponderante y viable; todos

se extinguieron o vegetaron en la sombra. ¿Cómo podía ser de otro modo, cuando, para distinguirse, en lugar de esforzarse por ofrecer una mayor suma de satisfacciones, rechazaban de los principios de la doctrina precisamente lo que constituye su atractivo más poderoso, lo más consolador, alentador y racional que hay en ella? Si hubieran comprendido el poder de los elementos morales que constituyeron la unidad, no se habrían dejado arrullar por una ilusión quimérica; pero, tomando su pequeño círculo por el universo, solo vieron en los adeptos una camarilla que podía ser fácilmente derribada por otra camarilla opuesta. Era equivocarse de manera extraña sobre los caracteres esenciales de la doctrina, y ese error solo podía traer decepciones; en lugar de romper la unidad, rompieron el vínculo que era el único que podía darles fuerza y vida. (Véase Revista espírita, abril de 1866, páginas 106 y 111: El Espiritismo sin los Espíritus; el Espiritismo independiente.)

(1) Tal es el objeto de nuestras publicaciones, que pueden considerarse el resultado de este recuento. En ellas se discuten todas las opiniones, pero las cuestiones solo se formulan como principios después de haber recibido la confirmación de todas las comprobaciones, la única que puede darles fuerza de ley y permitir afirmarlas. Por eso no defendemos a la ligera ninguna teoría, y en eso consiste que la doctrina, al proceder de la enseñanza general, no sea producto de un sistema preconcebido; eso es también lo que constituye su fuerza y asegura su porvenir.

54 No hay ninguna ciencia que haya salido enteramente formada del cerebro de un hombre; todas, sin excepción, son producto de observaciones sucesivas que se apoyan en las anteriores, como en un punto conocido para llegar a lo desconocido. Así procedieron los Espíritus con el Espiritismo;

por eso su enseñanza es gradual; solo abordan las cuestiones a medida que los principios en los que deben apoyarse están suficientemente elaborados y que la opinión está madura para asimilarlas. Es incluso notable que, cada vez que los centros particulares han querido abordar cuestiones prematuras, solo han obtenido respuestas contradictorias y no concluyentes. Cuando, por el contrario, ha llegado el momento favorable, la enseñanza es idéntica en toda la línea, en casi la totalidad de los centros.

Hay, sin embargo, entre la marcha del Espiritismo y la de las ciencias una diferencia fundamental: estas solo alcanzaron el punto al que han llegado después de largos intervalos, mientras que al Espiritismo le bastaron unos pocos años, si no para alcanzar el punto culminante, al menos para reunir una suma de observaciones lo bastante grande como para constituir una doctrina. Esto se debe a la multitud innumerable de Espíritus que, por voluntad de Dios, se manifestaron simultáneamente, aportando cada uno su caudal de conocimientos. De ello resultó que todas las partes de la doctrina, en lugar de elaborarse sucesivamente durante varios siglos, lo fueron casi simultáneamente en unos pocos años, y que bastó agruparlas para formar un todo.

Dios quiso que así fuera, primero para que el edificio llegara más pronto a su cima; en segundo lugar, para que, mediante la comparación, se pudiera disponer de una comprobación, por así decirlo, inmediata y permanente en la universalidad de la enseñanza, pues cada parte solo tiene valor y autoridad por su conexión con el conjunto, y todas deben armonizarse, encontrar su lugar en la clasificación general y llegar cada una a su tiempo.

Al no confiar a un solo Espíritu el cuidado de promulgar la doctrina, Dios quiso además que tanto el más pequeño como el más grande, entre los Espíritus y entre los hombres, aportara su piedra al edificio, para establecer

entre ellos un vínculo de solidaridad cooperativa que ha faltado en todas las doctrinas surgidas de una fuente única.

Por otra parte, como cada Espíritu, al igual que cada hombre, solo posee una suma limitada de conocimientos, individualmente no eran capaces de tratar con pleno conocimiento las innumerables cuestiones que abarca el Espiritismo; esta es también la razón por la que la doctrina, para cumplir los designios del Creador, no podía ser obra de un solo Espíritu ni de un solo médium; solo podía surgir del conjunto de trabajos comprobados unos por otros (1).

55 Un último carácter de la revelación espírita, que se desprende de las condiciones mismas en las que se realiza, es que, al apoyarse en hechos, es y solo puede ser esencialmente progresiva, como todas las ciencias de observación. Por su esencia, se alía con la ciencia, que, al ser la exposición de las leyes de la naturaleza en un determinado orden de hechos, no puede ser contraria a la voluntad de Dios, autor de esas leyes. Los descubrimientos de la ciencia glorifican a Dios en lugar de rebajarlo; solo destruyen lo que los hombres han construido sobre las ideas falsas que se han formado de Dios.

El Espiritismo, por tanto, solo establece como principio absoluto lo que está demostrado con evidencia o lo que se desprende lógicamente de la observación. Al abarcar todas las ramas de la economía social, a las que presta el apoyo de sus propios descubrimientos, asimilará siempre todas las doctrinas progresivas, de cualquier orden que sean, que hayan alcanzado el estado de verdades prácticas y salido del terreno de la utopía; de lo contrario, se suicidaría; al dejar de ser lo que es, faltaría a su origen y a su fin providencial. El Espiritismo, al marchar con el progreso, nunca se verá desbordado, porque, si nuevos descubrimientos le demostraran que está en un

error sobre un punto, se modificaría en ese punto; si se revela una nueva verdad, la acepta (1).

50. —

(1) Véase en El Evangelio según el Espiritismo, introducción, p. vi, y Revista espírita, abril de 1864, p. 90: Autoridad de la doctrina espírita; comprobación universal de la enseñanza de los Espíritus.

56 ¿Cuál es la utilidad de la doctrina moral de los Espíritus, puesto que no es otra que la de Cristo? ¿Necesita el hombre una revelación, y no puede encontrar en sí mismo todo lo que necesita para conducirse?

Desde el punto de vista moral, Dios ha dado sin duda al hombre una guía en su conciencia, que le dice: «No hagas a los demás lo que no quisieras que te hicieran». La moral natural está ciertamente inscrita en el corazón de los hombres, pero ¿saben todos leer en él? ¿Nunca han desconocido esos sabios preceptos? ¿Qué han hecho de la moral de Cristo? ¿Cómo la practican los mismos que la enseñan? ¿No se ha convertido en letra muerta, en una bella teoría, buena para los demás y no para uno mismo? ¿Reprocharéis a un padre que repita diez veces, cien veces las mismas instrucciones a sus hijos si estos no las aprovechan? ¿Por qué haría Dios menos que un padre de familia? ¿Por qué no enviaría de vez en cuando entre los hombres a mensajeros especiales encargados de recordarles sus deberes y de devolverlos al buen camino cuando se apartan de él? ¿De abrir los ojos de la inteligencia a quienes los han cerrado, como los hombres más adelantados envían misioneros entre los salvajes y los bárbaros?

Los Espíritus no enseñan otra moral que la de Cristo, porque no hay ninguna mejor. Pero entonces, ¿para qué sirve su enseñanza, puesto que solo dicen lo que sabemos? Otro tanto podría decirse de la moral de Cristo, que

fue enseñada quinientos años antes que él por Sócrates y Platón, y en términos casi idénticos; de todos los moralistas que repiten lo mismo en todos los tonos y bajo todas las formas. Pues bien, los Espíritus vienen sencillamente a aumentar el número de los moralistas, con la diferencia de que, al manifestarse por todas partes, se hacen oír tanto en la choza como en el palacio, tanto por los ignorantes como por las personas instruidas.

Lo que la enseñanza de los Espíritus añade a la moral de Cristo es el conocimiento de los principios que unen a los muertos y a los vivos, que completan las nociones vagas que él había dado del alma, de su pasado y de su porvenir, y que dan como fundamento a su doctrina las leyes mismas de la naturaleza. Con ayuda de las nuevas luces aportadas por el Espiritismo y los Espíritus, el hombre comprende la solidaridad que une a todos los seres; la caridad y la fraternidad se convierten en una necesidad social; hace por convicción lo que solo hacía por deber, y lo hace mejor.

Solo cuando los hombres practiquen la moral de Cristo podrán decir que ya no necesitan moralistas encarnados o desencarnados; pero entonces Dios tampoco se los enviará.

57 Una de las cuestiones más importantes entre las planteadas al comienzo de este capítulo es esta:

¿Cuál es la autoridad de la revelación espírita, puesto que emana de seres cuyos conocimientos son limitados y que no son infalibles?

La objeción sería seria si esta revelación consistiera únicamente en la enseñanza de los Espíritus; si debiéramos recibirla exclusivamente de ellos y aceptarla con los ojos cerrados; carece de valor desde el momento en que el hombre aporta a ella el concurso de su inteligencia y de su juicio; en que los Espíritus se limitan a encaminarlo hacia las deducciones que puede ex-

traer de la observación de los hechos. Ahora bien, las manifestaciones y sus innumerables variedades son hechos; el hombre los estudia y busca su ley; lo ayudan en este trabajo los Espíritus de todos los órdenes, que son más bien colaboradores que reveladores en el sentido usual de la palabra; somete sus afirmaciones al examen de la lógica y del sentido común; de este modo se beneficia de los conocimientos especiales que deben a su posición, sin renunciar al uso de su propia razón.

Como los Espíritus no son otros que las almas de los hombres, al comunicarnos con ellos no salimos de la humanidad, circunstancia de capital importancia que debemos considerar. Los hombres de genio que han sido las antorchas de la humanidad han salido, pues, del mundo de los Espíritus, así como han vuelto a él al dejar la tierra. Puesto que los Espíritus pueden comunicarse con los hombres, esos mismos genios pueden darles instrucciones bajo la forma espiritual, como lo hicieron bajo la forma corporal; pueden instruirnos después de su muerte, como lo hacían en vida; son invisibles en lugar de ser visibles, esa es toda la diferencia. Su experiencia y su saber no deben ser menores, y si su palabra, como hombres, tenía autoridad, no debe tener menos porque estén en el mundo de los Espíritus.

58 Pero no son solo los Espíritus superiores quienes se manifiestan, sino también los Espíritus de todos los órdenes, y eso era necesario para iniciarnos en el verdadero carácter del mundo espiritual, mostrándonoslo en todas sus facetas; de este modo, las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible son más íntimas, la conexión es más evidente; vemos con mayor claridad de dónde venimos y adónde vamos; tal es el fin esencial de estas manifestaciones. Todos los Espíritus, cualquiera que sea el grado que hayan alcanzado, nos enseñan, pues, algo; pero como están más o menos es-

clarecidos, nos corresponde discernir lo que hay en ellos de bueno o de malo y sacar el provecho que ofrece su enseñanza; ahora bien, todos, sean quienes sean, pueden enseñarnos o revelarnos cosas que ignoramos y que sin ellos no sabríamos.

59 Los grandes Espíritus encarnados son individualidades poderosas, sin duda, pero cuya acción es limitada y necesariamente lenta en propagarse. Si uno solo de ellos, aunque fuera Elías o Moisés, Sócrates o Platón, hubiera venido en estos últimos tiempos a revelar a los hombres el estado del mundo espiritual, ¿quién habría probado la verdad de sus afirmaciones en estos tiempos de escepticismo? ¿No se lo habría considerado un soñador o un utopista?

59.2 Y aun admitiendo que poseyera la verdad absoluta, habrían transcurrido siglos antes de que sus ideas fueran aceptadas por las masas. Dios, en su sabiduría, no ha querido que fuera así; ha querido que la enseñanza fuera dada por los propios Espíritus, y no por encarnados, para convencer de su existencia, y que tuviera lugar simultáneamente por toda la tierra, tanto para propagarla más rápidamente como para que se encontrara en la coincidencia de la enseñanza una prueba de la verdad, teniendo así cada uno los medios de convencerse por sí mismo.

60 GO. —

Los Espíritus no vienen a liberar al hombre del trabajo, del estudio y de las investigaciones; no le traen ninguna ciencia ya elaborada; en lo que puede encontrar por sí mismo, lo dejan con sus propias fuerzas; esto es lo que hoy saben perfectamente los Espiritistas. Hace mucho tiempo que la experiencia ha demostrado el error de la opinión que atribuía a los Espíritus todo saber y toda sabiduría, y según la cual bastaba con dirigirse al primer Espí-

ritu que se presentara para conocer todas las cosas. Surgidos de la humanidad, los Espíritus son una de sus facetas; como en la tierra, los hay superiores y comunes; muchos saben, pues, menos en materia científica y filosófica que ciertos hombres; dicen lo que saben, ni más ni menos; como entre los hombres, los más adelantados pueden informarnos sobre más cosas y darnos consejos más juiciosos que los atrasados. Pedir consejos a los Espíritus no es, por tanto, dirigirse a poderes sobrenaturales, sino a nuestros semejantes, a los mismos a quienes nos habríamos dirigido en vida, a nuestros parientes, a nuestros amigos o a individuos más esclarecidos que nosotros. Esto es de lo que importa convencerse y lo que ignoran quienes, al no haber estudiado el Espiritismo, se forman una idea enteramente falsa de la naturaleza del mundo de los Espíritus y de las relaciones de ultratumba.

61 ¿Cuál es, pues, la utilidad de estas manifestaciones, o si se quiere, de esta revelación, si los Espíritus no saben más que nosotros o si no nos dicen todo lo que saben?

En primer lugar, como hemos dicho, se abstienen de darnos lo que podemos adquirir mediante el trabajo; en segundo lugar, hay cosas que no les está permitido revelar, porque nuestro grado de adelanto no lo permite. Pero, aparte de eso, las condiciones de su nueva existencia amplían el círculo de sus percepciones; ven lo que no veían en la tierra; libres de las trabas de la materia, liberados de las preocupaciones de la vida corporal, juzgan las cosas desde un punto más elevado y, por eso mismo, con mayor acierto; su perspicacia abarca un horizonte más vasto; comprenden sus errores, rectifican sus ideas y se deshacen de los prejuicios humanos.

En esto consiste la superioridad de los Espíritus sobre la humanidad corporal, y por ello sus consejos pueden ser, según su grado de adelanto, más jui-

ciosos y más desinteresados que los de los encarnados. El medio en que se encuentran les permite además iniciarnos en las cosas de la vida futura que ignoramos y que no podemos aprender en aquel en que estamos. Hasta hoy, el hombre solo había creado hipótesis sobre su porvenir; por eso sus creencias sobre este punto se han dividido en sistemas tan numerosos y tan divergentes, desde la doctrina de la nada hasta las fantásticas descripciones del infierno y del paraíso. Hoy son los testigos oculares, los propios actores de la vida de ultratumba, quienes vienen a decirnos cómo es, y solo ellos podían hacerlo. Estas manifestaciones han servido, pues, para darnos a conocer el mundo invisible que nos rodea y cuya existencia no sospechábamos; y este conocimiento por sí solo sería de capital importancia, aun suponiendo que los Espíritus fueran incapaces de enseñarnos nada más.

Si vais a un país nuevo para vosotros, ¿rechazaréis la información del campesino más humilde que encontréis? ¿Os negaréis a preguntarle por el estado del camino porque no es más que un campesino? Ciertamente no esperaréis de él explicaciones de gran alcance, pero tal como es, y dentro de su esfera, podrá informaros sobre ciertos puntos mejor que un sabio que no conoce el país. Sacaréis de sus indicaciones consecuencias que él no podría sacar por sí mismo, pero no por ello habrá dejado de ser un instrumento útil para vuestras observaciones, aunque solo haya servido para daros a conocer las costumbres de los campesinos. Lo mismo ocurre con las relaciones con los Espíritus, en las que el más pequeño puede enseñarnos algo.

62 Una comparación sencilla permitirá comprender aún mejor la situación. Un navío cargado de emigrantes parte hacia un destino lejano; lleva hombres de todas las condiciones, familiares y amigos de quienes se quedan. Se sabe que ese navío ha naufragado; no ha quedado ningún rastro de él, no

ha llegado ninguna noticia sobre su suerte; se cree que todos los viajeros han perecido, y el luto invade a todas las familias. No obstante, la tripulación entera, sin exceptuar a un solo hombre, ha llegado a una tierra desconocida, abundante y fértil, donde todos viven felices bajo un cielo benigno; pero nadie lo sabe. Y he aquí que un día otro navío llega a esa tierra; encuentra allí a todos los náufragos sanos y salvos. La feliz noticia se difunde con la rapidez del rayo; cada cual se dice: «¡Nuestros amigos no están perdidos!». Y dan gracias a Dios por ello. No pueden verse, pero se escriben; intercambian muestras de afecto, y la alegría sucede a la tristeza.

Tal es la imagen de la vida terrestre y de la vida de ultratumba, antes y después de la revelación moderna; esta, semejante al segundo navío, nos trae la buena noticia de que quienes nos son queridos siguen viviendo, y la certeza de reunirnos con ellos algún día; la duda sobre su suerte y la nuestra ya no existe; el desaliento se desvanece ante la esperanza.

Pero otros resultados vienen a hacer fructificar esta revelación. Dios, juzgando a la humanidad madura para penetrar el misterio de su destino y contemplar con serenidad nuevas maravillas, ha permitido que se levante el velo que separaba el mundo visible del mundo invisible. El hecho de las manifestaciones no tiene nada de extrahumano; es la humanidad espiritual que viene a conversar con la humanidad corporal y a decirle:

«Existimos, por lo tanto la nada no existe; esto es lo que somos, y esto es lo que ustedes serán; el porvenir les pertenece como nos pertenece a nosotros. Ustedes caminaban en las tinieblas, venimos a iluminar su camino y a abrirles paso; iban al azar, les mostramos la meta. La vida terrestre lo era todo para ustedes, porque no veían nada más allá; venimos a decirles, mostrándoles la vida espiritual: la vida terrestre no es nada. Su mirada se detenía en la tumba, les mostramos más allá un horizonte espléndido. No sa-

bían por qué sufren en la tierra; ahora, en el sufrimiento, ven la justicia de Dios; el bien no daba frutos aparentes para el porvenir, de ahora en adelante tendrá un fin y será una necesidad; la fraternidad no era más que una bella teoría, ahora se asienta sobre una ley de la naturaleza. Bajo el dominio de la creencia de que todo termina con la vida, la inmensidad está vacía, el egoísmo reina como dueño entre ustedes, y su consigna es:

«Cada cual para sí»; con la certeza del porvenir, los espacios infinitos se pueblan hasta el infinito, el vacío y la soledad no están en ninguna parte, la solidaridad une a todos los seres más allá y más acá de la tumba; es el reino de la caridad, con el lema: «Cada cual para todos y todos para cada cual». Por último, al término de la vida decían un adiós eterno a quienes les son queridos, ahora les dirán: «¡Hasta luego!».

Tales son, en resumen, los resultados de la nueva revelación; ha venido a llenar el vacío abierto por la incredulidad, a levantar los ánimos abatidos por la duda o la perspectiva de la nada, y a dar a cada cosa su razón de ser. ¿Acaso este resultado carece de importancia porque los Espíritus no vienen a resolver los problemas de la ciencia, a dar el saber a los ignorantes y a los perezosos el medio de enriquecerse sin esfuerzo? Sin embargo, los frutos que el hombre debe obtener de ella no son solamente para la vida futura; los recogerá en la tierra mediante la transformación que estas nuevas creencias deben producir necesariamente en su carácter, sus gustos, sus tendencias y, por consiguiente, en los hábitos y las relaciones sociales. Al poner fin al reino del egoísmo, del orgullo y de la incredulidad, preparan el del bien, que es el reino de Dios.

La revelación tiene, pues, por objeto poner al hombre en posesión de ciertas verdades que no podría adquirir por sí mismo, con el fin de acelerar el progreso. Estas verdades se limitan en general a principios fundamentales

destinados a encaminarlo hacia la investigación, y no a llevarlo de la mano; son hitos que le muestran la meta: a él le corresponde estudiarlos y deducir sus aplicaciones; lejos de eximirlo del trabajo, son nuevos elementos que se ofrecen a su actividad.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

II. DIOS

✦

1 Siendo Dios la causa primera de todas las cosas, el punto de partida de todo, el eje sobre el que descansa el edificio de la creación, es el punto que importa considerar ante todo.
Es un principio elemental que se juzga una causa por sus efectos, aun cuando no se vea la causa. La ciencia va más lejos: calcula la potencia de la causa por la potencia del efecto, e incluso puede determinar su naturaleza. Así, por ejemplo, la astronomía dedujo la existencia de planetas en determinadas regiones del espacio mediante el conocimiento de las leyes que rigen el movimiento de los astros; se buscaron y se encontraron esos planetas, de los que en realidad puede decirse que fueron descubiertos antes de haber sido vistos.

2 En un orden de hechos más comunes, si uno se encuentra envuelto en una espesa niebla, por la claridad difusa juzga que el sol está sobre el horizonte, aunque no vea el sol. Si un pájaro que surca el aire recibe un perdigón mortal, se juzga que un hábil tirador lo ha alcanzado, aunque no se vea al tirador. Por tanto, no siempre es necesario haber visto una cosa para saber que existe. En todo, observando los efectos se llega al conocimiento de las causas.

3 Otro principio igualmente elemental, y convertido en axioma por la fuerza de su verdad, es que todo efecto inteligente debe tener una causa inteligente.
Si se preguntara quién es el inventor de cierto mecanismo ingenioso, el arquitecto de cierto monumento, el escultor de cierta estatua o el pintor de

cierto cuadro, ¿qué se pensaría de quien respondiera que eso se hizo solo? Cuando se ve una obra maestra del arte o de la industria, se dice que debe ser el producto de un hombre de genio, porque una elevada inteligencia ha debido presidir su concepción; se juzga, sin embargo, que un hombre ha debido hacerla, porque se sabe que la cosa no está por encima de la capacidad humana, pero a nadie se le ocurrirá decir que salió del cerebro de un idiota o de un ignorante, y menos aún que es obra de un animal o producto del azar.

4 En todas partes se reconoce la presencia del hombre por sus obras. Si llegáis a una tierra desconocida, aunque sea un desierto, y descubrís en ella el menor vestigio de trabajos humanos, concluís que hay hombres que habitan o han habitado esa región.

4.2 La existencia de los hombres antediluvianos no se demostraría solo mediante fósiles humanos, sino también, y con igual certeza, por la presencia, en los terrenos de aquella época, de objetos trabajados por los hombres; un fragmento de vasija, una piedra tallada, un arma, un ladrillo bastarán para atestiguar su presencia.

4.3 Por la tosquedad o la perfección del trabajo se reconocerá el grado de inteligencia y de adelanto de quienes lo realizaron. Si, pues, encontrándoos en un país habitado exclusivamente por salvajes, descubrierais una estatua digna de Fidias, no dudaríais en decir que, siendo los salvajes incapaces de haberla hecho, debe ser obra de una inteligencia superior a la de los salvajes.

5 Pues bien, al dirigir la mirada a nuestro alrededor, a las obras de la naturaleza, al observar la previsión, la sabiduría y la armonía que presiden todas ellas, se reconoce que no hay ninguna que no supere el más alto alcance de

la inteligencia humana, puesto que el mayor genio de la tierra no sabría crear la menor brizna de hierba.

5.2 Puesto que la inteligencia humana no puede producirlas, es porque son producto de una inteligencia superior a la humanidad. Como esta armonía y esta sabiduría se extienden desde el grano de arena y el ácaro hasta los innumerables astros que circulan por el espacio, hay que concluir que esa inteligencia abarca el infinito, a menos que se diga que hay efectos sin causa.

6 A esto algunos oponen el siguiente razonamiento:

Las obras llamadas de la naturaleza son producto de fuerzas materiales que actúan mecánicamente, como consecuencia de las leyes de atracción y repulsión; las moléculas de los cuerpos inertes se agregan y se disgregan bajo el imperio de esas leyes. Las plantas nacen, brotan, crecen y se multiplican siempre de la misma manera, cada una dentro de su especie, en virtud de esas mismas leyes; cada ejemplar es semejante a aquel del que procede; el crecimiento, la floración, la fructificación y la coloración están subordinados a causas materiales, como el calor, la electricidad, la luz, la humedad, etc. Lo mismo ocurre con los animales. Los astros se forman por la atracción molecular y se mueven perpetuamente en sus órbitas por efecto de la gravitación. Esta regularidad mecánica en el empleo de las fuerzas naturales no revela una inteligencia libre. El hombre mueve el brazo cuando quiere y como quiere, pero quien lo moviera en el mismo sentido desde su nacimiento hasta su muerte sería un autómata; ahora bien, las fuerzas orgánicas de la naturaleza, consideradas en su conjunto, son en cierto modo automáticas.

Todo eso es verdad; pero esas fuerzas son efectos que deben tener una

causa, y nadie ha pretendido que constituyan la divinidad. Son materiales y mecánicas; no son inteligentes por sí mismas, eso también es verdad; pero una inteligencia que no es la de los hombres las pone en acción, las distribuye y las adapta a las necesidades de cada cosa. La adaptación útil de esas fuerzas es un efecto inteligente que denota una causa inteligente. Un reloj de péndulo se mueve con una regularidad automática, y esa regularidad es lo que constituye su mérito. La fuerza que lo hace funcionar es enteramente material y carece por completo de inteligencia; pero ¿qué sería de ese reloj si una inteligencia no hubiera combinado, calculado y distribuido el empleo de esa fuerza para hacerlo funcionar con precisión? Del hecho de que la inteligencia no esté en el mecanismo del reloj, y de que no se la vea, ¿sería racional concluir que no existe? Se la juzga por sus efectos.

La existencia del reloj atestigua la existencia del relojero; el ingenio del mecanismo atestigua la inteligencia y el saber del relojero. Cuando se ve uno de esos complicados relojes de péndulo que indican la hora de las principales ciudades del mundo y el movimiento de los astros, que tocan melodías, que parecen, en una palabra, hablaros para daros en el momento preciso la información que necesitáis, ¿se le ha ocurrido alguna vez a alguien decir: «Qué reloj tan inteligente»?

Lo mismo ocurre con el mecanismo del universo; Dios no se muestra, pero se afirma por sus obras.

7 La existencia de Dios es, por tanto, un hecho establecido, no solo por la revelación, sino por la evidencia material de los hechos. Los pueblos más salvajes no han tenido revelación y, sin embargo, creen instintivamente en

la existencia de un poder sobrehumano; es que ni siquiera los salvajes escapan a las consecuencias lógicas; ven cosas que están por encima del poder humano y concluyen que proceden de un ser superior a la humanidad.

8 No le es dado al hombre sondear la naturaleza íntima de Dios. Temerario sería quien pretendiera levantar el velo que lo oculta a nuestra vista; todavía nos falta el sentido que solo se adquiere mediante la completa depuración del Espíritu. Pero, si no puede penetrar su esencia, dada su existencia como premisa, puede llegar, mediante el razonamiento, al conocimiento de sus atributos necesarios; pues, al ver lo que no puede dejar de ser sin dejar de ser Dios, deduce lo que debe ser.
Sin el conocimiento de los atributos de Dios, sería imposible comprender la obra de la creación; es el punto de partida de todas las creencias religiosas, y por no haber acudido a él como al faro que podía guiarlas, la mayoría de las religiones han errado en sus dogmas. Las que no atribuyeron a Dios la omnipotencia imaginaron varios dioses; las que no le atribuyeron la bondad soberana hicieron de él un Dios celoso, iracundo, parcial y vengativo.

9 Dios es la suprema y soberana inteligencia. La inteligencia del hombre es limitada, puesto que no puede hacer ni comprender todo lo que existe; la de Dios, que abarca el infinito, debe ser infinita. Si se la supusiera limitada en algún punto, se podría concebir un ser todavía más inteligente, capaz de comprender y hacer lo que el otro no haría, y así sucesivamente hasta el infinito.

10 Dios es eterno, es decir, no ha tenido principio ni tendrá fin. Si hubiera tenido un principio, sería porque habría salido de la nada; ahora bien, la nada, al no ser nada, no puede producir nada; o bien habría sido creado por otro ser anterior, y entonces ese ser sería Dios. Si se le supusiera un princi-

pio o un fin, se podría, por tanto, concebir un ser que hubiera existido antes que él, o que pudiera existir después de él, y así sucesivamente hasta el infinito.

11 Dios es inmutable. Si estuviera sujeto a cambios, las leyes que rigen el universo no tendrían ninguna estabilidad.

12 Dios es inmaterial; es decir, su naturaleza difiere de todo lo que llamamos materia; de otro modo no sería inmutable, pues estaría sujeto a las transformaciones de la materia.
Dios no tiene una forma perceptible para nuestros sentidos; de lo contrario, sería materia. Decimos: la mano de Dios, el ojo de Dios, la boca de Dios, porque el hombre, al no conocerse más que a sí mismo, se toma como término de comparación de todo lo que no comprende. Esas imágenes en las que se representa a Dios bajo la figura de un anciano de larga barba, cubierto con un manto, son ridículas; tienen el inconveniente de rebajar al ser supremo a las mezquinas proporciones de la humanidad; de ahí a atribuirle las pasiones de la humanidad, a hacer de él un Dios iracundo y celoso, solo hay un paso.

13 Dios es todopoderoso. Si no tuviera el poder supremo, se podría concebir un ser más poderoso, y así sucesivamente hasta encontrar al ser al que ningún otro pudiera superar en poder, y ese sería Dios. No habría hecho todas las cosas, y las que no hubiera hecho serían obra de otro dios.

14 Dios es soberanamente justo y bueno. La sabiduría providencial de las leyes divinas se revela en las cosas más pequeñas como en las más grandes, y esa sabiduría no permite dudar ni de su justicia ni de su bondad. Estas dos cualidades implican todas las demás; si se las supusiera limitadas, aun-

que fuera en un solo punto, se podría concebir un ser que las poseyera en un grado más alto y que fuera superior a él.

La infinitud de una cualidad excluye la posibilidad de que exista una cualidad contraria que la disminuya o la anule. Un ser infinitamente bueno no podría tener la más pequeña porción de maldad, ni un ser infinitamente malo tener la más pequeña porción de bondad; del mismo modo que un objeto no podría ser de un negro absoluto con el más ligero matiz de blanco, ni de un blanco absoluto con la más pequeña mancha de negro.

Dios no podría, por tanto, ser a la vez bueno y malo, pues entonces, al no poseer ninguna de esas cualidades en grado supremo, no sería Dios; todas las cosas estarían sometidas al capricho y no habría estabilidad para nada. Por tanto, solo podría ser infinitamente bueno o infinitamente malo; si fuera infinitamente malo, no haría nada bueno; ahora bien, como sus obras dan testimonio de su sabiduría, de su bondad y de su solicitud, hay que concluir que, al no poder ser a la vez bueno y malo sin dejar de ser Dios, debe ser infinitamente bueno.

La bondad soberana implica la justicia soberana; pues, si actuara injustamente o con parcialidad en una sola circunstancia, o con respecto a una sola de sus criaturas, no sería soberanamente justo y, por consiguiente, no sería soberanamente bueno.

15 Dios es infinitamente perfecto. Es imposible concebir a Dios sin la infinitud de las perfecciones, pues de lo contrario no sería Dios, ya que siempre se podría concebir un ser que poseyera lo que le faltara. Para que ningún ser pueda superarlo, es necesario que sea infinito en todo.

Los atributos de Dios, al ser infinitos, no son susceptibles de aumento ni

de disminución; de lo contrario, no serían infinitos y Dios no sería perfecto. Si se quitara la más pequeña parte de uno solo de sus atributos, ya no tendríamos a Dios, puesto que podría existir un ser más perfecto.

16 Dios es único. La unidad de Dios es la consecuencia de la infinitud absoluta de las perfecciones. Otro Dios solo podría existir a condición de ser igualmente infinito en todas las cosas; pues si hubiera entre ellos la más leve diferencia, uno sería inferior al otro, estaría subordinado a su poder y no sería Dios.

16.2 Si hubiera entre ellos una igualdad absoluta, serían por toda la eternidad un mismo pensamiento, una misma voluntad, un mismo poder; así confundidos en su identidad, en realidad serían un solo Dios.

16.3 Si cada uno tuviera atribuciones especiales, uno haría lo que el otro no haría, y entonces no habría entre ellos una igualdad perfecta, ya que ninguno de los dos tendría la autoridad soberana.

17 La ignorancia del principio de la infinitud de las perfecciones de Dios es lo que ha engendrado el politeísmo, culto de todos los pueblos primitivos; atribuyeron la divinidad a todo poder que les pareció estar por encima de la humanidad; más tarde, la razón los llevó a reunir esos diversos poderes en uno solo. Después, a medida que los hombres comprendieron la esencia de los atributos divinos, eliminaron de sus símbolos las creencias que eran su negación.

18 En resumen, Dios solo puede ser Dios a condición de no ser superado en nada por otro ser; pues entonces el ser que lo superara en cualquier cosa, aunque solo fuera por el grosor de un cabello, sería el verdadero Dios; para ello, es necesario que sea infinito en todas las cosas.

Así es como, una vez comprobada la existencia de Dios por el hecho de sus obras, se llega, por la simple deducción lógica, a determinar los atributos que lo caracterizan.

19 Dios es, pues, la suprema y soberana inteligencia; es único, eterno, inmutable, inmaterial, todopoderoso, soberanamente justo y bueno, infinito en todas sus perfecciones, y no puede ser otra cosa.
Tal es el eje sobre el que descansa el edificio universal; es el faro cuyos rayos se extienden por el universo entero, y el único que puede guiar al hombre en la búsqueda de la verdad; siguiéndolo, nunca se extraviará, y si tantas veces se ha desviado, es por no haber seguido el camino que se le indicaba.
Tal es también el criterio infalible de todas las doctrinas filosóficas y religiosas; el hombre tiene, para juzgarlas, una medida rigurosamente exacta en los atributos de Dios, y puede decirse con certeza que toda teoría, todo principio, todo dogma, toda creencia, toda práctica que esté en contradicción con uno solo de esos atributos, que tienda no solo a anularlo, sino simplemente a debilitarlo, no puede estar en la verdad.
En filosofía, en psicología, en moral, en religión, solo es verdadero lo que no se aparta ni un ápice de las cualidades esenciales de la divinidad. La religión perfecta sería aquella en la que ningún artículo de fe se opusiera a esas cualidades, y cuyos dogmas pudieran someterse todos a esta comprobación sin sufrir menoscabo alguno.

20 La providencia es la solicitud de Dios por todas sus criaturas. Dios está en todas partes, lo ve todo, lo preside todo, incluso las cosas más pequeñas; en eso consiste la acción providencial.
«¿Cómo puede Dios, tan grande, tan poderoso, tan superior a todo, inmiscuirse en detalles ínfimos, preocuparse de los menores actos y de los meno-

res pensamientos de cada individuo? Tal es la pregunta que se plantea la incredulidad, de la cual concluye que, aun admitiendo la existencia de Dios, su acción solo debe extenderse a las leyes generales del universo; que el universo funciona desde toda la eternidad en virtud de esas leyes a las que cada criatura está sometida en su esfera de actividad, sin que sea necesaria la intervención incesante de la providencia».

21 En su estado actual de inferioridad, a los hombres les resulta difícil comprender a Dios infinito, porque ellos mismos son limitados; por eso se lo imaginan limitado como ellos; se lo representan como un ser circunscrito y hacen de él una imagen a su propia imagen.

21.2 Nuestros cuadros, que lo pintan con rasgos humanos, contribuyen mucho a mantener este error en el espíritu de las masas, que adoran en él la forma más que el pensamiento.

21.3 Para la mayoría es un soberano poderoso, en un trono inaccesible, perdido en la inmensidad de los cielos, y como sus facultades y sus percepciones son limitadas, no comprenden que Dios pueda o se digne intervenir directamente en las cosas pequeñas.

22 Ante la imposibilidad de comprender la esencia misma de la divinidad, el hombre solo puede formarse una idea aproximada de ella mediante comparaciones necesariamente muy imperfectas, pero que al menos pueden mostrarle la posibilidad de lo que, a primera vista, le parece imposible.
Supongamos un fluido lo bastante sutil para penetrar todos los cuerpos; es evidente que cada molécula de ese fluido, al encontrarse en contacto con cada molécula de la materia, producirá sobre el cuerpo una acción idéntica a la que produciría la totalidad del fluido. Es lo que la química demuestra todos los días en proporciones limitadas.

Este fluido, al carecer de inteligencia, actúa mecánicamente por las solas fuerzas materiales; pero si suponemos que este fluido está dotado de inteligencia, de facultades perceptivas y sensitivas, ya no actuará a ciegas, sino con discernimiento, con voluntad y libertad; verá, oirá y sentirá.

Las propiedades del fluido periespiritual pueden darnos una idea de ello. No es inteligente por sí mismo, ya que es materia, pero es el vehículo del pensamiento, de las sensaciones y de las percepciones del Espíritu; gracias a la sutileza de este fluido, los Espíritus penetran en todas partes, escudriñan nuestros pensamientos más íntimos, ven y actúan a distancia; a este fluido, llegado a cierto grado de depuración, deben los Espíritus superiores el don de la ubicuidad; basta un rayo de su pensamiento dirigido a diversos puntos para que puedan manifestar en ellos su presencia simultáneamente. La extensión de esta facultad está subordinada al grado de elevación y de depuración del Espíritu. También con ayuda de este fluido, el hombre mismo actúa a distancia, por el poder de la voluntad, sobre ciertos individuos; modifica, dentro de ciertos límites, las propiedades de la materia, da a sustancias inactivas propiedades determinadas, repara trastornos orgánicos y realiza curaciones mediante la imposición de manos.

23 Pero los Espíritus, por elevados que sean, son criaturas limitadas en sus facultades, su poder y la extensión de sus percepciones, y no podrían, en este aspecto, acercarse a Dios. No obstante, pueden servirnos como punto de comparación. Lo que el Espíritu solo puede realizar dentro de un límite restringido, Dios, que es infinito, lo realiza en proporciones indefinidas.

23.2 Existe además esta diferencia: la acción del Espíritu es momentánea y está subordinada a las circunstancias; la de Dios es permanente; el pensamiento del Espíritu solo abarca un tiempo y un espacio circunscritos; el de

Dios abarca el universo y la eternidad. En una palabra, entre los Espíritus y Dios hay la distancia de lo finito a lo infinito.

24 El fluido periespiritual no es el pensamiento del Espíritu, sino el agente y el intermediario de ese pensamiento; como es él quien lo transmite, está en cierto modo impregnado de él, y ante la imposibilidad en que nos encontramos de aislar el pensamiento, este parece formar una sola cosa con el fluido, como el sonido parece formar una sola cosa con el aire, de modo que podemos, por así decirlo, materializarlo. Así como decimos que el aire se vuelve sonoro, podríamos, tomando el efecto por la causa, decir que el fluido se vuelve inteligente.

25 Sea o no así en el caso del pensamiento de Dios, es decir, ya actúe directamente o por medio de un fluido, para facilitar nuestra comprensión, representémonoslo bajo la forma concreta de un fluido inteligente que llena el universo infinito y penetra todas las partes de la creación: la naturaleza entera está sumergida en el fluido divino; ahora bien, en virtud del principio de que las partes de un todo son de la misma naturaleza y tienen las mismas propiedades que el todo, cada átomo de ese fluido, si podemos expresarnos así, posee el pensamiento, es decir, los atributos esenciales de la divinidad, y como este fluido está en todas partes, todo está sometido a su acción inteligente, a su previsión, a su solicitud; no hay un solo ser, por ínfimo que sea, que no esté en cierto modo saturado de él. Así estamos constantemente en presencia de la divinidad; no hay una sola de nuestras acciones que podamos sustraer a su mirada; nuestro pensamiento está en contacto incesante con su pensamiento, y con razón se dice que Dios lee en los pliegues más profundos de nuestro corazón; estamos en él, como él está en nosotros, según la palabra de Cristo.

Por tanto, para extender su solicitud a todas sus criaturas, Dios no necesita dirigir su mirada desde lo alto de la inmensidad; nuestras oraciones, para que él las oiga, no necesitan atravesar el espacio ni pronunciarse con voz resonante, pues, estando él sin cesar a nuestro lado, nuestros pensamientos repercuten en él. Nuestros pensamientos son como los sonidos de una campana que hacen vibrar todas las moléculas del aire circundante.

26 Lejos de nosotros la idea de materializar la divinidad; la imagen de un fluido inteligente universal no es, evidentemente, más que una comparación, pero es adecuada para dar una idea más justa de Dios que los cuadros que lo representan bajo una figura humana; su único objeto es hacer comprender la posibilidad de que Dios esté en todas partes y se ocupe de todo.

27 Tenemos constantemente ante los ojos un ejemplo que puede darnos una idea de cómo puede ejercerse la acción de Dios sobre las partes más íntimas de todos los seres y, por consiguiente, de cómo llegan hasta él las impresiones más sutiles de nuestra alma. Está tomado de una instrucción dada por un Espíritu sobre este asunto.

«Uno de los atributos de la divinidad es la infinitud; no se puede representar al Creador como si tuviera una forma, un límite o una frontera cualquiera. Si no fuera infinito, se podría concebir algo más grande que él, y ese algo sería Dios. — Al ser infinito, Dios está en todas partes, pues, si no estuviera en todas partes, no sería infinito; no se puede salir de este dilema. Por tanto, si hay un Dios, y esto no lo duda nadie, ese Dios es infinito y no se puede concebir una extensión que él no ocupe. Se encuentra, por consiguiente, en contacto con todas sus creaciones; las envuelve, ellas están en él; es, pues, comprensible que esté en relación directa con cada criatura, y, para haceros comprender de la manera más material posible cómo tiene lu-

gar esta comunicación universal y constantemente, examinemos lo que sucede en el hombre entre su Espíritu y su cuerpo.

«El hombre es un pequeño mundo cuyo director es el Espíritu y cuyo principio dirigido es el cuerpo. En este universo, el cuerpo representará una creación de la que el Espíritu sería Dios. (Comprendéis que aquí solo puede tratarse de una analogía y no de una identidad). Los miembros de ese cuerpo, los distintos órganos que lo componen, sus músculos, sus nervios, sus articulaciones, son otras tantas individualidades materiales, por así decirlo, localizadas en un lugar particular del cuerpo; aunque el número de estas partes constitutivas, tan variadas y de naturaleza tan diferente, es considerable, nadie duda, no obstante, de que no puede producirse ningún movimiento ni tener lugar impresión alguna en un punto particular sin que el Espíritu tenga conciencia de ello. ¿Hay sensaciones diversas en varios lugares al mismo tiempo? El Espíritu las siente todas, las distingue, las analiza, asigna a cada una su causa y su lugar de acción.

«Un fenómeno análogo tiene lugar entre la creación y Dios. Dios está en todas partes en la naturaleza, como el Espíritu está en todas partes en el cuerpo; todos los elementos de la creación están en relación constante con él, como todas las células del cuerpo humano están en contacto inmediato con el ser espiritual; no hay, pues, razón alguna para que fenómenos del mismo orden no se produzcan de la misma manera en uno y otro caso.

«Un miembro se agita: el Espíritu lo siente; una criatura piensa: Dios lo sabe. Todos los miembros están en movimiento, los distintos órganos entran en vibración: el Espíritu siente cada manifestación, las distingue y las localiza. Las distintas creaciones, las distintas criaturas, se agitan, piensan, actúan de diversas maneras, y Dios sabe todo lo que sucede, asigna a cada uno lo que le es particular.

«De ello puede deducirse también la solidaridad de la materia y de la inteligencia, la solidaridad de todos los seres de un mundo entre sí, la de todos los mundos y, por último, la de las creaciones y el Creador». (Quinemant. Sociedad de París, 1867).

28 Comprendemos el efecto, y eso ya es mucho; del efecto nos remontamos a la causa, y juzgamos su grandeza por la grandeza del efecto; pero su esencia íntima se nos escapa, como la de la causa de multitud de fenómenos. Conocemos los efectos de la electricidad, del calor, de la luz, de la gravitación; los calculamos y, sin embargo, ignoramos la naturaleza íntima del principio que los produce. ¿Es, pues, más racional negar el principio divino porque no lo comprendemos?

29 Nada impide admitir, para el principio de inteligencia suprema, un centro de acción, un foco principal que irradie sin cesar e inunde el universo con sus efluvios, como el sol con su luz. Pero ¿dónde está ese foco? Nadie puede decirlo.

29.2 Es probable que no esté más fijo en un punto determinado de lo que lo está su acción, y que recorra sin cesar las regiones del espacio sin límites. Si simples Espíritus tienen el don de la ubicuidad, esta facultad, en Dios, debe ser ilimitada.

29.3 Puesto que Dios llena el universo, también se podría admitir, a modo de hipótesis, que ese foco no necesita desplazarse y que se forma en todos los puntos donde la voluntad suprema juzga oportuno manifestarse, de donde podría decirse que está en todas partes y en ninguna.

30 Ante estos problemas insondables, nuestra razón debe humillarse. Dios existe: no podemos dudarlo; es infinitamente justo y bueno: esa es su esencia; su solicitud se extiende a todo: lo comprendemos; por tanto, solo

puede querer nuestro bien, y por eso debemos confiar en él. Eso es lo esencial; en cuanto a lo demás, esperemos a ser dignos de comprenderlo.

31 Puesto que Dios está en todas partes, ¿por qué no lo vemos? ¿Lo veremos al dejar la tierra? Estas son las preguntas que se hacen a diario.
La primera es fácil de resolver; nuestros órganos materiales tienen percepciones limitadas que los hacen incapaces de ver ciertas cosas, incluso materiales. Así, ciertos fluidos escapan por completo a nuestra vista y a nuestros instrumentos de análisis y, sin embargo, no dudamos de su existencia. Vemos los efectos de la peste y no vemos el fluido que la transporta; vemos los cuerpos moverse bajo la influencia de la fuerza de gravitación y no vemos esa fuerza.

32 Las cosas de esencia espiritual no pueden ser percibidas por órganos materiales; solo mediante la vista espiritual podemos ver a los Espíritus y las cosas del mundo inmaterial; por tanto, solo nuestra alma puede percibir a Dios. ¿Lo ve inmediatamente después de la muerte? Solo las comunicaciones de ultratumba pueden enseñárnoslo.

32.2 Por ellas sabemos que la visión de Dios es privilegio únicamente de las almas más purificadas y que, por ello, muy pocas poseen, al dejar su envoltura terrestre, el grado de desmaterialización necesario. Algunas comparaciones comunes lo harán comprender fácilmente.

33 Quien se encuentra en el fondo de un valle rodeado de una espesa bruma no ve el sol; sin embargo, como hemos dicho antes, por la luz difusa deduce la presencia del sol. Si sube a la montaña, a medida que asciende, la niebla se aclara, la luz se vuelve cada vez más viva, pero todavía no ve el sol; cuando empieza a distinguirlo, aún está velado, pues basta el menor vapor para debilitar su resplandor. Solo después de haberse elevado por completo

por encima de la capa de bruma, al encontrarse en un aire perfectamente puro, lo ve en todo su esplendor.

Lo mismo sucede con aquel cuya cabeza estuviera envuelta en varios velos; al principio no ve absolutamente nada; con cada velo que se retira distingue una claridad cada vez mayor; solo cuando ha desaparecido el último velo percibe las cosas con nitidez.

Lo mismo sucede también con un líquido cargado de materias extrañas; al principio está turbio; con cada destilación aumenta su transparencia, hasta que, completamente purificado, adquiere una limpidez perfecta y no presenta ningún obstáculo a la vista.

Así sucede con el alma. La envoltura periespiritual, aunque invisible e impalpable para nosotros, es para ella una verdadera materia, todavía demasiado grosera para ciertas percepciones. Esta envoltura se espiritualiza a medida que el alma se eleva en moralidad. Las imperfecciones del alma son como velos que oscurecen su vista; cada imperfección de la que se desprende es un velo menos, pero solo después de haberse purificado por completo goza de la plenitud de sus facultades.

[34] Dios, por ser la esencia divina por excelencia, solo puede ser percibido en todo su resplandor por los Espíritus que han llegado al más alto grado de desmaterialización. Si los Espíritus imperfectos no lo ven, no es porque estén más alejados de él que los demás; como ellos, como todos los seres de la naturaleza, están sumergidos en el fluido divino, como nosotros lo estamos en la luz; solo que sus imperfecciones son velos que lo ocultan a su vista; cuando la niebla se haya disipado, lo verán resplandecer; para ello no necesitarán subir ni ir a buscarlo a las profundidades del infinito; una vez que

la vista espiritual se haya librado de las opacidades morales que la oscurecían, lo verán en cualquier lugar donde se encuentren, incluso en la tierra, pues está en todas partes.

35 El Espíritu solo se purifica con el tiempo, y las distintas encarnaciones son los alambiques en cuyo fondo deja cada vez algunas impurezas. Al abandonar su envoltura corporal, no se despoja instantáneamente de sus imperfecciones; por eso hay quienes, después de la muerte, no ven a Dios más que cuando vivían; pero, a medida que se purifican, tienen de él una intuición más clara; si no lo ven, lo comprenden mejor: la luz es menos difusa.

35.2 Así pues, cuando los Espíritus dicen que Dios les prohíbe responder a determinada pregunta, no es que Dios se les aparezca o les dirija la palabra para ordenarles o prohibirles tal o cual cosa, no; sino que lo sienten; reciben los efluvios de su pensamiento, como nos sucede a nosotros con los Espíritus que nos envuelven con su fluido, aunque no los veamos.

36 Ningún hombre puede, por tanto, ver a Dios con los ojos de la carne. Si este favor se concediera a algunos, solo sería en estado de éxtasis, cuando el alma está tan desprendida de los lazos de la materia como es posible durante la encarnación. Tal privilegio, por lo demás, solo correspondería a almas de élite, encarnadas en misión y no en expiación.

36.2 Pero, como los Espíritus del orden más elevado resplandecen con un brillo deslumbrante, puede suceder que Espíritus menos elevados, encarnados o desencarnados, impresionados por el esplendor que los rodea, hayan creído ver a Dios mismo. Así se ve a veces a un ministro confundido con su soberano.

37 ¿Bajo qué apariencia se presenta Dios a quienes se han hecho dignos de este favor? ¿Bajo una forma cualquiera? ¿Con figura humana o como un foco resplandeciente de luz?

37.2 El lenguaje humano es incapaz de describirlo, porque no existe para nosotros ningún punto de comparación que pueda dar una idea de ello; somos como ciegos a quienes se intentara en vano hacer comprender el resplandor del sol.

37.3 Nuestro vocabulario está limitado a nuestras necesidades y al círculo de nuestras ideas; el de los salvajes no podría describir las maravillas de la civilización; el de los pueblos más civilizados es demasiado pobre para describir los esplendores de los cielos, nuestra inteligencia demasiado limitada para comprenderlos, y nuestra vista demasiado débil quedaría deslumbrada por ellos.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

III. EL BIEN Y EL MAL

✦

1 Siendo Dios el principio de todas las cosas, y siendo este principio todo sabiduría, todo bondad y todo justicia, cuanto procede de él debe participar de estos atributos, pues lo que es infinitamente sabio, justo y bueno no puede producir nada irracional, malo ni injusto. Por tanto, el mal que observamos no debe tener su origen en él.

2 Si el mal estuviera entre las atribuciones de un ser especial, llámese Arimán o Satanás, habría dos posibilidades: o este ser sería igual a Dios y, por consiguiente, tan poderoso y eterno como él, o sería inferior a él.
En el primer caso, habría dos poderes rivales, luchando sin cesar, cada uno tratando de deshacer lo que hace el otro y contrariándose mutuamente. Esta hipótesis es incompatible con la unidad de propósito que se revela en el orden del universo.
En el segundo caso, este ser, al ser inferior a Dios, estaría subordinado a él; como no podría haber existido desde toda la eternidad como él sin ser su igual, habría tenido un comienzo; si fue creado, solo pudo haberlo sido por Dios; así, Dios habría creado al Espíritu del mal, lo que sería la negación de la bondad infinita.

3 Según una doctrina, el Espíritu del mal, creado bueno, se habría vuelto malo, y Dios, para castigarlo, lo habría condenado a permanecer eternamente malo y le habría dado la misión de seducir a los hombres para inducirlos al mal; ahora bien, como una sola caída podría hacerlos merecedores de los castigos más crueles por toda la eternidad, sin esperanza de perdón, habría aquí más que una falta de bondad: una crueldad premeditada,

pues, para facilitar la seducción y ocultar mejor la trampa, Satanás estaría autorizado a transformarse en ángel de luz y a imitar las propias obras de Dios hasta hacerlas indistinguibles. Habría, además, iniquidad y falta de previsión por parte de Dios, pues, al dejar a Satanás toda libertad para salir del imperio de las tinieblas y entregarse a los placeres mundanos para arrastrar a los hombres hacia ellos, el instigador del mal recibiría menos castigo que las víctimas de sus engaños que caen por debilidad, puesto que, una vez en el abismo, estas ya no pueden salir de él. Dios les niega un vaso de agua para saciar su sed, y durante toda la eternidad él y sus ángeles oyen sus gemidos sin dejarse conmover, mientras permite a Satanás disfrutar de todos los placeres que desea.

De todas las doctrinas sobre la teoría del mal, esta es, sin duda, la más irracional y la más injuriosa para la divinidad. (Véase El cielo y el infierno según el espiritismo, cap. x, Los demonios.)

4 Sin embargo, el mal existe y tiene una causa.

El mal es de varias clases. Están, en primer lugar, el mal físico y el mal moral; después, los males que el hombre puede evitar y los que son independientes de su voluntad. Entre estos últimos hay que incluir las calamidades naturales.

El hombre, cuyas facultades son limitadas, no puede penetrar ni abarcar el conjunto de los designios del Creador; juzga las cosas desde el punto de vista de su personalidad, de los intereses artificiales y convencionales que se ha creado y que no forman parte del orden de la naturaleza; por eso encuentra a menudo malo e injusto lo que encontraría justo y admirable si viera su causa, su finalidad y su resultado definitivo. Al buscar la razón de

ser y la utilidad de cada cosa, reconocerá que todo lleva la huella de la sabiduría infinita y se inclinará ante esa sabiduría, incluso en las cosas que no comprenda.

5 El hombre ha recibido una inteligencia con cuya ayuda puede conjurar o, al menos, atenuar en gran medida los efectos de todas las calamidades naturales; cuanto más conocimiento adquiere y más avanza en civilización, menos desastrosas son esas calamidades; con una organización social sabiamente previsora, podrá incluso neutralizar sus consecuencias cuando no puedan evitarse por completo. Así, para esas mismas calamidades que tienen su utilidad en el orden general de la naturaleza y para el futuro, pero que golpean en el presente, Dios ha dado al hombre, mediante las facultades con que ha dotado a su Espíritu, los medios de paralizar sus efectos.

Así es como sanea las regiones insalubres, neutraliza los miasmas pestilentes, fertiliza las tierras incultas y se las ingenia para preservarlas de las inundaciones; como construye viviendas más sanas y más sólidas para resistir los vientos, tan necesarios para la purificación de la atmósfera, y se pone a resguardo de las inclemencias del tiempo; así es, en fin, como, poco a poco, la necesidad le ha hecho crear las ciencias, con cuya ayuda mejora las condiciones de habitabilidad del globo y aumenta su bienestar.

Como el hombre debe progresar, los males a los que está expuesto son un estímulo para el ejercicio de su inteligencia y de todas sus facultades físicas y morales, al invitarlo a buscar los medios de librarse de ellos. Si no tuviera nada que temer, ninguna necesidad lo llevaría a buscar algo mejor; se adormecería en la inactividad de su espíritu; no inventaría ni descubriría nada. El dolor es el aguijón que impulsa al hombre hacia adelante por el camino del progreso.

6 Pero los males más numerosos son los que el hombre se crea por sus propios vicios, los que provienen de su orgullo, su egoísmo, su ambición, su codicia y sus excesos en todas las cosas: ahí está la causa de las guerras y de las calamidades que estas acarrean, de las discordias, de las injusticias, de la opresión del débil por el fuerte y, en fin, de la mayoría de las enfermedades. Dios ha establecido leyes llenas de sabiduría cuyo único fin es el bien; el hombre encuentra en sí mismo todo lo necesario para seguirlas; su conciencia le traza el camino; la ley divina está grabada en su corazón; y, además, Dios se las recuerda sin cesar por medio de sus mesías y sus profetas, de todos los Espíritus encarnados que han recibido la misión de iluminarlo, de elevar su moral, de mejorarlo, y, en estos últimos tiempos, por medio de la multitud de Espíritus desencarnados que se manifiestan por todas partes. Si el hombre se ajustara rigurosamente a las leyes divinas, no cabe duda de que evitaría los males más dolorosos y viviría feliz en la tierra. Si no lo hace, es en virtud de su libre albedrío, y sufre las consecuencias.

7 Pero Dios, lleno de bondad, ha puesto el remedio junto al mal, es decir, hace surgir el bien del mal mismo. Llega un momento en que el exceso de mal moral se vuelve intolerable y hace sentir al hombre la necesidad de cambiar de camino; instruido por la experiencia, se siente impulsado a buscar un remedio en el bien, siempre por efecto de su libre albedrío; cuando emprende un camino mejor, lo hace por su voluntad y porque ha reconocido los inconvenientes del otro camino. La necesidad lo obliga, pues, a mejorar moralmente para ser más feliz, así como esa misma necesidad lo ha obligado a mejorar las condiciones materiales de su existencia.

Puede decirse que el mal es la ausencia del bien, como el frío es la ausencia del calor. El mal no es un atributo distinto, del mismo modo que el frío no

es un fluido especial; uno es el negativo del otro. Donde no existe el bien, existe forzosamente el mal; no hacer el mal es ya el comienzo del bien. Dios solo quiere el bien; únicamente del hombre proviene el mal. Si hubiera en la creación un ser encargado del mal, el hombre no podría evitarlo; pero, como el hombre tiene en sí mismo la causa del mal y posee al mismo tiempo su libre albedrío y las leyes divinas como guía, lo evitará cuando quiera.

Tomemos un hecho común como comparación. Un propietario sabe que en el extremo de su campo hay un lugar peligroso donde podría morir o herirse quien se aventurara allí. ¿Qué hace para prevenir los accidentes? Coloca cerca del lugar un aviso que prohíbe seguir adelante debido al peligro. Esa es la ley; es sabia y previsora. Si, a pesar de ello, un imprudente no la tiene en cuenta y sigue adelante, y le ocurre una desgracia, ¿a quién puede culpar sino a sí mismo?

Así sucede con todo mal. El hombre lo evitaría si observara las leyes divinas. Dios, por ejemplo, ha puesto un límite a la satisfacción de las necesidades; la saciedad advierte al hombre; si sobrepasa ese límite, lo hace voluntariamente. Las enfermedades, las dolencias y la muerte que pueden ser su consecuencia son, pues, obra suya y no de Dios.

8 Siendo el mal el resultado de las imperfecciones del hombre, y habiendo sido el hombre creado por Dios, se dirá que Dios no ha dejado de crear, si no el mal, al menos la causa del mal; si hubiera hecho al hombre perfecto, el mal no existiría.

Si el hombre hubiera sido creado perfecto, se vería llevado inevitablemente al bien; ahora bien, en virtud de su libre albedrío, no se ve llevado inevitablemente ni al bien ni al mal. Dios ha querido que estuviera sometido a la

ley del progreso y que ese progreso fuera fruto de su propio trabajo, para que tuviera el mérito de él, del mismo modo que asume la responsabilidad del mal que resulta de su voluntad. La cuestión es, pues, saber cuál es, en el hombre, el origen de la inclinación al mal (1).

(1) El error consiste «en afirmar que el alma habría salido perfecta de las manos del Creador, cuando este, por el contrario, ha querido que la perfección fuera el resultado de la purificación gradual del espíritu y su propia obra. Dios ha querido que el alma, en virtud de su libre albedrío, pudiera elegir entre el bien y el mal, y que alcanzara sus fines últimos mediante una vida de lucha y resistiendo al mal. Si hubiera hecho al alma perfecta como él y, al salir de sus manos, la hubiera asociado a su bienaventuranza eterna, la habría hecho, no a su imagen, sino semejante a él mismo, como ya hemos dicho. Conociendo todas las cosas en virtud de su esencia y sin haber aprendido nada, movida por un sentimiento de orgullo nacido de la conciencia de sus atributos divinos, se habría visto arrastrada a renegar de su origen, a desconocer al autor de su existencia, y se habría puesto en estado de rebelión, de revuelta contra su Creador».

(Bonnamy, juez de instrucción: La razón del espiritismo, cap. vi.)

9 Si se estudian todas las pasiones, e incluso todos los vicios, se ve que tienen su origen en el instinto de conservación. Este instinto se encuentra en toda su fuerza en los animales y en los seres primitivos que más se acercan a la animalidad; domina solo en ellos porque todavía no tiene como contrapeso el sentido moral; el ser aún no ha nacido a la vida intelectual.

9.2 El instinto se debilita, por el contrario, a medida que se desarrolla la inteligencia, porque esta domina la materia; con la inteligencia razonada nace el libre albedrío, que el hombre usa a su antojo; solo entonces co-

mienza para él la responsabilidad de sus actos.

10 El destino del Espíritu es la vida espiritual; pero en las primeras fases de su existencia corporal, solo tiene necesidades materiales que satisfacer, y para ese fin el ejercicio de las pasiones es una necesidad para la conservación de la especie y de los individuos, materialmente hablando. Pero, una vez superado ese período, tiene otras necesidades, primero semimorales y semimateriales, y después exclusivamente morales. Es entonces cuando el Espíritu domina la materia; si se sacude su yugo, avanza por su camino providencial y se acerca a su destino final. Si, por el contrario, se deja dominar por ella, se retrasa al asimilarse al animal. En esa situación, lo que antes era un bien, porque era una necesidad de su naturaleza, se convierte en un mal, no solo porque ya no es una necesidad, sino porque resulta perjudicial para la espiritualización del ser. El mal es, pues, relativo, y la responsabilidad es proporcional al grado de adelanto.

Todas las pasiones tienen, por tanto, su utilidad providencial; de lo contrario, Dios habría hecho algo inútil y perjudicial; es el abuso lo que constituye el mal, y el hombre abusa en virtud de su libre albedrío. Más tarde, iluminado por su propio interés, elige libremente entre el bien y el mal.

11 El instinto y la inteligencia

¿Qué diferencia hay entre el instinto y la inteligencia? ¿Dónde termina el uno y dónde comienza la otra? ¿Es el instinto una inteligencia rudimentaria, o bien una facultad distinta, un atributo exclusivo de la materia?

El instinto es la fuerza oculta que impulsa a los seres orgánicos a realizar actos espontáneos e involuntarios, con miras a su conservación. En los actos instintivos no hay reflexión, ni combinación, ni premeditación. Así es como la planta busca el aire, se vuelve hacia la luz y dirige sus raíces hacia

el agua y la tierra que la nutre; como la flor se abre y se cierra alternativamente según la necesidad; como las plantas trepadoras se enroscan alrededor de un apoyo o se sujetan con sus zarcillos. Por el instinto, los animales perciben lo que les es útil o perjudicial; se dirigen, según las estaciones, hacia los climas propicios; construyen, sin lecciones previas, con mayor o menor arte según las especies, lechos mullidos y refugios para sus crías, y dispositivos para atrapar a las presas de las que se alimentan; manejan con destreza las armas ofensivas y defensivas de las que están provistos; los sexos se acercan; la madre cobija a sus pequeños y estos buscan el pecho de la madre. En el hombre, el instinto domina de manera exclusiva al comienzo de la vida; por el instinto, el niño hace sus primeros movimientos, toma su alimento, grita para expresar sus necesidades, imita el sonido de la voz e intenta hablar y caminar. Incluso en el adulto, ciertos actos son instintivos; tales son los movimientos espontáneos para evitar un peligro, para salir de una situación peligrosa, para mantener el equilibrio; tales son también el parpadeo para atenuar el resplandor de la luz, la apertura mecánica de la boca para respirar, etc.

12 La inteligencia se revela mediante actos voluntarios, reflexivos, premeditados y combinados según lo que aconsejen las circunstancias. Es indiscutiblemente un atributo exclusivo del alma.

Todo acto mecánico es instintivo; el que denota reflexión y combinación es inteligente; uno es libre, el otro no lo es.

El instinto es un guía seguro, que nunca engaña; la inteligencia, por el solo hecho de ser libre, está a veces sujeta al error.

Aunque el acto instintivo no tenga el carácter del acto inteligente, revela, sin embargo, una causa inteligente esencialmente previsora. Si se admite

que el instinto tiene su origen en la materia, hay que admitir que la materia es inteligente, e incluso más seguramente inteligente y previsora que el alma, puesto que el instinto no se equivoca, mientras que la inteligencia se equivoca.

Si se considera el instinto como una inteligencia rudimentaria, ¿cómo es que, en ciertos casos, es superior a la inteligencia razonada? ¿Cómo es que permite ejecutar cosas que esta no puede producir?

Si es el atributo de un principio espiritual especial, ¿qué ocurre con ese principio? Puesto que el instinto se desvanece, ¿quedaría entonces aniquilado ese principio? Si los animales solo están dotados de instinto, su porvenir no tiene salida; sus sufrimientos no tienen compensación alguna. Eso no sería conforme ni con la justicia ni con la bondad de Dios.

13 Según otro sistema, el instinto y la inteligencia tendrían un único y mismo principio; al llegar a cierto grado de desarrollo, ese principio, que al comienzo solo habría tenido las cualidades del instinto, sufriría una transformación que le daría las de la inteligencia libre; recibiría, en una palabra, lo que se ha convenido en llamar la chispa divina. Esa transformación no sería repentina, sino gradual, de modo que, durante cierto período, habría una mezcla de las dos aptitudes, disminuyendo la primera a medida que aumenta la segunda.

14 Por último, una última hipótesis que, por lo demás, concuerda perfectamente con la idea de la unidad de principio, se desprende del carácter esencialmente previsor del instinto y coincide con lo que el Espiritismo nos enseña acerca de las relaciones entre el mundo espiritual y el mundo corporal. Ahora se sabe que los Espíritus desencarnados tienen la misión de velar por los encarnados, de quienes son protectores y guías; que los rodean de sus

emanaciones fluídicas; que el hombre actúa a menudo de manera inconsciente bajo la acción de esas emanaciones.

Se sabe, además, que el instinto, que produce por sí mismo actos inconscientes, predomina en los niños y, en general, en los seres cuya razón es débil. Ahora bien, según esta hipótesis, el instinto no sería un atributo ni del alma ni de la materia; no pertenecería propiamente al ser vivo, sino que sería un efecto de la acción directa de los protectores invisibles, que suplirían la imperfección de la inteligencia provocando ellos mismos los actos inconscientes necesarios para la conservación del ser. Sería como las andaderas con las que se sostiene al niño que aún no sabe caminar. Pero, así como se suprime gradualmente el uso de las andaderas a medida que el niño se sostiene solo, los Espíritus protectores dejan a sus protegidos valerse por sí mismos a medida que estos pueden guiarse por su propia inteligencia.

Así, el instinto, lejos de ser el producto de una inteligencia rudimentaria e incompleta, sería obra de una inteligencia ajena en la plenitud de su fuerza, que supliría la insuficiencia, ya sea de una inteligencia más joven, a la que impulsaría a hacer inconscientemente, por su bien, lo que esta aún es incapaz de hacer por sí misma, ya sea de una inteligencia madura, pero momentáneamente impedida de usar sus facultades, como ocurre en el hombre durante la infancia y en los casos de idiocia y de afecciones mentales.

Dice el refrán que hay un Dios para los niños, los locos y los borrachos; este dicho es más cierto de lo que se cree; ese Dios no es otro que el Espíritu protector que vela por el ser incapaz de protegerse mediante su propia razón.

15.- —

15 En este orden de ideas, se puede ir más lejos. Esta teoría, por racional que sea, no resuelve todas las dificultades de la cuestión. Para investigar las causas, hay que estudiar los efectos, y de la naturaleza de los efectos se puede deducir la naturaleza de la causa.

Si se observan los efectos del instinto, se advierte ante todo una unidad de miras y de conjunto, una seguridad en los resultados que dejan de existir en cuanto el instinto es sustituido por la inteligencia libre; además, en la adaptación tan perfecta y tan constante de las facultades instintivas a las necesidades de cada especie se reconoce una profunda sabiduría. Esta unidad de miras no podría existir sin la unidad de pensamiento y, por consiguiente, con una multiplicidad de causas actuantes. Ahora bien, a consecuencia del progreso que realizan sin cesar las inteligencias individuales, existe entre ellas una diversidad de aptitudes y de voluntades incompatible con ese conjunto tan perfectamente armonioso que se produce desde el origen de los tiempos y en todos los climas, con una regularidad y una precisión matemáticas, sin fallar jamás. Esta uniformidad en el resultado de las facultades instintivas es un hecho característico que implica forzosamente la unidad de la causa; si esa causa fuera inherente a cada individualidad, habría tantas variedades de instintos como individuos hay, desde la planta hasta el hombre. Un efecto general, uniforme y constante debe tener una causa general, uniforme y constante; un efecto que revela sabiduría y previsión debe tener una causa sabia y previsora.

Ahora bien, una causa sabia y previsora, al ser necesariamente inteligente, no puede ser exclusivamente material.

Al no encontrar en las criaturas, encarnadas o desencarnadas, las cualidades necesarias para producir tal resultado, hay que remontarse más arriba, es decir, al propio Creador. Si se vuelve a la explicación que se ha dado sobre

la manera en que puede concebirse la acción providencial (cap. II, n.º 25); si se imagina a todos los seres penetrados por el fluido divino, soberanamente inteligente, se comprenderán la sabiduría previsora y la unidad de miras que presiden todos los movimientos instintivos para el bien de cada individuo. Esta solicitud es tanto más activa cuanto menos recursos tiene el individuo en sí mismo y en su propia inteligencia; por eso se muestra mayor y más absoluta en los animales y en los seres inferiores que en el hombre.

Según esta teoría, se comprende que el instinto sea un guía siempre seguro. El instinto maternal, el más noble de todos, que el materialismo rebaja al nivel de las fuerzas de atracción de la materia, queda enaltecido y ennoblecido. Por sus consecuencias, no debía quedar a merced de las eventualidades caprichosas de la inteligencia y del libre albedrío. Por mediación de la madre, Dios mismo vela por sus criaturas recién nacidas.

16 Esta teoría no invalida en absoluto el papel de los Espíritus protectores, cuya ayuda es un hecho establecido y probado por la experiencia; pero hay que observar que su acción es esencialmente individual; que se modifica según las cualidades propias del protector y del protegido, y que en ninguna parte tiene la uniformidad y la generalidad del instinto.

16.2 Dios, en su sabiduría, conduce él mismo a los ciegos, pero confía a inteligencias libres el cuidado de conducir a quienes ven con claridad, para dejar a cada cual la responsabilidad de sus actos. La misión de los Espíritus protectores es un deber que aceptan voluntariamente y que constituye para ellos un medio de adelanto según la manera en que lo cumplen.

17 Todas estas maneras de considerar el instinto son necesariamente hipotéticas, y ninguna tiene un carácter de autenticidad suficiente para presentarse como solución definitiva.

17.2 La cuestión se resolverá sin duda algún día, cuando se hayan reunido los elementos de observación que aún faltan; hasta entonces, hay que limitarse a someter las diversas opiniones al crisol de la razón y de la lógica, y esperar a que se haga la luz; la solución que más se acerque a la verdad será necesariamente la que mejor corresponda a los atributos de Dios, es decir, a la bondad soberana y a la justicia soberana. (Véase cap. II, n.º 19.)

18 El instinto, que es el guía, y las pasiones, que son los motores de las almas en el primer período de su desarrollo, se confunden a veces en sus efectos, y sobre todo en el lenguaje humano, que no siempre se presta suficientemente a la expresión de todos los matices. Sin embargo, entre estos dos principios hay diferencias que es esencial considerar.

El instinto es un guía seguro, siempre bueno; en un momento dado puede volverse inútil, pero nunca perjudicial; se debilita con el predominio de la inteligencia.

Las pasiones, en las primeras edades del alma, tienen en común con el instinto que los seres se ven impulsados por una fuerza igualmente inconsciente. Nacen más particularmente de las necesidades del cuerpo y están más ligadas al organismo que el instinto. Lo que las distingue sobre todo del instinto es que son individuales y no producen, como este, efectos generales y uniformes; por el contrario, se las ve variar en intensidad y naturaleza según los individuos. Son útiles como estímulo hasta el despertar del sentido moral, que convierte a un ser pasivo en un ser de razón; en ese mo-

mento se vuelven no solo inútiles, sino perjudiciales para el progreso del Espíritu, cuya desmaterialización retrasan; se debilitan con el desarrollo de la razón.

19 El hombre que actuara constantemente solo por instinto podría ser muy bueno, pero dejaría dormida su inteligencia; sería como el niño que nunca abandonara las andaderas y no supiera servirse de sus miembros. Quien no domina sus pasiones puede ser muy inteligente, pero al mismo tiempo muy malo. El instinto se extingue por sí mismo; las pasiones solo se dominan mediante el esfuerzo de la voluntad.

Todos los hombres han pasado por las etapas de las pasiones; si algunos ya no las tienen, si por naturaleza no son orgullosos, ni ambiciosos, ni egoístas, ni rencorosos, ni vengativos, ni crueles, ni coléricos, ni sensuales, si hacen el bien sin esfuerzo, sin premeditación y, por así decirlo, involuntariamente, es porque han progresado a lo largo de sus existencias anteriores; se han purgado de sus impurezas. Se dice equivocadamente que tienen menos mérito al hacer el bien que quienes deben luchar contra sus tendencias; para ellos, la victoria está alcanzada; para los otros todavía no lo está, y cuando lo esté, serán como los primeros: a su vez harán el bien sin pensar en ello, como niños que leen con fluidez sin necesitar ya deletrear; son como dos enfermos, de los cuales uno está curado y lleno de fuerza, mientras que el otro todavía está convaleciente y tropieza al caminar; son, en fin, como dos corredores, uno de los cuales está más cerca de la meta que el otro.

20 La destrucción recíproca de los seres vivos es una de las leyes de la naturaleza que, a primera vista, parecen menos conciliables con la bondad de Dios. Nos preguntamos por qué les ha impuesto la necesidad de destruirse

mutuamente para alimentarse unos a expensas de otros.

Para quien solo ve la materia y limita su mirada a la vida presente, esto parece, en efecto, una imperfección en la obra divina; de ahí la conclusión que sacan los incrédulos: que, al no ser Dios perfecto, no hay Dios. Es que juzgan la perfección de Dios desde su propio punto de vista; su propio juicio es la medida de su sabiduría, y piensan que Dios no podría obrar mejor de lo que ellos mismos lo harían. Como su corta visión no les permite juzgar el conjunto, no comprenden que de un mal aparente puede surgir un bien real. Solo el conocimiento del principio espiritual, considerado en su verdadera esencia, y de la gran ley de unidad que constituye la armonía de la creación puede dar al hombre la clave de este misterio y mostrarle la sabiduría providencial y la armonía precisamente allí donde solo veía una anomalía y una contradicción. Con esta verdad sucede lo mismo que con muchas otras; el hombre solo es capaz de sondear ciertas profundidades cuando su Espíritu ha alcanzado un grado suficiente de madurez.

21 La verdadera vida, tanto del animal como del hombre, no está en la envoltura corporal, como tampoco está en la vestimenta; está en el principio inteligente que preexiste al cuerpo y le sobrevive. Este principio necesita el cuerpo para desarrollarse mediante el trabajo que debe realizar sobre la materia bruta; el cuerpo se desgasta en este trabajo, pero el Espíritu no se desgasta, al contrario: cada vez sale de él más fuerte, más lúcido y más capaz. ¡Qué importa, pues, que el Espíritu cambie de envoltura con mayor o menor frecuencia! No por ello deja de ser Espíritu; es exactamente como si un hombre renovara cien veces su vestimenta en un año: no por ello dejaría de ser el mismo hombre.

Mediante el espectáculo incesante de la destrucción, Dios enseña a los

hombres la poca importancia que deben dar a la envoltura material y suscita en ellos la idea de la vida espiritual, haciéndosela desear como una compensación.

Dios, se dirá, ¿no podía llegar al mismo resultado por otros medios y sin obligar a los seres vivos a destruirse mutuamente? ¡Muy audaz sería quien pretendiera penetrar los designios de Dios! Si todo es sabiduría en su obra, debemos suponer que esa sabiduría no ha de faltar en este punto más que en los demás; si no lo comprendemos, debemos atribuirlo a nuestro escaso progreso. Sin embargo, podemos intentar buscar la razón, tomando como brújula este principio: Dios debe ser infinitamente justo y sabio; busquemos, pues, en todo su justicia y su sabiduría, e inclinémonos ante lo que supera nuestro entendimiento.

22 Una primera utilidad que se presenta en esta destrucción, utilidad puramente física, es cierto, es la siguiente: los cuerpos orgánicos solo se mantienen con ayuda de las materias orgánicas, pues solo estas materias contienen los elementos nutritivos necesarios para su transformación. Como los cuerpos, instrumentos de acción del principio inteligente, necesitan renovarse sin cesar, la Providencia hace que sirvan para su mantenimiento mutuo; por eso los seres se alimentan unos de otros; así, el cuerpo se alimenta del cuerpo, pero el Espíritu no es aniquilado ni alterado; solo queda despojado de su envoltura.

23 Hay, además, consideraciones morales de un orden más elevado.

La lucha es necesaria para el desarrollo del Espíritu; en la lucha ejercita sus facultades. El que ataca para obtener su alimento y el que se defiende para conservar su vida rivalizan en astucia e inteligencia y, por eso mismo, aumentan sus fuerzas intelectuales. Uno de los dos sucumbe; pero ¿qué le ha

quitado en realidad el más fuerte o el más hábil al más débil? Su vestidura de carne, nada más; el Espíritu, que no ha muerto, tomará otra más adelante.

24 En los seres inferiores de la creación, en aquellos en los que no existe el sentido moral y la inteligencia aún no ha sustituido al instinto, la lucha solo puede tener como móvil la satisfacción de una necesidad material; ahora bien, una de las necesidades materiales más imperiosas es la del alimento; por tanto, luchan únicamente para vivir, es decir, para capturar o defender una presa, pues no podrían ser estimulados por un móvil más elevado. En este primer período el alma se forma y se ejercita en la vida. Cuando ha alcanzado el grado de madurez necesario para su transformación, recibe de Dios nuevas facultades: el libre albedrío y el sentido moral, la chispa divina, en una palabra, que dan un nuevo rumbo a sus ideas y la dotan de nuevas aptitudes y nuevas percepciones.

Pero las nuevas facultades morales de las que está dotada solo se desarrollan gradualmente, pues nada es brusco en la naturaleza; hay un período de transición en el que el hombre apenas se distingue del animal; en las primeras edades domina el instinto animal, y la lucha sigue teniendo como móvil la satisfacción de las necesidades materiales; más tarde, el instinto animal y el sentimiento moral se equilibran; el hombre lucha entonces, ya no para alimentarse, sino para satisfacer su ambición, su orgullo y la necesidad de dominar: para ello, todavía necesita destruir. Pero a medida que el sentido moral predomina, la sensibilidad se desarrolla y la necesidad de destruir disminuye; acaba incluso por desaparecer y volverse odiosa: el hombre siente horror por la sangre.

Sin embargo, la lucha sigue siendo necesaria para el desarrollo del Espíritu,

pues, incluso llegado a ese punto que nos parece culminante, está lejos de ser perfecto; solo mediante su actividad adquiere conocimientos y experiencia, y se despoja de los últimos vestigios de la animalidad; pero entonces la lucha, que era sangrienta y brutal, se vuelve puramente intelectual; el hombre lucha contra las dificultades y ya no contra sus semejantes (1).

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

IV. PAPEL DE LA CIENCIA EN EL GÉNESIS

✦

1 La historia del origen de casi todos los pueblos antiguos se confunde con la de su religión; por eso sus primeros libros fueron libros religiosos; y como todas las religiones se vinculan al principio de las cosas, que es también el de la humanidad, dieron sobre la formación y la disposición del universo explicaciones acordes con el estado de los conocimientos de su tiempo y de sus fundadores. De ello resultó que los primeros libros sagrados fueron al mismo tiempo los primeros libros de ciencia, así como fueron durante mucho tiempo el único código de leyes civiles.

2 La religión era entonces un poderoso freno para gobernar; los pueblos se doblegaban de buena gana ante los poderes invisibles en cuyo nombre se los sometía, y de los cuales los gobernantes decían haber recibido su poder, cuando no se presentaban como iguales de esos mismos poderes.
Para dar más fuerza a la religión, había que presentarla como absoluta, infalible e inmutable, pues de otro modo habría perdido su ascendiente sobre seres casi embrutecidos que apenas despertaban a la razón. No debía poder discutirse, como tampoco las órdenes del soberano; de ahí el principio de la fe ciega y de la obediencia pasiva, que tenían así, en su origen, su razón de ser y su utilidad. La veneración que se tenía por los libros sagrados, casi siempre supuestamente descendidos del cielo o inspirados por la divinidad, impedía además todo examen.

3 En los tiempos primitivos, al ser necesariamente muy imperfectos los medios de observación, las primeras teorías sobre el sistema del mundo debían contener errores graves; pero, aunque esos medios hubieran sido tan completos como lo son hoy, los hombres no habrían sabido utilizarlos; por otra parte, solo podían ser fruto del desarrollo de la inteligencia y del conocimiento sucesivo de las leyes de la naturaleza. A medida que el hombre avanzó en el conocimiento de esas leyes, penetró en los misterios de la creación y rectificó las ideas que se había formado sobre el origen de las cosas.

4 Así como para comprender y definir el movimiento correlativo de las agujas de un reloj es preciso conocer las leyes que rigen su mecanismo, apreciar la naturaleza de los materiales y calcular la potencia de las fuerzas que actúan, para comprender el mecanismo del universo es preciso conocer las leyes que rigen todas las fuerzas puestas en acción en ese vasto conjunto. El hombre fue incapaz de resolver el problema de la creación hasta el momento en que la ciencia le dio la clave. Fue necesario que la astronomía le abriera las puertas del espacio infinito y le permitiera adentrar en él su mirada; que, mediante la potencia del cálculo, pudiera determinar con rigurosa precisión el movimiento, la posición, el volumen, la naturaleza y el papel de los cuerpos celestes; que la física le revelara las leyes de la gravitación, del calor, de la luz y de la electricidad, la potencia de esos agentes sobre toda la naturaleza y la causa de los innumerables fenómenos que de ellos se derivan; que la química le enseñara las transformaciones de la materia, y la mineralogía, las materias que forman la corteza del globo; que la geología le enseñara a leer en las capas terrestres la formación gradual de ese mismo globo. La botánica, la zoología, la paleontología y la antropología debían iniciarlo en la filiación y la sucesión de los seres organizados; con

la arqueología pudo seguir las huellas de la humanidad a través de los siglos; todas las ciencias, en una palabra, al completarse unas a otras, debían aportar su contribución indispensable para el conocimiento de la historia del mundo; a falta de ellas, el hombre solo tenía como guía sus primeras hipótesis.

Por eso, antes de que el hombre dispusiera de esos elementos de juicio, todos los comentaristas del Génesis, cuya razón tropezaba con imposibilidades materiales, giraban dentro de un mismo círculo sin poder salir de él; solo pudieron hacerlo cuando la ciencia abrió el camino, al abrir una brecha en el viejo edificio de las creencias, y entonces todo cambió de aspecto; una vez encontrado el hilo conductor, las dificultades se allanaron pronto; en lugar de un Génesis imaginario, se tuvo un Génesis positivo y, en cierto modo, experimental; el campo del universo se extendió hasta el infinito; se vio cómo la tierra y los astros se formaban gradualmente según leyes eternas e inmutables, que dan mucho mejor testimonio de la grandeza y la sabiduría de Dios que una creación milagrosa surgida de repente de la nada, como un cambio de decorado a la vista del público, por una idea súbita de la divinidad después de una eternidad de inacción.

Puesto que es imposible concebir el Génesis sin los datos aportados por la ciencia, puede decirse con toda verdad que: es la ciencia la que está llamada a constituir el verdadero Génesis según las leyes de la naturaleza.

5 En el punto al que ha llegado en el siglo diecinueve, ¿ha resuelto la ciencia todas las dificultades del problema del Génesis?

No, ciertamente; pero es indiscutible que ha eliminado definitivamente todos sus errores fundamentales y que ha asentado sus cimientos más esenciales sobre datos irrefutables; los puntos todavía inciertos no son, propia-

mente hablando, más que cuestiones de detalle, cuya solución, sea cual sea en el futuro, no puede perjudicar al conjunto. Por otra parte, a pesar de todos los recursos de los que ha podido disponer, le ha faltado hasta hoy un elemento importante sin el cual la obra nunca podría estar completa.

6 G. —
De todos los Génesis antiguos, el que más se acerca a los datos científicos modernos, a pesar de los errores que contiene y que hoy están demostrados hasta la evidencia, es indiscutiblemente el de Moisés. Algunos de esos errores son incluso más aparentes que reales, y proceden de la falsa interpretación de ciertas palabras cuyo significado primitivo se perdió al pasar de una lengua a otra mediante la traducción, o cuya acepción cambió con las costumbres de los pueblos, o bien de la forma alegórica propia del estilo oriental, que se tomó al pie de la letra en vez de buscar su espíritu.

7 La Biblia contiene, evidentemente, hechos que la razón desarrollada por la ciencia no podría aceptar hoy, y otros que parecen extraños y resultan repugnantes porque se vinculan a costumbres que ya no son las nuestras. Pero, junto a eso, sería parcial no reconocer que contiene cosas grandes y bellas. La alegoría ocupa en ella un lugar considerable, y bajo ese velo esconde verdades sublimes que aparecen si se busca el fondo del pensamiento, pues entonces lo absurdo desaparece.
¿Por qué, entonces, no se levantó antes ese velo? Por una parte, por la falta de las luces que solo la ciencia y una sana filosofía podían dar, y por otra, por el principio de la inmutabilidad absoluta de la fe, consecuencia de un respeto demasiado ciego por la letra, ante el cual la razón debía inclinarse, y, por lo tanto, por el temor a comprometer el armazón de creencias construido sobre el sentido literal. Como esas creencias partían de un punto

inicial, se temió que, si el primer eslabón de la cadena llegaba a romperse, todas las mallas de la red terminaran por separarse; por eso se cerraron los ojos a pesar de todo; pero cerrar los ojos ante el peligro no es evitarlo. Cuando un edificio cede, ¿no es más prudente sustituir enseguida las piedras malas por otras buenas que esperar, por respeto a la antigüedad del edificio, a que el mal no tenga remedio y haya que reconstruirlo de arriba abajo?

8 La ciencia, al llevar sus investigaciones hasta las entrañas de la tierra y las profundidades de los cielos, ha demostrado, pues, de manera irrefutable los errores del Génesis mosaico tomado al pie de la letra, y la imposibilidad material de que las cosas hayan sucedido tal como allí se relatan textualmente; por eso mismo, ha asestado un profundo golpe a creencias seculares. La fe ortodoxa se ha inquietado por ello, porque ha creído ver cómo le quitaban su piedra fundamental; pero ¿quién debía tener razón: la ciencia, que avanza con prudencia y de manera progresiva sobre el terreno sólido de las cifras y la observación, sin afirmar nada antes de tener la prueba en la mano, o un relato escrito en una época en la que faltaban por completo los medios de observación? ¿Quién debe imponerse, a fin de cuentas: el que dice que 2 y 2 son 5 y se niega a comprobarlo, o el que dice que 2 y 2 son 4 y lo demuestra?

9 Pero entonces, se dice, si la Biblia es una revelación divina, ¿Dios se ha equivocado? Si no es una revelación divina, ya no tiene autoridad, y la religión se derrumba por falta de base.
Una de dos: o la ciencia se equivoca, o tiene razón; si tiene razón, no puede hacer que una opinión contraria sea verdadera; no hay revelación que pueda imponerse a la autoridad de los hechos.

Indiscutiblemente, Dios, que es todo verdad, no puede inducir a los hombres al error, ni consciente ni inconscientemente, pues de otro modo no sería Dios. Por tanto, si los hechos contradicen las palabras que se le atribuyen, hay que concluir lógicamente que no las pronunció o que se entendieron en un sentido contrario al suyo.

Si la religión sufre en algunos puntos por esas contradicciones, la culpa no es de la ciencia, que no puede hacer que lo que es no sea, sino de los hombres, por haber fundado prematuramente dogmas absolutos, de los que hicieron una cuestión de vida o muerte, sobre hipótesis susceptibles de ser desmentidas por la experiencia.

Hay cosas a cuyo sacrificio es preciso resignarse, de buen o mal grado, cuando no se puede hacer otra cosa. Cuando el mundo avanza, como la voluntad de unos pocos no puede detenerlo, lo más sensato es seguirlo y adaptarse al nuevo estado de cosas, en vez de aferrarse al pasado que se derrumba, a riesgo de caer con él.

10 ¿Había que imponer silencio a la ciencia por respeto a unos textos considerados sagrados? Habría sido tan imposible como impedir que la tierra girara. Las religiones, cualesquiera que sean, nunca han ganado nada al sostener errores manifiestos.

10.2 La misión de la ciencia es descubrir las leyes de la naturaleza; ahora bien, como esas leyes son obra de Dios, no pueden ser contrarias a las religiones fundadas en la verdad.

10.3 Cumple su misión por la fuerza misma de las cosas y como consecuencia natural del desarrollo de la inteligencia humana, que también es una obra divina y solo avanza con el permiso de Dios, en virtud de las leyes de progreso que él ha establecido.

10.4 Lanzar el anatema contra el progreso como atentatorio contra la religión es, por tanto, ir contra la voluntad de Dios; es, además, un esfuerzo inútil, pues todos los anatemas del mundo no impedirán que la ciencia avance y que la verdad salga a la luz. Si la religión se niega a avanzar con la ciencia, la ciencia avanza sola.

11 Solo las religiones estancadas pueden temer los descubrimientos de la ciencia; esos descubrimientos solo son funestos para las que se dejan rezagar ante las ideas de progreso al inmovilizarse en el absolutismo de sus creencias; por lo general, se forman una idea tan mezquina de la divinidad que no comprenden que asimilar las leyes de la naturaleza reveladas por la ciencia es glorificar a Dios en sus obras; pero, en su ceguera, prefieren atribuirlas al Espíritu del mal. Una religión que no estuviera en ningún punto en contradicción con las leyes de la naturaleza no tendría nada que temer del progreso y sería invulnerable.

12 El Génesis comprende dos partes: la historia de la formación del mundo material y la de la humanidad considerada en su doble principio corporal y espiritual. La ciencia se ha limitado a la investigación de las leyes que rigen la materia; en el propio hombre solo ha estudiado la envoltura carnal. En este aspecto, ha llegado a comprender con una precisión indiscutible las principales partes del mecanismo del universo y del organismo humano. Sobre este punto capital ha podido, por tanto, completar el Génesis de Moisés y rectificar sus partes defectuosas.

Pero la historia del hombre, considerado como ser espiritual, se vincula a un orden especial de ideas que no pertenece al ámbito de la ciencia propiamente dicha y que esta, por ese motivo, no ha hecho objeto de sus investigaciones. La filosofía, que tiene más particularmente este género de estu-

dio entre sus atribuciones, solo ha formulado, sobre este punto, sistemas contradictorios, desde la espiritualidad pura hasta la negación del principio espiritual e incluso de Dios, sin más bases que las ideas personales de sus autores; por tanto, ha dejado la cuestión sin resolver por falta de una comprobación suficiente.

13 Esta cuestión, sin embargo, es para el hombre la más importante, pues es el problema de su pasado y de su porvenir; la del mundo material solo le afecta indirectamente. Lo que le importa saber ante todo es de dónde viene, adónde va; si ya ha vivido y si volverá a vivir, y qué suerte le está reservada.

Sobre todas estas cuestiones la ciencia guarda silencio. La filosofía solo ofrece opiniones que llegan a conclusiones diametralmente opuestas, pero al menos permite discutir, lo que hace que muchas personas se pongan de su lado con preferencia al de la religión, que no discute.

14 Todas las religiones están de acuerdo con el principio de la existencia del alma, aunque sin demostrarlo; pero no concuerdan ni sobre su origen, ni sobre su pasado, ni sobre su porvenir, ni, sobre todo, lo que es esencial, sobre las condiciones de las que depende su suerte futura.

14.2 La mayoría presenta de su porvenir un cuadro impuesto a la creencia de sus adeptos, que solo puede aceptarse mediante la fe ciega, pero que no puede resistir un examen serio.

14.3 El destino que atribuyen al alma, al estar ligado, en sus dogmas, a las ideas que se tenían del mundo material y del mecanismo del universo en los tiempos primitivos, es inconciliable con el estado de los conocimientos actuales. Por tanto, como solo pueden salir perdiendo con el examen y la discusión, encuentran más sencillo prohibir ambos.

15 De estas divergencias acerca del porvenir del hombre nacieron la duda y la incredulidad. No podía ser de otro modo; como cada religión pretendía ser la única en poseer toda la verdad, diciendo una las cosas de una manera y otra de otra, sin aportar pruebas suficientes de sus afirmaciones para convencer a la mayoría, el hombre, en la indecisión, se replegó sobre el presente. Sin embargo, la incredulidad deja un vacío doloroso; el hombre contempla con ansiedad lo desconocido en lo que tarde o temprano debe entrar inevitablemente; la idea de la nada lo hiela; su conciencia le dice que más allá del presente hay algo para él: pero ¿qué? Su razón desarrollada ya no le permite aceptar las historias con las que se arrulló su infancia, tomar la alegoría por la realidad. ¿Cuál es el sentido de esta alegoría? La ciencia ha rasgado una esquina del velo, pero no le ha revelado lo que más le importa saber. Pregunta en vano, nada le responde de una manera concluyente y capaz de calmar sus temores; por todas partes encuentra la afirmación enfrentada a la negación, sin pruebas más positivas de un lado que del otro; de ahí la incertidumbre, y la incertidumbre sobre las cosas de la vida futura hace que el hombre se vuelque con una especie de frenesí en las de la vida material.

Tal es el efecto inevitable de las épocas de transición; el edificio del pasado se derrumba y el del porvenir aún no está construido. El hombre es como el adolescente que ya no tiene la creencia ingenua de sus primeros años y todavía no posee los conocimientos de la edad madura; solo tiene vagas aspiraciones que no sabe definir.

16 Si la cuestión del hombre espiritual ha permanecido hasta nuestros días en el terreno de la teoría, es porque han faltado los medios de observación directa que se han tenido para constatar el estado del mundo material, y el

campo ha quedado abierto a las concepciones del espíritu humano.

16.2 Mientras el hombre no conoció las leyes que rigen la materia y no pudo aplicar el método experimental, vagó de sistema en sistema acerca del mecanismo del universo y de la formación de la Tierra. Ha ocurrido en el orden moral lo mismo que en el orden físico; para fijar las ideas ha faltado el elemento esencial: el conocimiento de las leyes del principio espiritual.

16.3 Este conocimiento estaba reservado a nuestra época, como el de las leyes de la materia ha sido obra de los dos últimos siglos.

17 Hasta ahora, el estudio del principio espiritual, comprendido en la metafísica, había sido puramente especulativo y teórico; en el espiritismo es enteramente experimental. Con ayuda de la facultad mediúmnica, más desarrollada en nuestros días y, sobre todo, generalizada y mejor estudiada, el hombre se ha encontrado en posesión de un nuevo instrumento de observación.

17.2 La mediumnidad ha sido para el mundo espiritual lo que el telescopio ha sido para el mundo astral y el microscopio para el mundo de lo infinitamente pequeño; ha permitido explorar, estudiar, por así decirlo, a simple vista, sus relaciones con el mundo corporal; aislar, en el hombre vivo, al ser inteligente del ser material y verlos actuar por separado.

17.3 Una vez en relación con los habitantes de ese mundo, se ha podido seguir al alma en su marcha ascendente, en sus migraciones, en sus transformaciones; se pudo por fin estudiar el elemento espiritual. Esto es lo que les faltaba a los anteriores comentaristas del Génesis para comprenderlo y rectificar sus errores.

18 El mundo espiritual y el mundo material, al estar en contacto incesante, dependen el uno del otro; ambos tienen su parte de acción en el Génesis. Sin el conocimiento de las leyes que rigen el primero, sería tan imposible constituir un Génesis completo como lo es para un escultor dar vida a una estatua.

18.2 Solo hoy, aunque ni la ciencia material ni la ciencia espiritual hayan dicho su última palabra, el hombre posee los dos elementos capaces de arrojar luz sobre este inmenso problema. Eran absolutamente necesarias estas dos llaves para llegar a una solución siquiera aproximada.

18.3 En cuanto a la solución definitiva, quizá nunca le sea dado al hombre encontrarla en la Tierra, porque hay cosas que son los secretos de Dios.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

V. SISTEMAS DEL MUNDO ANTIGUOS Y MODERNOS

✦

1 La primera idea que los hombres se hicieron de la tierra, del movimiento de los astros y de la constitución del universo debió de basarse, en su origen, únicamente en el testimonio de los sentidos. Al desconocer las leyes más elementales de la física y las fuerzas de la naturaleza, y al no tener más medio de observación que su vista limitada, solo podían juzgar por las apariencias.

Al ver que el sol aparecía por la mañana a un lado del horizonte y desaparecía por la tarde en el lado opuesto, se concluyó naturalmente que giraba alrededor de la tierra, mientras esta permanecía inmóvil. Si entonces se hubiera dicho a los hombres que ocurre lo contrario, habrían respondido que eso no podía ser, pues, habrían dicho, vemos que el sol cambia de lugar y no sentimos que la tierra se mueva.

2 El escaso alcance de los viajes, que entonces rara vez sobrepasaban los límites de la tribu o del valle, no permitía comprobar la esfericidad de la tierra. Además, ¿cómo suponer que la tierra pudiera ser una bola? Los hombres solo habrían podido mantenerse en el punto más elevado y, suponiéndola habitada en toda su superficie, ¿cómo habrían podido vivir en el hemisferio opuesto, con la cabeza hacia abajo y los pies hacia arriba? La cosa habría parecido aún menos posible con un movimiento de rotación. Cuando todavía en nuestros días, en los que se conoce la ley de gravitación, vemos a personas relativamente instruidas que no comprenden este fenómeno, no debe extrañarnos que los hombres de los primeros tiempos ni si-

quiera lo sospecharan.

La tierra era, pues, para ellos una superficie plana, circular como una piedra de molino, que se extendía hasta perderse de vista en dirección horizontal; de ahí la expresión todavía usada: Ir al fin del mundo. Sus límites, su espesor, su interior, su cara inferior, lo que había debajo, todo eso era desconocido (1).

(1) «La mitología hindú enseñaba que el astro del día se despojaba por la tarde de su luz y atravesaba el cielo durante la noche con una cara oscura. La mitología griega representaba el carro de Apolo tirado por cuatro caballos. Anaximandro, de Mileto, sostenía, según refiere Plutarco, que el sol era un carro lleno de un fuego muy vivo que habría escapado por una abertura circular. Al parecer, Epicuro habría expresado la opinión de que el sol se encendía por la mañana y se apagaba por la tarde en las aguas del Océano; otros piensan que lo consideraba una piedra pómez calentada hasta la incandescencia. Anaxágoras lo veía como un hierro caliente del tamaño del Peloponeso. ¡Observación singular! Los antiguos estaban tan irresistiblemente inclinados a considerar real el tamaño aparente de este astro que persiguieron a aquel filósofo temerario por haber atribuido semejante volumen a la antorcha del día, y fue necesaria toda la autoridad de Pericles para salvarlo de una condena a muerte y conmutarla por una sentencia de destierro». (Flammarion, Estudios y lecturas sobre astronomía, página 6.)

Cuando se ven semejantes ideas expresadas en el siglo quinto antes de la era cristiana, en la época más floreciente de Grecia, no pueden sorprender las que se hacían los hombres de los primeros tiempos sobre el sistema del mundo.

3 El cielo, que aparecía bajo una forma cóncava, era, según la creencia popular, una bóveda real cuyos bordes inferiores descansaban sobre la tierra y marcaban sus confines; una vasta cúpula cuya capacidad llenaba por completo el aire. Sin ninguna noción de la infinitud del espacio, incapaces incluso de concebirla, los hombres se figuraban que esta bóveda estaba formada por una materia sólida; de ahí el nombre de firmamento, que ha sobrevivido a la creencia y que significa firme, resistente (del latín firmament um, derivado de (irmus, y del griego herma, hermatos, firme, sostén, soporte, punto de apoyo).

4 Las estrellas, cuya naturaleza no podían sospechar, eran simples puntos luminosos, más o menos grandes, sujetos a la bóveda como lámparas suspendidas, dispuestos en una sola superficie y, por consiguiente, todos a la misma distancia de la tierra, de la misma manera que se representan en el interior de ciertas cúpulas pintadas de azul para figurar el azul de los cielos. Aunque hoy las ideas son muy distintas, se ha conservado el uso de las antiguas expresiones; todavía se dice, por comparación: la bóveda estrellada; bajo la cúpula del cielo.

5 La formación de las nubes por la evaporación de las aguas de la tierra también era desconocida entonces; no podía concebirse que la lluvia que cae del cielo tuviera su origen en la tierra, de donde no se veía subir el agua.

5.2 De ahí la creencia en la existencia de aguas superiores y aguas inferiores, de fuentes celestes y fuentes terrestres, de depósitos situados en las altas regiones, suposición que concordaba perfectamente con la idea de una bóveda sólida capaz de sostenerlos.

5.3 Las aguas superiores, al escapar por las grietas de la bóveda, caían en forma de lluvia y, según fueran estas aberturas más o menos anchas, la lluvia era suave o torrencial y diluviana.

6 La ignorancia completa del conjunto del universo y de las leyes que lo rigen, de la naturaleza, de la constitución y del destino de los astros, que además parecían tan pequeños en comparación con la tierra, debió de llevar necesariamente a considerar a esta como lo principal, el fin único de la creación, y a los astros como accesorios creados únicamente para sus habitantes. Este prejuicio se ha perpetuado hasta nuestros días, pese a los descubrimientos de la ciencia que han cambiado, para el hombre, el aspecto del mundo. ¡Cuántas personas creen todavía que las estrellas son adornos del cielo para recrear la vista de los habitantes de la tierra!

7 No se tardó en advertir el movimiento aparente de las estrellas, que se mueven en conjunto de oriente a occidente, saliendo por la tarde y poniéndose por la mañana, conservando sus posiciones respectivas. Durante mucho tiempo, esta observación no tuvo otra consecuencia que confirmar la idea de una bóveda sólida que arrastraba a las estrellas en su movimiento de rotación.
Estas primeras ideas, ideas ingenuas, constituyeron durante largos siglos el fondo de las creencias religiosas y sirvieron de base a todas las cosmogonías antiguas.

8 Más tarde se comprendió, por la dirección del movimiento de las estrellas y su regreso periódico en el mismo orden, que la bóveda celeste no podía ser simplemente una semiesfera colocada sobre la tierra, sino una esfera entera, hueca, en cuyo centro se encontraba la tierra, siempre plana, o a lo sumo convexa, y habitada únicamente en su cara superior. Ya era un pro-

greso.

Pero ¿sobre qué descansaba la tierra? Sería inútil referir todas las suposiciones ridículas nacidas de la imaginación, empezando por la de los indios, que decían que la sostenían cuatro elefantes blancos, y estos, las alas de un inmenso buitre. Los más sensatos confesaban que no sabían nada al respecto.

9 Sin embargo, una opinión generalmente difundida en las teogonías paganas situaba en los lugares bajos, es decir, en las profundidades de la tierra, o debajo de ella, no se sabía muy bien, la morada de los réprobos, llamada infiernos, es decir, lugares inferiores, y en los lugares altos, más allá de la región de las estrellas, la morada de los bienaventurados. La palabra infierno se ha conservado hasta nuestros días, aunque ha perdido su significado etimológico desde que la geología desalojó de las entrañas de la tierra el lugar de los suplicios eternos y la astronomía demostró que no hay arriba ni abajo en el espacio infinito.

10 Bajo el cielo puro de Caldea, de la India y de Egipto, cuna de las civilizaciones más antiguas, se pudo observar el movimiento de los astros con tanta precisión como lo permitía la ausencia de instrumentos especiales. Primero se vio que ciertas estrellas tenían un movimiento propio, independiente del conjunto, lo que no permitía suponer que estuvieran sujetas a la bóveda; se las llamó estrellas errantes o planetas para distinguirlas de las estrellas fijas. Se calcularon sus movimientos y sus regresos periódicos.

En el movimiento diurno de la esfera estrellada se observó la inmovilidad de la estrella polar, alrededor de la cual las demás describían, en veinticuatro horas, círculos oblicuos paralelos, más o menos grandes según su distancia de la estrella central; este fue el primer paso hacia el conocimiento

de la oblicuidad del eje del mundo. Viajes más largos permitieron observar la diferencia de aspecto del cielo según las latitudes y las estaciones; la elevación de la estrella polar sobre el horizonte, que variaba con la latitud, puso sobre la pista de la redondez de la tierra; así fue como poco a poco se formó una idea más exacta del sistema del mundo.

Hacia el año 600 antes de J. C., Tales, de Mileto (Asia Menor), conoció la esfericidad de la tierra, la oblicuidad de la eclíptica y la causa de los eclipses.

Un siglo más tarde, Pitágoras (de Samos) descubre el movimiento diurno de la tierra sobre su eje, su movimiento anual alrededor del sol, y vincula los planetas y los cometas al sistema solar.

160 años antes de J. C., Hiparco, de Alejandría (Egipto), inventa el astrolabio, calcula y predice los eclipses, observa las manchas del sol, determina el año trópico y la duración de las revoluciones de la luna.

Por valiosos que fueran estos descubrimientos para el progreso de la ciencia, tardaron cerca de 2,000 años en popularizarse. Como las ideas nuevas solo contaban entonces con escasos manuscritos para propagarse, quedaban en manos de unos pocos filósofos que las enseñaban a discípulos privilegiados; las masas, a las que apenas se pensaba en instruir, no se beneficiaban en absoluto y seguían alimentándose de las viejas creencias.

11 II. —

Hacia el año 140 de la era cristiana, Ptolomeo, uno de los hombres más ilustres de la escuela de Alejandría, combinando sus propias ideas con las creencias populares y algunos de los descubrimientos astronómicos más recientes, compuso un sistema que puede llamarse mixto, que lleva su nombre y que, durante cerca de quince siglos, fue el único adoptado en el

mundo civilizado.

Según el sistema de Ptolomeo, la tierra es una esfera en el centro del universo; se componía de los cuatro elementos: la tierra, el agua, el aire y el fuego. Era la primera región, llamada elemental. La segunda región, llamada etérea, comprendía once cielos, o esferas concéntricas que giraban alrededor de la tierra, a saber: el cielo de la luna, los de Mercurio, de Venus, del sol, de Marte, de Júpiter, de Saturno, de las estrellas fijas, del primer cristalino, esfera sólida transparente; del segundo cristalino y, por último, del primer móvil, que daba movimiento a todos los cielos inferiores y les hacía completar una revolución en veinticuatro horas. Más allá de los once cielos estaba el Empíreo, morada de los bienaventurados, llamado así del griego pyr, o pur, que significa fuego, porque se creía que esta región resplandecía de luz como el fuego.

La creencia en varios cielos superpuestos prevaleció durante mucho tiempo; pero su número variaba; el séptimo se consideraba generalmente el más elevado; de ahí la expresión: Ser arrebatado al séptimo cielo. San Pablo dijo que había sido elevado al tercer cielo.

Con independencia del movimiento común, los astros tenían, según Ptolomeo, movimientos propios particulares, más o menos grandes según su distancia del centro. Las estrellas fijas completaban una revolución en 25,816 años. Esta última estimación indica el conocimiento de la precesión de los equinoccios, que se cumple, en efecto, en unos 25,000 años.

[12] A comienzos del siglo decimosexto, Copérnico, célebre astrónomo, nacido en Thorn (Prusia) en 1472 y muerto en 1543, retomó las ideas de Pitágoras; publicó un sistema que, confirmado cada día por nuevas observaciones, fue acogido favorablemente y no tardó en derribar el de Ptolomeo. Se-

gún este sistema, el sol está en el centro y los planetas describen órbitas circulares alrededor de este astro; la luna es un satélite de la tierra.

Un siglo más tarde, en 1609, Galileo, nacido en Florencia, inventa el telescopio; en 1610 descubre los cuatro satélites de Júpiter y calcula sus revoluciones; reconoce que los planetas no tienen luz propia como las estrellas, sino que los ilumina el sol; que son esferas semejantes a la tierra; observa sus fases y determina la duración de su rotación sobre su eje; así, mediante pruebas materiales, confirma definitivamente el sistema de Copérnico.

Desde entonces se derrumbó el armazón de los cielos superpuestos; se reconoció que los planetas eran mundos semejantes a la tierra y, como ella, sin duda habitados; que el sol era una estrella, centro de un torbellino de planetas sujetos a él; que las estrellas eran innumerables soles, centros probables de otros tantos sistemas planetarios.

Las estrellas ya no están confinadas en una zona de la esfera celeste, sino diseminadas irregularmente por el espacio sin límites; las que parecen tocarse se encuentran a distancias inconmensurables unas de otras; las más pequeñas, en apariencia, son las más alejadas de nosotros; las más grandes, las más cercanas, se encuentran todavía a cientos de miles de millones de leguas.

Los grupos a los que se ha dado el nombre de constelaciones son solo agrupaciones aparentes causadas por la distancia, efectos de perspectiva, como los que forman, a la vista de quien se encuentra en un punto fijo, unas luces dispersas en una vasta llanura o los árboles de un bosque; pero estas agrupaciones no existen en realidad; si pudiéramos trasladarnos a la región de una de estas constelaciones, a medida que nos acercáramos, la forma desaparecería y nuevos grupos se dibujarían ante nuestros ojos.

Puesto que estos grupos solo existen en apariencia, el significado que les atribuye una creencia popular supersticiosa es ilusorio, y su influencia solo

puede existir en la imaginación.

Para distinguir las constelaciones se les han dado nombres como: León, Toro, Gemelos, Virgen, Balanza, Capricornio, Cangrejo, Orión, Hércules, Osa Mayor o Carro de David, Osa Menor, Lira, etc., y se las ha representado con figuras que recuerdan esos nombres, la mayoría de fantasía, pero que, en todos los casos, no guardan ninguna relación con la forma aparente del grupo de estrellas. Por tanto, sería inútil buscar esas figuras en el cielo.

La creencia en la influencia de las constelaciones, sobre todo de aquellas que constituyen los doce signos del zodiaco, procede de la idea asociada a los nombres que llevan; si la que se llama león hubiera sido llamada asno u oveja, sin duda se le habría atribuido una influencia muy distinta.

13 A partir de Copérnico y de Galileo, las viejas cosmogonías quedan destruidas para siempre; la astronomía solo podía avanzar, sin retroceder. La historia relata las luchas que estos hombres de genio tuvieron que sostener contra los prejuicios y, sobre todo, contra el espíritu de secta interesado en mantener los errores sobre los que se habían fundado creencias que se imaginaban asentadas en una base inquebrantable. Bastó la invención de un instrumento óptico para derribar un armazón de varios miles de años. Pero nada puede prevalecer contra una verdad reconocida como tal. Gracias a la imprenta, el público, iniciado en las nuevas ideas, comenzaba a dejar de mecerse en ilusiones y tomaba parte en la lucha; ya no había que combatir contra unos pocos individuos, sino contra la opinión general, que tomaba partido por la verdad.

¡Qué grande es el universo comparado con las mezquinas proporciones que le asignaban nuestros padres! ¡Qué sublime es la obra de Dios cuando

se la ve realizarse según las leyes eternas de la naturaleza! Pero también, ¡cuánto tiempo, cuántos esfuerzos de genio, cuánta entrega hicieron falta para abrir los ojos y arrancar por fin la venda de la ignorancia!

14 El camino estaba ya abierto para que numerosos e ilustres sabios entraran en él a completar la obra esbozada. Kepler, en Alemania, descubre las célebres leyes que llevan su nombre y mediante las cuales reconoce que los planetas describen, en lugar de órbitas circulares, elipses de las que el sol ocupa uno de los focos; Newton, en Inglaterra, descubre la ley de gravitación universal; Laplace, en Francia, crea la mecánica celeste; la astronomía, por fin, deja de ser un sistema fundado en conjeturas o probabilidades y pasa a ser una ciencia establecida sobre las bases más rigurosas del cálculo y de la geometría. Así queda colocada una de las piedras fundamentales del Génesis.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

VI. URANOGRAFÍA GENERAL

✦

[1] Se han dado varias definiciones del espacio; la principal es esta: el espacio es la extensión que separa dos cuerpos. De ahí ciertos sofistas han deducido que donde no había cuerpos, no había espacio; en esto se han basado algunos doctores en teología para establecer que el espacio era necesariamente finito, alegando que unos cuerpos limitados en número no podrían formar una serie infinita; y que donde terminaban los cuerpos, terminaba también el espacio. También se ha definido el espacio como: el lugar donde se mueven los mundos, el vacío donde actúa la materia, etc... Dejemos en los tratados donde reposan todas esas definiciones que no definen nada.

(1) Este capítulo está extraído textualmente de una serie de comunicaciones dictadas a la Sociedad Espírita de París, en 1862 y 1863, bajo el título de Estudios uranográficos, y firmadas Galileo, médium El espacio es una de esas palabras que representan una idea primitiva y axiomática, evidente por sí misma, y que las diversas definiciones que pueden darse de ella solo sirven para oscurecer. Todos sabemos qué es el espacio, y solo quiero establecer su infinitud, a fin de que nuestros estudios posteriores no tengan ninguna barrera que se oponga a las investigaciones de nuestra mirada.

Ahora bien, digo que el espacio es infinito, porque es imposible suponerle límite alguno y porque, a pesar de la dificultad que tenemos para concebir lo infinito, nos resulta más fácil recorrer eternamente el espacio con el pensamiento que detenernos en un lugar cualquiera más allá del cual ya no encontraríamos extensión que recorrer.

Para representarnos, hasta donde lo permiten nuestras facultades limita-

das, la infinitud del espacio, supongamos que partimos de la tierra, perdida en medio de lo infinito, hacia un punto cualquiera del universo, y esto con la velocidad prodigiosa de la chispa eléctrica, que recorre miles de leguas cada segundo; apenas hemos abandonado este globo cuando, tras recorrer millones de leguas, nos encontramos en un lugar desde donde la tierra ya solo se nos aparece como una pálida estrella. Un instante después, siguiendo siempre la misma dirección, llegamos a las estrellas lejanas que apenas distinguís desde vuestra estación terrestre; y desde allí, no solo la tierra queda enteramente perdida para nuestra mirada en las profundidades del cielo, sino que incluso vuestro sol, con todo su esplendor, queda eclipsado por la extensión que nos separa de él. Impulsados siempre por la misma velocidad del relámpago, atravesamos sistemas de mundos a cada paso que avanzamos por la extensión, islas de luz etérea, vías estelares, regiones suntuosas donde Dios ha sembrado los mundos con la misma profusión con que ha sembrado las plantas en las praderas terrestres.

Ahora bien, apenas llevamos unos minutos de marcha, y ya cientos de millones y millones de leguas nos separan de la tierra, miles de millones de mundos han pasado ante nuestra mirada y, sin embargo, ¡escuchad! En realidad, no hemos avanzado un solo paso en el universo.

Si continuamos durante años, siglos, miles de siglos, millones de períodos de cien siglos, e incesantemente con la misma velocidad del relámpago, ¡no habremos avanzado más! Y esto, sea cual sea el lado hacia el que vayamos y el punto hacia el que nos dirijamos desde ese grano invisible que hemos dejado y que se llama la tierra.

[2] ¡Eso es el espacio!

El tiempo, como el espacio, es una palabra definida por sí misma; nos hacemos de él una idea más exacta al establecer su relación con el todo infinito.

El tiempo es la sucesión de las cosas; está ligado a la eternidad de la misma manera que esas cosas están ligadas a lo infinito. Situémonos en el origen de nuestro mundo, en aquella época primitiva en que la tierra todavía no se balanceaba bajo el impulso divino; en una palabra, al comienzo del Génesis. Allí el tiempo aún no ha salido de la misteriosa cuna de la naturaleza, y nadie puede decir en qué época de los siglos estamos, puesto que el péndulo de los siglos todavía no se ha puesto en movimiento.

Pero ¡silencio! La primera hora de una tierra aislada suena en la campana eterna, el planeta se mueve en el espacio, y desde entonces hay tarde y mañana. Más allá de la tierra, la eternidad permanece impasible e inmóvil, aunque el tiempo avanza para muchos otros mundos. En la tierra, el tiempo la sustituye, y durante una sucesión determinada de generaciones se contarán los años y los siglos.

Trasladémonos ahora al último día de este mundo, a la hora en que, encorvada bajo el peso de la vejez, la tierra se borrará del libro de la vida para no volver a aparecer en él: aquí se detiene la sucesión de los acontecimientos; los movimientos terrestres que medían el tiempo se interrumpen, y el tiempo termina con ellos.

Esta sencilla exposición de las cosas naturales que dan nacimiento al tiempo, lo alimentan y lo dejan extinguirse basta para mostrar que, visto desde el punto en que debemos situarnos para nuestros estudios, el tiempo es una gota de agua que cae de la nube al mar y cuya caída se mide.

Tantos mundos hay en la vasta extensión, tantos tiempos diversos e incompatibles. Fuera de los mundos, solo la eternidad sustituye esas sucesiones

efímeras y llena apaciblemente con su luz inmóvil la inmensidad de los cielos. Inmensidad sin confines y eternidad sin límites: tales son las dos grandes propiedades de la naturaleza universal.

El ojo del observador que atraviesa, sin encontrar jamás un punto donde detenerse, las distancias inconmensurables del espacio, y el del geólogo que se remonta más allá de los límites de las edades, o que desciende a las profundidades de la eternidad abierta donde un día se perderán, actúan de común acuerdo, cada uno por su camino, para adquirir esta doble noción de lo infinito: extensión y duración.

Ahora bien, manteniendo este orden de ideas, nos resultará fácil concebir que, como el tiempo no es más que la relación entre las cosas transitorias y depende únicamente de las cosas que se miden, si, tomando los siglos terrestres como unidades, los acumulamos por miles y miles para formar un número colosal, ese número nunca representará más que un punto en la eternidad; del mismo modo que los miles de leguas sumados a los miles de leguas no son más que un punto en la extensión.

Así, por ejemplo, como los siglos están fuera de la vida etérea del alma, podríamos escribir un número tan largo como el ecuador terrestre y suponer que hemos envejecido ese número de siglos, sin que en realidad nuestra alma cuente un solo día más; y, añadiendo a ese número indefinible de siglos una serie tan larga como la distancia de aquí al sol de números semejantes, o aún más considerables, e imaginando que vivimos durante la prodigiosa sucesión de períodos seculares representados por la suma de tales números, cuando llegáramos al final, la acumulación incomprensible de siglos que pesaría sobre nuestras cabezas sería como si no existiera: siempre quedaría ante nosotros la eternidad entera.

El tiempo no es más que una medida relativa de la sucesión de las cosas

transitorias; la eternidad no admite ninguna medida desde el punto de vista de la duración; para ella no hay principio ni fin; todo es presente para ella.
Si siglos de siglos son menos que un segundo en relación con la eternidad, ¿qué es la duración de la vida humana?

3 A primera vista, nada parece tan profundamente variado, tan esencialmente distinto, como esas diversas sustancias que componen el mundo. Entre los objetos que el arte o la naturaleza hacen pasar diariamente ante nuestra mirada, ¿hay dos que presenten una identidad perfecta, o siquiera una igualdad de composición? ¡Qué diferencia, desde el punto de vista de la solidez, de la compresibilidad, del peso y de las múltiples propiedades de los cuerpos, entre los gases atmosféricos y el hilo de oro; entre la molécula acuosa de la nube y la del mineral que forma la estructura ósea del globo! ¡Qué diversidad entre el tejido químico de las variadas plantas que adornan el reino vegetal y el de los representantes no menos numerosos de la animalidad en la tierra!
Sin embargo, podemos establecer como principio absoluto que todas las sustancias conocidas y desconocidas, por diferentes que parezcan, ya sea desde el punto de vista de su constitución íntima o en cuanto a su acción recíproca, no son en realidad más que distintos modos en que se presenta la materia, variedades en las que se ha transformado bajo la dirección de las innumerables fuerzas que la gobiernan.

4 La química, cuyos progresos han sido tan rápidos desde mi época, cuando sus propios adeptos todavía la relegaban al dominio secreto de la magia, esa nueva ciencia que con razón puede considerarse hija del siglo observador y basada únicamente, con mucha más solidez que sus herma-

nas mayores, en el método experimental; la química, digo, ha refutado fácilmente los cuatro elementos primitivos que los antiguos habían convenido en reconocer en la naturaleza; ha mostrado que el elemento terrestre no es más que la combinación de sustancias diversas, variadas hasta el infinito; que el aire y el agua son igualmente descomponibles, que son el producto de cierto número de equivalentes de gases; que el fuego, lejos de ser también un elemento principal, no es más que un estado de la materia resultante del movimiento universal al que está sometida y de una combustión perceptible o latente.

En cambio, ha encontrado un número considerable de principios hasta entonces desconocidos, que le han parecido formar, mediante sus combinaciones determinadas, las diversas sustancias, los diversos cuerpos que ha estudiado, y que actúan simultáneamente según ciertas leyes y en ciertas proporciones en los trabajos realizados en el gran laboratorio de la naturaleza. A esos principios los ha denominado cuerpos simples, indicando con ello que los considera primitivos e indescomponibles, y que ninguna operación, hasta el día de hoy, podría reducirlos a partes relativamente más simples que ellos mismos (1;.

5 Pero allí donde se detienen las apreciaciones del hombre, aun ayudado por sus sentidos artificiales más sensibles, la obra de la naturaleza continúa; allí donde el común de las personas toma la apariencia por la realidad, allí donde el experto levanta el velo y distingue el comienzo de las cosas, el ojo de quien ha podido captar el modo de actuar de la naturaleza solo ve, bajo los materiales constitutivos del mundo, la materia cósmica primitiva, sim-

ple y una, diversificada en ciertas regiones en la época de su nacimiento, dividida en cuerpos solidarios durante su vida y desmembrados un día en el receptáculo de la extensión por su descomposición.

6 Hay cuestiones que nosotros mismos, Espíritus amantes de la ciencia, no podríamos profundizar, y sobre las cuales solo podríamos emitir opiniones personales más o menos conjeturales; sobre esas cuestiones guardaré silencio o justificaré mi manera de ver; pero esta no se cuenta entre ellas. A quienes se sintieran tentados a ver en mis palabras solo una teoría aventurada, les diré: Abarcad, si es posible, con una mirada investigadora, la multiplicidad de las operaciones de la naturaleza, y reconoceréis que, si no se admite la unidad de la materia, es imposible explicar, no diré únicamente los soles y las esferas, sino, sin ir tan lejos, la germinación de una semilla bajo tierra o la producción de un insecto.

7 Si se observa tal diversidad en la materia, es porque las fuerzas que han presidido sus transformaciones y las condiciones en que estas se han producido son ilimitadas en número, de modo que las variadas combinaciones de la materia solo podían ser también ilimitadas.
Por tanto, ya pertenezca la sustancia que se considera a los fluidos propiamente dichos, es decir, a los cuerpos imponderables, o esté revestida de los caracteres y las propiedades ordinarias de la materia, en todo el universo solo hay una sustancia primitiva: el cosmos o materia cósmica de los uranógrafos.

8 Si uno de esos seres desconocidos que consumen su existencia efímera en el fondo de las regiones tenebrosas del Océano; si uno de esos poligástricos, de esas nereidas, —miserables animálculos que no conocen de la naturaleza más que los peces ictiófagos y los bosques submarinos—, recibiera de

pronto el don de la inteligencia, la facultad de estudiar su mundo y de establecer sobre sus apreciaciones un razonamiento conjetural extendido a la totalidad de las cosas, ¿qué idea se formaría de la naturaleza viviente que se desarrolla en su medio y del mundo terrestre que no pertenece al campo de sus observaciones?

Si ahora, por un efecto maravilloso de su nueva facultad, ese mismo ser consiguiera elevarse por encima de sus tinieblas eternas hasta la superficie del mar, no lejos de las ricas costas de una isla de vegetación espléndida, bajo el sol fecundo, dispensador de un calor benéfico, ¿qué juicio emitiría entonces sobre sus teorías anticipadas de la creación universal, teorías que pronto borraría con una apreciación más amplia, pero relativamente tan incompleta aún como la primera? ¡Tal es, oh hombres, la imagen de vuestra ciencia enteramente especulativa (1)!

9 Así pues, cuando vengo a tratar aquí la cuestión de las leyes y las fuerzas que rigen el universo, yo, que, como vosotros, no soy más que un ser relativamente ignorante en comparación con la ciencia real, a pesar de la aparente superioridad que me da sobre mis hermanos de la Tierra la posibilidad que tengo de estudiar cuestiones naturales que les están vedadas en su situación, mi propósito es únicamente exponeros la noción general de las leyes universales, sin explicar en detalle el modo de acción y la naturaleza de las fuerzas especiales que dependen de ellas.

10 Existe un fluido etéreo que llena el espacio y penetra los cuerpos; ese fluido es el éter o materia cósmica primitiva, generadora del mundo y de los seres. Al éter son inherentes las fuerzas que han presidido las metamorfosis de la materia, las leyes inmutables y necesarias que rigen el mundo. Estas fuerzas múltiples, indefinidamente variadas según las combinaciones

de la materia, localizadas según las masas, diversificadas en sus modos de acción según las circunstancias y los medios, se conocen en la Tierra con los nombres de gravedad, cohesión, afinidad, atracción, magnetismo, electricidad activa; los movimientos vibratorios del agente, con los de: sonido, calor, luz, etc. En otros mundos se presentan bajo otros aspectos, ofrecen otros caracteres desconocidos en este, y en la inmensa extensión de los cielos se ha desarrollado un número indefinido de fuerzas en una escala inimaginable, cuya grandeza somos tan poco capaces de evaluar como lo es el crustáceo del fondo del Océano de abarcar la totalidad de los fenómenos terrestres (1). Ahora bien, así como solo hay una sustancia simple, primitiva, generadora de todos los cuerpos, pero diversificada en sus combinaciones, del mismo modo todas estas fuerzas dependen de una ley universal diversificada en sus efectos, que se encuentra en su origen y que, en los decretos eternos, fue soberanamente impuesta a la creación para constituir su armonía y estabilidad permanentes.

(1) Lo referimos todo a lo que conocemos, y no comprendemos lo que escapa a la percepción de nuestros sentidos más de lo que el ciego de nacimiento comprende los efectos de la luz y la utilidad de los ojos. Por tanto, es posible que, en otros medios, el fluido cósmico tenga propiedades y combinaciones de las que no tenemos ninguna idea, efectos adecuados a necesidades que nos son desconocidas, que den lugar a percepciones nuevas o a otros modos de percepción. No comprendemos, por ejemplo, que se pueda ver sin los ojos del cuerpo y sin la luz; pero ¿quién nos dice que no existen otros agentes distintos de la luz a los que están adaptados organismos especiales? La visión sonambúlica, que no se ve detenida ni por la distancia, ni por los obstáculos materiales, ni por la oscuridad, nos ofrece un ejemplo de ello. Supongamos que, en un mundo cualquiera, los seres sean

normalmente lo que nuestros sonámbulos solo son de manera excepcional: no necesitarán ni nuestra luz ni nuestros ojos, y sin embargo verán lo que nosotros no podemos ver. Lo mismo ocurre con todas las demás sensaciones. Las condiciones de habitabilidad y de perceptibilidad, las sensaciones y las necesidades, varían según los medios.

11 La naturaleza nunca se opone a sí misma. El blasón del universo solo tiene un lema: UNIDAD. Al remontar la escala de los mundos, se encuentra la unidad de armonía y de creación, al mismo tiempo que una variedad infinita en ese inmenso jardín de estrellas; al recorrer los grados de la vida, desde el último de los seres hasta Dios, la gran ley de continuidad se hace reconocer; al considerar las fuerzas en sí mismas, se puede formar con ellas una serie cuya resultante, al confundirse con la generadora, es la ley universal.

No podríais apreciar esta ley en toda su extensión, pues las fuerzas que la representan en el campo de vuestras observaciones son restringidas y limitadas; sin embargo, la gravitación y la electricidad pueden considerarse una amplia aplicación de la ley primordial que reina más allá de ambas.

Todas estas fuerzas son eternas, —explicaremos esta palabra—, y universales como la creación; siendo inherentes al fluido cósmico, actúan necesariamente en todo y en todas partes, modificando su acción por su simultaneidad o su sucesión; predominando aquí, desvaneciéndose más allá; poderosas y activas en ciertos puntos, latentes u ocultas en otros; pero finalmente preparando, dirigiendo, conservando y destruyendo los mundos en sus diversos períodos de vida, gobernando las obras maravillosas de la naturaleza en cualquier punto donde se ejecuten, asegurando para siempre el eterno esplendor de la creación.

12 Después de haber considerado el universo desde los puntos de vista generales de su composición, de sus leyes y de sus propiedades, podemos dirigir nuestros estudios al modo de formación que dio origen a los mundos y a los seres; descenderemos después a la creación de la Tierra en particular y a su estado actual en la totalidad de las cosas, y desde allí, tomando este globo como punto de partida y como unidad relativa, procederemos a nuestros estudios planetarios y siderales.

13 Si hemos comprendido bien la relación, o más bien la oposición de la eternidad con el tiempo, si nos hemos familiarizado con esta idea de que el tiempo solo es una medida relativa de la sucesión de las cosas transitorias, mientras que la eternidad es esencialmente una, inmóvil y permanente, y no admite medida alguna desde el punto de vista de la duración, comprendemos que para ella no hay principio ni fin.
Por otra parte, si nos formamos una idea justa, —aunque necesariamente muy débil—, de la infinitud del poder divino, comprenderemos cómo es posible que el universo haya existido siempre y exista siempre. Desde el momento en que Dios existió, sus perfecciones eternas hablaron. Antes de que los tiempos hubieran nacido, la eternidad inconmensurable recibió la palabra divina y fecundó el espacio, eterno como ella.

14 Dios, que por su naturaleza existe desde toda la eternidad, ha creado desde toda la eternidad, y no podía ser de otro modo; pues, por lejana que sea la época a la que hagamos retroceder con la imaginación los límites supuestos de la creación, siempre quedará más allá de ese límite una eternidad, —sopesad bien este pensamiento—, una eternidad durante la cual las hipóstasis divinas, las voliciones infinitas, habrían permanecido sepultadas en un letargo mudo, inactivo e infecundo, una eternidad de muerte apa-

rente para el Padre eterno que da la vida a los seres, de mutismo indiferente para el Verbo que los gobierna, de esterilidad fría y egoísta para el Espíritu de amor y de vivificación.

¡Comprendamos mejor la grandeza de la acción divina y su perpetuidad bajo la mano del ser absoluto! Dios es el sol de los seres; es la luz del mundo. Ahora bien, la aparición del sol da nacimiento instantáneamente a raudales de luz que van extendiéndose por todas partes en el espacio; del mismo modo, el universo, nacido del Eterno, se remonta a los períodos inimaginables de la duración infinita, al Fiat lux del principio.

15 El principio absoluto de las cosas se remonta, pues, a Dios; sus apariciones sucesivas en el dominio de la existencia constituyen el orden de la creación perpetua.

¡Qué inmortal sabría expresar las magnificencias desconocidas y espléndidamente veladas bajo la noche de los siglos que se desarrollaron en aquellos tiempos antiguos en los que no existía ninguna de las maravillas del universo actual; en aquella época primitiva en que, al haberse hecho oír la voz del Señor, los materiales que en el futuro debían reunirse simétricamente y por sí mismos para formar el templo de la naturaleza se encontraron de pronto en el seno de los vacíos infinitos; cuando, ante aquella voz misteriosa que cada criatura venera y ama como la de una madre, surgieron notas armoniosamente variadas para ir a vibrar juntas y modular el concierto de los vastos cielos!

El mundo en su cuna no fue establecido en su madurez y en su plenitud de vida; no: el poder creador nunca se contradice y, como todas las cosas, el universo nació niño. Revestida de las leyes mencionadas antes y del impulso inicial inherente a su propia formación, la materia cósmica primitiva

dio nacimiento sucesivamente a torbellinos, a aglomeraciones de ese fluido difuso, a cúmulos de materia nebulosa que se dividieron a su vez y se modificaron hasta el infinito para engendrar, en las regiones inconmensurables del espacio, diversos centros de creaciones simultáneas o sucesivas.
En razón de las fuerzas que predominaron sobre uno u otro, y de las circunstancias posteriores que presidieron sus desarrollos, estos centros primitivos se convirtieron en los focos de una vida especial; unos, menos diseminados en el espacio y más ricos en principios y en fuerzas activas, comenzaron desde entonces su vida astral particular; los otros, que ocupaban una extensión ilimitada, solo crecieron con extrema lentitud, o se dividieron de nuevo en otros centros secundarios.

16 Si nos remontamos tan solo unos pocos millones de siglos antes de la época actual, nuestra Tierra aún no existe, nuestro propio sistema solar todavía no ha comenzado las evoluciones de la vida planetaria; y, sin embargo, ya espléndidos soles iluminan el éter; ya planetas habitados dan la vida y la existencia a una multitud de seres que nos han precedido en la trayectoria humana; las ricas producciones de una naturaleza desconocida y los fenómenos maravillosos del cielo despliegan ante otras miradas los cuadros de la inmensa creación. ¡Qué digo! ¡Ya han dejado de existir esplendores que en otro tiempo hicieron palpitar el corazón de otros mortales ante el pensamiento del poder infinito! ¡Y nosotros, pobres seres pequeños que venimos después de una eternidad de vida, nos creemos contemporáneos de la creación!
Una vez más, comprendamos mejor la naturaleza. Sepamos que la eternidad está detrás de nosotros como delante, que el espacio es el escenario de una sucesión y una simultaneidad inimaginables de creaciones. Algunas

nebulosas que apenas distinguimos en las lejanías del cielo son aglomeraciones de soles en vías de formación; otras son vías lácteas de mundos habitados; otras, en fin, son el escenario de catástrofes o de decadencia. Sepamos que, así como estamos situados en medio de una infinidad de mundos, del mismo modo estamos en medio de una doble infinidad de duraciones anteriores y posteriores; que la creación universal no es para nosotros y que debemos reservar esa palabra para la formación aislada de nuestro pequeño glóbulo.

17 Después de habernos remontado, hasta donde nuestra debilidad lo permite, hacia la fuente oculta de donde fluyen los mundos como las gotas de agua de un río, consideremos la marcha de las creaciones sucesivas y de sus desarrollos en serie.

La materia cósmica primitiva contenía los elementos materiales, fluídicos y vitales de todos los universos que despliegan sus magnificencias ante la eternidad; es la madre fecunda de todas las cosas, la primera antepasada y, más aún, la generadora eterna. No ha desaparecido esa sustancia de donde proceden las esferas siderales; no ha muerto esa potencia, pues todavía da a luz incesantemente nuevas creaciones y recibe sin cesar los principios reconstituidos de los mundos que se borran del libro eterno.

La materia etérea, más o menos enrarecida, que desciende por los espacios interplanetarios; ese fluido cósmico que llena el mundo, más o menos enrarecido en las regiones inmensas, ricas en aglomeraciones de estrellas, más o menos condensado allí donde el cielo astral aún no brilla, más o menos modificado por diversas combinaciones según los lugares de la extensión, no es otra cosa que la sustancia primitiva en la que residen las fuerzas univer-

sales, de donde la naturaleza ha extraído todas las cosas (1).

(1) ... El cuerpo que obedece a la fuerza centrífuga recibe su impulso del movimiento primitivo que le fue impreso.

18 Este fluido penetra los cuerpos como un inmenso océano. En él reside el principio vital que da origen a la vida de los seres y la perpetúa en cada globo según su condición, principio en estado latente que duerme allí donde la voz de un ser no lo llama. Cada criatura mineral, vegetal, animal o de otra clase —pues existen muchos otros reinos naturales cuya existencia ni siquiera sospecháis— sabe, en virtud de este principio vital universal, apropiarse de las condiciones de su existencia y de su duración.

Las moléculas del mineral tienen su porción de esta vida, al igual que la semilla y el embrión, y se agrupan, como en el organismo, en figuras simétricas que constituyen los individuos.

Es de gran importancia asimilar esta noción: que la materia cósmica primitiva estaba dotada no solo de las leyes que aseguran la estabilidad de los mundos, sino también del principio vital universal que forma generaciones espontáneas en cada mundo, a medida que se manifiestan las condiciones de la existencia sucesiva de los seres y cuando suena la hora de la aparición de los hijos de la vida durante el período creador.

Así se realiza la creación universal. Por tanto, es verdad decir que, siendo las operaciones de la naturaleza la expresión de la voluntad divina, Dios siempre ha creado, crea sin cesar y siempre creará.

19 Pero hasta aquí hemos pasado en silencio el mundo espiritual que también forma parte de la creación y cumple sus destinos según las augustas prescripciones del maestro. Solo puedo ofrecer una enseñanza muy limitada sobre el modo de creación de los Espíritus, teniendo en cuenta mi pro-

pia ignorancia, y debo guardar silencio también sobre cuestiones que me ha sido permitido profundizar.

A quienes desean religiosamente conocer y son humildes ante Dios, les diré, suplicándoles que no basen ningún sistema prematuro en mis palabras: el Espíritu no llega a recibir la iluminación divina que le da, junto con el libre albedrío y la conciencia, la noción de sus elevados destinos, sin haber pasado por la serie divinamente inevitable de los seres inferiores entre los cuales se elabora lentamente la obra de su individualidad; solo a partir del día en que el Señor imprime en su frente su augusto sello, el Espíritu pasa a formar parte de las humanidades.

Una vez más, no construyáis sobre mis palabras vuestros razonamientos, tan tristemente célebres en la historia de la metafísica: preferiría mil veces guardar silencio sobre cuestiones tan elevadas por encima de nuestras meditaciones ordinarias, antes que exponeros a desvirtuar el sentido de mi enseñanza y a internaros, por mi culpa, en los laberintos inextricables del deísmo o del fatalismo.

20 Ahora bien, sucedió que en un punto del universo, perdido entre las miríadas de mundos, la materia cósmica se condensó en forma de una inmensa nebulosa. Esta nebulosa estaba animada por las leyes universales que rigen la materia; en virtud de estas leyes, y en particular de la fuerza molecular de atracción, adoptó la figura de un esferoide, la única que puede adoptar primitivamente una masa de materia aislada en el espacio.

El movimiento circular, producido por la gravitación rigurosamente igual de todas las zonas moleculares hacia el centro, modificó pronto la esfera primitiva para llevarla, de movimiento en movimiento, hacia la forma lenticular. —Hablamos del conjunto de la nebulosa.

21 A raíz de este movimiento de rotación surgieron nuevas fuerzas: la fuerza centrípeta y la fuerza centrífuga. La primera tiende a reunir todas las partes en el centro; la segunda, a alejarlas de él. Ahora bien, al acelerarse el movimiento a medida que la nebulosa se condensa, y al aumentar su radio a medida que se aproxima a la forma lenticular, la fuerza centrífuga, desarrollada sin cesar por estas dos causas, predominó pronto sobre la atracción central.

Así como un movimiento demasiado rápido de la honda rompe su cuerda y deja escapar lejos el proyectil, así el predominio de la fuerza centrífuga desprendió el círculo ecuatorial de la nebulosa y formó con ese anillo una nueva masa aislada de la primera, pero sometida, sin embargo, a su dominio. Esta masa conservó su movimiento ecuatorial que, modificado, se convirtió en su movimiento de traslación alrededor del astro solar. Además, su nuevo estado le da un movimiento de rotación alrededor de su propio centro.

22 La nebulosa generadora que dio origen a este nuevo mundo se condensó y recuperó la forma esférica; pero como el calor primitivo, desarrollado por sus diversos movimientos, solo disminuye con extrema lentitud, el fenómeno que acabamos de describir se reproducirá a menudo y durante un largo período, mientras esta nebulosa no se haya vuelto lo bastante densa, lo bastante sólida, para oponer una resistencia eficaz a las modificaciones de forma que le imprime sucesivamente su movimiento de rotación.

Por tanto, no habrá dado origen a un solo astro, sino a centenares de mundos desprendidos del foco central, surgidos de ella por el modo de formación mencionado anteriormente. Ahora bien, cada uno de estos mundos, dotado como el mundo primitivo de las fuerzas naturales que presiden la

creación de los universos, engendrará después nuevos globos que gravitarán desde entonces a su alrededor, como él gravita junto con sus hermanos alrededor del foco de su existencia y de su vida. Cada uno de estos mundos será un sol, centro de un torbellino de planetas escapados sucesivamente de su ecuador. Estos planetas recibirán una vida especial, particular, aunque dependiente de su astro generador.

23 Los planetas se forman así con masas de materia condensada, pero aún no solidificada, desprendidas de la masa central por la acción de la fuerza centrífuga, y que adoptan, en virtud de las leyes del movimiento, la forma esferoidal más o menos elíptica, según el grado de fluidez que hayan conservado. Uno de estos planetas será la Tierra que, antes de enfriarse y recubrirse de una corteza sólida, dará origen a la Luna por el mismo modo de formación astral al que debe su propia existencia; la Tierra, inscrita desde entonces en el libro de la vida, cuna de criaturas cuya debilidad está protegida bajo el ala de la divina Providencia, cuerda nueva del arpa infinita que debe vibrar en su lugar en el concierto universal de los mundos.

24 Antes de que las masas planetarias alcanzaran un grado de enfriamiento suficiente para producir su solidificación, masas más pequeñas, verdaderos glóbulos líquidos, se desprendieron de algunas de ellas en el plano ecuatorial, plano en el que la fuerza centrífuga es mayor, y en virtud de las mismas leyes adquirieron un movimiento de traslación alrededor de su planeta generador, como había sucedido con estos alrededor de su astro central generador.

Así fue como la Tierra dio origen a la Luna, cuya masa menos considerable debió experimentar un enfriamiento más rápido. Ahora bien, las leyes y las fuerzas que presidieron su desprendimiento del ecuador terrestre, y su mo-

vimiento de traslación en ese mismo plano, actuaron de tal modo que este mundo, en vez de adoptar la forma esferoidal, tomó la de un globo ovoide, es decir, con la forma alargada de un huevo, cuyo centro de gravedad estaría fijado en la parte inferior.

25 Las condiciones en las que se efectuó la disgregación de la Luna apenas le permitieron alejarse de la Tierra y la obligaron a permanecer perpetuamente suspendida en su cielo, como una figura ovoide cuyas partes más pesadas formaron la cara inferior vuelta hacia la Tierra, y cuyas partes menos densas ocuparon la cima, si se designa con esta palabra el lado vuelto en dirección opuesta a la Tierra y que se eleva hacia el cielo. Esto hace que este astro nos presente continuamente la misma cara. Para comprender mejor su estado geológico, puede compararse con un globo de corcho cuya base vuelta hacia la Tierra estuviera formada de plomo.

De ahí, dos naturalezas esencialmente distintas en la superficie del mundo lunar: una, sin ninguna analogía posible con el nuestro, pues los cuerpos fluidos y etéreos le son desconocidos; la otra, ligera con relación a la Tierra, puesto que todas las sustancias menos densas se desplazaron a ese hemisferio. La primera, perpetuamente vuelta hacia la Tierra, sin aguas y sin atmósfera, salvo algunas veces en los límites de ese hemisferio subterrestre; la otra, rica en fluidos, perpetuamente opuesta a nuestro mundo (1).

(1) Esta teoría de la Luna, enteramente nueva, explica, mediante la ley de la gravitación, la razón por la cual este astro presenta siempre la misma cara a la Tierra. Al encontrarse su centro de gravedad, en lugar de en el centro de la esfera, en uno de los puntos de su superficie y, por consiguiente, atraído hacia la Tierra por una fuerza mayor que las partes más ligeras, la Luna produciría el efecto de las figuras llamadas tentetiesos, que se enderezan

constantemente sobre su base, mientras que los planetas, cuyo centro de gravedad está a igual distancia de la superficie, giran regularmente sobre su eje. Los fluidos vivificantes, gaseosos o líquidos, debido a su ligereza específica, se encontrarían acumulados en el hemisferio superior constantemente opuesto a la Tierra; el hemisferio inferior, el único que vemos, carecería de ellos y, por tanto, sería inadecuado para la vida, mientras que esta reinaría en el otro. Por tanto, si el hemisferio superior está habitado, sus habitantes nunca han visto la Tierra, salvo en excursiones al otro hemisferio.
Por racional y científica que sea esta opinión, como aún no ha podido ser confirmada por ninguna observación directa, solo puede aceptarse como hipótesis y como una idea que puede servir de hito para la ciencia.

26 El número y el estado de los satélites de cada planeta han variado según las condiciones especiales en las que se formaron. Algunos no dieron origen a ningún astro secundario, como Mercurio, Venus y Marte, mientras que otros formaron uno o varios, como la Tierra, Júpiter, Saturno, etc.

27 Además de sus satélites o lunas, el planeta Saturno presenta el fenómeno especial del anillo que, visto de lejos, parece rodearlo como una aureola blanca. Esta formación es para nosotros una nueva prueba de la universalidad de las leyes de la naturaleza.

27.2 Este anillo es, en efecto, el resultado de una separación que se produjo en los tiempos primitivos en el ecuador de Saturno, del mismo modo que una zona ecuatorial se desprendió de la Tierra para formar su satélite.

27.3 La diferencia consiste en que el anillo de Saturno se formó, en todas sus partes, de moléculas homogéneas, probablemente ya en cierto estado de condensación, y pudo, de este modo, continuar su movimiento de rotación en el mismo sentido y en un tiempo casi igual al del planeta.

27.4 Si uno de los puntos de este anillo hubiera sido más denso que cualquier otro, se habrían producido súbitamente una o varias aglomeraciones de sustancia, y Saturno habría contado con varios satélites más. Desde el momento de su formación, este anillo se ha solidificado al igual que los demás cuerpos planetarios.

28 Astros errantes, más aún que los planetas que han conservado esa denominación etimológica, los cometas serán los guías que nos ayudarán a traspasar los límites del sistema al que pertenece la Tierra para llevarnos hacia las regiones lejanas de la extensión sideral.
Pero antes de explorar, con la ayuda de estas viajeras del universo, los dominios celestes, será bueno dar a conocer, en la medida de lo posible, su naturaleza intrínseca y su función en la economía planetaria.

29 A menudo se ha visto en estos astros cabelludos mundos nacientes, que elaboran en su caos primitivo las condiciones de vida y de existencia que les corresponden a las tierras habitadas; otros han imaginado en estos cuerpos extraordinarios mundos en estado de destrucción, y su singular apariencia fue para muchos motivo de apreciaciones erróneas sobre su naturaleza; hasta el punto de que incluso la astrología judiciaria hizo de ellos presagios de desgracias enviados por los decretos providenciales a la Tierra asombrada y temblorosa.

30 La ley de variedad se aplica con tanta profusión en las obras de la naturaleza que uno se pregunta cómo los naturalistas, astrónomos o filósofos han elaborado tantos sistemas para asimilar los cometas a los astros planetarios y para ver en ellos únicamente astros en un grado mayor o menor de desarrollo o de decadencia.

30.2 Los cuadros de la naturaleza debían bastar ampliamente, sin embargo, para apartar del observador el afán de buscar relaciones que no existen, y dejar a los cometas la función modesta, pero útil, de astros errantes que sirven de exploradores para los imperios solares.

30.3 Pues los cuerpos celestes de los que se trata son muy distintos de los cuerpos planetarios; no tienen, como ellos, el destino de servir de morada a las humanidades; van sucesivamente de unos soles a otros, enriqueciéndose a veces por el camino con fragmentos planetarios reducidos al estado de vapor, para recoger en sus focos los principios vivificantes y renovadores que vierten sobre los mundos terrestres.

31 Si, cuando uno de estos astros se acerca a nuestro pequeño globo para atravesar su órbita y regresar a su apogeo, situado a una distancia inconmensurable del Sol, lo siguiéramos con el pensamiento para visitar con él las regiones siderales, atravesaríamos esa extensión prodigiosa de materia etérea que separa al Sol de las estrellas más cercanas, y, al observar los movimientos combinados de este astro que se creería extraviado en el desierto del infinito, encontraríamos allí otra prueba elocuente de la universalidad de las leyes de la naturaleza, que actúan a distancias que la imaginación más activa apenas puede concebir.

Allí, la forma elíptica adopta la forma parabólica, y la marcha se hace tan lenta que solo recorre unos metros en el mismo tiempo en que, en su perigeo, recorría varios miles de leguas. Tal vez un sol más poderoso, más importante que el que acaba de abandonar, ejerza sobre este cometa una atracción preponderante y lo reciba entre sus propios súbditos, y entonces los hijos asombrados de vuestra pequeña Tierra esperarán en vano el regreso que habían pronosticado mediante observaciones incompletas. En

ese caso, nosotros, cuyo pensamiento ha seguido al cometa errante por esas regiones desconocidas, encontraremos entonces una nueva nación, imposible de encontrar para las miradas terrestres, inimaginable para los Espíritus que habitan la Tierra, inconcebible incluso para su pensamiento, pues será el escenario de maravillas inexploradas.

Hemos llegado al mundo astral, a ese mundo deslumbrante de los vastos soles que irradian en el espacio infinito y que son las flores brillantes del magnífico jardín de la creación. Solo al llegar allí sabremos qué es la Tierra.

32 Durante las hermosas noches estrelladas y sin luna, todos han podido observar ese resplandor blanquecino que atraviesa el cielo de un extremo al otro y que los antiguos habían llamado Vía Láctea por su apariencia lechosa.

32.2 Ese resplandor difuso ha sido largamente explorado por el ojo del telescopio en los tiempos modernos, y ese camino de polvo de oro, o ese arroyo de leche de la antigua mitología, se ha transformado en un vasto campo de maravillas desconocidas.

32.3 Las investigaciones de los observadores han permitido conocer su naturaleza y han mostrado, allí donde la mirada extraviada solo encontraba una débil claridad, millones de soles más luminosos y más importantes que el que nos alumbra.

33 La Vía Láctea, en efecto, es un campo sembrado de flores solares o planetarias que brillan en su vasta extensión. Nuestro Sol y todos los cuerpos que lo acompañan forman parte de esos globos radiantes que componen la Vía Láctea; pero, a pesar de sus dimensiones gigantescas con respecto a la Tierra y de la grandeza de su imperio, solo ocupa un lugar inapreciable en esta vasta creación.

33.2 Se pueden contar unos treinta millones de soles semejantes a él que gravitan en esta inmensa región, separados unos de otros por más de cien mil veces el radio de la órbita terrestre (1).

34 Por esta aproximación se puede juzgar la extensión de esta región sideral y la relación que une nuestro sistema con la totalidad de los sistemas que la ocupan. Se puede juzgar también la pequeñez del dominio solar y, con mayor razón, la insignificancia de nuestra pequeña Tierra. ¡Qué sería, entonces, si se consideraran los seres que lo pueblan!
Digo insignificancia porque nuestras determinaciones se aplican no solo a la extensión material, física, de los cuerpos que estudiamos —eso sería poco—, sino también y sobre todo a su estado moral como moradas, al grado que ocupan en la jerarquía universal de los seres. La creación se muestra allí en toda su majestad, creando y propagando alrededor del mundo solar, y en cada uno de los sistemas que lo rodean por todas partes, las manifestaciones de la vida y de la inteligencia.

35 De esta manera se conoce la posición que ocupa nuestro Sol o la Tierra en el mundo de las estrellas; estas consideraciones adquirirán un peso aún mayor si se reflexiona sobre el estado mismo de la Vía Láctea, que, en la inmensidad de las creaciones siderales, solo representa, vista de lejos, un punto imperceptible e inapreciable; pues no es otra cosa que una nebulosa estelar, como las miles que existen en el espacio. Si nos parece más vasta y más rica que otras, es únicamente porque nos rodea y se despliega en toda su extensión ante nuestros ojos; mientras que las otras, perdidas en profundidades insondables, apenas se dejan entrever.

36 Ahora bien, si se sabe que la Tierra no es nada, o casi nada, en el sistema solar, que este no es nada o casi nada en la Vía Láctea, que esta no es nada o casi nada en la totalidad de las nebulosas, y que esta totalidad misma es muy poca cosa en medio del inmenso infinito, se empezará a comprender qué es el globo terrestre.

37 Las estrellas que se llaman fijas y que constelan los dos hemisferios del firmamento no están aisladas de toda atracción exterior, como generalmente se supone; lejos de ello, todas pertenecen a una misma aglomeración de astros estelares.

37.2 Esta aglomeración no es otra que la gran nebulosa de la que formamos parte, y cuyo plano ecuatorial, que se proyecta en el cielo, ha recibido el nombre de Vía Láctea. Todos los soles que la componen están ligados entre sí; sus múltiples influencias actúan perpetuamente unas sobre otras, y la gravitación universal los reúne a todos en una misma familia.

38 Entre estos diversos soles, la mayoría están, como el nuestro, rodeados de mundos secundarios, que iluminan y fecundan mediante las mismas leyes que rigen la vida de nuestro sistema planetario. Unos, como Sirio, son miles de veces más magníficos en dimensiones y riquezas que el nuestro, y su función es más importante en el universo, así como los rodean planetas más numerosos y muy superiores a los nuestros. Otros son muy distintos por sus funciones astrales. Así, cierto número de estos soles, verdaderos gemelos del orden sideral, están acompañados de sus hermanos de la misma edad y forman, en el espacio, sistemas binarios a los que la naturaleza ha dado funciones muy distintas de las que corresponden a nuestro Sol. Allí los años ya no se miden por los mismos períodos, ni los días por los mismos soles, y esos mundos iluminados por una doble antorcha han recibido con-

diciones de existencia inimaginables para quienes no han salido de este pequeño mundo terrestre.
Otros astros sin séquito, privados de planetas, han recibido los mejores elementos de habitabilidad que se hayan concedido a ninguno. Las leyes de la naturaleza se diversifican en su inmensidad, y si la unidad es la gran palabra del universo, la variedad infinita no deja de ser su eterno atributo.

39 A pesar del número prodigioso de estas estrellas y de sus sistemas, a pesar de las distancias inconmensurables que las separan, todas pertenecen a la misma nebulosa estelar, que la mirada de los telescopios más poderosos apenas puede atravesar y que las concepciones más audaces de la imaginación apenas pueden franquear; nebulosa que, sin embargo, solo es una unidad en el orden de las nebulosas que componen el mundo astral.

40 Las estrellas que se llaman fijas no están inmóviles en la extensión. Las constelaciones que se han representado en la bóveda del firmamento no son creaciones simbólicas reales. La distancia de la Tierra y la perspectiva desde la que se mide el universo desde esta estación son las dos causas de esta doble ilusión óptica.

41 Hemos visto que la totalidad de los astros que centellean en la cúpula azulada está encerrada en una misma aglomeración cósmica, en una misma nebulosa que llamáis Vía Láctea; pero, aunque todos pertenezcan al mismo grupo, cada uno de estos astros está animado por un movimiento propio de traslación en el es-
pacio. El reposo absoluto no existe en ninguna parte; están regidos por las leyes universales de la gravitación y giran en la extensión bajo el impulso incesante de esa fuerza inmensa; giran siguiendo órbitas cerradas cuyo cen-

tro está ocupado por un astro superior, y no rutas trazadas por el azar. Para hacer más comprensibles mis palabras mediante un ejemplo, hablaré especialmente de vuestro Sol.

42 Se sabe, por observaciones modernas, que no es fijo ni central, como se creía en los primeros tiempos de la nueva astronomía, sino que avanza por el espacio, arrastrando consigo su vasto sistema de planetas, satélites y cometas.
Ahora bien, esta marcha no es fortuita, y no va, errante por los vacíos infinitos, a extraviar lejos de las regiones que les están asignadas a sus hijos y sus súbditos. No, su órbita está medida y, junto con otros soles del mismo orden que él, rodeados como él de cierto número de tierras habitadas, gravita alrededor de un sol central. Su movimiento de gravitación, al igual que el de los soles hermanos suyos, es imperceptible en las observaciones anuales, pues un gran número de períodos seculares apenas bastaría para marcar la duración de uno de esos años astrales.

43 El sol central del que acabamos de hablar es, a su vez, un globo secundario con respecto a otro aún más importante, alrededor del cual prosigue una marcha lenta y medida en compañía de otros soles del mismo orden.
Podríamos comprobar esta subordinación sucesiva de unos soles a otros hasta que nuestra imaginación se cansara de ascender por semejante jerarquía; pues, no lo olvidemos, se pueden contar, en números redondos, unos treinta millones de soles en la Vía Láctea, subordinados unos a otros como los engranajes gigantescos de un inmenso sistema.

44 Y estos astros, en cantidades innumerables, viven cada uno una vida solidaria; así como nada está aislado en la organización de vuestro pequeño mundo terrestre, tampoco nada está aislado en el inconmensurable uni-

verso.

Estos sistemas de sistemas parecerían de lejos, al ojo investigador del filósofo que supiera abarcar el cuadro desplegado por el espacio y el tiempo, un polvo de perlas de oro levantado en remolinos bajo el soplo divino que hace volar los mundos siderales por los cielos, como los granos de arena en las costas del desierto.

¡Ya no habría inmovilidad, ni silencio, ni noche! El gran espectáculo que así se desarrollaría ante nuestros ojos sería la creación real, inmensa y llena de la vida etérea que la mirada infinita del Creador abarca en su inmenso conjunto.

Pero hasta aquí solo hemos hablado de una nebulosa; sus millones de soles, sus millones de tierras habitadas, solo forman, como hemos dicho, una isla en el archipiélago infinito.

45 Un desierto inmenso, sin límites, se extiende más allá de la aglomeración de estrellas de la que acabamos de hablar y la envuelve. Las soledades suceden a las soledades, y las llanuras inconmensurables del vacío se extienden a lo lejos. Como las acumulaciones de materia cósmica se encuentran aisladas en el espacio, al igual que las islas flotantes de un inmenso archipiélago, si se quiere apreciar de algún modo la idea de la enorme distancia que separa el cúmulo de estrellas del que formamos parte de las aglomeraciones más próximas, hay que saber que estas islas estelares están dispersas y son escasas en el vasto océano de los cielos, y que la extensión que las separa unas de otras es incomparablemente mayor que la que mide sus dimensiones respectivas.

Ahora bien, recordemos que la nebulosa estelar mide, en números redondos, mil veces la distancia de las estrellas más próximas tomada como uni-

dad, es decir, unos cien mil trillones de leguas. Como la distancia que se extiende entre ellas es mucho mayor, no podría expresarse mediante números accesibles a la comprensión de nuestra mente; solo la imaginación, en sus concepciones más elevadas, es capaz de franquear esta inmensidad prodigiosa, estas soledades mudas y privadas de toda apariencia de vida, y de contemplar en cierto modo la idea de esta infinitud relativa.

46 Sin embargo, este desierto celeste, que envuelve nuestro universo sideral y que parece extenderse como los confines remotos de nuestro mundo astral, está abarcado por la mirada y el poder infinito del Altísimo, quien, más allá de estos cielos de nuestros cielos, ha desplegado la trama de su creación ilimitada.

47 Más allá de estas vastas soledades, en efecto, los mundos resplandecen en su magnificencia tanto como en las regiones accesibles a las investigaciones humanas; más allá de estos desiertos, espléndidos oasis navegan por el límpido éter y renuevan sin cesar las escenas admirables de la existencia y de la vida.

47.2 Allí se despliegan las lejanas agrupaciones de sustancia cósmica que el ojo profundo del telescopio vislumbra a través de las regiones transparentes de nuestro cielo; esas nebulosas que llamáis irresolubles y que se os aparecen como ligeras nubes de polvo blanco perdidas en un punto desconocido del espacio etéreo.

47.3 Allí se revelan y se desarrollan mundos nuevos, cuyas condiciones, variadas y ajenas a las inherentes a vuestro globo, les dan una vida que vuestras concepciones no pueden imaginar ni vuestros estudios comprobar.

47.4 Allí resplandece en toda su plenitud el poder creador; para quien viene de las regiones ocupadas por vuestro sistema, allí actúan otras leyes, cuyas fuerzas rigen las manifestaciones de la vida, y los nuevos caminos que seguimos por estos extraños países nos abren perspectivas desconocidas.

48 Hemos visto que se ha dado al universo una sola ley primordial y general para asegurar su estabilidad eterna, y que esta ley general es perceptible para nuestros sentidos mediante varias acciones particulares que llamamos fuerzas rectoras de la naturaleza. Hoy vamos a mostrar que la armonía del mundo entero, considerada bajo el doble aspecto de la eternidad y del espacio, está asegurada por esta ley suprema.

49 En efecto, si nos remontamos al origen primero de las primitivas aglomeraciones de sustancia cósmica, observamos que ya, bajo el imperio de esta ley, la materia experimenta las transformaciones necesarias que la llevan del germen al fruto maduro, y que, bajo el impulso de las diversas fuerzas nacidas de esta ley, recorre la escala de sus revoluciones periódicas; primero, centro fluídico de los movimientos; después, generador de los mundos; más tarde, núcleo central y atractivo de las esferas que han nacido en su seno.

Ya sabemos que estas leyes presiden la historia del cosmos; lo que importa saber ahora es que presiden igualmente la destrucción de los astros, pues la muerte no es solo una metamorfosis del ser vivo, sino también una transformación de la materia inanimada; y si es verdad decir, en sentido literal, que solo la vida está al alcance de la guadaña de la muerte, también es justo añadir que la sustancia debe necesariamente experimentar las transformaciones inherentes a su constitución.

50 He aquí un mundo que, desde su cuna primitiva, ha recorrido toda la extensión de los años que su organización particular le permitía recorrer; el fuego interior de su existencia se ha extinguido, sus elementos propios han perdido su virtud primera; los fenómenos de su naturaleza que requerían, para producirse, la presencia y la acción de las fuerzas asignadas a este mundo ya no pueden presentarse, porque esa palanca de su actividad ya no tiene el punto de apoyo que le daba toda su fuerza.

Ahora bien, ¿se pensará que esta tierra apagada y sin vida va a seguir gravitando por los espacios celestes, sin propósito, y a pasar como una ceniza inútil por el torbellino de los cielos? ¿Se pensará que permanece inscrita en el libro de la vida universal cuando ya no es más que letra muerta y carente de sentido? No; las mismas leyes que la elevaron por encima del caos tenebroso y la colmaron de los esplendores de la vida, las mismas fuerzas que la gobernaron durante los siglos de su adolescencia, que afianzaron sus primeros pasos en la existencia y la condujeron a la edad madura y a la vejez, van a presidir la disgregación de sus elementos constitutivos para devolverlos al laboratorio de donde el poder creador extrae sin cesar las condiciones de la estabilidad general. Estos elementos volverán a esa masa común del éter para asimilarse a otros cuerpos o para regenerar otros soles; y esta muerte no será un acontecimiento inútil para esta tierra ni para sus hermanas; renovará en otras regiones otras creaciones de naturaleza diferente, y allí donde se hayan desvanecido sistemas de mundos renacerá pronto un nuevo jardín de flores más brillantes y más perfumadas.

51 Así, la eternidad real y efectiva del universo está asegurada por las mismas leyes que dirigen las operaciones del tiempo; así, los mundos suceden a los mundos, los soles a los soles, sin que el inmenso mecanismo de los vas-

tos cielos se vea jamás afectado en sus gigantescos resortes.

Allí donde vuestros ojos admiran espléndidas estrellas bajo la bóveda de las noches, allí donde vuestro espíritu contempla magníficas radiaciones que resplandecen en espacios lejanos, hace mucho tiempo que el dedo de la muerte apagó esos esplendores, hace mucho tiempo que el vacío sucedió a esos deslumbramientos e incluso recibió nuevas creaciones aún desconocidas. La inmensa lejanía de estos astros, por la cual la luz que nos envían tarda miles de años en llegarnos, hace que solo hoy captemos los rayos que nos enviaron mucho antes de la creación de la Tierra y que sigamos admirándolos durante miles de años después de su desaparición real.

¿Qué son los seis mil años de la humanidad histórica ante los períodos seculares? ¿Segundos en vuestros siglos? ¿Qué son vuestras observaciones astronómicas ante el estado absoluto del mundo? La sombra eclipsada por el sol.

52 Por tanto, aquí como en nuestros otros estudios, reconozcamos que la Tierra y el hombre no son nada en comparación con lo que existe, y que las operaciones más colosales de nuestro pensamiento solo se extienden todavía por un campo imperceptible frente a la inmensidad y la eternidad de un universo que no tendrá fin.

Y cuando estos períodos de nuestra inmortalidad hayan pasado sobre nuestras cabezas, cuando la historia actual de la Tierra se nos aparezca como una sombra vaporosa en el fondo de nuestro recuerdo; cuando hayamos habitado durante siglos sin nombre estos diversos grados de nuestra jerarquía cosmológica; cuando los dominios más lejanos de las edades futuras

hayan sido recorridos por innumerables peregrinaciones, tendremos ante nosotros la sucesión ilimitada de los mundos y la inmóvil eternidad como perspectiva.

53 Esta inmortalidad de las almas, cuya base es el sistema del mundo físico, ha parecido imaginaria a los ojos de ciertos pensadores llenos de prejuicios; la han calificado irónicamente de inmortalidad viajera y no han comprendido que solo ella era verdadera ante el espectáculo de la creación. No obstante, es posible hacer comprender toda su grandeza, casi diría toda su perfección.

54 Que las obras de Dios hayan sido creadas para el pensamiento y la inteligencia; que los mundos sean la morada de seres que los contemplan y que descubren bajo su velo el poder y la sabiduría de quien los formó, es una cuestión que ya no ofrece dudas para nosotros; pero que las almas que los pueblan sean solidarias es lo que importa conocer.

55 La inteligencia humana, en efecto, difícilmente puede considerar esos globos radiantes que centellean en la inmensidad como simples masas de materia inerte y sin vida; difícilmente puede pensar que hay, en esas regiones lejanas, magníficos crepúsculos y noches espléndidas, soles fecundos y días llenos de luz, valles y montañas donde las múltiples producciones de la naturaleza han desplegado toda su pompa exuberante; difícilmente puede imaginar, digo, que el espectáculo divino donde el alma puede renovarse como en su propia vida esté despojado de existencia y privado de todo ser pensante que pueda conocerlo.

56 Pero a esta idea eminentemente justa de la creación hay que añadir la de la humanidad solidaria, y en esto consiste el misterio de la eternidad futura.
Una misma familia humana ha sido creada en la universalidad de los mundos, y a estos mundos se les han dado los lazos de una fraternidad que todavía no habéis sabido apreciar. Si estos astros que armonizan en sus vastos sistemas están habitados por inteligencias, no es por seres desconocidos unos para otros, sino por seres marcados en la frente con un mismo destino, que deben encontrarse momentáneamente según sus funciones en la vida, y volver a encontrarse según sus simpatías mutuas; es la gran familia de los Espíritus que pueblan las tierras celestes; es la gran irradiación del Espíritu divino que abarca la extensión de los cielos y que permanece como modelo primitivo y Aral de la perfección espiritual.

57 ¿Por qué extraña aberración se ha creído necesario negar a la inmortalidad las vastas regiones del éter, encerrándola en un límite inadmisible y en una dualidad absoluta? ¿Debía, pues, el verdadero sistema del mundo preceder a la verdadera doctrina dogmática, y la ciencia a la teología? ¿Seguirá esta extraviándose mientras su base se asiente sobre la metafísica? La respuesta es fácil y nos muestra que la nueva filosofía se asentará triunfante sobre las ruinas de la antigua, porque su base se habrá alzado victoriosa sobre los antiguos errores.

58 La inteligencia humana ha elevado sus poderosas concepciones por encima de los límites del espacio y del tiempo; ha penetrado en el dominio inaccesible de las edades antiguas, sondeado el misterio de los cielos insondables y explicado el enigma de la creación. El mundo exterior ha desplegado ante los ojos de la ciencia su espléndido panorama y su magnífica

opulencia, y los estudios del hombre lo han elevado al conocimiento de la verdad; ha explorado el universo, encontrado la expresión de las leyes que lo rigen y la aplicación de las fuerzas que lo sostienen, y si no le ha sido dado mirar cara a cara la causa primera, al menos ha llegado a la noción matemática de la serie de las causas secundarias.

Sobre todo en este último siglo, el método experimental —el único verdaderamente científico— se ha puesto en práctica en las ciencias naturales, y con su ayuda el hombre se ha despojado sucesivamente de los prejuicios de la antigua Escuela y de las teorías especulativas, para limitarse al campo de la observación y cultivarlo con cuidado e inteligencia.

Sí, la ciencia del hombre es sólida y fecunda, digna de nuestro homenaje por su pasado difícil y largamente probado, digna de nuestras simpatías por su porvenir, lleno de descubrimientos útiles y provechosos; pues la naturaleza es ya un libro accesible a las investigaciones del hombre estudioso, un mundo abierto a las indagaciones del pensador, una región brillante que el espíritu humano ya ha visitado y en la que puede avanzar con audacia, llevando en la mano la experiencia como brújula.

59 Un antiguo amigo de mi vida terrenal me hablaba así hace poco. Una peregrinación nos había llevado de nuevo a la tierra, y estudiábamos otra vez este mundo desde el punto de vista moral; mi compañero añadía que el hombre está hoy familiarizado con las leyes más abstractas de la mecánica, la física y la química; que las aplicaciones a la industria no son menos notables que las deducciones de la ciencia pura, y que la creación entera, sabiamente estudiada por él, parece ser ya su patrimonio real. Y mientras proseguíamos nuestra marcha fuera de este mundo, le respondí en estos términos:

GO. — Débil átomo perdido en un punto imperceptible del infinito, el hombre ha creído abarcar con la mirada la extensión universal, cuando apenas podía contemplar la región que habita; ha creído estudiar las leyes de toda la naturaleza, cuando sus apreciaciones apenas habían alcanzado las fuerzas que actúan a su alrededor; ha creído determinar la grandeza del cielo, cuando se consumía en determinar un grano de polvo. El campo de sus observaciones es tan reducido que, una vez perdido de vista un hecho, al espíritu le cuesta volver a encontrarlo; el cielo y la tierra del hombre son tan pequeños que el alma, al emprender el vuelo, no tiene tiempo de desplegar su ala antes de haber llegado a los últimos parajes accesibles a la observación.

El universo inconmensurable nos rodea por todas partes, desplegando más allá de nuestros cielos riquezas desconocidas, poniendo en juego fuerzas no apreciadas, desarrollando modos de existencia inconcebibles para nosotros y propagando hasta el infinito el esplendor y la vida.

¿Y el arador, miserable ácaro, privado de alas y de luz, cuya triste existencia se consume sobre la hoja que le dio la vida, pretendería, porque da unos pasos sobre esa hoja agitada por el viento, tener derecho a hablar del árbol inmenso al que pertenece, árbol cuya sombra apenas ha entrevisto; se imaginaría locamente que puede razonar sobre el bosque del que su árbol forma parte y discutir sabiamente sobre la naturaleza de los vegetales que allí se desarrollan, de los seres que lo habitan, del sol lejano cuyos rayos descienden a veces para llevar allí el movimiento y la vida? — ¡En verdad, el hombre sería extrañamente pretencioso si quisiera medir la grandeza infinita con la medida de su pequeñez infinita!

Por eso debe estar bien convencido de esta idea: que si los áridos trabajos de los siglos pasados le han proporcionado su primer conocimiento de las

cosas, si el progreso del espíritu lo ha situado en el vestíbulo del saber, todavía no ha hecho más que deletrear la primera página del libro; que, como el niño, puede equivocarse en cada palabra y, lejos de pretender interpretar doctoralmente la obra, debe contentarse con estudiarla humildemente, página por página, línea por línea. Dichosos aun quienes pueden hacerlo.

CONSIDERACIONES MORALES.

61 Cl. —

Nos habéis seguido en nuestras excursiones celestes y habéis visitado con nosotros las inmensas regiones del espacio. Ante nuestros ojos, los soles han sucedido a los soles, los sistemas a los sistemas, las nebulosas a las nebulosas; el espléndido panorama de la armonía del cosmos se ha desplegado ante nuestros pasos, y hemos recibido un anticipo de la idea del infinito, que solo podremos comprender en toda su extensión conforme a nuestra perfectibilidad futura. Los misterios del éter han revelado su enigma, hasta ahora indescifrable, y hemos concebido al menos la idea de la universalidad de las cosas. Ahora importa detenernos y reflexionar.

62 Es hermoso, sin duda, haber reconocido la infinitud de la tierra y su escasa importancia en la jerarquía de los mundos; es hermoso haber rebajado la arrogancia humana que tanto apreciamos y habernos humillado ante la grandeza absoluta; pero será aún más hermoso interpretar en sentido moral el espectáculo del que hemos sido testigos. Quiero hablar del poder infinito de la naturaleza y de la idea que debemos formarnos de su modo de actuar en los diversos ámbitos del vasto universo.

63 Acostumbrados como estamos a juzgar las cosas por nuestra pobre y pequeña morada, nos imaginamos que la naturaleza no ha podido o no ha debido actuar en los otros mundos más que según las reglas que hemos reco-

nocido aquí abajo. Pues bien, precisamente en esto importa reformar nuestro juicio.

Dirigid por un instante la mirada a cualquier región de vuestro globo y a una de las producciones de vuestra naturaleza; ¿no reconocéis en ellas el sello de una variedad infinita y la prueba de una actividad sin igual? ¿No veis en el ala del pequeño pájaro de las Canarias, en el pétalo de un capullo de rosa entreabierto, la prodigiosa fecundidad de esta hermosa naturaleza? Ya se apliquen vuestros estudios a los seres que planean por los aires, ya desciendan hasta la violeta de los bosques, ya se adentren en las profundidades del Océano, en todo y en todas partes leéis esta verdad universal: la naturaleza todopoderosa actúa según los lugares, los tiempos y las circunstancias; es una en su armonía general, pero múltiple en sus producciones; juega con un sol como con una gota de agua; puebla de seres vivos un mundo inmenso con la misma facilidad con que hace eclosionar el huevo depositado por la mariposa de otoño.

64 Pues bien, si tal es la variedad que la naturaleza ha podido mostrarnos en todos los lugares de este pequeño mundo tan estrecho, tan limitado, ¡cuánto más debéis ampliar este modo de actuar al pensar en las perspectivas de los vastos mundos! ¡Cuánto más debéis desarrollarlo y reconocer su poderosa extensión al aplicarlo a esos mundos maravillosos que, mucho más que la tierra, dan testimonio de su incognoscible perfección!

No veáis, pues, alrededor de cada uno de los soles del espacio, sistemas semejantes a vuestro sistema planetario; no veáis en esos supuestos planetas los tres reinos de la naturaleza que brillan a vuestro alrededor, sino pensad que, así como ningún rostro humano se parece a otro en todo el género humano, del mismo modo se ha esparcido una diversidad prodigiosa, inima-

ginable, por las moradas etéreas que navegan en el seno de los espacios.
Del hecho de que nuestra naturaleza animada comience en el zoófito y termine en el hombre; de que la atmósfera alimente la vida terrestre, de que el elemento líquido la renueve sin cesar, de que vuestras estaciones hagan sucederse en esta vida los fenómenos que la dividen, no concluyáis que los millones de millones de tierras que navegan en la extensión sean semejantes a esta; lejos de ello, difieren según las diversas condiciones que les han sido asignadas y según su papel respectivo en el escenario del mundo; son las variadas piedras preciosas de un inmenso mosaico, las diversas flores de un admirable jardín.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

VII. ESBOZO GEOLÓGICO DE LA TIERRA

✦

1 La Tierra lleva en sí las huellas evidentes de su formación; se siguen sus fases con una precisión matemática en los distintos terrenos que componen su estructura. El conjunto de estos estudios constituye la ciencia llamada geología, ciencia nacida en este siglo, y que ha arrojado luz sobre la cuestión tan controvertida de su origen y del de los seres vivos que la habitan. Aquí no hay hipótesis; es el resultado riguroso de la observación de los hechos, y ante los hechos no cabe la duda. La historia de la formación del globo está escrita en las capas geológicas de una manera mucho más cierta que en los libros preconcebidos, porque es la propia naturaleza la que habla, la que se muestra al descubierto, y no la imaginación de los hombres que crea sistemas. Donde se ven las huellas del fuego, puede decirse con certeza que ha existido el fuego; donde se ven las del agua, se dice con no menos certeza que el agua ha permanecido allí; donde se ven las de los animales, se dice que los animales han vivido.

La geología es, por tanto, una ciencia enteramente de observación; solo saca conclusiones de lo que ve; sobre los puntos dudosos no afirma nada: solo emite opiniones discutibles cuya solución definitiva espera observaciones más completas. Sin los descubrimientos de la geología, como sin los de la astronomía, el Génesis del mundo seguiría en las tinieblas de la leyenda. Gracias a ella, hoy el hombre conoce la historia de su morada, y el andamiaje de las fábulas que rodeaban su cuna se ha derrumbado para no volver a levantarse.

2 Dondequiera que existen en los terrenos zanjas, excavaciones naturales o realizadas por los hombres, se observa lo que se llama estratificaciones, es decir, capas superpuestas. Los terrenos que presentan esta disposición se designan con el nombre de terrenos estratificados.

2.2 Estas capas, de un espesor muy variable, desde unos pocos centímetros hasta 100 metros y más, se distinguen entre sí por el color y la naturaleza de las sustancias que las componen. Las obras de ingeniería, la perforación de pozos, la explotación de canteras y, sobre todo, de minas han permitido observarlas hasta una profundidad bastante grande.

3 Las capas son generalmente homogéneas, es decir, cada una está formada por una misma sustancia, o por diversas sustancias que han existido juntas y han formado un todo compacto. La línea de separación que las aísla unas de otras está siempre claramente delimitada, como en las hiladas de un edificio; en ninguna parte se las ve mezclarse y fundirse una en otra en sus respectivos límites, como sucede, por ejemplo, con los colores del prisma y del arcoíris.

Por estas características se reconoce que se han formado sucesivamente, depositadas unas sobre otras en condiciones y por causas diferentes; las más profundas se formaron, naturalmente, primero, y las más superficiales, después. La última de todas, la que se encuentra en la superficie, es la capa de tierra vegetal, que debe sus propiedades a los detritos de las materias orgánicas procedentes de las plantas y de los animales.

Las capas inferiores, situadas debajo de la capa vegetal, han recibido en geología el nombre de rocas, palabra que, en esta acepción, no implica siempre la idea de una sustancia pétrea, sino que significa un lecho o banco de cualquier sustancia mineral. Unas están formadas por arena, arcilla o

tierra arcillosa, marga, cantos rodados; otras, por piedras propiamente dichas, más o menos duras, como las areniscas, los mármoles, la creta, las calizas o piedras de cal, las piedras de molino, los carbones minerales, los asfaltos, etc. Se dice que una roca tiene mayor o menor potencia según sea más o menos considerable su espesor.

4 Al examinar la naturaleza de estas rocas o capas, se reconoce por señales ciertas que unas proceden de materias fundidas y a veces vitrificadas por la acción del fuego; otras, de sustancias terrosas depositadas por las aguas; algunas de estas sustancias han permanecido disgregadas, como las arenas; las otras, al principio en estado pastoso, bajo la acción de ciertos agentes químicos u otras causas, se han endurecido y han adquirido con el tiempo la consistencia de la piedra.

4.2 Los bancos de piedras superpuestos indican depósitos sucesivos. El fuego y el agua han tenido, por tanto, su parte de acción en la formación de los materiales que componen la estructura sólida del globo.

5 La posición normal de las capas terrosas o pétreas procedentes de depósitos acuosos es la horizontal. Cuando se ven esas inmensas llanuras que a veces se extienden hasta perderse de vista, de una horizontalidad perfecta, lisas como si las hubieran nivelado con un rodillo, o esos fondos de valles tan planos como la superficie de un lago, se puede tener la certeza de que, en una época más o menos remota, esos lugares estuvieron cubiertos durante mucho tiempo por aguas tranquilas que, al retirarse, dejaron secas las tierras que habían depositado durante su permanencia.

5.2 Tras la retirada de las aguas, esas tierras se cubrieron de vegetación. Si, en lugar de tierras grasas, limosas, arcillosas o margosas, aptas para asimilar los principios nutritivos, las aguas solo depositaron arenas silíceas,

sin agregación, se tienen esas llanuras arenosas y áridas que constituyen los páramos y los desiertos.

5.3 Los depósitos que dejan las inundaciones parciales y los que forman los aluviones en la desembocadura de los ríos pueden dar una idea de ello en pequeña escala.

6 Aunque la horizontalidad es la posición normal y más general de las formaciones acuosas, a menudo se ven, en extensiones bastante grandes de los países montañosos, rocas duras cuya naturaleza indica que han sido formadas por las aguas, en una posición inclinada y a veces incluso vertical. Ahora bien, como según las leyes del equilibrio de los líquidos y de la gravedad los depósitos acuosos solo pueden formarse en planos horizontales, puesto que los que se producen en planos inclinados son arrastrados hacia las zonas bajas por las corrientes y por su propio peso, resulta evidente que estos depósitos debieron ser levantados por alguna fuerza después de su solidificación o transformación en piedras.

De estas consideraciones puede concluirse con certeza que todas las capas pétreas procedentes de depósitos acuosos que se encuentran en una posición perfectamente horizontal se han formado a lo largo de los siglos por aguas tranquilas, y que siempre que presentan una posición inclinada es porque el suelo fue alterado y dislocado posteriormente por trastornos generales o parciales más o menos considerables.

7 Un hecho característico de la mayor importancia, por el testimonio irrecusable que proporciona, consiste en los restos fósiles de animales y vegetales que se encuentran en cantidades innumerables en las distintas capas; y como estos restos se encuentran incluso en las piedras más duras, es preciso concluir que la existencia de esos seres es anterior a la formación de esas

mismas piedras; ahora bien, si se considera el número prodigioso de siglos que fueron necesarios para que se endurecieran y llegaran al estado en que se encuentran desde tiempos inmemoriales, se llega a la consecuencia forzosa de que la aparición de los seres orgánicos sobre la Tierra se pierde en la noche de los tiempos y es, por consiguiente, muy anterior a la fecha señalada por el Génesis (1).

La palabra fósil, de una acepción más general, ha sustituido a la de petrificación, que solo se aplicaba a los cuerpos transformados en piedra por la infiltración de materias silíceas o calcáreas en los tejidos orgánicos. Todas las petrificaciones son necesariamente fósiles, pero no todos los fósiles son petrificaciones.

Los objetos que se revisten de una capa pétrea cuando se sumergen en ciertas aguas cargadas de sustancias calcáreas no son petrificaciones propiamente dichas, sino simples incrustaciones.

8 Entre estos restos de vegetales y animales, hay algunos que han sido penetrados en todas las partes de su sustancia, sin que su forma haya sido alterada, por materias silíceas o calcáreas que los han transformado en piedras, algunas de las cuales tienen la dureza del mármol; son las petrificaciones propiamente dichas.

8.2 Otros simplemente quedaron envueltos por la materia en estado blando; se los encuentra intactos, y a algunos enteros, en las piedras más duras. Otros, por último, solo han dejado impresiones, pero de una nitidez y una delicadeza perfectas.

8.3 En el interior de ciertas piedras se han encontrado hasta huellas de pasos, y por la forma del pie, de los dedos y de las uñas se ha reconocido de qué especie de animal procedían.

9 Los fósiles de animales solo comprenden, como se entiende, las partes sólidas y resistentes, es decir, los huesos, las escamas y los cuernos; a veces son esqueletos completos; la mayoría de las veces son solo partes sueltas, pero cuya procedencia es fácil reconocer. Al examinar una mandíbula o un diente, se ve enseguida si pertenece a un animal herbívoro o carnívoro. Como todas las partes del animal tienen una correlación necesaria, la forma de la cabeza, de un omóplato, de un hueso de la pata o de un pie basta para determinar el tamaño, la forma general y el modo de vida del animal (1). Los animales terrestres tienen una orga nización que no permite confundirlos con los animales acuáticos. Los peces y los moluscos con concha fósiles son sumamente numerosos; las conchas por sí solas forman a veces bancos enteros de gran espesor. Por su naturaleza se reconoce sin dificultad si son animales marinos o de agua dulce.
(1) Los monumentos, las inscripciones y los objetos de fabricación humana pertenecen a la arqueología.

10 Los cantos rodados que en ciertos lugares constituyen rocas de gran potencia son un indicio inequívoco de su origen. Están redondeados como los guijarros de la orilla del mar, señal cierta del rozamiento que han sufrido por efecto de las aguas. Las regiones donde se los encuentra enterrados en masas considerables han estado indiscutiblemente ocupadas por el océano o por aguas violentamente agitadas.

11 Los terrenos de las diversas formaciones se caracterizan además por la naturaleza misma de los fósiles que contienen; los más antiguos contienen especies animales y vegetales que han desaparecido por completo de la superficie del globo. Algunas especies más recientes también han desaparecido, pero han conservado sus análogas, que solo difieren de sus antecesoras

por el tamaño y algunos matices de forma. Otras, por último, cuyos últimos representantes vemos, tienden evidentemente a desaparecer en un futuro más o menos próximo, como los elefantes, los rinocerontes, los hipopótamos, etc. Así, a medida que las capas terrestres se acercan a nuestra época, las especies animales y vegetales también se acercan a las que existen hoy.

Las perturbaciones y los cataclismos que han ocurrido en la Tierra desde su origen han cambiado, por tanto, sus condiciones de habitabilidad y han hecho desaparecer generaciones enteras de seres vivos.

12 Al examinar la naturaleza de las capas geológicas, se sabe con la mayor certeza si, en la época de su formación, la región que las contiene estaba ocupada por el mar, por lagos o por bosques y llanuras pobladas de animales terrestres. Si, por tanto, en una misma región se encuentra una serie de capas superpuestas que contienen alternativamente fósiles marinos, terrestres y de agua dulce, repetidas varias veces, es una prueba irrefutable de que esa misma región fue invadida varias veces por el mar, cubierta de lagos y dejada en seco.

¡Y cuántos siglos de siglos, sin duda, cuántos miles de siglos, quizá, hicieron falta para que se cumpliera cada período! ¡Qué fuerza tan poderosa debió de ser necesaria para desplazar y volver a situar el océano, para levantar las montañas! ¡Por cuántas revoluciones físicas, por cuántas conmociones violentas debió de pasar la Tierra antes de ser como la vemos desde los tiempos históricos! ¡Y se pretende que fuera obra de menos tiempo del que se necesita para hacer crecer una planta!

13 El estudio de las capas geológicas da testimonio, como ya se ha dicho, de formaciones sucesivas que cambiaron el aspecto del globo y dividen su historia en varias épocas. Estas épocas constituyen lo que se llama períodos geológicos, cuyo conocimiento es esencial para establecer el Génesis.

13.2 Se cuentan seis principales, que se designan con los nombres de períodos primario, de transición, secundario, terciario, diluviano, posdiluviano o actual. Los terrenos formados durante cada período se llaman también: terrenos primitivos, de transición, secundarios, etc.

13.3 Así se dice que tal o cual capa o roca, tal o cual fósil, se encuentran en los terrenos de tal o cual período.

14 Es esencial observar que el número de estos períodos no es absoluto y que depende de los sistemas de clasificación. En los seis principales mencionados anteriormente solo se incluyen aquellos que están marcados por un cambio notable y general en el estado del globo; pero la observación demuestra que durante cada uno se produjeron varias formaciones sucesivas; por eso se dividen en subperíodos caracterizados por la naturaleza de los terrenos, que elevan a veintiséis el número de las formaciones generales bien caracterizadas, sin contar las que proceden de modificaciones debidas a causas puramente locales.

15 El achatamiento de los polos y otros hechos concluyentes son indicios seguros de que la Tierra debió de encontrarse, en su origen, en un estado de fluidez o blandura. Este estado podía deberse a que la materia estuviera licuada por el fuego o empapada de agua.
Dice el refrán: No hay humo sin fuego. Esta afirmación, rigurosamente cierta, es una aplicación del principio: No hay efecto sin causa. Por la misma razón puede decirse: No hay fuego sin foco. Ahora bien, según los

hechos que ocurren ante nuestros ojos, no es solo humo lo que se produce, sino un fuego muy real que debe tener un foco; como este fuego procede del interior de la Tierra y no de arriba, el foco debe ser interior; como el fuego es permanente, el foco también debe serlo.

El calor que aumenta a medida que se penetra en el interior de la Tierra y que, a cierta distancia de la superficie, alcanza una temperatura muy elevada; las fuentes termales, tanto más calientes cuanto mayor es la profundidad de la que proceden; los fuegos y las masas de materias fundidas y encendidas que escapan de los volcanes, como por grandes respiraderos, o por las grietas producidas en ciertos terremotos, no pueden dejar dudas sobre la existencia de un fuego interior.

16 La experiencia demuestra que la temperatura se eleva un grado por cada treinta metros de profundidad; de ello se deduce que, a una profundidad de 300 metros, el aumento es de 10 grados; a 3,000 metros, de 100 grados, temperatura del agua hirviendo; a 30,000 metros, o de 7 a 8 leguas, de 1,000 grados; a 25 leguas, de más de 3,300 grados, temperatura a la que ninguna materia conocida resiste la fusión. Desde allí hasta el centro queda todavía un espacio de más de 1,400 leguas, es decir, 2,800 leguas de diámetro, que estaría ocupado por materias fundidas.

Aunque esto no sea más que una conjetura, al juzgar la causa por el efecto, reúne todas las características de lo probable, y se llega a la conclusión de que la Tierra sigue siendo una masa incandescente cubierta por una corteza sólida de 25 leguas de espesor como máximo, lo que apenas representa la 120.ª parte de su diámetro. Proporcionalmente, sería mucho menos que el espesor de la cáscara de naranja más fina.

Por lo demás, el espesor de la corteza terrestre es muy variable, pues hay re-

giones, sobre todo en los terrenos volcánicos, donde el calor y la flexibilidad del suelo indican que es muy reducido. La elevada temperatura de las aguas termales es también un indicio de la cercanía del fuego central.

17 Según esto, resulta evidente que el estado primitivo de fluidez o blandura de la Tierra debió de tener por causa la acción del calor y no la del agua. La Tierra era, por tanto, en su origen, una masa incandescente.

17.2 Como consecuencia de la radiación del calórico, ocurrió lo que sucede con toda materia en fusión: se enfrió poco a poco, y el enfriamiento empezó naturalmente por la superficie, que se endureció, mientras que el interior permaneció fluido.

17.3 Así puede compararse la Tierra con un bloque de carbón que sale al rojo vivo del horno y cuya superficie se apaga y se enfría al contacto con el aire, mientras que, si se rompe, se encuentra el interior todavía encendido.

18 En la época en que el globo terrestre era una masa incandescente, no contenía ni un átomo más ni uno menos que hoy; solo que, bajo la influencia de aquella elevada temperatura, la mayoría de las sustancias que lo componen y que vemos en forma de líquidos o sólidos, de tierras, piedras, metales y cristales, se encontraban en un estado muy diferente; no hicieron más que sufrir una transformación; como consecuencia del enfriamiento y de las mezclas, los elementos formaron nuevas combinaciones. El aire, considerablemente dilatado, debía de extenderse a una distancia inconmensurable; toda el agua, necesariamente convertida en vapor, estaba mezclada con el aire; todas las materias susceptibles de volatilizarse, como los metales, el azufre y el carbono, se encontraban en él en estado gaseoso. El estado de la atmósfera no tenía, por tanto, nada comparable con el actual; la densidad de todos los vapores le daba una opacidad que ningún rayo del sol po-

día atravesar. Si un ser vivo hubiera podido existir en la superficie del globo en aquella época, solo lo habría alumbrado el resplandor siniestro del horno situado bajo sus pies y de la atmósfera encendida.

El primer efecto del enfriamiento fue solidificar la superficie exterior de la masa en fusión y formar en ella una corteza resistente que, delgada al principio, fue engrosándose poco a poco. Esta corteza constituye la piedra llamada granito, de extrema dureza, denominada así por su aspecto granulado. En ella se distinguen tres sustancias principales: el feldespato, el cuarzo o cristal de roca y la mica; esta última tiene brillo metálico, aunque no es un metal.

La capa granítica es, por tanto, la primera que se formó sobre el globo, al que envuelve por entero y cuyo armazón óseo constituye, en cierto modo; es el producto directo de la materia en fusión una vez consolidada. Sobre ella, y en las cavidades que presentaba su superficie accidentada, se depositaron sucesivamente las capas de los otros terrenos formados con posterioridad. Lo que la distingue de estos últimos es la ausencia de toda estratificación; es decir, forma una masa compacta y uniforme en todo su espesor, en lugar de estar dispuesta en capas. La efervescencia de la materia incandescente debía de producir en ella numerosas y profundas grietas, por las que se derramaba esa materia.

20. — El segundo efecto del enfriamiento fue licuar algunas de las materias contenidas en el aire en estado de vapor, que se precipitaron sobre la superficie del suelo. Hubo entonces lluvias y lagos de azufre y betún, verdaderos arroyos de hierro, plomo y otros metales fundidos, que se infiltraron en las fisuras y constituyen hoy las vetas y los filones metálicos.

Bajo la influencia de estos diversos agentes, la superficie granítica sufrió descomposiciones alternadas; se produjeron mezclas que formaron los te-

rrenos primitivos propiamente dichos, distintos de la roca granítica, pero en masas confusas y sin estratificaciones regulares.

Vinieron después las aguas que, al caer sobre un suelo abrasador, se vaporizaban de nuevo, volvían a caer en lluvias torrenciales, y así sucesivamente, hasta que la temperatura les permitió permanecer sobre el suelo en estado líquido.

Con la formación de los terrenos graníticos comienza la serie de los períodos geológicos. A los seis períodos principales convendría, por tanto, añadir el del estado primitivo de incandescencia del globo.

21. — Tal fue el aspecto de este primer período, verdadero caos de todos los elementos confundidos, que buscaban asentarse, donde ningún ser vivo podía existir; por eso, uno de sus rasgos distintivos en geología es la ausencia de todo rastro de vida vegetal y animal.

Es imposible asignar una duración determinada a este primer período, como tampoco a los siguientes; pero, a partir del tiempo que necesita una bala de cañón de un volumen dado, calentada hasta el rojo blanco, para que su superficie se enfríe lo suficiente como para que una gota de agua permanezca en ella en estado líquido, se ha calculado que, si esa bala tuviera el tamaño de la Tierra, harían falta más de un millón de años.

20 Al comienzo del período de transición, la corteza sólida granítica todavía tenía poco espesor y solo ofrecía una resistencia bastante débil a la efervescencia de las materias encendidas que cubría y comprimía. En ella se producían abultamientos y numerosas rupturas por donde se derramaba la lava interior. El suelo solo presentaba desniveles poco considerables.

Las aguas, poco profundas, cubrían casi toda la superficie del globo, con excepción de las partes elevadas que formaban terrenos bajos, frecuente-

mente sumergidos.

El aire se había depurado poco a poco de las materias más pesadas, que se encontraban momentáneamente en estado gaseoso y que, al condensarse por efecto del enfriamiento, se precipitaban sobre la superficie del suelo y luego eran arrastradas y disueltas por las aguas.

Cuando se habla de enfriamiento en esta época, hay que entender esta palabra en un sentido relativo, es decir, respecto al estado primitivo, pues la temperatura debía de ser todavía abrasadora.

Los espesos vapores acuosos que se elevaban por todas partes desde la inmensa superficie líquida volvían a caer en lluvias abundantes y calientes y oscurecían el aire. Sin embargo, los rayos del sol comenzaban a aparecer a través de aquella atmósfera brumosa.

Una de las últimas sustancias de las que debió de depurarse el aire, por encontrarse naturalmente en estado gaseoso, fue el ácido carbónico, que entonces formaba una de sus partes constituyentes.

21 En aquella época comenzaron a formarse las capas de terrenos de sedimento, depositados por las aguas cargadas de limo y de materias diversas apropiadas para la vida orgánica.

Entonces aparecen los primeros seres vivos del reino vegetal y del reino animal; al principio en pequeño número, sus rastros se encuentran con una frecuencia cada vez mayor a medida que se asciende por las capas de esta formación. Es notable que la vida se manifieste en todas partes en cuanto las condiciones son propicias para su viabilidad, y que cada especie nazca en cuanto se producen las condiciones apropiadas para su existencia. Se diría que sus gérmenes eran patentes y solo esperaban las condiciones favorables para brotar.

22 Los primeros seres orgánicos que aparecieron en la Tierra son los vegetales de organización menos complicada, designados en botánica con los nombres de criptógamas, acotiledóneas, monocotiledóneas, es decir, los líquenes, hongos, musgos, helechos y plantas herbáceas. Todavía no se ven árboles de tallo leñoso, sino del género de las palmeras, cuyo tallo esponjoso es análogo al de las hierbas.
Los animales de este período, que sucedieron a los primeros vegetales, son exclusivamente marinos; son, al principio, pólipos, radiados, zoófitos, animales cuya organización sencilla y, por así decirlo, rudimentaria, es la que más se aproxima a la de los vegetales; más tarde aparecen crustáceos y peces cuyas especies ya no existen hoy.

23 Bajo la influencia del calor y de la humedad, y a consecuencia del exceso de ácido carbónico difundido en el aire, gas inadecuado para la respiración de los animales terrestres, pero necesario para las plantas, los terrenos descubiertos se cubrieron rápidamente de una vegetación exuberante, al mismo tiempo que las plantas acuáticas se multiplicaban en los pantanos.

23.2 Plantas del género de las que hoy son simples hierbas de unos pocos centímetros alcanzaban una altura y un grosor prodigiosos; así, había bosques de helechos arborescentes de ocho a diez metros de altura y de un grosor proporcionado, licopodios (pie de lobo; género de musgo) del mismo tamaño; colas de caballo (1) de cuatro a cinco metros, que hoy apenas alcanzan uno.

23.3 Hacia el final del período empiezan a aparecer algunos árboles del género de las coníferas o pinos.

24 A consecuencia del desplazamiento de las aguas, los terrenos que producían esas masas de vegetales quedaron varias veces sumergidos y cubiertos de nuevos sedimentos terrosos, mientras que los que quedaban en seco se adornaban a su vez con una vegetación semejante. Hubo así varias generaciones de vegetales que fueron alternativamente aniquiladas y renovadas. No ocurrió lo mismo con los animales, que, al ser todos acuáticos, no podían sufrir por esas alternancias.

Estos restos, acumulados durante una larga serie de siglos, formaron capas de gran espesor. Bajo la acción del calor, de la humedad, de la presión ejercida por los depósitos terrosos posteriores y, sin duda, también de diversos agentes químicos, gases, ácidos y sales producidos por la combinación de los elementos primitivos, estas materias vegetales sufrieron una fermentación que las convirtió en hulla o carbón de piedra. Las minas de hulla son, pues, el producto directo de la descomposición de las masas de vegetales acumulados durante el período de transición; por eso se encuentran en casi todas las regiones (2).

25 Puesto que los restos fósiles de la exuberante vegetación de aquella época se encuentran hoy tanto bajo los hielos de las tierras polares como en la zona tórrida, hay que concluir que, si la vegetación era uniforme, la temperatura también debía serlo. Los polos, por consiguiente, no estaban cubiertos de hielos como ahora.

25.2 Esto se debe a que entonces la Tierra obtenía su calor de sí misma, del fuego central que calentaba por igual toda la capa sólida, todavía poco espesa. Este calor era muy superior al que podían proporcionar los rayos solares, debilitados además por la densidad de la atmósfera.

25.3 Solo más tarde, cuando el calor central ya no pudo ejercer sobre la superficie exterior del globo más que una acción débil o nula, el del Sol se volvió preponderante, y las regiones polares, al recibir únicamente rayos oblicuos que daban muy poco calor, se cubrieron de hielo.

25.4 Se comprende que, en la época de la que hablamos, y aún mucho tiempo después, el hielo era desconocido en la Tierra.

26 Este período debió de ser muy largo, a juzgar por el número y el espesor de las capas de hulla (1).

Con el período de transición desaparecen la vegetación colosal y los animales que caracterizaban aquella época, ya fuera porque las condiciones atmosféricas no fueran ya las mismas, ya fuera porque una sucesión de cataclismos hubiera aniquilado todo lo que tenía vida en la Tierra. Es probable que ambas causas hayan contribuido a este cambio, pues, por una parte, el estudio de los terrenos que marcan el final de este período da testimonio de grandes trastornos causados por los levantamientos y las erupciones que vertieron sobre el suelo grandes cantidades de lava, y, por otra, se produjeron cambios notables en los tres reinos.

(1) ... Suponiendo tan solo mil años para la formación de cada uno de estos niveles, serían ya 68,000 años para esta sola capa de hulla.

27 El período secundario se caracteriza, en el aspecto mineral, por numerosas capas de gran espesor que dan testimonio de una formación lenta en el seno de las aguas y marcan distintas épocas bien definidas.

La vegetación es menos rápida y menos colosal que en el período anterior, sin duda a consecuencia de la disminución del calor y de la humedad, y de

las modificaciones ocurridas en los elementos constitutivos de la atmósfera. A las plantas herbáceas y pulposas se unen las de tallos leñosos y los primeros árboles propiamente dichos.

28 Los animales siguen siendo acuáticos o, a lo sumo, anfibios; la vida animal en tierra firme progresa poco. Una cantidad prodigiosa de animales con concha se desarrolla en los mares a consecuencia de la formación de materias calcáreas; surgen nuevos peces, de una organización más perfeccionada que en el período anterior; se ve aparecer a los primeros cetáceos. Los animales más característicos de esta época son los reptiles monstruosos, entre los cuales destacan:

El ictiosaurio, especie de pez lagarto que alcanzaba hasta diez metros de longitud y cuyas mandíbulas, prodigiosamente alargadas, estaban provistas de ciento ochenta dientes. Su forma general recuerda un poco a la del cocodrilo, pero sin coraza escamosa; sus ojos tenían el volumen de la cabeza de un hombre; tenía aletas como la ballena y expulsaba el agua por espiráculos como esta.

El plesiosaurio, otro reptil marino, tan grande como el ictiosaurio, cuyo cuello excesivamente largo se doblaba como el del cisne y le daba la apariencia de una enorme serpiente unida a un cuerpo de tortuga. Tenía la cabeza del lagarto y los dientes del cocodrilo; su piel debía de ser lisa como la del anterior, pues no se ha encontrado ningún rastro de escamas ni de caparazón (1).

El teleosaurio se aproxima más a los cocodrilos actuales, que parecen ser sus versiones diminutas; como estos, tenía una coraza escamosa y vivía tanto en el agua como en tierra firme; su tamaño era de unos diez metros, de los cuales tres o cuatro correspondían solo a la cabeza; su enorme boca tenía

dos metros de abertura.

El megalosaurio, gran lagarto, especie de cocodrilo de 14 a 15 metros de longitud, esencialmente carnívoro, que se alimentaba de reptiles, pequeños cocodrilos y tortugas.

Su formidable mandíbula estaba provista de dientes en forma de hoja de podadera de doble filo, curvados hacia atrás, de tal modo que, una vez clavados en la presa, a esta le resultaba imposible soltarse.

El iguanodonte, el mayor de los lagartos que hayan aparecido en la Tierra; medía de 20 a 25 metros desde la cabeza hasta el extremo de la cola. Su hocico estaba rematado por un cuerno óseo semejante al de la iguana de nuestros días, de la que solo parece diferir por el tamaño, pues esta última apenas tiene un metro de longitud. La forma de los dientes demuestra que era herbívoro, y la de los pies, que era un animal terrestre.

El pterodáctilo, animal extraño del tamaño de un cisne, que tenía a la vez algo de reptil por el cuerpo, de ave por la cabeza y de murciélago por la membrana carnosa que unía sus dedos, de una longitud prodigiosa, y le servía de paracaídas cuando se precipitaba sobre su presa desde lo alto de un árbol o de una roca. No tenía pico córneo como las aves, sino que los huesos de las mandíbulas, tan largos como la mitad del cuerpo y provistos de dientes, terminaban en punta como un pico.

29 Durante este período, que debió de ser muy largo, como lo atestiguan el número y el espesor de las capas geológicas, la vida animal alcanzó un inmenso desarrollo en el seno de las aguas, como había ocurrido con la vegetación en el período anterior. El aire, más puro y más apto para la respiración, comienza a permitir que algunos animales vivan en tierra firme.

29.2 El mar se desplazó varias veces, pero, al parecer, sin sacudidas violentas. Con este período desaparecen a su vez esas razas de gigantescos animales acuáticos, reemplazadas más tarde por especies análogas, de formas menos desproporcionadas y de tamaño infinitamente menor »

30 El orgullo ha llevado al hombre a decir que todos los animales fueron creados para él y para sus necesidades. Pero ¿cuántos son los que le sirven directamente y que ha podido someter, en comparación con el número incalculable de aquellos con los que nunca ha tenido ni tendrá relación alguna? ¿Cómo sostener semejante tesis ante esas innumerables especies que fueron las únicas que poblaron la Tierra durante miles de miles de siglos antes de que él mismo llegara y que han desaparecido? ¿Puede decirse que fueron creadas para su provecho?

30.2 Sin embargo, todas esas especies tenían su razón de ser, su utilidad. Dios no pudo crearlas por un capricho de su voluntad y para darse el placer de aniquilarlas; pues todas tenían vida, instintos, la sensación del dolor y del bienestar. ¿Con qué fin lo hizo? Ese fin debe ser soberanamente sabio, aunque todavía no lo comprendamos.

30.3 Tal vez algún día se le conceda al hombre conocerlo para confundir su orgullo; pero, mientras tanto, cuánto se engrandecen las ideas ante esos nuevos horizontes en los que ahora le es permitido adentrar la mirada, y que despliegan ante él el espectáculo imponente de esta creación, tan majestuosa en su lentitud, tan admirable en su previsión, tan puntual, tan precisa y tan invariable en sus resultados.

31 Con el período terciario comienza para la Tierra un nuevo orden de cosas; el estado de su superficie cambia completamente de aspecto; las condiciones de habitabilidad se modifican profundamente y se aproximan al es-

tado actual. Los primeros tiempos de este período se caracterizan por una interrupción en la producción vegetal y animal; todo lleva las huellas de una destrucción casi general de los seres vivos, y entonces aparecen sucesivamente nuevas especies cuya organización más perfecta está adaptada a la naturaleza del medio en el que están llamadas a vivir.

32 Durante los períodos anteriores, la corteza sólida del globo, debido a su escaso espesor, ofrecía, como se ha dicho, una resistencia bastante débil a la acción del fuego interior; esta envoltura, que se desgarraba fácilmente, permitía que las materias en fusión se derramaran libremente sobre la superficie del suelo. Ya no ocurrió lo mismo cuando adquirió cierto espesor; las materias ardientes, comprimidas por todas partes, como el agua hirviendo en un recipiente cerrado, acabaron por producir una especie de explosión; la masa granítica, violentamente quebrada en multitud de puntos, quedó surcada de grietas como un recipiente resquebrajado. A lo largo de estas grietas, la corteza sólida, levantada y enderezada, formó los picos, las cadenas de montañas y sus ramificaciones. Algunas partes de la envoltura que no se desgarraron simplemente se elevaron, mientras que en otros puntos se produjeron hundimientos y excavaciones.

La superficie del suelo se volvió entonces muy desigual; las aguas que, hasta aquel momento, lo cubrían de manera casi uniforme en la mayor parte de su extensión fueron desplazadas hacia las partes más bajas, dejando en seco vastos continentes o cumbres de montañas aisladas que formaron islas.

Tal es el gran fenómeno que se produjo en el período terciario y que trans-

formó el aspecto del globo. No se produjo de manera instantánea ni simultánea en todos los puntos, sino sucesivamente y en épocas más o menos distantes.

33 Una de las primeras consecuencias de estos levantamientos fue, como se ha dicho, la inclinación de las capas de sedimentos, primitivamente horizontales, que permanecieron en esa posición en todos los lugares donde el suelo no sufrió alteraciones. Por tanto, es en las laderas y en las cercanías de las montañas donde estas inclinaciones son más pronunciadas.

34 En las regiones donde las capas de sedimentos han conservado su horizontalidad, para alcanzar las de primera formación hay que atravesar todas las demás, a menudo hasta una profundidad considerable, al final de la cual se encuentra inevitablemente la roca granítica. Pero cuando estas capas se levantaron formando montañas, fueron llevadas por encima de su nivel normal, y a veces a una altura muy grande, de tal modo que, si se hace un corte vertical en la ladera de la montaña, quedan al descubierto en todo su espesor, superpuestas como las hiladas de un edificio.

Así es como se encuentran a grandes alturas considerables bancos de conchas formados primitivamente en el fondo de los mares. Hoy se reconoce plenamente que en ninguna época pudo el mar alcanzar semejante altura, pues todas las aguas que existen en la Tierra no bastarían, aunque hubiera cien veces más. Habría que suponer, por tanto, que la cantidad de agua disminuyó, y entonces cabría preguntarse qué fue de la porción desaparecida. Los levantamientos, que hoy son un hecho indiscutible y demostrado por la ciencia, explican de manera tan lógica como rigurosa los depósitos marinos que se encuentran en ciertas montañas. Estos terrenos estuvieron evidentemente sumergidos durante una larga sucesión de siglos, pero en su

nivel primitivo y no en el lugar que ocupan ahora.
Es exactamente como si una porción del fondo de un lago se hubiera levantado veinticinco o treinta metros por encima de la superficie del agua; la cima de esta elevación llevaría los restos de plantas y animales que yacían antiguamente en el fondo del agua, lo cual no implicaría en absoluto que las aguas del lago se hubieran elevado a esa altura.

35 En los lugares donde el levantamiento de la roca primitiva produjo un desgarramiento completo del suelo, ya fuera por su rapidez o por la forma, la altura y el volumen de la masa levantada, el granito quedó al descubierto como un diente que atraviesa la encía. Las capas que lo recubrían, levantadas, quebradas y enderezadas, quedaron expuestas; así es como terrenos pertenecientes a las formaciones más antiguas, que en su posición primitiva se encontraban a gran profundidad, forman hoy el suelo de ciertas regiones.

36 La masa granítica, dislocada por efecto de los levantamientos, dejó en algunos lugares fisuras por donde escapa el fuego interior y fluyen las materias en fusión: son los volcanes. Los volcanes son como las chimeneas de este inmenso horno, o mejor aún, son válvulas de seguridad que, al dar salida al exceso de materias ígneas, evitan sacudidas mucho más terribles; de ahí que pueda decirse que el número de volcanes en actividad es una causa de seguridad para el conjunto de la superficie del suelo.
Podemos hacernos una idea de la intensidad de este fuego si pensamos que se abren volcanes en el seno mismo del mar, y que la masa de agua que los recubre y penetra en ellos no basta para apagarlos.

37 Los levantamientos producidos en la masa sólida desplazaron necesariamente las aguas, que fueron empujadas hacia las partes hundidas, cuya profundidad había aumentado por la elevación de los terrenos emergidos y por los hundimientos. Pero estos mismos fondos, levantados a su vez, unas veces en un lugar y otras en otro, expulsaron las aguas, que refluyeron hacia otros sitios, y así sucesivamente hasta que pudieron alcanzar una posición más estable.

Los desplazamientos sucesivos de esta masa líquida necesariamente surcaron y alteraron la superficie del suelo. Las aguas, al fluir, arrastraron parte de los terrenos de formaciones anteriores que los levantamientos habían dejado al descubierto, desnudaron ciertas montañas que estaban recubiertas por ellos y dejaron expuesta su base granítica o calcárea; se excavaron valles profundos y se rellenaron otros.

Hay, pues, montañas formadas directamente por la acción del fuego central: son principalmente las montañas graníticas; otras se deben a la acción de las aguas, que, al arrastrar las tierras sueltas y las materias solubles, excavaron valles alrededor de una base resistente, calcárea o de otra naturaleza.

Las materias arrastradas por la corriente de las aguas formaron las capas del período terciario, que se distinguen fácilmente de las anteriores, menos por su composición, que es casi la misma, que por su disposición.

Las capas de los períodos primario, de transición y secundario, formadas sobre una superficie poco accidentada, son casi uniformes en toda la Tierra; las del período terciario, por el contrario, formadas sobre una base muy desigual y por el arrastre de las aguas, tienen un carácter más local. En todas partes, al excavar a cierta profundidad, se encuentran todas las capas anteriores, en el orden de su formación, mientras que no en todas partes se encuentra el terreno terciario ni todas sus capas.

38 Durante las alteraciones del suelo que tuvieron lugar al comienzo de este período, se comprende que la vida orgánica debió de sufrir una interrupción, lo cual se reconoce al examinar los terrenos desprovistos de fósiles. Pero, en cuanto llegó un estado de mayor calma, reaparecieron los vegetales y los animales.

38.2 Como las condiciones de vida habían cambiado y la atmósfera estaba más depurada, se vio formarse nuevas especies de una organización más perfecta. En cuanto a su estructura, las plantas difieren poco de las de nuestros días.

39 Durante los dos períodos anteriores, los terrenos no cubiertos por las aguas tenían poca extensión, y además eran pantanosos y quedaban sumergidos con frecuencia; por eso solo había animales acuáticos o anfibios. El período terciario, que vio formarse vastos continentes, se caracteriza por la aparición de los animales terrestres.

Así como el período de transición vio nacer una vegetación colosal y el período secundario reptiles monstruosos, este ve aparecer mamíferos gigantescos, como el elefante, el rinoceronte, el hipopótamo, el paleoterio, el megaterio, el dinoterio, el mastodonte, el mamut, etc. Vio nacer también las aves, así como la mayoría de las especies que aún viven en nuestros días. Algunas de las especies de esta época sobrevivieron a los cataclismos posteriores; otras, que se designan con el nombre genérico de animales antediluvianos, desaparecieron por completo, o fueron reemplazadas por especies análogas, de formas menos pesadas y menos macizas, de las que los primeros tipos fueron como esbozos; tales son: el felis spelaea, animal carnívoro

del tamaño de un toro, con los caracteres anatómicos del tigre y del león; el cervus megaceron, variedad de ciervo cuyas astas, de 3 metros de longitud, estaban separadas de 3 a 4 metros en sus extremos.

40 Durante mucho tiempo se creyó que el mono y las diversas variedades de cuadrumanos, animales que más se acercan al hombre por su conformación, aún no existían; pero los descubrimientos recientes parecen no dejar dudas sobre la presencia de estos animales, al menos hacia el final del período.

41 Este período está marcado por uno de los mayores cataclismos que sacudieron el globo, cambiaron una vez más el aspecto de su superficie y destruyeron para siempre una multitud de especies vivas de las que solo se encuentran los restos. Por todas partes dejó huellas que atestiguan su carácter general.

41.2 Las aguas, violentamente expulsadas de su lecho, invadieron los continentes, arrastrando consigo las tierras y las rocas, desnudando las montañas y arrancando de raíz los bosques seculares. Los nuevos depósitos que formaron se designan en geología con el nombre de terrenos diluviales.

42 Una de las huellas más significativas de este gran desastre son las rocas llamadas bloques erráticos. Así se denomina a las rocas de granito que se encuentran aisladas en las llanuras, apoyadas sobre terrenos terciarios y en medio de terrenos diluviales, a veces a varios cientos de leguas de las montañas de las que fueron arrancadas. Es evidente que solo pudieron ser transportadas a distancias tan grandes por la violencia de las corrientes (1).

43 Un hecho no menos característico, cuya causa aún no se explica, es que los primeros aerolitos (2) se encuentran en los terrenos diluviales; por tanto, solo en esa época comenzaron a caer. La causa que los produce no existía, pues, anteriormente.

44 También es hacia esta época cuando los polos comienzan a cubrirse de hielo y se forman los glaciares de las montañas, lo cual indica un cambio notable en la temperatura del globo.

44.2 Este cambio debió de ser repentino, pues, si se hubiera producido gradualmente, los animales como los elefantes, que hoy solo viven en climas cálidos y que se encuentran en tan gran número en estado fósil en las tierras polares, habrían tenido tiempo de retirarse poco a poco hacia las regiones más templadas.

44.3 Todo prueba, por el contrario, que debieron de ser sorprendidos bruscamente por un gran frío y quedar envueltos en el hielo.

45 Ese fue, pues, el verdadero diluvio universal. Las opiniones están divididas sobre las causas que pudieron producirlo, pero, cualesquiera que sean, el hecho sigue existiendo.

Se supone de manera bastante general que se produjo un cambio brusco en la posición del eje de la Tierra, a consecuencia del cual se desplazaron los polos; de ahí una proyección general de las aguas sobre la superficie. Si este cambio se hubiera producido lentamente, las aguas se habrían desplazado de manera gradual, sin sacudidas, mientras que todo indica una conmoción violenta y repentina. Dado que se ignora la verdadera causa, solo pueden formularse hipótesis.

El desplazamiento repentino de las aguas también pudo deberse al levantamiento de ciertas partes de la corteza sólida y a la formación de nuevas

montañas en el seno de los mares, como ocurrió al comienzo del período terciario; pero, además de que el cataclismo no habría sido general, eso no explicaría el cambio repentino de la temperatura de los polos.

46 En la conmoción causada por la alteración de las aguas, muchos animales perecieron; otros, para escapar de la inundación, se retiraron a lugares elevados, a cavernas y grietas, donde perecieron en masa, ya fuera de hambre, devorándose unos a otros o quizá también por la irrupción de las aguas en los lugares donde se habían refugiado y de los que no habían podido escapar.

46.2 Así se explica la gran cantidad de huesos de diversos animales, carnívoros y otros, que se encuentran mezclados en ciertas cavernas, llamadas por esta razón cavernas o brechas óseas. Allí se los encuentra con mayor frecuencia bajo las estalagmitas. En algunas, los huesos parecen haber sido arrastrados por la corriente de las aguas (1).

47 Una vez restablecido el equilibrio en la superficie del globo, la vida animal y vegetal reanudó pronto su curso. El suelo consolidado había adquirido una base más estable; el aire más puro era adecuado para órganos más delicados.

47.2 El sol, que brillaba con todo su esplendor a través de una atmósfera límpida, difundía, junto con la luz, un calor menos sofocante y más vivificante que el del horno interior.

47.3 La Tierra se poblaba de animales menos feroces y más sociables; los vegetales más suculentos ofrecían una alimentación menos tosca; todo, en fin, estaba preparado en la Tierra para el nuevo huésped que debía habitarla.

47.4 Fue entonces cuando apareció el hombre, el último ser de la creación, aquel cuya inteligencia debía contribuir desde entonces al progreso general, al tiempo que él mismo progresaba.

48 ¿Existe realmente el hombre en la Tierra solo desde el período diluviano, o apareció antes de esa época? Esta cuestión es hoy muy controvertida, pero su solución, cualquiera que sea, solo tiene una importancia secundaria, pues no cambiaría nada del conjunto de los hechos establecidos.
Lo que había llevado a pensar que la aparición de los hombres es posterior al diluvio era que no se había encontrado ningún vestigio auténtico de su existencia durante el período anterior. Los huesos descubiertos en diversos lugares, y que hicieron creer en la existencia de una supuesta raza de gigantes antediluvianos, fueron reconocidos como huesos de elefantes.
Lo que no admite duda es que el hombre no existía ni en el período primario, ni en el de transición, ni en el período secundario, no solo porque no se encuentra ningún vestigio suyo, sino porque no existían las condiciones necesarias para que pudiera vivir. Si apareció en el período terciario, solo pudo ser hacia el final, y aun entonces debió de ser poco numeroso; de otro modo, puesto que se encuentran los vestigios más delicados de un número tan grande de animales que vivieron en esa época, no se comprendería que los hombres no hubieran dejado ningún indicio de su presencia, ya fuera mediante restos del cuerpo o mediante trabajos de cualquier clase.
Por lo demás, el período diluviano, al haber sido corto, no produjo cambios notables en las condiciones climáticas y atmosféricas; los animales y los vegetales eran también los mismos antes y después; por tanto, no hay una imposibilidad material de que la aparición del hombre precediera a ese gran cataclismo; la presencia del mono en esa época aumenta la probabilidad de

este hecho, que recientes descubrimientos parecen confirmar (1).

Sea como fuere, haya aparecido o no el hombre antes del gran diluvio universal, lo cierto es que su papel humanitario solo comenzó realmente a perfilarse en el período posdiluviano; por tanto, puede considerarse que este se caracteriza por su presencia.

(1) Véanse los trabajos del señor Toucher de Perlhes.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

VIII. TEORÍAS DE LA TIERRA

✦

1 De todas las teorías sobre el origen de la Tierra, la que ha gozado de mayor crédito en estos últimos tiempos es la de Buffon, ya sea por la posición de su autor en el mundo científico, ya porque no se sabía más en aquella época.

Al ver que todos los planetas se movían en la misma dirección, de occidente a oriente, y en el mismo plano, recorriendo órbitas cuya inclinación no supera los 7 grados y medio, Buffon dedujo de esta uniformidad que debían haber sido puestos en movimiento por una misma causa.

Según él, siendo el Sol una masa incandescente en fusión, supuso que un cometa que lo había golpeado oblicuamente, rozando su superficie, había desprendido de él una porción que, lanzada al espacio por la violencia del choque, se dividió en varios fragmentos. Estos fragmentos formaron los planetas, que siguieron moviéndose circularmente por la combinación de la fuerza centrípeta y la fuerza centrífuga, en el sentido impreso por la dirección del choque primitivo, es decir, en el plano de la eclíptica.

Los planetas serían así partes de la sustancia incandescente del Sol y, por consiguiente, habrían sido también incandescentes en su origen. Tardaron en enfriarse y consolidarse un tiempo proporcional a su volumen y, cuando la temperatura lo permitió, la vida nació en su superficie.

Como consecuencia de la disminución gradual del calor central, la Tierra llegaría, en un tiempo determinado, a un estado de enfriamiento completo; la masa líquida quedaría enteramente congelada y el aire, cada vez más condensado, acabaría por desaparecer. El descenso de la temperatura,

al hacer imposible la vida, provocaría la disminución y después la desaparición de todos los seres organizados. El enfriamiento, que comenzó por los polos, se extendería sucesivamente a todas las regiones hasta el ecuador.
Tal es, según Buffon, el estado actual de la Luna, que, al ser más pequeña que la Tierra, sería hoy un mundo extinguido, del que la vida está ya excluida. El propio Sol tendría un día la misma suerte. Según sus cálculos, la Tierra habría tardado unos 74,000 años en alcanzar su temperatura actual, y dentro de 93,000 años vería el fin de la existencia de la naturaleza organizada.

[2] La teoría de Buffon, contradicha por los nuevos descubrimientos de la ciencia, está hoy casi completamente abandonada por los siguientes motivos:
1° Durante mucho tiempo se creyó que los cometas eran cuerpos sólidos cuyo encuentro con un planeta podía provocar la destrucción de este. En esa hipótesis, la suposición de Buffon no tenía nada de improbable. Pero ahora se sabe que están formados por una materia gaseosa condensada, aunque lo bastante enrarecida como para que puedan verse estrellas de mediana magnitud a través de su núcleo. En este estado, al ofrecer menos resistencia que el Sol, es imposible un choque violento capaz de lanzar lejos una porción de su masa.
2° La naturaleza incandescente del Sol es también una hipótesis que nada, hasta el presente, viene a confirmar y que, por el contrario, las observaciones parecen desmentir. Aunque todavía no se ha determinado por completo su naturaleza, la potencia de los medios de observación de que se dispone hoy ha permitido estudiarlo mejor. Actualmente, la ciencia admite de manera general que el Sol es un globo compuesto de materia sólida, ro-

deado de una atmósfera luminosa que no está en contacto con su superficie (1).

3° En tiempos de Buffon solo se conocían aún los seis planetas conocidos por los antiguos: Mercurio, Venus, la Tierra, Marte, Júpiter y Saturno. Desde entonces se han descubierto muchos, de los cuales tres principalmente, Juno, Ceres y Palas, tienen sus órbitas inclinadas 13, 10 y 34 grados, lo que no concuerda con la hipótesis de un único movimiento de proyección.

4° Los cálculos de Buffon sobre el enfriamiento se consideran completamente inexactos desde que el señor Fourier descubrió la ley de la disminución del calor. La Tierra no necesitó 74,000 años para alcanzar su temperatura actual, sino millones de años.

5° Buffon solo tuvo en cuenta el calor central del globo, sin considerar el de los rayos solares; ahora bien, hoy se reconoce, por datos científicos de rigurosa precisión fundados en la experiencia, que, debido al espesor de la corteza terrestre, el calor interno del globo tiene, desde hace mucho tiempo, una participación insignificante en la temperatura de la superficie exterior; las variaciones que sufre esta atmósfera son periódicas y se deben a la acción preponderante del calor solar (cap. VII, n°25). Como el efecto de esta causa es permanente, mientras que el del calor central es nulo o casi nulo, la disminución de este último no puede producir modificaciones apreciables en la superficie de la Tierra. Para que la Tierra se volviera inhabitable por el enfriamiento general, sería necesaria la extinción del Sol (1).

[3] La teoría de la formación de la Tierra por la condensación de la materia cósmica es la que prevalece hoy en la ciencia, por ser la que mejor justifica la observación, la que resuelve el mayor número de dificultades y la que se

apoya, más que todas las demás, en el gran principio de la unidad universal. Es la que se ha descrito anteriormente, en el cap. VI, Uranografía general.

Estas dos teorías, como se ve, conducen al mismo resultado: el estado primitivo de incandescencia del globo, la formación de una corteza sólida por el enfriamiento, la existencia del fuego central y la aparición de la vida orgánica en cuanto la temperatura la hace posible. Difieren en el modo de formación de la Tierra, y es probable que, si Buffon hubiera vivido en nuestros días, habría tenido otras ideas. Son, por tanto, dos caminos distintos que conducen al mismo fin.

La geología toma la Tierra en el punto en que es posible la observación directa. Su estado anterior, al escapar a la experimentación, solo puede ser conjetural; ahora bien, entre dos hipótesis, el sentido común dice que debe elegirse la que está avalada por la lógica y concuerda mejor con los hechos observados.

Teoría de la incrustación.

Solo mencionamos esta teoría para dejar constancia de ella, pues no tiene nada de científica, y únicamente porque ha tenido cierta repercusión en estos últimos tiempos y ha seducido a algunas personas. Se resume en la siguiente carta:

«Dios, según la Biblia, creó el mundo en seis días, cuatro mil años antes de la era cristiana. Esto es lo que los geólogos cuestionan mediante el estudio de los fósiles y los miles de indicios indiscutibles de antigüedad que hacen remontar el origen de la Tierra a millones de años; y, sin embargo, la Escritura ha dicho la verdad y los geólogos también, y es un simple campesino (1) quien los pone de acuerdo al enseñarnos que nuestra Tierra es solo un planeta incrustativo muy moderno, compuesto de materiales muy anti-

guos. Tras la retirada del planeta desconocido, que había llegado a la madurez o a la armonía con el que existía en el lugar que hoy ocupamos, el Alma de la Tierra recibió la orden de reunir a sus satélites para formar nuestro globo actual según las reglas del progreso en todo y para todo. Solo cuatro de estos astros consintieron en la asociación que se les proponía; únicamente la Luna persistió en su autonomía, pues los globos también tienen libre albedrío. Para proceder a esta fusión, el Alma de la Tierra dirigió hacia los satélites un rayo magnético de atracción que sumió en catalepsia a toda su población vegetal, animal y humana, que aportaron a la comunidad. La operación solo tuvo por testigos al Alma de la Tierra y a los grandes mensajeros celestiales que la ayudaron en esta gran obra, abriendo estos globos para poner sus entrañas en común. Una vez realizada la soldadura, las aguas fluyeron hacia los vacíos dejados por la ausencia de la Luna. Las atmósferas se confundieron y comenzó el despertar o la resurrección de los gérmenes sumidos en catalepsia; el hombre fue sacado en último lugar de su estado de hipnotismo y se vio rodeado de la vegetación exuberante del paraíso terrenal y de los animales que pastaban en paz a su alrededor. Todo esto podía hacerse en seis días con obreros tan poderosos como aquellos a quienes Dios había encargado esta tarea. El planeta Asia nos aportó la raza amarilla, la de civilización más antigua; África, la raza negra; Europa, la raza blanca, y América, la raza roja. La Luna quizá nos habría aportado la raza verde o azul.

»Así, ciertos animales de los que solo se encuentran restos nunca habrían vivido en nuestra Tierra actual, sino que habrían sido traídos de otros mundos dislocados por la vejez. Los fósiles que se encuentran en climas donde no habrían podido existir aquí abajo vivían sin duda en zonas muy distintas, en los globos donde nacieron. Algunos restos se encuentran en

nuestros polos, cuando en sus mundos vivían en el ecuador». 5. — Esta teoría tiene en su contra los datos más concluyentes de la ciencia experimental, además de que deja intacta la cuestión del origen que pretende resolver. Dice cómo se habría formado la Tierra, pero no dice cómo se formaron los cuatro mundos reunidos para constituirla.

Si las cosas hubieran sucedido así, ¿cómo se explicaría que no se encuentren en ninguna parte las huellas de esas inmensas soldaduras, que llegarían hasta las entrañas del globo? Como cada uno de esos mundos aportaba sus propios materiales, Asia, África, Europa y América tendrían cada una una geología particular y diferente, lo cual no ocurre. Por el contrario, se ve primero el núcleo granítico uniforme, de composición homogénea en todas las partes del globo, sin solución de continuidad. Después, las capas geológicas de la misma formación, idénticas en su constitución, superpuestas en todas partes en el mismo orden, se prolongan sin interrupción de un lado a otro de los mares, de Europa a Asia, a África, a América, y recíprocamente. Estas capas, testigos de las transformaciones del globo, atestiguan que esas transformaciones se realizaron en toda su superficie, y no en una parte; nos muestran los períodos de aparición, existencia y desaparición de las mismas especies animales y vegetales por igual en las distintas partes del mundo; la fauna y la flora de aquellos períodos remotos evolucionaban simultáneamente en todas partes bajo la influencia de una temperatura uniforme, cambiando de carácter en todas partes a medida que la temperatura se modificaba. Tal estado de cosas es incompatible con la formación de la Tierra por la unión de varios mundos diferentes.

Si este sistema se hubiera concebido tan solo un siglo atrás, habría podido conquistar un lugar provisional en las cosmogonías especulativas puramente imaginarias y fundadas sin el método experimental; pero hoy no

tiene ninguna vitalidad y ni siquiera resiste el examen, porque lo contradicen los hechos materiales.

Sin discutir aquí el libre albedrío atribuido a los planetas ni la cuestión de su alma, cabe preguntarse qué habría sido del mar, que ocupa el vacío dejado por la Luna, si esta no hubiera mostrado mala voluntad para reunirse con sus hermanas; qué sucedería con la Tierra actual si un día a la Luna se le antojara venir a recuperar su lugar y expulsar de él al mar.

6. — Este sistema ha seducido a algunas personas porque parecía explicar la presencia de las distintas razas humanas en la Tierra y su localización; pero, puesto que esas razas pudieron germinar en mundos separados, ¿por qué no habrían podido hacerlo en distintos puntos de un mismo globo? Es querer resolver una dificultad mediante otra mucho mayor. En efecto, por mucha rapidez y destreza con que se realizara la operación, esta unión no pudo producirse sin violentas sacudidas; cuanto más rápida fuera, más desastrosos debieron ser los cataclismos; parece, por tanto, imposible que unos seres simplemente dormidos en un sueño cataléptico hayan podido resistirlos para despertarse después tranquilamente. Si solo eran gérmenes, ¿en qué consistían? ¿Cómo habrían sido reducidos al estado de gérmenes unos seres ya formados? Siempre quedaría la cuestión de saber cómo esos gérmenes volvieron a desarrollarse. Seguiría siendo la Tierra formada por vía milagrosa, pero mediante otro procedimiento menos poético y menos grandioso que el primero; mientras que las leyes naturales dan de su formación una explicación mucho más completa y, sobre todo, más racional, deducida de la experiencia y de la observación (1).

(1) Cuando semejante sistema se vincula a toda una cosmogonía, cabe preguntarse sobre qué base racional puede descansar el resto.

La concordancia que se pretende establecer, mediante este sistema, entre el

Génesis bíblico y la ciencia es completamente ilusoria, ya que lo contradice la propia ciencia. Por otra parte, todas las creencias surgidas del texto bíblico tienen por piedra angular la creación de una única pareja de la que proceden todos los hombres. Quitad esa piedra y todo lo construido sobre ella se derrumba. Ahora bien, este sistema, al dar a la humanidad un origen múltiple, es la negación de la doctrina que le atribuye un padre común.

El autor de la carta anterior, hombre de gran saber, seducido por un momento por esta teoría, pronto vio sus puntos vulnerables y no tardó en combatirla con las armas de la ciencia.

(1) Para más detalles sobre este asunto y sobre la ley de la disminución del calor, véase: Cartas sobre las revoluciones del globo, de Bertrand, páginas 19 y 307.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

IX. REVOLUCIONES DEL GLOBO

✦

1 Los períodos geológicos marcan las fases del aspecto general del globo como consecuencia de sus transformaciones; pero, si se exceptúa el período diluviano, que presenta los caracteres de una conmoción repentina, todos los demás se desarrollaron lentamente y sin transiciones bruscas. Durante todo el tiempo que los elementos constitutivos del globo tardaron en asentarse, los cambios debieron de ser generales; una vez consolidada la base, solo debieron de producirse modificaciones parciales en la superficie.

2 Además de las revoluciones generales, la Tierra ha experimentado un gran número de perturbaciones locales que han cambiado el aspecto de ciertas regiones. Como en las demás, contribuyeron a ellas dos causas: el fuego y el agua.

El fuego: ya por las erupciones volcánicas que sepultaron bajo espesas capas de cenizas y lava los terrenos circundantes, haciendo desaparecer las ciudades y sus habitantes; ya por terremotos; ya por levantamientos de la corteza sólida, que desplazaron las aguas hacia las regiones más bajas; ya por el hundimiento de esa misma corteza en ciertos lugares, sobre una extensión más o menos grande, donde se precipitaron las aguas, dejando otros terrenos al descubierto. Así surgieron islas en medio del océano, mientras otras desaparecieron; porciones de continentes se separaron y formaron islas, y brazos de mar que quedaron secos unieron islas a los continentes.

El agua: ya por la irrupción o la retirada del mar en ciertas costas; ya por derrumbes que, al detener los cursos de agua, formaron lagos; ya por los des-

bordamientos y las inundaciones; ya, por último, por los depósitos de tierra formados en la desembocadura de los ríos. Estos depósitos, al hacer retroceder el mar, crearon nuevas regiones: tal es el origen del delta del Nilo o Bajo Egipto, del delta del Ródano o Camarga, y de tantos otros.

3 Al examinar los terrenos desgarrados por el levantamiento de las montañas y las capas que forman sus contrafuertes, se puede determinar su edad geológica. Por edad geológica de las montañas no debe entenderse el número de años de su existencia, sino el período durante el cual se formaron y, por consiguiente, su antigüedad relativa. Sería un error creer que esta antigüedad guarda relación con su elevación o con su naturaleza exclusivamente granítica, puesto que la masa de granito, al elevarse, pudo perforar y separar las capas superpuestas.

Así se ha comprobado, mediante la observación, que las montañas de los Vosgos, de Bretaña y de la Côte-d'Or, en Francia, que no son muy elevadas, pertenecen a las formaciones más antiguas; datan del período de transición y son anteriores a los depósitos de hulla. El Jura se formó hacia mediados del período secundario; es contemporáneo de los reptiles gigantescos. Los Pirineos se formaron más tarde, al comienzo del período terciario. El Mont Blanc y el grupo de los Alpes occidentales son posteriores a los Pirineos y datan de mediados del período terciario. Los Alpes orientales, que comprenden las montañas del Tirol, son aún más recientes, pues solo se formaron hacia finales del período terciario. Algunas montañas de Asia son incluso posteriores al período diluviano o contemporáneas de él.

Estos levantamientos debieron de ocasionar grandes perturbaciones locales e inundaciones más o menos considerables por el desplazamiento de las aguas, la interrupción y el cambio del curso de los ríos (1).

(1) El siglo pasado ofrece un ejemplo notable de un fenómeno de este tipo. A seis jornadas de marcha de la ciudad de México se encontraba, en 1759, una región fértil y bien cultivada, donde crecían en abundancia el arroz, el maíz y los plátanos. En el mes de junio, espantosos terremotos sacudieron el suelo, y estas sacudidas se repitieron sin cesar durante dos meses enteros. En la noche del 28 al 29 de septiembre, la tierra sufrió una violenta convulsión; un terreno de varias leguas de extensión se levantó poco a poco y acabó por alcanzar una altura de 500 pies, sobre una superficie de 10 leguas cuadradas. El terreno ondulaba como las olas del mar bajo el soplo de la tempestad; miles de montículos se elevaban y se hundían por turnos; por último, se abrió un abismo de cerca de 3 leguas; humo, fuego, piedras incandescentes y cenizas fueron lanzados a una altura prodigiosa. Seis montañas surgieron de aquel abismo abierto, entre ellas el volcán al que se dio el nombre de Jorullo, que ahora se eleva a 550 metros sobre la antigua llanura. En el momento en que comenzaba la sacudida del suelo, los dos ríos, Cuitimbn y Río San Pedro, retrocedieron e inundaron toda la llanura ocupada hoy por el Jorullo; pero, en el terreno que seguía elevándose, se abrió un abismo que los engulló. Reaparecieron al oeste, en un punto muy alejado de su antiguo cauce. (Louis Figuier, La Tierra antes del diluvio, página 37;'.)

[4] El diluvio bíblico, conocido también con el nombre de gran diluvio asiático, es un hecho cuya existencia no puede negarse. Debió de ser ocasionado por el levantamiento de una parte de las montañas de aquella región, como el de México. Lo que apoya esta opinión es la existencia de un mar interior que antiguamente se extendía desde el mar Negro hasta el océano Boreal, atestiguada por las observaciones geológicas. El mar de Azov, el mar

Caspio, cuyas aguas son saladas aunque no se comunica con ningún otro mar, el lago Aral y los innumerables lagos esparcidos por las inmensas llanuras de Tartaria y las estepas de Rusia parecen ser restos de aquel antiguo mar. Durante el levantamiento de las montañas del Cáucaso, una parte de esas aguas fue desplazada hacia el norte, en dirección al océano Boreal; la otra, hacia el sur, en dirección al océano Índico. Estas últimas inundaron y devastaron precisamente Mesopotamia y toda la región habitada por los antepasados del pueblo hebreo. Aunque este diluvio se extendió por una superficie bastante grande, un hecho hoy comprobado es que solo fue local; que no pudo ser causado por la lluvia, pues, por abundante y continua que hubiera sido durante cuarenta días, el cálculo demuestra que la cantidad de agua caída no podía ser lo bastante grande para cubrir toda la Tierra, hasta por encima de las montañas más altas.

Para los hombres de entonces, que solo conocían una extensión muy limitada de la superficie del globo y no tenían ninguna idea de su configuración, desde el momento en que la inundación había invadido los países conocidos, aquello debía de ser, para ellos, toda la Tierra. Si a esta creencia se añade la forma figurada e hiperbólica propia del estilo oriental, no sorprenderá la exageración del relato bíblico.

5 El diluvio asiático es evidentemente posterior a la aparición del hombre sobre la Tierra, puesto que su recuerdo se ha conservado por la tradición entre todos los pueblos de esta parte del mundo, que lo han consagrado en sus teogonías.

Es también posterior al gran diluvio universal que marcó el período geológico actual; y cuando se habla de hombres y animales antediluvianos, se hace referencia a este primer cataclismo.

6 Además de su movimiento anual alrededor del Sol, que produce las estaciones, y de su movimiento de rotación sobre sí misma en 24 horas, que produce el día y la noche, la Tierra tiene un tercer movimiento que se completa en unos 25,000 años (más exactamente, 25,808 años), que produce el fenómeno conocido en astronomía con el nombre de precesión de los equinoccios.

Este movimiento, que sería imposible explicar en pocas palabras, sin figuras y sin una demostración geométrica, consiste en una especie de balanceo circular que se ha comparado con el de una peonza que está a punto de detenerse, como consecuencia del cual el eje de la Tierra, al cambiar de inclinación, describe un doble cono cuyo vértice está en el centro de la Tierra y cuyas bases abarcan la superficie circunscrita por los círculos polares; es decir, una amplitud de 23 grados y medio de radio (1).

7 El equinoccio es el instante en que el Sol, al pasar de un hemisferio al otro, se encuentra perpendicularmente sobre el ecuador, lo que sucede dos veces al año: el 20 de marzo, cuando el Sol vuelve hacia el hemisferio boreal, y el 22 de septiembre, cuando regresa hacia el hemisferio austral.

Pero, como consecuencia del cambio gradual en la oblicuidad del eje, que provoca otro en la oblicuidad del ecuador respecto de la eclíptica, el instante del equinoccio se adelanta cada año unos minutos (25 min. 7 s). Este adelanto es lo que se llama precesión de los equinoccios (del latín præcederc, marchar hacia delante, compuesto de præ, antes, y cedere, irse).

Estos pocos minutos, a la larga, suman horas, días, meses y años; de ello resulta que el equinoccio de primavera, que ahora llega en marzo, llegará, en un momento dado, en febrero, luego en enero, después en diciembre, y entonces el mes de diciembre tendrá la temperatura del mes de marzo, y

marzo la de junio, y así sucesivamente hasta que, al volver al mes de marzo, las cosas se encuentren en el estado actual, lo que sucederá dentro de 25,868 años, para comenzar de nuevo la misma revolución indefinidamente (1).

(1) Como la Tierra gira alrededor del Sol en un año, el Sol, a medida que ella avanza, se encuentra cada mes frente a una nueva constelación. Estas constelaciones son doce, a saber: Aries, Tauro, Géminis, Cáncer, Leo, Virgo, Libra, Escorpio, Sagitario, Capricornio, Acuario, Piscis. Se las llama constelaciones zodiacales o signos del zodíaco, y forman un círculo en el plano del ecuador terrestre. Según el mes de nacimiento de una persona, se decía que había nacido bajo tal signo; de ahí los pronósticos de la astrología. Pero, debido a la precesión de los equinoccios, sucede que los meses ya no corresponden a las mismas constelaciones que hace 2000 años: quien nace en el mes de julio ya no está en el signo de Leo, sino en el de Cáncer. Así cae la idea supersticiosa ligada a la influencia de los signos. (Cap. v, n° 12.)

8 De este movimiento cónico del eje resulta que los polos de la Tierra no miran constantemente hacia los mismos puntos del cielo; que la estrella polar no será siempre la estrella polar; que los polos están gradualmente más o menos inclinados hacia el Sol y reciben de él La Tierra, al girar alrededor del Sol en un año, a medida que avanza, el Sol se encuentra cada mes frente a una nueva rayos más o menos directos; de lo que se sigue que Islandia y Laponia, por ejemplo, que están bajo el círculo polar, podrán, en un momento dado, recibir los rayos solares como si estuvieran en la latitud

de España e Italia, y que, en la posición extrema opuesta, España e Italia podrán tener la temperatura de Islandia y Laponia, y así sucesivamente cada vez que se renueve el período de 23,000 años.

9 Las consecuencias de este movimiento aún no han podido determinarse con precisión, porque solo se ha podido observar una parte muy pequeña de su revolución; por lo tanto, sobre este asunto solo hay conjeturas, algunas de las cuales tienen cierta probabilidad.

Estas consecuencias son:

1° El calentamiento y el enfriamiento alternos de los polos y, por consiguiente, la fusión de los hielos polares durante la mitad del período de 25,000 años, y su nueva formación durante la otra mitad de este período. De ello resultaría que los polos no estarían condenados a una esterilidad perpetua, sino que gozarían por turnos de los beneficios de la fertilidad.

2° El desplazamiento gradual del mar, que invade poco a poco las tierras, mientras deja otras al descubierto, para abandonarlas de nuevo y volver a su antiguo lecho. Este movimiento periódico, repetido indefinidamente, constituiría una verdadera marea universal de 25,000 años.

La lentitud con que se produce este movimiento del mar lo vuelve casi imperceptible para cada generación; pero se hace perceptible al cabo de algunos siglos. No puede causar ningún cataclismo repentino, porque los seres humanos se retiran, de generación en generación, a medida que el mar avanza, y avanzan sobre las tierras de las que el mar se retira. A esta causa, más que probable, atribuyen algunos sabios la retirada del mar en ciertas costas y su avance sobre otras.

10 El desplazamiento lento, gradual y periódico del mar es un hecho comprobado por la experiencia y atestiguado por numerosos ejemplos en todos los puntos del globo. Tiene como consecuencia la conservación de las fuerzas productivas de la tierra. Esta larga inmersión es un tiempo de reposo durante el cual las tierras sumergidas recuperan los principios vitales agotados por una producción no menos prolongada. Los inmensos depósitos de materias orgánicas formados por la permanencia de las aguas durante siglos y siglos son abonos naturales renovados periódicamente, y las generaciones se suceden sin advertir estos cambios (1).

Según esto, el territorio de París y de Francia volvería un día a estar ocupado por el mar, como ya lo ha estado varias veces, según demuestran las observaciones geológicas. Las partes montañosas formarían entonces islas, como lo son ahora Jersey, Guernsey e Inglaterra, antiguamente contiguas al continente. Se navegaría por encima de las regiones que hoy se recorren en ferrocarril; los barcos atracarían en Montmartre, en el monte Valérien, en las laderas de Saint-Cloud y de Meudon; los bosques y las selvas por donde se pasea quedarían sepultados bajo las aguas, cubiertos de limo y poblados de peces en lugar de aves.

El diluvio bíblico no puede haber tenido esta causa, puesto que la invasión de las aguas fue repentina y su permanencia de corta duración, mientras que, de otro modo, habría sido de varios miles de años y aún duraría, sin que los seres humanos lo hubieran advertido.

(1) Entre los hechos más recientes que demuestran el desplazamiento del mar, pueden citarse los siguientes:

En el golfo de Vizcaya, entre el viejo Soulac y la torre de Cordouan, cuando el mar está en calma, se descubren en el fondo del agua fragmentos de murallas: son los restos de la antigua y gran ciudad de Noviomagus, invadida

por las olas en 380. El peñón de Cordouan, que entonces estaba unido a la orilla, se encuentra ahora a 12 km de ella.

En el canal de la Mancha, en la costa de El Havre, el mar gana terreno cada día y socava los acantilados de Sainte-Adresse, que se derrumban poco a poco. A 2 kilómetros de la costa, entre Sainte-Adresse y el cabo de la Hève, se encuentra el banco de l'Éclat, antiguamente al descubierto y unido a tierra firme. Antiguos documentos constatan que en este lugar, por donde hoy se navega, estaba el pueblo de Saint-Denis-chef-de-Caux. Como el mar invadió el terreno en el siglo xiv, la iglesia quedó sumergida en 1378. Se afirma que pueden verse sus restos en el fondo del agua cuando el tiempo está en calma. En casi toda la extensión del litoral de Holanda, solo se contiene el mar mediante diques que se rompen de vez en cuando. El antiguo lago Flevo, unido al mar en 1225, forma hoy el golfo del Zuiderzee. Esta irrupción del océano sumergió varios pueblos.

11 Las grandes conmociones de la tierra tuvieron lugar en la época en que la corteza sólida, por su escaso espesor, solo ofrecía una débil resistencia a la efervescencia de las materias incandescentes del interior; se las ha visto disminuir en intensidad y extensión a medida que la corteza se ha consolidado. Numerosos volcanes están ahora apagados; otros han quedado cubiertos por los terrenos de formación posterior.

Sin duda, todavía podrán producirse perturbaciones locales a consecuencia de erupciones volcánicas, de la apertura de algunos volcanes nuevos, de inundaciones repentinas de ciertas regiones; algunas islas podrán surgir del mar y otras hundirse en él; pero el tiempo de los cata clismos generales, como los que marcaron los grandes períodos geológicos, ha pasado. La tierra ha adquirido ya una estabilidad que, sin ser absolutamente invariable,

pone desde ahora al género humano a salvo de las perturbaciones generales, salvo por causas desconocidas, ajenas a nuestro globo y que nada permitiría prever.

12 En cuanto a los cometas, hoy existe plena tranquilidad acerca de su influencia, más saludable que perjudicial, pues parecen destinados a reabastecer, si puede decirse así, a los mundos, llevándoles los principios vitales que han recogido durante su recorrido a través del espacio y en las cercanías de los soles. Serían así fuentes de prosperidad antes que mensajeros de desgracias.

Por su naturaleza fluídica, hoy bien comprobada (capítulo VI, nos 28 y siguientes), no hay que temer un choque violento, pues, en caso de que uno de ellos se encontrara con la tierra, sería esta última la que atravesaría el cometa, como a través de una niebla.

Su cola tampoco es temible; no es más que el reflejo de la luz solar en la inmensa atmósfera que los rodea, puesto que está constantemente dirigida hacia el lado opuesto al sol y cambia de dirección según la posición de este astro. Esta materia gaseosa también podría, debido a la rapidez de su marcha, formar una especie de cabellera, como la estela que deja un barco o el humo de una locomotora. Por lo demás, varios cometas ya se han acercado a la tierra sin causarle ningún daño; y, en razón de sus respectivas densidades, la tierra ejercería sobre el cometa una atracción mayor que la del cometa sobre la tierra. Solo un resto de viejos prejuicios puede inspirar temores sobre su presencia (1).

(1) El cometa de 1861 cruzó la ruta de la Tierra con veinte horas de adelanto sobre ella, que debió de encontrarse sumergida en su atmósfera, sin que haya resultado de ello ningún accidente.

13 También hay que relegar entre las hipótesis quiméricas la posibilidad del encuentro de la tierra con otro planeta; la regularidad y la invariabilidad de las leyes que rigen los movimientos de los cuerpos celestes quitan toda probabilidad a ese encuentro.
Sin embargo, la tierra tendrá un fin; ¿cómo? Es imposible preverlo; pero, como todavía está lejos de la perfección que puede alcanzar y de la vejez que sería una señal de decadencia, sus habitantes actuales tienen la certeza de que no será en su tiempo. (Cap. VI, nos 48 y siguientes.)

14 Físicamente, la tierra ha tenido las convulsiones de su infancia; ha entrado ya en un período de estabilidad relativa: en el del progreso apacible, que se realiza mediante el retorno regular de los mismos fenómenos físicos y la colaboración inteligente del ser humano. Pero todavía está en pleno trabajo de alumbramiento del progreso moral.

14.2 Allí estará la causa de sus mayores conmociones. Hasta que la humanidad haya crecido lo suficiente en perfección mediante la inteligencia y la puesta en práctica de las leyes divinas, las mayores perturbaciones serán obra de los seres humanos más que de la naturaleza; es decir, serán más bien morales y sociales que físicas.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

X. GÉNESIS ORGÁNICA

✦

1 Hubo un tiempo en que los animales no existían; por lo tanto, tuvieron un comienzo. Se ha visto aparecer cada especie a medida que el globo adquiría las condiciones necesarias para su existencia: esto es un hecho comprobado. ¿Cómo se formaron los primeros individuos de cada especie?

1.2 Se comprende que, dada una primera pareja, los individuos se hayan multiplicado; pero esa primera pareja, ¿de dónde salió? Este es uno de esos misterios que conciernen al principio de las cosas y sobre los cuales solo se pueden formular hipótesis. Si la ciencia aún no puede resolver por completo el problema, puede al menos indicar el camino.

2 Una primera pregunta que se presenta es esta: ¿Cada especie animal surgió de una primera pareja o de varias parejas creadas o, si se quiere, germinadas simultáneamente en distintos lugares?

Esta última suposición es la más probable; incluso puede decirse que se desprende de la observación. En efecto, en una misma especie existe una infinita variedad de tipos que se distinguen por caracteres más o menos marcados. Era absolutamente necesario que hubiera al menos un tipo para cada variedad, adecuado al medio en el que estaba destinada a vivir, puesto que cada una se reproduce idéntica a sí misma.

Por otra parte, la vida de un individuo, sobre todo de un individuo recién nacido, está sometida a tantas eventualidades que toda una creación habría podido verse comprometida sin la pluralidad de los tipos primitivos, lo cual no habría estado de acuerdo con la previsión divina. Además, si un tipo pudo formarse en un punto, no hay razón para que no se haya for-

mado en varios puntos por la misma causa.
Por último, la observación de las capas geológicas atestigua la presencia, en terrenos de la misma formación, y en proporciones enormes, de la misma especie en los puntos más alejados del globo. Esta multiplicación tan general y en cierto modo contemporánea habría sido imposible con un único tipo primitivo.
Todo contribuye, pues, a demostrar que hubo una creación simultánea y múltiple de las primeras parejas de cada especie animal y vegetal.

[3] La formación de los primeros seres vivos puede deducirse, por analogía, de la misma ley según la cual se formaron y se forman todos los días los cuerpos inorgánicos. A medida que se profundiza en las leyes de la naturaleza, se ve cómo sus mecanismos, que a primera vista parecen tan complicados, se simplifican y se funden en la gran ley de unidad que rige toda la obra de la creación. Se comprenderá mejor cuando se haya entendido la formación de los cuerpos inorgánicos, que constituye su primer grado.

[4] La química considera elementales cierto número de sustancias, tales como: el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno, el carbono, el cloro, el yodo, el flúor, el azufre, el fósforo y todos los metales. Mediante su combinación forman los cuerpos compuestos: los óxidos, los ácidos, los álcalis, las sales y las innumerables variedades que resultan de la combinación de estos.
La combinación de dos cuerpos para formar un tercero exige una concurrencia particular de circunstancias: ya sea un grado determinado de calor, de sequedad o de humedad, ya sea el movimiento o el reposo, ya sea una corriente eléctrica, etc. Si estas condiciones no existen, la combinación no se produce.

5 Cuando hay combinación, los cuerpos componentes pierden sus propiedades características, mientras que el compuesto resultante posee otras nuevas, diferentes de las de los primeros. Así, por ejemplo, el oxígeno y el hidrógeno, que son gases invisibles, al combinarse químicamente forman el agua, que es líquida, sólida o vaporosa según la temperatura. En el agua ya no hay, propiamente hablando, oxígeno e hidrógeno, sino un nuevo cuerpo; al descomponerse esa agua, los dos gases, de nuevo libres, recuperan sus propiedades y ya no hay agua. La misma cantidad de agua puede así descomponerse y recomponerse alternativamente hasta el infinito.
En la simple mezcla no se produce un nuevo cuerpo, y los principios mezclados conservan sus propiedades intrínsecas, que simplemente se debilitan, como sucede con el vino mezclado con agua. Así, una mezcla de 21 partes de oxígeno y 79 partes de nitrógeno forma el aire respirable, mientras que una combinación química de 5 partes de oxígeno por 2 de nitrógeno produce el ácido nítrico.

6 La composición y la descomposición de los cuerpos se producen como consecuencia del grado de afinidad que los principios elementales tienen entre sí. La formación del agua, por ejemplo, resulta de la afinidad recíproca del oxígeno y del hidrógeno; pero si se pone en contacto con el agua un cuerpo que tenga por el oxígeno más afinidad de la que este tiene por el hidrógeno, el agua se descompone; el oxígeno es absorbido, el hidrógeno queda libre y ya no hay agua.

7 Los cuerpos compuestos se forman siempre en proporciones definidas, es decir, mediante la combinación de una cantidad determinada de los principios constituyentes. Así, para formar agua se necesita una parte de oxígeno y dos de hidrógeno.

7.2 Aunque se pusiera, en las mismas condiciones, una proporción mayor de uno u otro de los dos gases, siempre se absorbería solo la cantidad requerida y el sobrante quedaría libre.

7.3 Si, en otras condiciones, hay dos partes de oxígeno combinadas con dos de hidrógeno, en lugar de agua se obtiene el deutóxido de hidrógeno, líquido corrosivo formado, sin embargo, por los mismos elementos que el agua, pero en otra proporción.

8 Tal es, en pocas palabras, la ley que rige la formación de todos los cuerpos de la naturaleza. La innumerable variedad de estos cuerpos resulta de un número muy reducido de principios elementales combinados en distintas proporciones.
Así, el oxígeno combinado en ciertas proporciones con el carbono, el azufre y el fósforo forma los ácidos carbónico, sulfúrico y fosfórico; el oxígeno y el hierro forman el óxido de hierro o herrumbre; el oxígeno y el plomo, ambos inofensivos, dan lugar a los óxidos de plomo, como el litargirio, el blanco de albayalde y el minio, que son venenosos. El oxígeno, con los metales llamados calcio, sodio y potasio, forma la cal, la sosa y la potasa. La cal unida al ácido carbónico forma los carbonatos de cal o piedras calizas, como el mármol, la creta, la piedra de construcción y las estalactitas de las grutas; unida al ácido sulfúrico, forma el sulfato de cal o yeso y el alabastro; al ácido fosfórico: el fosfato de cal, base sólida de los huesos; el hidrógeno y el cloro forman el ácido hidroclórico; el ácido hidroclórico y la sosa forman el hidroclorato de sosa o sal marina.

9 Todas estas combinaciones, y miles de otras, se obtienen artificialmente a pequeña escala en los laboratorios de química; se producen espontáneamente a gran escala en el gran laboratorio de la naturaleza.

La tierra, en su principio, no contenía estas materias combinadas, sino solamente sus principios constituyentes volatilizados. Cuando las tierras calizas y otras, que con el tiempo se volvieron pétreas, se depositaron en su superficie, no existían ya formadas; pero en el aire se encontraban, en estado gaseoso, todas las sustancias primitivas; estas sustancias, precipitadas por efecto del enfriamiento, bajo la influencia de circunstancias favorables, se combinaron según el grado de su afinidad molecular; fue entonces cuando se formaron las distintas variedades de carbonatos, sulfatos, etc., primero disueltos en las aguas y luego depositados en la superficie del suelo.
Supongamos que, por una causa cualquiera, la tierra volviera a su estado de incandescencia primitiva: todo eso se descompondría; los elementos se separarían; todas las sustancias fusibles se fundirían; todas las que son volatilizables se volatilizarían. Después, un segundo enfriamiento provocaría una nueva precipitación y las antiguas combinaciones volverían a formarse.

10 Estas consideraciones demuestran hasta qué punto la química era necesaria para comprender el Génesis. Antes de conocer las leyes de la afinidad molecular, era imposible comprender la formación de la tierra. Esta ciencia ha arrojado una luz completamente nueva sobre la cuestión, como lo han hecho la astronomía y la geología desde otros puntos de vista.

11 En la formación de los cuerpos sólidos, uno de los fenómenos más notables es el de la cristalización, que consiste en la forma regular que adoptan ciertas sustancias al pasar del estado líquido o gaseoso al estado sólido. Esta forma, que varía según la naturaleza de la sustancia, es generalmente la de sólidos geométricos, como el prisma, el romboide, el cubo y la pirámide. Todo el mundo conoce los cristales de azúcar cande; los cristales de roca, o

sílice cristalizada, son prismas de seis caras rematados por una pirámide igualmente hexagonal. El diamante es carbono puro o carbón cristalizado. Los dibujos que se producen en los cristales de las ventanas en invierno se deben a la cristalización del vapor de agua en forma de agujas prismáticas.

La disposición regular de los cristales se debe a la forma particular de las moléculas de cada cuerpo; estas partículas, infinitamente pequeñas para nosotros, pero que no por ello dejan de ocupar cierto espacio, atraídas unas hacia otras por la atracción molecular, se ordenan y se yuxtaponen según lo exige su forma, de manera que cada una ocupa su lugar alrededor del núcleo o primer centro de atracción y forman un conjunto simétrico.

La cristalización solo se produce bajo la influencia de ciertas circunstancias favorables, fuera de las cuales no puede tener lugar; el grado de temperatura y el reposo son condiciones esenciales. Se comprende que un calor demasiado intenso, al mantener separadas las moléculas, no les permitiría condensarse, y que, al oponerse la agitación a su disposición simétrica, solo formarían una masa confusa e irregular y, por tanto, no habría cristalización propiamente dicha.

12 La ley que rige la formación de los minerales conduce naturalmente a la formación de los cuerpos orgánicos.

El análisis químico nos muestra que todas las sustancias vegetales y animales están compuestas de los mismos elementos que los cuerpos inorgánicos. Los elementos que desempeñan el papel principal son el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno y el carbono; los demás solo se encuentran en ellas de manera accesoria. Como en el reino mineral, la diferencia de proporción en la combinación de estos elementos produce todas las variedades de sustancias orgánicas y sus diversas propiedades, tales como: los músculos, los hue-

sos, la sangre, la bilis, los nervios, la materia cerebral y la grasa en los animales; la savia, la madera, las hojas, los frutos, las esencias, los aceites, las resinas, etc., en los vegetales. Así, en la formación de los animales y de las plantas no interviene ningún cuerpo especial que no se encuentre también en el reino mineral (1).

(1) El cuadro siguiente, con el análisis de algunas sustancias, muestra la diferencia de propiedades que resulta únicamente de la diferencia en la proporción de los elementos constituyentes. Por cada 100 partes: Carbono. Hidrógeno. Oxígeno. Nitrógeno. Azúcar de caña: 42.470, 6.900, 50.630. Azúcar de uva: 36.710, 6.780, 56.510.

13 Algunos ejemplos comunes permitirán comprender las transformaciones que se producen en el reino orgánico por la sola modificación de los elementos constitutivos.

En el jugo de la uva todavía no hay vino ni alcohol, sino simplemente agua y azúcar. Cuando este jugo ha llegado a su madurez y se encuentra en circunstancias propicias, se produce en él un proceso interno al que se da el nombre de fermentación. En este proceso, una parte del azúcar se descompone; el oxígeno, el hidrógeno y el carbono se separan y se combinan en las proporciones necesarias para producir alcohol; de modo que, al beber jugo de uva, en realidad no se bebe alcohol, puesto que todavía no existe.

En el pan y las verduras que se comen, ciertamente no hay carne, ni sangre, ni huesos, ni bilis, ni materia cerebral, y, sin embargo, esos mismos alimentos, al descomponerse y recomponerse mediante el proceso de la digestión, van a producir esas distintas sustancias por la sola transmutación de sus elementos constitutivos.

En la semilla de un árbol tampoco hay madera, ni hojas, ni flores, ni frutos,

y es un error pueril creer que el árbol entero, en forma microscópica, se encuentra en la semilla; ni siquiera hay, ni con mucho, en esa semilla, la cantidad de oxígeno, hidrógeno y carbono necesaria para formar una hoja del árbol. La semilla contiene un germen que brota cuando ella Alcohol 51.980
Aceite de oliva 77.210
Aceite de nuez... 79.774
Grasa 78.996
Fibrina 53.360 se encuentra en condiciones favorables; ese germen crece gracias a los jugos que extrae de la tierra y a los gases que absorbe del aire; esos jugos, que no son madera, ni hojas, ni flores, ni frutos, al infiltrarse en la planta forman su savia, como los alimentos, en los animales, forman la sangre. Esta savia, llevada por la circulación a todas las partes del vegetal, según los órganos a los que llega y en los que experimenta una elaboración especial, se transforma en madera, hojas y frutos, como la sangre se transforma en carne, huesos, bilis, etc., etc., y, sin embargo, siempre son los mismos elementos: oxígeno, hidrógeno, nitrógeno y carbono, combinados de distintas maneras.

14 Las distintas combinaciones de los elementos para la formación de las sustancias minerales, vegetales y animales solo pueden producirse, por tanto, en los medios y las circunstancias propicias; fuera de esas circunstancias, los principios elementales se encuentran en una especie de inercia.

14.2 Pero, en cuanto las circunstancias son favorables, comienza un proceso de elaboración; las moléculas se ponen en movimiento, se agitan, se atraen, se acercan, se separan en virtud de la ley de las afinidades y, mediante sus múltiples combinaciones, componen la infinita variedad de las sustancias.

14.3 Si esas condiciones cesan, el proceso se detiene súbitamente, para comenzar de nuevo cuando vuelvan a presentarse. Así es como la vegetación se activa, se ralentiza, cesa y se reanuda bajo la acción del calor, de la luz, de la humedad, del frío o de la sequía; como una planta prospera en un clima o en un terreno, y se debilita o perece en otro.

15 Lo que sucede a diario ante nuestros ojos puede encaminarnos a comprender lo que sucedió en el origen de los tiempos, pues las leyes de la naturaleza son siempre las mismas.

Puesto que los elementos constitutivos de los seres orgánicos y de los seres inorgánicos son los mismos, y los vemos formar sin cesar, bajo el influjo de ciertas circunstancias, las piedras, las plantas y los frutos, puede concluirse que los cuerpos de los primeros seres vivos se formaron como las primeras piedras, por la reunión de las moléculas elementales en virtud de la ley de afinidad, a medida que las condiciones de habitabilidad del globo fueron propicias para una u otra especie.

La semejanza de forma y de colores, en la reproducción de los individuos de cada especie, puede compararse con la semejanza de forma de cada especie de cristal. Las moléculas, al yuxtaponerse bajo el influjo de la misma ley, producen un conjunto análogo.

16 Al decir que las plantas y los animales están formados por los mismos principios constituyentes que los minerales, debe entenderse en el sentido exclusivamente material: por eso aquí solo se trata del cuerpo.

Sin hablar del principio inteligente, que es una cuestión aparte, hay en la materia orgánica un principio especial, inaprensible, y que todavía no ha podido definirse: es el principio vital. Este principio, que está activo en el ser vivo, está extinguido en el ser muerto, pero no por ello deja de dar a la

sustancia propiedades características que la distinguen de las sustancias inorgánicas. La química, que descompone y recompone la mayoría de los cuerpos inorgánicos, ha podido descomponer los cuerpos orgánicos, pero nunca ha conseguido reconstituir siquiera una hoja muerta, prueba evidente de que hay en estos algo que no existe en los otros.

17 ¿Es el principio vital algo distinto, que tiene una existencia propia? O bien, para ajustarse al sistema de la unidad del elemento generador, ¿no es más que un estado particular, una de las modificaciones del fluido cósmico universal que se convierte en principio de vida, como se convierte en luz, fuego, calor y electricidad? En este último sentido resuelven la cuestión las comunicaciones citadas anteriormente. (Cap. VI, Uranografía general).
Pero, cualquiera que sea la opinión que se tenga sobre la naturaleza del principio vital, existe, puesto que se ven sus efectos. Puede admitirse, por tanto, lógicamente, que, al formarse, los seres orgánicos asimilaron el principio vital que era necesario para su destino; o, si se quiere, que este principio se desarrolló en cada individuo por el efecto mismo de la combinación de los elementos, como se ve que, bajo el influjo de ciertas circunstancias, se desarrollan el calor, la luz y la electricidad.

18 El oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno y el carbono, al combinarse sin el principio vital, solo habrían formado un mineral o cuerpo inorgánico; el principio vital, al modificar la constitución molecular de ese cuerpo, le da propiedades especiales. En lugar de una molécula mineral, se tiene una molécula de materia orgánica.
La actividad del principio vital se mantiene durante la vida por la acción del funcionamiento de los órganos, como el calor por el movimiento de rotación de una rueda; cuando esa acción cesa con la muerte, el principio vi-

tal se extingue, como el calor cuando la rueda deja de girar. Pero el efecto producido sobre el estado molecular del cuerpo por el principio vital subsiste después de la extinción de ese principio, como la carbonización de la madera persiste después de la extinción del calor y del cese del movimiento de la rueda. En el análisis de los cuerpos orgánicos, la química encuentra los elementos constituyentes: oxígeno, hidrógeno, nitrógeno y carbono, pero no puede reconstituir esos cuerpos, porque, al no existir ya la causa, no puede reproducir el efecto, mientras que sí puede reconstituir una piedra.

19 Hemos tomado como comparación el calor desarrollado por el movimiento de una rueda, porque es un efecto común, conocido por todo el mundo y más fácil de comprender; pero habría sido más exacto decir que, en la combinación de los elementos para formar los cuerpos orgánicos, se desarrolla electricidad.

19.2 Los cuerpos orgánicos serían así verdaderas pilas eléctricas que funcionan mientras los elementos de esas pilas se encuentran en las condiciones necesarias para producir electricidad: eso es la vida; y que se detienen cuando cesan esas condiciones: eso es la muerte.

19.3 Según esto, el principio vital no sería sino la especie particular de electricidad designada con el nombre de electricidad animal, liberada durante la vida por la acción de los órganos, y cuya producción se detiene con la muerte al cesar esa acción.

20 Uno se pregunta naturalmente por qué ya no se forman seres vivos en las mismas condiciones que los primeros que aparecieron sobre la tierra.
La cuestión de la generación espontánea, que preocupa hoy a la ciencia, aunque todavía se resuelva de distintas maneras, no puede dejar de arrojar

luz sobre este asunto. El problema planteado es el siguiente: ¿Se forman espontáneamente en nuestros días seres orgánicos por la sola unión de los elementos constitutivos, sin gérmenes previos producidos por la generación ordinaria, es decir, sin padres ni madres?

Los partidarios de la generación espontánea responden afirmativamente y se apoyan en observaciones directas que parecen concluyentes. Otros piensan que todos los seres vivos se reproducen unos a partir de otros, y se apoyan en este hecho, comprobado por la experiencia: que los gérmenes de ciertas especies vegetales y animales, al estar dispersos, pueden conservar una vitalidad latente durante un tiempo considerable, hasta que las circunstancias sean favorables para su desarrollo. Esta opinión deja siempre en pie la cuestión de la formación de los primeros tipos de cada especie.

21 Sin discutir los dos sistemas, conviene señalar que el principio de la generación espontánea solo puede aplicarse, evidentemente, a los seres de los órdenes más inferiores del reino vegetal y del reino animal, a aquellos en los que la vida empieza a despuntar, y cuyo organismo, extremadamente simple, es en cierto modo rudimentario.

21.2 Estos son, en efecto, los primeros que aparecieron sobre la tierra, y cuya generación debió de ser espontánea. Asistiríamos así a una creación permanente análoga a la que tuvo lugar en las primeras edades del mundo.

22 Pero entonces, ¿por qué no se ve que se formen de la misma manera los seres de organización compleja? Estos seres no han existido siempre, es un hecho cierto; por tanto, tuvieron un comienzo. Si el musgo, el liquen, el zoófito, el infusorio, los gusanos intestinales y otros pueden producirse espontáneamente, ¿por qué no sucede lo mismo con los árboles, los peces, los perros y los caballos?

Aquí se detienen por el momento las investigaciones; el hilo conductor se pierde y, hasta que se encuentre, el campo queda abierto a las hipótesis; sería, por tanto, imprudente y prematuro presentar sistemas como verdades absolutas.

23 Si el hecho de la generación espontánea queda demostrado, por limitado que sea, no deja por ello de ser un hecho capital, un hito que puede abrir el camino a nuevas observaciones. Si los seres orgánicos complejos no se producen de esta manera, ¿quién sabe cómo comenzaron? ¿Quién conoce el secreto de todas las transformaciones? Cuando se ven el roble y la bellota, ¿quién puede decir si no existe un vínculo misterioso entre el pólipo y el elefante?

Dejemos al tiempo la tarea de llevar la luz al fondo de este abismo, si algún día puede ser sondeado. Estos conocimientos son interesantes, sin duda, desde el punto de vista de la ciencia pura, pero no son de los que influyen en el destino del hombre.

24 Entre el reino vegetal y el reino animal no hay una delimitación claramente definida. En los confines de ambos reinos se encuentran los zoófitos o animales-plantas, cuyo nombre indica que participan de uno y otro: son el nexo de unión.

Como los animales, las plantas nacen, viven, crecen, se alimentan, respiran, se reproducen y mueren. Como ellos, para vivir necesitan luz, calor y agua; si se ven privadas de estos elementos, se debilitan y mueren; la absorción de aire viciado y de sustancias nocivas las envenena. Su rasgo distintivo más marcado es estar sujetas al suelo y extraer de él su alimento sin desplazarse.

El zoófito tiene la apariencia exterior de una planta; como planta, está su-

jeto al suelo; como animal, la vida en él es más acentuada; extrae su alimento del medio que lo rodea.

Un grado por encima, el animal es libre y va en busca de su alimento; aparecen primero las innumerables variedades de pólipos de cuerpo gelatinoso, sin órganos bien diferenciados, que solo se distinguen de las plantas por la locomoción; después vienen, según el grado de desarrollo de los órganos, de la actividad vital y del instinto: los helmintos o gusanos intestinales; los moluscos, animales carnosos, sin huesos, unos desnudos, como las babosas y los pulpos, y otros provistos de conchas, como los caracoles y las ostras; los crustáceos, cuya piel está revestida de una costra dura, como los cangrejos de río y los bogavantes; los insectos, en los que la vida adquiere una actividad prodigiosa y se manifiesta el instinto industrioso, como la hormiga, la abeja y la araña. Algunos sufren una metamorfosis, como la oruga, que se transforma en una elegante mariposa. Viene después el orden de los vertebrados, animales con estructura ósea, que comprende los peces, los reptiles, las aves y, por último, los mamíferos, cuya organización es la más completa.

25 El hombre

Desde el punto de vista corporal y puramente anatómico, el hombre pertenece a la clase de los mamíferos, de los que solo difiere por matices en la forma exterior; por lo demás, tiene la misma composición química que todos los animales, los mismos órganos, las mismas funciones y los mismos modos de nutrición, respiración, secreción y reproducción; nace, vive y muere en las mismas condiciones, y al morir su cuerpo se descompone como el de todo lo que vive. No hay en su sangre, en su carne ni en sus huesos un átomo de más ni de menos que en el cuerpo de los animales;

como estos, al morir devuelve a la tierra el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno y el carbono que se habían combinado para formarlo y que, mediante nuevas combinaciones, formarán nuevos cuerpos minerales, vegetales y animales. La analogía es tan grande que sus funciones orgánicas se estudian en ciertos animales cuando los experimentos no pueden realizarse en él mismo.

26 Dentro de la clase de los mamíferos, el hombre pertenece al orden de los bímanos. Inmediatamente por debajo de él vienen los cuadrumanos (animales de cuatro manos) o monos, algunos de los cuales, como el orangután, el chimpancé y el jocko, tienen ciertos ademanes del hombre, hasta tal punto que durante mucho tiempo se los designó con el nombre de hombres de los bosques; como él, caminan erguidos, se sirven del bastón y se llevan los alimentos a la boca con la mano, signos característicos.

27 Por poco que se observe la escala de los seres vivos desde el punto de vista del organismo, se reconoce que, desde el liquen hasta el árbol y desde el zoófito hasta el hombre, hay una cadena que se eleva por grados sin interrupción y cuyos eslabones tienen todos un punto de contacto con el eslabón anterior; al seguir paso a paso la serie de los seres, se diría que cada especie es un perfeccionamiento, una transformación de la especie inmediatamente inferior. Puesto que el cuerpo del hombre se encuentra en condiciones idénticas a las de los demás cuerpos, tanto en su composición química como en su constitución, y nace, vive y muere de la misma manera, debe haberse formado en las mismas condiciones.

28 Por mucho que le cueste a su orgullo, el hombre debe resignarse a ver en su cuerpo material tan solo el último eslabón de la animalidad en la tierra. Ahí está el inexorable argumento de los hechos, contra el cual protestaría

en vano.

Pero cuanto más disminuye el valor del cuerpo a sus ojos, más crece la importancia del principio espiritual; si el primero lo pone al nivel del bruto, el segundo lo eleva a una altura inconmensurable. Vemos el círculo donde se detiene el animal; no vemos el límite que puede alcanzar el Espíritu del hombre.

29 El materialismo puede ver por ello que el Espiritismo, lejos de temer los descubrimientos de la ciencia y su positivismo, sale a su encuentro y los propicia, porque tiene la certeza de que el principio espiritual, que tiene su existencia propia, no puede sufrir por ellos daño alguno.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XI. GÉNESIS ESPIRITUAL

✦

1 La existencia del principio espiritual es un hecho que, por así decirlo, no necesita más demostración que el principio material; es, en cierto modo, una verdad axiomática; se afirma por sus efectos, como la materia por los que le son propios.

Según la máxima: «Todo efecto tiene una causa; todo efecto intelectual debe tener una causa inteligente», no hay nadie que no distinga entre el movimiento mecánico de una campana agitada por el viento y el movimiento de esa misma campana destinado a dar una señal, un aviso, que manifiesta por ello mismo un pensamiento, una intención. Ahora bien, como a nadie se le puede ocurrir atribuir el pensamiento a la materia de la campana, se concluye que la mueve una inteligencia a la que sirve de instrumento para manifestarse.

Por la misma razón, a nadie se le ocurre atribuir el pensamiento al cuerpo de un hombre muerto. Si el hombre vivo piensa, es porque hay en él algo que ya no está cuando ha muerto. La diferencia que existe entre él y la campana es que la inteligencia que hace que esta se mueva está fuera de ella, mientras que la que hace actuar al hombre está en él mismo.

2 El principio espiritual es el corolario de la existencia de Dios; sin este principio, Dios no tendría razón de ser, pues sería tan inconcebible una inteligencia soberana que reinara durante toda la eternidad únicamente sobre la materia bruta como un monarca terrestre que reinara durante toda

su vida únicamente sobre piedras. Como no se puede admitir a Dios sin los atributos esenciales de la divinidad: la justicia y la bondad, estas cualidades serían inútiles si solo hubieran de ejercerse sobre la materia.

3 Por otra parte, no se podría concebir a un Dios soberanamente justo y bueno que creara seres inteligentes y sensibles para destinarlos a la nada después de unos días de sufrimientos sin compensación, recreando su vista con esa sucesión indefinida de seres que nacen sin haberlo pedido, piensan un instante para conocer únicamente el dolor y se extinguen para siempre después de una existencia efímera.

Sin la supervivencia del ser pensante, los sufrimientos de la vida serían, por parte de Dios, una crueldad sin finalidad. Por eso también el materialismo y el ateísmo son corolarios el uno del otro; al negar la causa, no se puede admitir el efecto; al negar el efecto, no se puede admitir la causa. El materialismo es, pues, consecuente consigo mismo, aunque no lo sea con la razón.

4 La idea de la perpetuidad del ser espiritual es innata en el hombre; se encuentra en él como intuición y aspiración; comprende que solo en ella está la compensación de las miserias de la vida: por eso siempre ha habido y siempre habrá más espiritualistas que materialistas, y más deístas que ateos.

A la idea intuitiva y a la fuerza del razonamiento, el Espiritismo viene a añadir la confirmación de los hechos, la prueba material de la existencia del ser espiritual, de su supervivencia, de su inmortalidad y de su individualidad; precisa y define lo que ese pensamiento tenía de vago y abstracto. Nos muestra al ser inteligente actuando fuera de la materia, tanto después de la vida del cuerpo como durante ella.

5 ¿Son el principio espiritual y el principio vital una sola y misma cosa?
Partiendo, como siempre, de la observación de los hechos, diremos que, si el principio vital fuera inseparable del principio inteligente, habría alguna razón para confundirlos; pero como vemos seres que viven y no piensan, como las plantas; cuerpos humanos que todavía conservan la vida orgánica cuando ya no existe ninguna manifestación del pensamiento; que en el ser vivo se producen movimientos vitales independientes de todo acto de la voluntad; que durante el sueño la vida orgánica está en plena actividad, mientras que la vida intelectual no se manifiesta mediante ningún signo exterior, hay motivos para admitir que la vida orgánica reside en un principio inherente a la materia, independiente de la vida espiritual, que es inherente al Espíritu. Ya que la materia tiene una vitalidad independiente del Espíritu y el Espíritu tiene una vitalidad independiente de la materia, resulta evidente que esta doble vitalidad se apoya en dos principios diferentes.

6 ¿Tendría el principio espiritual su origen en el elemento cósmico universal? ¿Sería tan solo una transformación, un modo de existencia de ese elemento, como la luz, la electricidad, el calor, etc.?
Si así fuera, el principio espiritual sufriría las vicisitudes de la materia; se extinguiría por la disgregación, como el principio vital; el ser inteligente solo tendría una existencia momentánea, como el cuerpo, y al morir volvería a la nada o, lo que vendría a ser lo mismo, al todo universal; sería, en una palabra, la confirmación de las doctrinas materialistas.
Las propiedades sui generis que se reconocen en el principio espiritual prueban que tiene una existencia propia, independiente, puesto que, si tuviera su origen en la materia, no tendría esas propiedades. Puesto que la in-

teligencia y el pensamiento no pueden ser atributos de la materia, se llega a la conclusión, remontándose de los efectos a las causas, de que el elemento material y el elemento espiritual son los dos principios constitutivos del universo. El elemento espiritual individualizado constituye los seres llamados Espíritus, como el elemento material individualizado constituye los diferentes cuerpos de la naturaleza, orgánicos e inorgánicos.

7 Admitido el ser espiritual, y ya que su origen no puede estar en la materia, ¿cuál es su origen, su punto de partida?

Aquí faltan por completo los medios de investigación, como en todo lo que se refiere al principio de las cosas. El hombre solo puede comprobar lo que existe; sobre todo lo demás solo puede formular hipótesis; y, ya sea porque ese conocimiento supera el alcance de su inteligencia actual, ya sea porque poseerlo en este momento le resultaría inútil o inconveniente, Dios no se lo da, ni siquiera mediante la revelación.

Lo que Dios le hace decir por medio de sus mensajeros, y lo que, por otra parte, el hombre podía deducir por sí mismo del principio de la justicia soberana, que es uno de los atributos esenciales de la Divinidad, es que todos tienen un mismo punto de partida; que todos son creados simples e ignorantes, con igual aptitud para progresar mediante su actividad individual; que todos alcanzarán, por sus esfuerzos personales, el grado de perfección compatible con la criatura; que todos, por ser hijos de un mismo padre, son objeto de igual solicitud; que no hay ninguno más favorecido o mejor dotado que los demás y exento del trabajo que se impondría a otros para alcanzar la meta.

8 Al mismo tiempo que Dios ha creado mundos materiales desde toda la eternidad, también ha creado seres espirituales desde toda la eternidad: sin ello, los mundos materiales habrían carecido de finalidad. Se concebirían más fácilmente los seres espirituales sin los mundos materiales que estos últimos sin los seres espirituales. Los mundos materiales eran los que debían proporcionar a los seres espirituales elementos de actividad para el desarrollo de su inteligencia.

9 El progreso es la condición normal de los seres espirituales, y la perfección relativa, la meta que deben alcanzar; ahora bien, como Dios los ha creado desde toda la eternidad y los crea sin cesar, también desde toda la eternidad ha habido quienes han alcanzado el punto culminante de la escala.

Antes de que la tierra existiera, unos mundos habían sucedido a otros, y cuando la tierra salió del caos de los elementos, el espacio estaba poblado de seres espirituales en todos los grados de adelanto, desde los que nacían a la vida hasta los que, desde toda la eternidad, habían ocupado un lugar entre los Espíritus puros, comúnmente llamados ángeles.

10 Como la materia debía ser el objeto del trabajo del Espíritu para el desarrollo de sus facultades, era necesario que pudiera actuar sobre ella; por eso vino a habitarla, como el leñador habita el bosque. Puesto que esta debía ser a la vez la finalidad y el instrumento del trabajo, Dios, en lugar de unirlo a la piedra rígida, creó para su uso cuerpos organizados, flexibles, capaces de recibir todos los impulsos de su voluntad y de prestarse a todos sus movimientos.

El cuerpo es, pues, al mismo tiempo la envoltura y el instrumento del Espíritu, y a medida que este adquiere nuevas aptitudes, se reviste de una en-

voltura apropiada para la nueva clase de trabajo que debe realizar, como se dan a un obrero herramientas menos toscas a medida que es capaz de hacer un trabajo más cuidado.

11 Para ser más exactos, hay que decir que es el propio Espíritu quien da forma a su envoltura y la adapta a sus nuevas necesidades; la perfecciona, desarrolla y completa su organismo a medida que siente la necesidad de manifestar nuevas facultades; en una palabra, la ajusta a la medida de su inteligencia; Dios le proporciona los materiales, y a él le corresponde utilizarlos; así es como las razas avanzadas tienen un organismo o, si se prefiere, unas herramientas más perfeccionadas que las razas primitivas. Así se explica también el sello particular que el carácter del Espíritu imprime en los rasgos del rostro y en los movimientos del cuerpo.

12 En cuanto un Espíritu nace a la vida espiritual, debe, para su adelanto, hacer uso de sus facultades, al principio rudimentarias; por eso se reviste de una envoltura corporal apropiada para su estado de infancia intelectual, envoltura que abandona para revestirse de otra a medida que crecen sus fuerzas. Ahora bien, como en todo tiempo ha habido mundos, y esos mundos han dado origen a cuerpos organizados aptos para recibir Espíritus, en todo tiempo los Espíritus han encontrado, cualquiera que fuera su grado de adelanto, los elementos necesarios para su vida carnal.

13 El cuerpo, por ser exclusivamente material, sufre las vicisitudes de la materia. Después de haber funcionado durante algún tiempo, se desorganiza y se descompone; el principio vital, al no encontrar ya elementos para su actividad, se extingue y el cuerpo muere. El Espíritu, para quien el cuerpo privado de vida carece ya de utilidad, lo abandona, como se abandona una casa en ruinas o una prenda inservible.

14 El cuerpo es, pues, solo una envoltura destinada a recibir al Espíritu: por lo tanto, poco importan su origen y los materiales con los que está construido. Sea o no el cuerpo del hombre una creación especial, está formado por los mismos elementos que el de los animales, animado por el mismo principio vital, es decir, calentado por el mismo fuego, así como está iluminado por la misma luz, sujeto a las mismas vicisitudes y a las mismas necesidades: es un punto sobre el que no hay discusión.
Si se considera únicamente la materia y se prescinde del Espíritu, el hombre no tiene, pues, nada que lo distinga del animal; pero todo cambia de aspecto si se distingue entre la morada y el morador.
Un gran señor, bajo un techo de paja o vestido con el sayal del campesino, no deja por ello de ser un gran señor. Lo mismo ocurre con el hombre; no es su vestidura de carne lo que lo eleva por encima del bruto y hace de él un ser aparte, sino su ser espiritual, su Espíritu.

15 De la semejanza de las formas exteriores que existe entre el cuerpo del hombre y el del mono, ciertos fisiólogos han concluido que el primero no era más que una transformación del segundo. No hay nada imposible en ello, sin que, de ser así, la dignidad del hombre tenga que sufrir por eso. Los cuerpos de los monos bien pudieron servir de vestiduras a los primeros Espíritus humanos, necesariamente poco adelantados, que vinieron a encarnarse en la tierra, pues esas vestiduras eran las más adecuadas a sus necesidades y más aptas para el ejercicio de sus facultades que el cuerpo de cualquier otro animal. En vez de que se hubiera hecho una vestidura especial para el Espíritu, este habría encontrado una ya hecha. Así pues, pudo vestirse con la piel del mono sin dejar de ser un Espíritu humano, como el hombre se reviste a veces con la piel de ciertos animales sin dejar de ser

hombre.

Se entiende bien que aquí solo se trata de una hipótesis que de ningún modo se establece como principio, sino que se presenta únicamente para mostrar que el origen del cuerpo no perjudica al Espíritu, que es el ser principal, y que la semejanza del cuerpo del hombre con el cuerpo del mono no implica igualdad entre su Espíritu y el del mono.

16 Si admitimos esta hipótesis, podemos decir que, bajo la influencia y por efecto de la actividad intelectual de su nuevo habitante, la envoltura se modificó y se embelleció en los detalles, conservando la forma general del conjunto. Los cuerpos mejorados, al procrear, se reprodujeron en las mismas condiciones, como ocurre con los árboles injertados; dieron origen a una nueva especie que se fue alejando poco a poco del tipo primitivo a medida que el Espíritu progresó. El Espíritu del mono, que no fue aniquilado, siguió procreando cuerpos de monos para su uso, como el fruto del árbol silvestre reproduce árboles silvestres, y el Espíritu humano procreó cuerpos de hombres, variantes del primer molde en el que se estableció. El tronco se bifurcó; produjo un retoño, y ese retoño se convirtió en tronco.

Como no hay transiciones bruscas en la naturaleza, es probable que los primeros hombres que aparecieron en la tierra debieran de diferir poco del mono en su forma exterior, y sin duda tampoco mucho en su inteligencia. Aún en nuestros días hay salvajes que, por la longitud de los brazos y de los pies, y la conformación de la cabeza, tienen un aspecto tan semejante al del mono que solo les falta ser peludos para completar el parecido.

17 El Espiritismo nos enseña de qué manera se realiza la unión del Espíritu y el cuerpo en la encarnación.

El Espíritu, por su esencia espiritual, es un ser indefinido, abstracto, que no

puede ejercer una acción directa sobre la materia; necesitaba un intermediario; ese intermediario se encuentra en la envoltura fluídica que forma, en cierto modo, parte integrante del Espíritu, una envoltura semimaterial, es decir, que participa de la materia por su origen y de la espiritualidad por su naturaleza etérea; como toda materia, se toma del fluido cósmico universal, que en esta circunstancia experimenta una modificación especial. Esta envoltura, designada con el nombre de periespíritu, hace del Espíritu, que es un ser abstracto, un ser concreto, definido, que el pensamiento puede captar; lo hace apto para actuar sobre la materia tangible, al igual que todos los fluidos imponderables que son, como sabemos, los motores más poderosos.

El fluido periespiritual es, pues, el lazo de unión entre el Espíritu y la materia. Durante su unión con el cuerpo, es el vehículo de su pensamiento para transmitir el movimiento a las distintas partes del organismo que actúan bajo el impulso de su voluntad, y para transmitir al Espíritu las sensaciones producidas por los agentes exteriores. Tiene por hilos conductores los nervios, como en el telégrafo el fluido eléctrico tiene por conductor el hilo metálico.

18 Cuando el Espíritu debe encarnarse en un cuerpo humano en formación, un lazo fluídico, que no es más que una expansión de su periespíritu, lo une al germen hacia el cual se siente atraído por una fuerza irresistible desde el momento de la concepción. A medida que el germen se desarrolla, el lazo se estrecha; bajo la influencia del principio vital material del germen, el periespíritu, que posee ciertas propiedades de la materia, se une molécula a molécula con el cuerpo que se forma: de ahí que pueda decirse que el Espíritu, por medio de su periespíritu, echa raíces en cierto modo en

ese germen, como una planta en la tierra. Cuando el germen está completamente desarrollado, la unión es completa, y entonces nace a la vida exterior.

Por un efecto contrario, esta unión del periespíritu y de la materia carnal, que se había realizado bajo la influencia del principio vital del germen, cesa cuando ese principio deja de actuar como consecuencia de la desorganización del cuerpo, que provoca la muerte, pues la unión solo se mantenía por una fuerza activa y cesa cuando esa fuerza deja de actuar; entonces el periespíritu se desprende molécula a molécula, como se había unido, y el Espíritu recobra la libertad. Por lo tanto, no es la partida del Espíritu la que causa la muerte del cuerpo, sino la muerte del cuerpo la que causa la partida del Espíritu.

19 El Espiritismo nos enseña, mediante los hechos que nos permite observar, los fenómenos que acompañan a esta separación: a veces es rápida, fácil, suave e imperceptible; otras veces es muy lenta, laboriosa, horriblemente penosa, según el estado moral del Espíritu, y puede durar meses enteros.

20 Un fenómeno particular, señalado también por la observación, acompaña siempre a la encarnación del Espíritu. En cuanto este queda sujeto por el lazo fluídico que lo une al germen, la turbación se apodera de él; esta turbación aumenta a medida que el lazo se estrecha y, en los últimos momentos, el Espíritu pierde toda conciencia de sí mismo, de modo que nunca es testigo consciente de su nacimiento.

20.2 En el momento en que el niño respira, el Espíritu comienza a recobrar sus facultades, que se desarrollan a medida que se forman y se consolidan los órganos que deben servir para su manifestación. Aquí vuelve a ma-

nifestarse la sabiduría que preside todas las partes de la obra de la creación.

20.3 Unas facultades demasiado activas desgastarían y romperían unos órganos delicados apenas esbozados; por eso su energía es proporcional a la capacidad de resistencia de esos órganos.

21 Pero al mismo tiempo que el Espíritu recobra la conciencia de sí mismo, pierde el recuerdo de su pasado, sin perder las facultades, las cualidades y las aptitudes adquiridas anteriormente, aptitudes que habían permanecido momentáneamente en estado latente y que, al recobrar su actividad, lo ayudarán a hacer más y mejor de lo que hizo antes; renace siendo lo que ha llegado a ser por su trabajo anterior; es para él un nuevo punto de partida, un nuevo peldaño que subir.

21.2 Aquí vuelve a manifestarse la bondad del Creador, pues el recuerdo de un pasado, a menudo penoso o humillante, al sumarse a las amarguras de su nueva existencia, podría turbarlo y entorpecerlo; solo recuerda lo que ha aprendido, porque eso le es útil. Si a veces conserva una vaga intuición de los acontecimientos pasados, es como el recuerdo de un sueño fugaz.

21.3 Es, pues, un hombre nuevo, por antiguo que sea su Espíritu; sigue nuevos caminos ayudado por lo que ha adquirido. Cuando regresa a la vida espiritual, su pasado se despliega ante sus ojos, y juzga si ha empleado bien o mal su tiempo.

22 No hay, pues, interrupción en la vida espiritual, a pesar del olvido del pasado; el Espíritu sigue siendo él mismo antes, durante y después de la encarnación; la encarnación no es más que una fase especial de su existencia. Este olvido solo tiene lugar durante la vida exterior de relación; durante el

sueño, el Espíritu, parcialmente desprendido de los lazos carnales, devuelto a la libertad y a la vida espiritual, recuerda; su visión espiritual ya no está tan oscurecida por la materia.

23 Si consideramos a la humanidad en su grado más bajo de la escala intelectual, entre los salvajes más atrasados, nos preguntamos si ese es el punto de partida del alma humana.

Según la opinión de algunos filósofos espiritualistas, el principio inteligente, distinto del principio material, se individualiza y se elabora al pasar por los diversos grados de la animalidad; allí el alma se ensaya en la vida y desarrolla sus primeras facultades mediante el ejercicio; sería, por así decirlo, su período de incubación. Una vez alcanzado el grado de desarrollo que permite ese estado, recibe las facultades especiales que constituyen el alma humana. Habría así una filiación espiritual, como hay una filiación corporal.

Este sistema, fundado en la gran ley de unidad que preside la creación, responde, hay que reconocerlo, a la justicia y a la bondad del Creador; da una salida, una finalidad, un destino a los animales, que ya no son seres desheredados, sino que encuentran, en el porvenir que les está reservado, una compensación por sus sufrimientos. Lo que constituye al hombre espiritual no es su origen, sino los atributos especiales de los que está dotado al entrar en la humanidad, atributos que lo transforman y hacen de él un ser distinto, como el fruto sabroso es distinto de la raíz amarga de la que ha salido. Por haber pasado por las etapas de la animalidad, el hombre no sería menos hombre; no sería animal, del mismo modo que el fruto no es raíz y que el sabio no es el feto informe con el que comenzó su vida en el mundo.

Pero este sistema plantea numerosas cuestiones cuyos argumentos a favor y

en contra no es oportuno discutir aquí, como tampoco examinar las distintas hipótesis que se han formulado al respecto. Así pues, sin investigar el origen del alma ni las etapas por las que haya podido pasar, la consideramos a su entrada en la humanidad, en el punto en que, dotada de sentido moral y de libre albedrío, empieza a asumir la responsabilidad de sus actos.

24 La obligación del Espíritu encarnado de proveer al alimento del cuerpo, a su seguridad y a su bienestar lo fuerza a aplicar sus facultades a la investigación, a ejercitarlas y a desarrollarlas. Su unión con la materia es, pues, útil para su adelanto; por eso la encarnación es una necesidad.

24.2 Además, mediante el trabajo inteligente que realiza en su propio beneficio sobre la materia, ayuda a la transformación y al progreso material del globo que habita; así, al mismo tiempo que progresa, contribuye a la obra del Creador, de la que es el agente inconsciente.

25 Pero la encarnación del Espíritu no es constante ni perpetua; solo es transitoria; al dejar un cuerpo, no toma otro instantáneamente; durante un lapso de tiempo más o menos considerable, vive la vida espiritual, que es su vida normal: de modo que la suma del tiempo pasado en las distintas encarnaciones es poca cosa, comparada con la del tiempo que pasa en estado de Espíritu libre.

En el intervalo entre sus encarnaciones, el Espíritu también progresa, en el sentido de que aprovecha, para su adelanto, los conocimientos y la experiencia adquiridos durante la vida corporal; — hablamos del Espíritu que ha llegado al estado de alma humana, que tiene libertad de acción y conciencia de sus actos. — Examina lo que ha hecho durante su estancia terrestre, repasa lo que ha aprendido, reconoce sus faltas, traza sus planes y toma las resoluciones por las que piensa guiarse en una nueva existencia, procu-

rando hacerlo mejor. Así, cada existencia es un paso adelante en la vía del progreso, una especie de escuela de aplicación.

La encarnación no es, pues, normalmente un castigo para el Espíritu, como algunos han pensado, sino una condición inherente a la inferioridad del Espíritu y un medio de progresar.

A medida que el Espíritu progresa moralmente, se desmaterializa, es decir, al sustraerse a la influencia de la materia, se purifica; su vida se espiritualiza, sus facultades y sus percepciones se amplían; su felicidad es proporcional al progreso realizado. Pero, como actúa en virtud de su libre albedrío, puede, por negligencia o mala voluntad, retrasar su adelanto; prolonga, por consiguiente, la duración de sus encarnaciones materiales, que se convierten entonces para él en un castigo, puesto que, por su culpa, permanece en los rangos inferiores, obligado a recomenzar la misma tarea. Depende, pues, del Espíritu abreviar, mediante su trabajo de purificación sobre sí mismo, la duración del período de las encarnaciones.

26 El progreso material de un globo sigue el progreso moral de sus habitantes; ahora bien, como la creación de los mundos y de los Espíritus es incesante, y estos progresan más o menos rápidamente en virtud de su libre albedrío, resulta que hay mundos más o menos antiguos, en distintos grados de adelanto físico y moral, donde la encarnación es más o menos material y donde, por consiguiente, el trabajo para los Espíritus es más o menos arduo. Desde este punto de vista, la Tierra es uno de los menos adelantados; poblada de Espíritus relativamente inferiores, la vida corporal es en ella más penosa que en otros, así como los hay más atrasados, donde es aún más penosa que en la Tierra, y para los cuales la Tierra sería relativamente un mundo feliz.

27 Cuando los Espíritus han adquirido en un mundo la suma de progresos que permite el estado de ese mundo, lo dejan para encarnarse en otro más adelantado, donde adquieren nuevos conocimientos, y así sucesivamente hasta que, al dejar de serles útil la encarnación en un cuerpo material, viven exclusivamente la vida espiritual, en la que siguen progresando en otro sentido y por otros medios. Llegados al punto culminante del progreso, gozan de la felicidad suprema; admitidos en los consejos del Todopoderoso, comparten su pensamiento y se convierten en sus mensajeros, sus ministros directos para el gobierno de los mundos, teniendo bajo sus órdenes a los Espíritus de distintos grados de adelanto.

Así, todos los Espíritus, encarnados o desencarnados, cualquiera que sea el grado de la jerarquía al que pertenezcan, desde el más pequeño hasta el más grande, tienen sus atribuciones en el gran mecanismo del universo; todos son útiles al conjunto, al mismo tiempo que son útiles a sí mismos; a los menos adelantados, como a simples peones, les corresponde una tarea material, primero inconsciente y luego gradualmente inteligente. En todas partes hay actividad en el mundo espiritual; en ninguna, ociosidad inútil.

La colectividad de los Espíritus es, en cierto modo, el alma del universo; es el elemento espiritual que actúa en todo y en todas partes, bajo el impulso del pensamiento divino. Sin este elemento, solo hay materia inerte, sin propósito, sin inteligencia, sin otro motor que las fuerzas materiales, que dejan multitud de problemas sin solución; por la acción del elemento espiritual individualizado, todo tiene un propósito, una razón de ser, todo se explica; por eso, sin la espiritualidad, se tropieza con dificultades insuperables.

28 Cuando la Tierra se encontró en las condiciones climáticas propias para la existencia de la especie humana, vinieron Espíritus a encarnarse en ella; y si se admite que encontraron envolturas ya hechas que solo tuvieron que adaptar a su uso, se comprende aún mejor que pudieron nacer simultáneamente en varios puntos del globo.

29 Aunque los primeros que vinieron debían de estar poco adelantados, por el hecho mismo de que debían encarnarse en cuerpos muy imperfectos, debía de haber entre ellos diferencias sensibles en los caracteres y las aptitudes, según el grado de su desarrollo moral e intelectual; los Espíritus semejantes se agruparon naturalmente por analogía y simpatía.

29.2 La Tierra se encontró así poblada de distintas categorías de Espíritus, más o menos aptos para el progreso o reacios a él. Como los cuerpos recibían la huella del carácter del Espíritu, y estos cuerpos se procreaban según su tipo respectivo, de ello resultaron distintas razas, tanto en lo físico como en lo moral.

29.3 Los Espíritus semejantes, al seguir encarnándose de preferencia entre sus semejantes, perpetuaron el carácter distintivo físico y moral de las razas y de los pueblos, que a la larga solo se pierde por su fusión y el progreso de los Espíritus. (Revista espírita, julio de 1860, página 198: Frenología y fisiognomía.)

30 Se puede comparar a los Espíritus que vinieron a poblar la Tierra con esos grupos de emigrantes de diversos orígenes que van a establecerse en una tierra virgen. Allí encuentran la madera y la piedra para hacer sus viviendas, y cada uno da a la suya un sello diferente, según el grado de su sa-

ber y de su inteligencia. Se agrupan allí por analogía de orígenes y de gustos; estos grupos acaban formando tribus, y luego pueblos, cada uno con sus costumbres y su carácter propios.

31 El progreso no ha sido, pues, uniforme en toda la especie humana; las razas más inteligentes se han adelantado naturalmente a las demás, sin contar con que los Espíritus recién nacidos a la vida espiritual que han venido a encarnarse en la Tierra desde la llegada de los primeros hacen más sensible la diferencia de progreso. Sería imposible, en efecto, atribuir la misma antigüedad de creación a los salvajes que apenas se distinguen de los monos que a los chinos, y menos aún que a los europeos civilizados.
Estos Espíritus de salvajes, sin embargo, también pertenecen a la humanidad; un día alcanzarán el nivel de sus mayores, pero ciertamente no será en cuerpos de la misma raza física, inadecuados para cierto desarrollo intelectual y moral. Cuando el instrumento deje de corresponder a su desarrollo, emigrarán de ese medio para encarnarse en un grado superior, y así sucesivamente hasta que hayan conquistado todos los grados terrestres, tras lo cual dejarán la Tierra para pasar a mundos cada vez más adelantados. (Revista espírita, abril de 1862, página 97: Perfectibilidad de la raza negra.)

32 El principio de la reencarnación es una consecuencia inevitable de la ley del progreso. Sin la reencarnación, ¿cómo explicar la diferencia que existe entre el estado social actual y el de los tiempos de barbarie? Si las almas se crean al mismo tiempo que los cuerpos, las que nacen hoy son tan nuevas, tan primitivas como las que vivían hace mil años; añadamos que no hay entre ellas ninguna conexión, ninguna relación necesaria; que son completamente independientes unas de otras; ¿por qué, entonces, las almas de hoy estarían mejor dotadas por Dios que sus antecesoras? ¿Por qué com-

prenden mejor? ¿Por qué tienen instintos más depurados, costumbres más apacibles? ¿Por qué tienen la intuición de ciertas cosas sin haberlas aprendido? Desafiamos a encontrar una salida a esto, a menos que se admita que Dios crea almas de diversas cualidades según los tiempos y los lugares, proposición inconciliable con la idea de una justicia suprema.

Decid, por el contrario, que las almas de hoy ya han vivido en tiempos remotos; que pudieron ser bárbaras como su siglo, pero que han progresado; que, en cada nueva existencia, traen lo adquirido en las existencias anteriores; que, por consiguiente, las almas de los tiempos civilizados son almas que no fueron creadas más perfectas, sino que se han perfeccionado por sí mismas con el tiempo, y tendréis la única explicación plausible de la causa del progreso social. (El libro de los Espíritus, cap. IV y V.) (1)

Esta doctrina sería admisible si todos los habitantes de la Tierra estuvieran exactamente en el mismo nivel intelectual y moral; entonces solo podrían progresar yendo a otro mundo, y su reencarnación en la Tierra sería inútil; ahora bien, Dios no hace nada inútil. Desde el momento en que se encuentran en ella todos los grados de inteligencia y de moralidad, desde el salvajismo que linda con el animal hasta la civilización más adelantada, ofrece un vasto campo al progreso; cabría preguntarse por qué el salvaje estaría obligado a ir a buscar a otra parte el grado que está por encima de él cuando lo encuentra a su lado, y así sucesivamente; por qué el hombre adelantado solo habría podido dar sus primeros pasos en mundos inferiores, cuando los equivalentes de todos esos mundos están a su alrededor; cuando hay distintos grados de adelanto, no solo de un pueblo a otro, sino en el mismo pueblo y en la misma familia. Si así fuera, Dios habría hecho algo inútil al colocar lado a lado la ignorancia y el saber, la barbarie y la civilización, el bien y el mal, cuando es precisamente ese contacto lo que

hace avanzar a los rezagados.

No hay, pues, mayor necesidad de que los hombres cambien de mundo en cada etapa, que para que un escolar cambie de colegio en cada curso; lejos de ser una ventaja para el progreso, esto sería un obstáculo, pues el Espíritu se vería privado del ejemplo que le ofrece la visión de los grados superiores y de la posibilidad de reparar sus faltas en el mismo medio y respecto de aquellos a quienes ha ofendido, posibilidad que constituye para él el medio más poderoso de adelanto moral. Tras una breve convivencia, al dispersarse los Espíritus y volverse extraños unos a otros, los lazos de familia y amistad, sin haber tenido tiempo de consolidarse, quedarían rotos.

Que los Espíritus abandonen por un mundo más avanzado aquel en el que ya no pueden adquirir nada más, así debe ser y así es; tal es el principio. Si algunos lo abandonan antes, es sin duda por causas individuales que Dios sopesa en su sabiduría.

Todo tiene una finalidad en la creación, sin lo cual Dios no sería prudente ni sabio; ahora bien, si la tierra solo debe ser una única etapa para el progreso de cada individuo, ¿qué utilidad tendría para los niños que mueren a temprana edad venir a pasar en ella algunos años, algunos meses, algunas horas, durante los cuales nada pueden adquirir? Lo mismo sucede con los idiotas y los cretinos. Una teoría solo es buena a condición de resolver todas las cuestiones relacionadas con ella. La cuestión de las muertes prematuras ha sido una piedra de tropiezo para todas las doctrinas, excepto para la doctrina espírita, la única que la ha resuelto de manera racional.

Para quienes recorren en la tierra una trayectoria normal, existe, para su progreso, una ventaja real en volver a encontrarse en el mismo medio, para

continuar allí lo que dejaron inacabado, a menudo en la misma familia o en contacto con las mismas personas, para reparar el mal que hayan podido hacer o para sufrir allí la pena del talión.

33 En el intervalo entre sus existencias corporales, los Espíritus se encuentran en estado de erraticidad y componen la población espiritual que rodea el globo. Por las muertes y los nacimientos, estas dos poblaciones pasan incesantemente de una a otra; hay, pues, cada día emigraciones del mundo corporal al mundo espiritual e inmigraciones del mundo espiritual al mundo corporal: es el estado normal.

34 En ciertas épocas, reguladas por la sabiduría divina, estas emigraciones e inmigraciones se realizan en masas más o menos considerables a raíz de las grandes revoluciones que hacen partir al mismo tiempo a cantidades innumerables, que pronto son reemplazadas por cantidades equivalentes de encarnaciones. Hay que considerar, pues, los azotes destructores y los cataclismos como ocasiones de llegadas y partidas colectivas, como medios providenciales para renovar la población corporal del globo y fortalecerla mediante la introducción de nuevos elementos espirituales más depurados. Si en estas catástrofes se destruye un gran número de cuerpos, solo hay vestiduras desgarradas, pero ningún Espíritu perece: únicamente cambian de medio; en vez de partir aisladamente, parten en gran número, esa es toda la diferencia, pues, ya partan por una causa o por otra, de todos modos deben partir inevitablemente tarde o temprano.

Las renovaciones rápidas y casi instantáneas que se producen en el elemento espiritual de la población a raíz de los azotes destructores aceleran el progreso social; sin las emigraciones e inmigraciones que vienen de vez en cuando a darle un fuerte impulso, avanzaría con extrema lentitud.

Es notable que todas las grandes calamidades que diezman las poblaciones van siempre seguidas de una era de progreso en el orden físico, intelectual o moral y, por consiguiente, en el estado social de las naciones donde ocurren. Esto se debe a que tienen por objeto producir una reorganización de la población espiritual, que es la población normal y activa del globo.

35 Esta transfusión que se realiza entre la población encarnada y la población desencarnada de un mismo globo se realiza igualmente entre los mundos, ya sea individualmente en las condiciones normales, ya sea en masas en circunstancias especiales. Hay, pues, emigraciones e inmigraciones colectivas de un mundo a otro.

35.2 De ello resulta la introducción, en la población de un globo, de elementos enteramente nuevos; nuevas razas de Espíritus que vienen a mezclarse con las razas existentes constituyen nuevas razas de hombres.

35.3 Ahora bien, como los Espíritus nunca pierden lo que han adquirido, traen consigo la inteligencia y la intuición de los conocimientos que poseen; imprimen, por lo tanto, su carácter a la raza corporal que vienen a animar.

35.4 Para ello no necesitan que se creen nuevos cuerpos especialmente para su uso; puesto que la especie corporal existe, encuentran cuerpos ya preparados para recibirlos. Son, pues, simplemente nuevos habitantes; al llegar a la tierra, forman primero parte de su población espiritual y luego se encarnan como los demás.

36 Según la enseñanza de los Espíritus, fue una de estas grandes inmigraciones o, si se quiere, una de estas colonias de Espíritus venidos de otra esfera, la que dio origen a la raza simbolizada en la persona de Adán y, por esta razón, llamada raza adámica. Cuando llegó, la tierra estaba poblada

desde tiempos inmemoriales, como América cuando llegaron a ella los europeos.

La raza adámica, más avanzada que las que la habían precedido en la tierra, es, en efecto, la más inteligente; es ella la que impulsa a todas las demás hacia el progreso. El Génesis nos la muestra, desde sus comienzos, laboriosa, apta para las artes y las ciencias, sin haber pasado por la infancia intelectual, lo cual no es propio de las razas primitivas, pero concuerda con la opinión de que estaba compuesta de Espíritus que ya habían progresado. Todo demuestra que su presencia en la tierra no es antigua, y nada se opone a que solo lleve en ella algunos miles de años, lo cual no estaría en contradicción ni con los hechos geológicos ni con las observaciones antropológicas, y tendería, por el contrario, a confirmarlos.

37 La doctrina que hace proceder a todo el género humano de un solo individuo desde hace seis mil años no es admisible en el estado actual de los conocimientos. Las principales consideraciones que la contradicen, tomadas del orden físico y del orden moral, se resumen en los siguientes puntos:

38 Desde el punto de vista fisiológico, ciertas razas presentan tipos particulares característicos que no permiten atribuirles un origen común. Hay diferencias que evidentemente no son efecto del clima, puesto que los blancos que se reproducen en el país de los negros no se vuelven negros, y viceversa. El ardor del sol quema y oscurece la epidermis, pero nunca ha transformado a un blanco en negro, aplanado la nariz, cambiado la forma de los rasgos del rostro ni vuelto crespos y lanosos unos cabellos largos y sedosos. Hoy se sabe que el color del negro proviene de un tejido subcutáneo particular que es propio de la especie.

Hay que considerar, pues, que las razas negras, mongólicas y caucásicas tie-

nen su propio origen y nacieron simultánea o sucesivamente en distintas partes del globo; su cruce produjo las razas mixtas secundarias. Los caracteres fisiológicos de las razas primitivas son el indicio evidente de que proceden de tipos especiales. Las mismas consideraciones se aplican, pues, al hombre y a los animales en cuanto a la pluralidad de los troncos.

39 Adán y sus descendientes aparecen representados en el Génesis como hombres esencialmente inteligentes, puesto que, desde la segunda generación, construyen ciudades, cultivan la tierra y trabajan los metales. Sus progresos en las artes y las ciencias son rápidos y constantes.

39.2 No se concebiría, pues, que este tronco hubiera dado origen a numerosos pueblos tan atrasados, de una inteligencia tan rudimentaria que todavía en nuestros días rozan la animalidad; que hubieran perdido todo rastro y hasta el menor recuerdo tradicional de lo que hacían sus padres.

39.3 Una diferencia tan radical en las aptitudes intelectuales y en el desarrollo moral demuestra, con no menor evidencia, una diferencia de origen.

40 Independientemente de los hechos geológicos, la prueba de la existencia del hombre en la tierra antes de la época fijada por el Génesis se deduce de la población del globo.

Sin hablar de la cronología china, que se remonta, según se dice, a treinta mil años, documentos más auténticos demuestran que Egipto, la India y otras regiones estaban poblados y eran florecientes al menos tres mil años antes de la era cristiana, mil años, por consiguiente, después de la creación del primer hombre, según la cronología bíblica. Documentos y observaciones recientes no parecen dejar hoy ninguna duda sobre las relaciones que existieron entre América y los antiguos egipcios; de ahí hay que concluir que aquella región ya estaba poblada en esa época. Habría que admitir,

pues, que en mil años la descendencia de un solo hombre pudo cubrir la mayor parte de la tierra; ahora bien, semejante fecundidad sería contraria a todas las leyes antropológicas. El propio Génesis no atribuye a los primeros descendientes de Adán una fecundidad anormal, puesto que los enumera por sus nombres hasta Noé.

41 La imposibilidad se vuelve aún más evidente si se admite, con el Génesis, que el diluvio destruyó a todo el género humano, con excepción de Noé y su familia, que no era numerosa, en el año del mundo 1656, es decir, 2348 años antes de Jesucristo. Así pues, en realidad, el poblamiento del globo solo dataría de Noé; ahora bien, hacia esa época, la historia señala a Menes como rey de Egipto. Cuando los hebreos se establecieron en este último país, 642 años después del diluvio, ya era un poderoso imperio que habría sido poblado, sin hablar de las demás regiones, en menos de seis siglos, únicamente por los descendientes de Noé, lo cual no es admisible.

Observemos, de paso, que los egipcios recibieron a los hebreos como extranjeros; sería sorprendente que hubieran perdido el recuerdo de un origen común tan reciente, cuando conservaban religiosamente los monumentos de su historia.

Una lógica rigurosa, corroborada por los hechos, demuestra, pues, de la manera más concluyente, que el hombre está en la tierra desde un tiempo indeterminado, muy anterior a la época señalada por el Génesis. Lo mismo sucede con la diversidad de los troncos primitivos, pues demostrar la imposibilidad de una proposición es demostrar la proposición contraria. Si la geología descubre rastros auténticos de la presencia del hombre antes del gran período diluviano, la demostración será aún más absoluta.

42 La palabra ángel, como muchas otras, tiene varias acepciones: se emplea indistintamente en sentido bueno y malo, puesto que se dice: los ángeles buenos y malos, el ángel de luz y el ángel de las tinieblas; de donde se sigue que, en su acepción general, significa simplemente Espíritu.
Los ángeles no son seres ajenos a la humanidad, creados perfectos, sino Espíritus que han llegado a la perfección, como todas las criaturas, por sus esfuerzos y su mérito. Si los ángeles fueran seres creados perfectos, siendo la rebelión contra Dios un signo de inferioridad, los que se rebelaron no podían ser ángeles. La rebelión contra Dios no se concebiría por parte de seres que él hubiera creado perfectos, mientras que sí se concibe por parte de seres todavía atrasados.
Por su etimología, la palabra ángel (del griego aggêlos) significa enviado, mensajero; ahora bien, no es racional suponer que Dios haya elegido a sus mensajeros entre seres lo bastante imperfectos como para rebelarse contra él.

43 Hasta que los Espíritus hayan alcanzado un cierto grado de perfección, están sujetos a cometer faltas, tanto en el estado de erraticidad como en el de encarnación. Cometer una falta es infringir la ley de Dios; aunque esta ley está inscrita en el corazón de todos los hombres, para que no necesiten la revelación para conocer sus deberes, el Espíritu solo la comprende gradualmente y a medida que se desarrolla su inteligencia. Quien infringe esta ley por ignorancia y por falta de la experiencia que solo se adquiere con el tiempo incurre únicamente en una responsabilidad relativa; pero por parte de aquel cuya inteligencia está desarrollada, que, teniendo todos los medios para instruirse, infringe la ley voluntariamente y hace el mal con conocimiento de causa, es una revuelta, una rebelión contra el autor de

la ley.

(1) Cuando, en la Revista de enero de 1862, publicamos un artículo sobre la interpretación de la doctrina de los ángeles caídos, presentamos esta teoría solo como una hipótesis, con la única autoridad de una opinión personal discutible, porque entonces carecíamos de elementos lo bastante completos para hacer una afirmación absoluta; la dimos a conocer a modo de ensayo, con el fin de provocar su examen, plenamente decididos a abandonarla o modificarla si fuera necesario. Hoy, esta teoría ha pasado la prueba del control universal; no solo ha sido acogida por la gran minoría de los espiritistas como la más racional y la más conforme con la soberana justicia de Dios, sino que ha sido confirmada por la generalidad de las instrucciones dadas por los Espíritus sobre este asunto. Lo mismo ocurre con la que se refiere al origen de la raza adámica.

44 Los mundos progresan físicamente mediante la elaboración de la materia, y moralmente mediante la depuración de los Espíritus que los habitan. La felicidad en ellos está en proporción al predominio del bien sobre el mal, y el predominio del bien es el resultado del adelanto moral de los Espíritus. El progreso intelectual no basta, puesto que con la inteligencia pueden hacer el mal.

Así pues, cuando un mundo ha llegado a uno de sus períodos de transformación que debe hacerlo ascender en la jerarquía, se producen cambios en su población encarnada y desencarnada; es entonces cuando tienen lugar las grandes emigraciones e inmigraciones. Los que, a pesar de su inteligencia y su saber, han perseverado en el mal, en su rebelión contra Dios y sus leyes, serían en adelante un obstáculo para el progreso moral posterior, una causa permanente de perturbación para el reposo y la felicidad de los bue-

nos; por eso son excluidos de él y enviados a mundos menos adelantados; allí aplicarán su inteligencia y la intuición de los conocimientos adquiridos al progreso de aquellos entre quienes están llamados a vivir, al mismo tiempo que expiarán, en una serie de existencias penosas y mediante un duro trabajo, sus faltas pasadas y su endurecimiento voluntario.
¿Qué serán entre esos pueblos nuevos para ellos, aún en la infancia de la barbarie, sino ángeles o Espíritus caídos enviados en expiación? ¿No es para ellos la tierra de la que son expulsados un paraíso perdido? ¿No era para ellos un lugar de delicias en comparación con el medio ingrato al que van a quedar relegados durante miles de siglos, hasta el día en que hayan merecido su liberación? El vago recuerdo intuitivo que conservan de ella es para ellos como un espejismo lejano que les recuerda lo que han perdido por su culpa.

45 Pero al mismo tiempo que los malos han partido del mundo que habitaban, son reemplazados por Espíritus mejores, llegados ya sea de la erraticidad de ese mismo mundo, ya sea de un mundo menos adelantado que han merecido dejar, y para quienes su nueva morada es una recompensa. Renovada así la población espiritual y depurada de sus peores elementos, al cabo de algún tiempo el estado moral del mundo se encuentra mejorado.
Estos cambios son a veces parciales, es decir, limitados a un pueblo, a una raza; otras veces son generales, cuando ha llegado para el globo el período de renovación.

46 La raza adámica tiene todos los caracteres de una raza proscrita; los Espíritus que forman parte de ella fueron exiliados a la tierra, ya poblada, pero por hombres primitivos, sumidos en la ignorancia, a quienes tuvieron la misión de hacer progresar aportándoles las luces de una inteligencia desa-

rrollada. ¿No es, en efecto, el papel que esta raza ha desempeñado hasta hoy? Su superioridad intelectual prueba que el mundo del que salieron estaba más adelantado que la tierra; pero como ese mundo debía entrar en una nueva fase de progreso, y esos Espíritus, dada su obstinación, no habían sabido ponerse a esa altura, habrían estado fuera de lugar allí y habrían sido un obstáculo para la marcha providencial de las cosas; por eso fueron excluidos de él, mientras que otros merecieron reemplazarlos.

Al relegar a esta raza a esta tierra de trabajo y sufrimientos, Dios tuvo razón al decirle: «De ella sacarás tu alimento con el sudor de tu frente». En su mansedumbre, le prometió que le enviaría un Salvador, es decir, aquel que debía iluminarla sobre el camino que debía seguir para salir de ese lugar de miseria, de ese infierno, y llegar a la felicidad de los elegidos. Ese Salvador se lo envió en la persona de Cristo, que enseñó la ley de amor y caridad que ellos desconocían, y que debía ser la verdadera ancla de salvación. Cristo no solo enseñó la ley, sino que dio ejemplo de su práctica mediante su mansedumbre, su humildad, su paciencia para soportar sin quejarse los tratos más ignominiosos y los mayores dolores. Para que semejante misión se cumpliera sin desviaciones, hacía falta un Espíritu por encima de las debilidades humanas.

También con el fin de hacer avanzar a la humanidad en un sentido determinado, Espíritus superiores, sin tener las cualidades de Cristo, se encarnan de vez en cuando en la tierra para cumplir misiones especiales que contribuyen a su adelanto personal, si las llevan a cabo conforme a los designios del Creador.

47 Sin la reencarnación, la misión de Cristo sería un sinsentido, al igual que la promesa hecha por Dios. Supongamos, en efecto, que el alma de cada hombre sea creada al nacer su cuerpo, y que no haga más que aparecer y desaparecer en la tierra: no hay ninguna relación entre las que vinieron desde Adán hasta Jesucristo, ni entre las que vinieron después; todas son extrañas unas a otras. La promesa de un Salvador hecha por Dios no podía aplicarse a los descendientes de Adán si sus almas aún no habían sido creadas. Para que la misión de Cristo pudiera vincularse con las palabras de Dios, era preciso que estas pudieran aplicarse a las mismas almas. Si esas almas son nuevas, no pueden estar manchadas por la falta del primer padre, que solo es el padre carnal y no el padre espiritual; de otro modo, Dios habría creado almas manchadas por una falta que no habrían cometido. La doctrina común del pecado original implica, pues, la necesidad de una relación entre las almas del tiempo de Cristo y las del tiempo de Adán y, por consiguiente, de la reencarnación.

Decid que todas esas almas formaban parte de la colonia de Espíritus exiliados a la tierra en tiempos de Adán, y que estaban manchadas por la falta que había hecho que las excluyeran de un mundo mejor, y tendréis la única interpretación racional del pecado original, pecado propio de cada individuo, y no el resultado de la responsabilidad por la falta de otro a quien nunca ha conocido; decid que esas almas o Espíritus renacen en diversas ocasiones en la tierra a la vida corporal para progresar y depurarse; que Cristo vino a iluminar a esas mismas almas no solo para sus vidas pasadas, sino para sus vidas posteriores, y solo entonces daréis a su misión un fin real y serio, aceptable para la razón.

[48] Un ejemplo familiar, sorprendente por su analogía, hará comprender aún mejor los principios que acaban de exponerse.

El 24 de mayo de 1861, la fragata Ifigenia llevó a Nueva Caledonia una compañía disciplinaria compuesta por 291 hombres. A su llegada, el comandante de la colonia les dirigió una orden del día redactada así:

«Al poner el pie en esta tierra lejana, ya habéis comprendido el papel que os está reservado.

«A ejemplo de nuestros valientes soldados de la marina que sirven ante vuestros ojos, nos ayudaréis a llevar con esplendor, en medio de las tribus salvajes de Nueva Caledonia, la antorcha de la civilización. ¿No es esta una hermosa y noble misión, os pregunto? La cumpliréis dignamente.

«Escuchad la voz y los consejos de vuestros jefes. Estoy al frente de ellos; que mis palabras sean bien comprendidas.

«La elección de vuestro comandante, de vuestros oficiales, de vuestros suboficiales y cabos es una garantía segura de todos los esfuerzos que se harán para hacer de vosotros excelentes soldados; digo más, para elevaros a la altura de buenos ciudadanos y transformaros en colonos honorables, si lo deseáis.

«Vuestra disciplina es severa; debe serlo. Puesta en nuestras manos, será firme e inflexible, sabedlo bien; también será justa y paternal, y sabrá distinguir el error del vicio y de la degradación...»

He aquí, pues, unos hombres expulsados de un país civilizado por su mala conducta, y enviados, como castigo, entre un pueblo bárbaro. ¿Qué les dice el jefe? «Habéis infringido las leyes de vuestro país; allí habéis sido una causa de perturbación y de escándalo, y os han expulsado de él; os envían aquí, pero aquí podéis redimir vuestro pasado; podéis, mediante el trabajo, crearos una posición honorable y convertiros en ciudadanos honrados.

Aquí tenéis una hermosa misión que cumplir: llevar la civilización a estas tribus salvajes. La disciplina será severa, pero justa, y sabremos distinguir a quienes se comporten bien».

Para estos hombres relegados al seno del salvajismo, ¿no es la madre patria un paraíso perdido por su culpa y por su rebelión contra la ley? En esa tierra lejana, ¿no son ángeles caídos? ¿No es el lenguaje del jefe el que Dios hizo oír a los Espíritus exiliados a la tierra: «Habéis desobedecido mis leyes, y por eso os he expulsado del mundo donde podíais vivir felices y en paz; aquí estaréis condenados al trabajo, pero podréis, con vuestra buena conducta, merecer vuestro perdón y reconquistar la patria que habéis perdido por vuestra culpa, es decir, el cielo»?

49 A primera vista, la idea de degradación parece contradecir el principio de que los Espíritus no pueden retroceder; pero hay que considerar que no se trata de un regreso al estado primitivo; el Espíritu, aunque se encuentre en una posición inferior, no pierde nada de lo que ha adquirido; su desarrollo moral e intelectual es el mismo, cualquiera que sea el medio en que se encuentre. Está en la situación del hombre de mundo condenado a trabajos forzados por sus fechorías; ciertamente, ha caído desde el punto de vista social, pero no se vuelve ni más estúpido ni más ignorante.

50.— ¿Se cree ahora que esos hombres enviados a Nueva Caledonia van a transformarse de pronto en modelos de virtud? ¿Que van a renunciar de golpe a sus errores pasados? Habría que desconocer a la humanidad para suponerlo. Por la misma razón, los Espíritus de la raza adámica, una vez trasplantados a la tierra de exilio, no se despojaron al instante de su orgullo y de sus malos instintos; durante mucho tiempo conservaron todavía las tendencias de su origen, un resto de la vieja levadura; pues bien, ¿no es ese

el pecado original? La mancha que traen al nacer es la de la raza de Espíritus culpables y castigados a la que pertenecen; mancha que pueden borrar mediante el arrepentimiento, la expiación y la renovación de su ser moral. El pecado original, considerado como la responsabilidad de una falta cometida por otro, es un sinsentido y la negación de la justicia de Dios; considerado, por el contrario, como consecuencia y residuo de una imperfección primera del individuo, no solo la razón lo admite, sino que se considera de toda justicia la responsabilidad que de él se deriva.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XII. GÉNESIS MOSAICA

✦

[1] Capítulo Mer. Al principio Dios creó el cielo y la tierra. — 2. La tierra era uniforme y estaba completamente desnuda; las tinieblas cubrían la faz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre las aguas. — 3. Entonces Dios dijo: Que se haga la luz, y la luz fue hecha. — 4. Dios vio que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas. — o. Dio a la luz el nombre de día y a las tinieblas el nombre de noche; y de la tarde y la mañana se hizo el primer día.

6. Dios dijo también: Que se haga el firmamento en medio de las aguas, y que separe las aguas de las aguas. — 7. Y Dios hizo el firmamento; y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban por encima del firmamento. Y así se hizo. — 8. Y Dios dio al firmamento el nombre de cielo; y de la tarde y la mañana se hizo el segundo día.

9. Dios dijo además: Que las aguas que están debajo del cielo se reúnan en un solo lugar, y que aparezca el elemento seco. Y así se hizo. — 10. Dios dio al elemento seco el nombre de tierra, y llamó mares a todas esas aguas reunidas. Y vio que aquello estaba bien. — H. Dios dijo además: Que la tierra produzca hierba verde que dé semilla, y árboles frutales que den fruto, cada uno según su especie, y contengan en sí mismos su semilla para reproducirse sobre la tierra. Y así se hizo.

12. La tierra produjo, pues, hierba verde que daba semilla según su especie, y árboles frutales que contenían en sí mismos su semilla, cada uno según su especie. Y Dios vio que aquello era bueno. — 13. Y de la tarde y la mañana se hizo el tercer día.

14. Dios dijo también: Que se hagan cuerpos de luz en el firmamento del cielo, para que separen el día de la noche y sirvan de señal para marcar el tiempo y las estaciones, los días y los años. — 1 5. Que brillen en el firmamento del cielo y alumbren la tierra. Y así se hizo. — 16. Dios hizo, pues, dos grandes cuerpos luminosos, uno mayor para presidir el día y otro menor para presidir la noche; hizo también las estrellas; — 17. Y los puso en el firmamento del cielo para alumbrar la tierra, — 18. Para presidir el día y la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y Dios vio que aquello era bueno. — 19. Y de la tarde y la mañana se hizo el cuarto día.

20. Dios dijo además: Que las aguas produzcan animales vivos que naden en el agua, y aves que vuelen sobre la tierra bajo el firmamento del cielo. — 21. Dios creó, pues, los grandes peces y todos los animales que tienen vida y movimiento, que las aguas produjeron, cada uno según su especie, y creó también todas las aves según su especie. Vio que aquello era bueno. — 22. Y los bendijo diciendo: Creced y multiplicaos, y llenad las aguas del mar; y que las aves se multipliquen sobre la tierra. — 23. Y de la tarde y la mañana se hizo el quinto día.

24. Dios dijo también: Que la tierra produzca animales vivos, cada uno según su especie, los animales domésticos, los reptiles y las bestias salvajes de la tierra según sus diferentes especies. Y así se hizo. — 25. Dios hizo, pues, las bestias salvajes de la tierra según sus especies, los animales domésticos y todos los reptiles, cada uno según su especie. Y Dios vio que aquello era bueno.

26. Dijo después: Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza, y que mande sobre los peces del mar, las aves del cielo, las bestias, toda la tierra y todos los reptiles que se mueven sobre la tierra. — 27. Dios creó, pues, al hombre a su imagen, y lo creó a imagen de Dios, y lo creó macho y hembra.

— 28. Dios los bendijo y les dijo: Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla, y dominad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todos los animales que se mueven sobre la tierra. — 29. Dios dijo además: Os he dado todas las hierbas que dan su semilla sobre la tierra y todos los árboles que contienen en sí mismos su semilla, cada uno según su especie, para que os sirvan de alimento; — 30. Y a todos los animales de la tierra, a todas las aves del cielo, a todo lo que se mueve sobre la tierra y que tiene vida y aliento, para que tengan con qué alimentarse. Y así se hizo. — 31. Dios vio todas las cosas que había hecho; y eran muy buenas. — 32. Y de la tarde y la mañana se hizo el sexto día.

Capítulo II. — I. Así quedaron terminados el cielo y la tierra con todos sus adornos. — 2. Dios terminó en el séptimo día toda la obra que había hecho, y descansó ese séptimo día, después de haber acabado todas sus obras. — 3. Bendijo el séptimo día y lo santificó, porque ese día había dejado de producir todas las obras que había creado. — 4. Tal es el origen del cielo y de la tierra, y así fueron creados el día en que el Señor Dios hizo el uno y la otra, — b. Y en que creó todas las plantas de los campos antes de que salieran de la tierra, y todas las hierbas del campo antes de que brotaran. Porque el Señor Dios aún no había hecho llover sobre la tierra, y no había hombre que la labrara; — 6. Pero de la tierra brotaba una fuente que regaba toda su superficie.

7. El Señor Dios formó, pues, al hombre del barro de la tierra, y esparció sobre su rostro un soplo de vida, y el hombre tuvo vida y aliento.

[2] Después de las exposiciones contenidas en los capítulos anteriores sobre el origen y la constitución del universo, según los datos proporcionados por la ciencia para la parte material, y según el espiritismo para la parte es-

piritual, era útil poner en paralelo el propio texto del Génesis de Moisés, para que cada uno pudiera establecer una comparación y juzgar con conocimiento de causa; algunas explicaciones adicionales bastarán para hacer comprender las partes que necesitan aclaraciones especiales.

3 En algunos puntos hay, sin duda, una concordancia notable entre el Génesis de Moisés y la doctrina científica; pero sería un error creer que basta con sustituir los seis días de veinticuatro horas de la creación por seis períodos indeterminados para encontrar una analogía completa; sería un error no menos grande creer que, salvo el sentido alegórico de algunas palabras, el Génesis y la ciencia se siguen paso a paso y son solo una paráfrasis el uno de la otra.

4 Observemos primero, como ya se ha dicho (cap. VII, n.º 14), que el número de los seis períodos geológicos es arbitrario, puesto que se cuentan más de veinticinco formaciones bien caracterizadas. Ese número solo señala las grandes fases generales; al principio se adoptó únicamente para ajustarse lo más posible al texto bíblico, en una época, por lo demás poco lejana, en la que se creía que se debía comprobar la ciencia mediante la Biblia. Por eso los autores de la mayoría de las teorías cosmogónicas, con el fin de conseguir una aceptación más fácil, se esforzaron por ponerse de acuerdo con el texto sagrado. Cuando la ciencia se apoyó en el método experimental, se sintió más fuerte y se emancipó; hoy es la Biblia la que se comprueba mediante la ciencia.

Por otra parte, la geología, al tomar como punto de partida únicamente la formación de los terrenos graníticos, no incluye en el número de sus períodos el estado primitivo de la tierra. Tampoco se ocupa del sol, de la luna y de las estrellas, ni del conjunto del universo, que pertenecen a la astrono-

mía. Para ajustarse al marco del Génesis, conviene, pues, añadir un primer período que abarque ese orden de fenómenos, y que se podría llamar período astronómico.

Además, no todos los geólogos consideran que el período diluviano constituya un período distinto, sino un hecho transitorio y pasajero que no cambió de manera notable el estado climático del globo ni marcó una nueva fase en las especies vegetales y animales, puesto que, salvo pocas excepciones, las mismas especies se encuentran antes y después del diluvio. Se puede, pues, prescindir de él sin apartarse de la verdad.

5 El siguiente cuadro comparativo, en el que se resumen los fenómenos que caracterizan cada uno de los seis períodos, permite abarcar el conjunto y juzgar las relaciones y las diferencias que existen entre ellos y el Génesis bíblico:

I. Período astronómico. — Aglomeración de la materia cósmica universal en un punto del espacio en una nebulosa que dio origen, por la condensación de la materia en diversos puntos, a las estrellas, al sol, a la tierra, a la luna y a todos los planetas.

Estado primitivo fluídico e incandescente de la tierra. — Atmósfera inmensa cargada de toda el agua en forma de vapor y de todas las materias que pueden volatilizarse.

II. Período primario. — Endurecimiento de la superficie de la tierra por el enfriamiento; formación de las capas graníticas. — Atmósfera espesa y ardiente, impenetrable a los rayos del sol. — Precipitación gradual del agua y de las materias sólidas volatilizadas en el aire. — Ausencia de toda vida orgánica;

III. Período de transición. — Las aguas cubren toda la superficie del globo.

— Primeros depósitos de sedimento formado por las aguas. — Calor húmedo. — - El 1.er día. — El cielo y la tierra. — La luz.

2« día. — El firmamento. — Separación de las aguas que están debajo del firmamento de las que están por encima.

3« día. — Las aguas que están debajo del firmamento se reúnen; aparece el elemento seco. El sol comienza a atravesar la atmósfera brumosa. — Primeros seres organizados de la constitución más rudimentaria. — Líquenes, musgos, helechos, licopodios, plantas herbáceas. Vegetación colosal. — Primeros animales marinos: zoófitos, políperos, crustáceos. — Depósitos de hulla.

IV. Período secundario. — Superficie de la tierra poco accidentada; aguas poco profundas y pantanosas. Temperatura menos ardiente; atmósfera más depurada. Depósitos considerables de calizas por las aguas. — Vegetación menos colosal; nuevas especies; plantas leñosas; primeros árboles. — Peces; cetáceos; animales con concha; grandes reptiles acuáticos y anfibios.

V. Período terciario. — Grandes levantamientos de la corteza sólida; formación de los continentes. Retirada de las aguas hacia los lugares bajos; formación de los mares. — Atmósfera depurada; temperatura actual por el calor solar. — Animales terrestres gigantescos. Vegetales y animales actuales. Aves.

Diluvio universal.

VI. Período cuaternario o posdiluviano. — Terrenos de aluvión.

Vegetales y animales actuales.

El hombre.

— La tierra y los mares.

— Las plantas.

4.º día. — El sol, la luna y las estrellas.

5.º día. — Los peces y las aves.

6.º día. — Los animales terrestres. — El hombre.

Un primer hecho que se desprende del cuadro comparativo anterior es que la obra de cada uno de los seis días no corresponde de manera rigurosa, como muchos creen, a cada uno de los seis períodos geológicos. La concordancia más notable es la de la sucesión de los seres orgánicos, que es prácticamente la misma, y la aparición del hombre en último lugar; ahora bien, este es un hecho importante.

También hay coincidencia, no con el orden numérico de los períodos, sino en cuanto al hecho, en el pasaje donde se dice que, el tercer día: «Las aguas que están debajo del cielo se reunieron en un solo lugar, y apareció el elemento seco». Es la expresión de lo que ocurrió en el período terciario, cuando los levantamientos de la corteza sólida dejaron al descubierto los continentes y desplazaron las aguas que formaron los mares. Solo entonces aparecieron los animales terrestres, según la geología y según Moisés.

7 Cuando Moisés dice que la creación se hizo en seis días, ¿quiso hablar de días de veinticuatro horas, o entendió esta palabra en el sentido de período, duración, espacio de tiempo indeterminado, ya que la palabra hebrea traducida por día tiene esa doble acepción? La primera hipótesis es la más probable, si nos atenemos al texto mismo. La mención de la tarde y de la mañana, que delimitan cada uno de los seis días, da motivos para suponer que quiso hablar de días ordinarios. Ni siquiera cabe duda al respecto cuando dice, en el versículo 5: «Dio a la luz el nombre de día, y a las tinieblas el nombre de noche; y de la tarde y de la mañana se hizo el primer día». Esto solo puede aplicarse, evidentemente, al día de veinticuatro horas, dividido por la luz y las tinieblas. El sentido es aún más preciso cuando

dice, en el versículo 17, al hablar del sol, de la luna y de las estrellas: «Los puso en el firmamento del cielo para alumbrar la tierra; para presidir el día y la noche, y para separar la luz de las tinieblas. Y de la tarde y de la mañana se hizo el cuarto día».

Por lo demás, todo en la creación era milagroso, y desde el momento en que se entra en el terreno de los milagros, se puede creer perfectamente que la tierra se hizo en seis veces veinticuatro horas, sobre todo cuando se desconocen las primeras leyes naturales. Esta creencia fue compartida por todos los pueblos civilizados hasta el momento en que la geología vino, con pruebas en mano, a demostrar su imposibilidad.

8 Uno de los puntos más criticados del Génesis es la creación del sol después de la luz. Se ha intentado explicarlo, basándose en los mismos datos proporcionados por la geología, diciendo que, en los primeros tiempos de su formación, la atmósfera terrestre, cargada de vapores densos y opacos, no permitía ver el sol, que, por lo tanto, no existía para la tierra. Esta razón sería quizá admisible si en aquella época hubiera habido habitantes para juzgar la presencia o la ausencia del sol; ahora bien, según el propio Moisés, todavía no había más que plantas, que, sin embargo, no habrían podido crecer y multiplicarse sin la acción del calor solar.

Hay, pues, evidentemente un anacronismo en el orden que Moisés asigna a la creación del sol; pero, involuntariamente o no, no cometió ningún error al decir que la luz había precedido al sol.

El sol no es el principio de la luz universal, sino una concentración del elemento luminoso en un punto, es decir, del fluido que, en determinadas circunstancias, adquiere propiedades luminosas. Este fluido, que es la causa, debía existir necesariamente antes que el sol, que no es más que un efecto.

El sol es causa de la luz que irradia, pero es efecto con respecto a la que ha recibido.

En una habitación oscura, una vela encendida es un pequeño sol. ¿Qué se ha hecho para encender la vela? Se ha desarrollado la propiedad de iluminar del fluido luminoso y se ha concentrado ese fluido en un punto; la vela es la causa de la luz difundida por la habitación, pero si el principio luminoso no hubiera existido antes que la vela, esta no habría podido encenderse.

Lo mismo ocurre con el sol. El error procede de la idea falsa, sostenida durante mucho tiempo, de que el universo entero comenzó con la tierra, y no se comprende que el sol pudiera haber sido creado después de la luz. Ahora se sabe que, antes de nuestro sol y de nuestra tierra, existieron millones de soles y de tierras que, por consiguiente, disfrutaban de la luz. La afirmación de Moisés es, pues, perfectamente exacta en principio; es falsa en cuanto hace que la tierra sea creada antes que el sol; la tierra, al estar sujeta al sol en su movimiento de traslación, debió de formarse después de él: esto es lo que Moisés no podía saber, puesto que desconocía la ley de gravitación.

El mismo pensamiento se encuentra en el Génesis de los antiguos persas, en el primer capítulo del Vendedad. Ormuz, al relatar el origen del mundo, dice: «Creé la luz que fue a iluminar el sol, la luna y las estrellas». (Diccionario de mitología universal.) Aquí la forma es ciertamente más clara y más científica que en Moisés, y no necesita comentario.

9 Moisés compartía evidentemente las creencias más primitivas sobre la cosmogonía. Como los hombres de su tiempo, creía en la solidez de la bóveda celeste y en la existencia de depósitos superiores para las aguas. Este

pensamiento se expresa sin alegoría ni ambigüedad en este pasaje (versículos 0 y siguientes): «Dios dijo: Que se haga el firmamento en medio de las aguas y que separe las aguas de las aguas. Dios hizo el firmamento y separó las aguas que estaban debajo del firmamento de las que estaban encima del firmamento». (Véase el cap. V, Sistemas de los mundos antiguos y modernos, n.º 3, 4, 5.)

Una antigua creencia hacía considerar el agua como el principio, el elemento generador primitivo; por eso Moisés no habla de la creación de las aguas, que parecen haber existido ya. «Las tinieblas cubrían el abismo», es decir, las profundidades del espacio que la imaginación se representaba vagamente ocupado por las aguas y sumido en las tinieblas antes de la creación de la luz; por eso Moisés dice que «el Espíritu de Dios era llevado sobre las aguas». Como se suponía que la tierra se había formado en medio de las aguas, era necesario aislarla; se supuso, pues, que Dios había hecho el firmamento, bóveda sólida que separaba las aguas de arriba de las que habían quedado en la tierra.

Para comprender ciertas partes del Génesis, es necesario situarse en el punto de vista de las ideas cosmogónicas de la época de la que es reflejo.

10 Desde los avances de la física y de la astronomía, semejante doctrina es insostenible (1). Sin embargo, Moisés atribuye estas palabras al propio Dios; ahora bien, puesto que expresan un hecho notoriamente falso, una de dos: o Dios se equivocó en el relato que hace de su obra, o ese relato no es una revelación divina. Como la primera suposición no es admisible, hay que concluir que Moisés expresó sus propias ideas. (Cap. I, n.º 3.)

11 Moisés está más cerca de la verdad cuando dice que Dios formó al hombre con el barro de la tierra (1). La ciencia nos muestra, en efecto (cap. X), que el cuerpo del hombre está compuesto de elementos tomados de la materia inorgánica, es decir, del barro de la tierra.

La mujer formada de una costilla de Adán es una alegoría, infantil en apariencia si se toma al pie de la letra, pero profunda por su sentido. Tiene por objeto mostrar que la mujer es de la misma naturaleza que el hombre, su igual, por consiguiente, ante Dios, y no una criatura aparte hecha para ser sometida y tratada como una ilota. Al salir de su propia carne, la imagen de la igualdad resulta mucho más impactante que si hubiera sido formada por separado del mismo barro; es decirle al hombre que ella es su igual y no su esclava, que debe amarla como a una parte de sí mismo.

12 Para unas mentes incultas, sin ninguna idea de las leyes generales, incapaces de abarcar el conjunto y de concebir el infinito, esta creación milagrosa e instantánea tenía algo de fantástico que impresionaba la imaginación. La imagen del universo sacado de la nada en unos días, por un solo acto de la voluntad creadora, era para ellos la señal más resplandeciente del poder de Dios. En efecto, ¿qué representación más sublime y más poética de ese poder que estas palabras: «Dios dijo: ¡Que se haga la luz, y la luz se hizo!»? Dios creando el universo mediante el cumplimiento lento y gradual de las leyes de la naturaleza les habría parecido menos grande y menos poderoso; necesitaban algo maravilloso que se apartara de los caminos ordinarios, de lo contrario habrían dicho que Dios no era más hábil que los hombres. Una teoría científica y razonada de la creación los habría dejado fríos e indiferentes.

Los hombres primitivos son como niños, a quienes solo hay que dar el ali-

mento intelectual que su inteligencia puede asimilar. Hoy que estamos iluminados por las luces de la ciencia, señalemos los errores materiales del relato de Moisés, pero no lo censuremos por haber hablado el lenguaje de su tiempo, sin lo cual no habría sido comprendido ni aceptado.

Respetemos estas imágenes que hoy nos parecen infantiles, como respetamos los apólogos que iluminaron nuestra primera infancia y abrieron nuestra inteligencia al enseñarnos a pensar. Con estas imágenes Moisés inculcó en el corazón de los primeros hombres la fe en Dios y en su poder, fe ingenua que habría de depurarse más tarde a la luz de la ciencia. Porque sabemos leer con soltura, no despreciemos el libro en el que aprendimos a deletrear.

No rechacemos, pues, el Génesis bíblico; estudiémoslo, por el contrario, como se estudia la historia de la infancia de los pueblos. Es una epopeya rica en alegorías cuyo sentido oculto hay que buscar; que hay que comentar y explicar con ayuda de las luces de la razón y de la ciencia. Al tiempo que se destacan sus bellezas poéticas y las enseñanzas veladas bajo la forma figurada, hay que demostrar claramente sus errores, en el propio interés de la religión. Se lo respetará más cuando esos errores no se impongan a la fe como verdades, y Dios parecerá aún más grande y más poderoso cuando su nombre no se mezcle con hechos inventados.

13 Capítulo II. — 8. Ahora bien, el Señor Dios había plantado desde el principio un jardín delicioso, en el cual puso al hombre que había formado. — 9. El Señor Dios también había hecho brotar de la tierra toda clase de árboles hermosos a la vista, cuyo fruto era agradable al gusto, y el árbol de la vida en medio del paraíso (2), junto con el árbol del conocimiento del bien y del mal. (Hizo brotar, Jehová Eloim, de la tierra (min

haadama) todo árbol hermoso a la vista y bueno para comer, y el árbol de la vida (vehetz hachayim) en medio del jardín, y el árbol del conocimiento del bien y del mal.)

15. El Señor tomó, pues, al hombre y lo puso en el paraíso de delicias, para que lo cultivara y lo cuidara. — 16. También le dio este mandamiento y le dijo: Come de todos los árboles del paraíso. (Ordenó, Jehová Eloim, al hombre (hau haadam), diciendo: De todo árbol del jardín (hagan) puedes comer; — 17. Pero no comas del fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal, pues en cuanto comas de él, morirás con toda certeza. (Y del árbol del conocimiento del bien y del mal (oumehetz hadaat tob vara) no comerás, porque el día en que comas de él, morirás.)

14. — Capítulo III. — 1. Ahora bien, la serpiente era el más astuto de todos los animales que el Señor Dios había formado sobre la tierra. Y dijo a la mujer: ¿Por qué os ha mandado Dios que no comáis del fruto de todos los árboles del paraíso? (Y la serpiente era más astuta que todos los animales terrestres que había hecho Jehová Eloim; dijo a la mujer (et haïscha): ¿Acaso ha dicho Eloim: No comeréis de ningún árbol del jardín?) —.

2. La mujer le respondió: Comemos de los frutos de todos los árboles que hay en el paraíso. (Dijo la mujer a la serpiente: Del fruto (miperi) de los árboles del jardín podemos comer. El sentido alegórico se desprende de ello con mayor claridad.) — 3. Pero en cuanto al fruto del árbol que está en medio del paraíso, Dios nos ha mandado que no comamos de él ni lo toquemos, para que no corramos peligro de morir. — 4. La serpiente replicó a la mujer: Ciertamente no moriréis; — 5. Pero es que Dios sabe que, en cuanto hayáis comido de ese fruto, se abrirán vuestros ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal.

6. La mujer consideró, pues, que el fruto de aquel árbol era bueno para co-

mer, que era hermoso y agradable a la vista. Y tomando de él, comió y dio a su marido, quien también comió. (Vio la mujer que el árbol era bueno como alimento y que era deseable para comprender (leaskii), y tomó de su fruto, etc.)

8. Y cuando oyeron la voz del Señor Dios, que paseaba por el paraíso después del mediodía, cuando se levanta una brisa suave, se retiraron entre los árboles del paraíso para ocultarse de su presencia.

9. Entonces el Señor Dios llamó a Adán y le dijo: ¿Dónde estás? — 10. Adán le respondió: He oído tu voz en el paraíso y he tenido miedo porque estaba desnudo; por eso me he escondido. — 11. El Señor le replicó: ¿Y cómo has sabido que estabas desnudo, sino porque has comido del fruto del árbol del que te había prohibido comer? — 12. Adán le respondió: La mujer que me has dado por compañera me ha ofrecido del fruto de ese árbol y he comido de él. — 13. El Señor Dios dijo a la mujer: ¿Por qué has hecho eso? Ella respondió: La serpiente me ha engañado y he comido de ese fruto.

14 Entonces el Señor Dios dijo a la serpiente: Por haber hecho eso, maldita eres entre todos los animales y todas las bestias de la tierra; te arrastrarás sobre el vientre y comerás tierra todos los días de tu vida. — 15. Pondré enemistad entre tú y la mujer, entre su descendencia y la tuya. Ella te aplastará la cabeza y tú intentarás morderle el talón.

16. Dios dijo también a la mujer: Te afligiré con muchos males durante tu embarazo; darás a luz con dolor; estarás bajo el dominio de tu marido y él te dominará.

17. Dijo después a Adán: Por haber escuchado la voz de tu mujer y haber comido del fruto del árbol del que te había prohibido comer, la tierra será

maldita por lo que has hecho y solo con mucho trabajo obtendrás de ella tu sustento durante toda tu vida. — 18. Te producirá espinas y zarzas, y te alimentarás de la hierba de la tierra. — 19. Y comerás tu pan con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas a la tierra de donde fuiste tomado, porque eres polvo y al polvo volverás.

20. Y Adán dio a su mujer el nombre de Eva, que significa la vida, porque era la madre de todos los vivientes.

21. El Señor Dios hizo también para Adán y su mujer vestidos de pieles con los que los vistió. — 22. Y dijo: He aquí que Adán se ha vuelto como uno de nosotros, conocedor del bien y del mal. Impidamos, pues, ahora que extienda su mano hacia el árbol de la vida, que tome también de su fruto y que, comiendo de ese fruto, viva eternamente. (Dijo Jehová Eloim: He aquí que el hombre ha sido como uno de nosotros para el conocimiento del bien y del mal; y ahora puede extender la mano y tomar del árbol de la vida (veata pen ischlach yado velakach mehetz hachayim); comerá de él y vivirá eternamente.

23. El Señor Dios lo sacó del jardín de delicias para que fuera a cultivar la tierra de donde había sido tomado. — 24. Y después de expulsarlo, puso querubines (I) ante el jardín de delicias, que hacían centellear una espada de fuego, para guardar el camino que conducía al árbol de la vida.

15 Bajo una imagen pueril y a veces ridícula, si nos detenemos en la forma, la alegoría oculta con frecuencia las mayores verdades. ¿Hay una fábula más absurda a primera vista que la de Saturno, un dios que devora piedras que toma por sus hijos? Pero, al mismo tiempo, ¡qué hay más profundamente filosófico y verdadero que esa figura, si buscamos su sentido moral!

15.2 Saturno es la personificación del tiempo; como todas las cosas son obra del tiempo, es el padre de todo lo que existe, pero también todo se destruye con el tiempo.

15.3 Saturno devorando piedras es el emblema de la destrucción, por el tiempo, de los cuerpos más duros, que son sus hijos, puesto que se han formado con el tiempo. ¿Y quién escapa a esa destrucción según esa misma alegoría? Júpiter, el emblema de la inteligencia superior, del principio espiritual que es indestructible.

15.4 Esta imagen es incluso tan natural que, en el lenguaje moderno, sin alusión a la fábula antigua, se dice de una cosa deteriorada con el paso del tiempo que está devorada por el tiempo, corroída, devastada por el tiempo.

16 Toda la mitología pagana no es, en realidad, más que un vasto cuadro alegórico de los diversos aspectos buenos y malos de la humanidad. Para quien busca su espíritu, es un curso completo de la más alta filosofía, como ocurre con nuestras fábulas modernas.

16.2 Lo absurdo era tomar la forma por el fondo; pero los sacerdotes paganos solo enseñaban la forma, ya fuera porque algunos no sabían más, o porque les interesaba mantener al pueblo en unas creencias que, al favorecer su dominio, les resultaban más rentables que la filosofía.

16.3 La veneración del pueblo por la forma era una fuente inagotable de riquezas, por los dones acumulados en los templos, las ofrendas y los sacrificios hechos con la intención de honrar a los dioses, pero en realidad en beneficio de sus representantes.

16.4 Un pueblo menos crédulo habría dado menos a las imágenes, las estatuas, los emblemas y los oráculos: por eso Sócrates fue condenado, por impío, a beber la cicuta por haber querido secar esa fuente poniendo la ver-

dad en lugar del error.

16.5 Entonces todavía no se acostumbraba quemar vivos a los herejes; y, cinco siglos más tarde, Cristo fue condenado a una muerte infamante, por impío, por haber querido, como Sócrates, sustituir la letra por el espíritu, y porque su doctrina, enteramente espiritual, arruinaba la supremacía de los escribas, los fariseos y los doctores de la ley.

17 Lo mismo sucede con el Génesis, donde hay que ver grandes verdades morales bajo figuras materiales que, tomadas al pie de la letra, serían tan absurdas como si en nuestras fábulas se tomaran al pie de la letra las escenas y los diálogos atribuidos a los animales.

Adán es la personificación de la humanidad; su falta individualiza la debilidad del hombre, en quien predominan los instintos materiales a los que no sabe resistirse.

El árbol, como árbol de la vida, es el emblema de la vida espiritual; como árbol del conocimiento, es el de la conciencia que el hombre adquiere del bien y del mal mediante el desarrollo de su inteligencia y el del libre albedrío, en virtud del cual elige entre ambos; señala el punto en que el alma del hombre, dejando de estar guiada únicamente por los instintos, toma posesión de su libertad y asume la responsabilidad de sus actos.

El fruto del árbol es el emblema del objeto de los deseos materiales del hombre; es la alegoría de la codicia; reúne bajo una misma figura los motivos que arrastran al mal; comer de él es sucumbir a la tentación (1). Crece en medio del jardín de delicias para mostrar que la seducción está en el seno mismo de los placeres y recordar al mismo tiempo que, si el hombre da preponderancia a los goces materiales, se apega a la tierra y se aleja de su destino espiritual.

La muerte con la que se le amenaza, si infringe la prohibición que se le ha impuesto, es una advertencia de las consecuencias inevitables, físicas y morales, que acarrea la violación de las leyes divinas que Dios ha grabado en su conciencia. Es muy evidente que aquí no se trata de la muerte corporal, puesto que, después de su falta, Adán vivió todavía mucho tiempo, sino de la muerte espiritual, es decir, de la pérdida de los bienes que resultan del progreso moral, pérdida cuya imagen es su expulsión del jardín de delicias.
La serpiente dista mucho de ser considerada hoy el modelo de la astucia; aquí es, pues, por su forma más que por su carácter, una alusión a la perfidia de los malos consejos que se deslizan como la serpiente y de los cuales a menudo, por esa razón, no se desconfía. Por otra parte, si la serpiente, por haber engañado a la mujer, fue condenada a arrastrarse sobre el vientre, eso querría decir que antes tenía patas y entonces ya no era una serpiente. ¿Por qué, pues, imponer a la fe ingenua y crédula de los niños, como verdades, unas alegorías tan evidentes que, al falsear su juicio, les hacen ver más tarde la Biblia como un tejido de fábulas absurdas?
(1) ... cada cual lo entiende como quiere, siempre que la interpretación no sea contraria a la gramática. La palabra peri se tradujo al latín por malum, que se aplica a la manzana y a toda especie de frutos. Deriva del griego mélon, participio del verbo mélo, interesar, cuidar, atraer.

18 Si la falta de Adán consiste literalmente en haber comido un fruto, no podría, indiscutiblemente, por su naturaleza casi pueril, justificar el rigor con que fue castigada. Tampoco se puede admitir racionalmente que se trate del hecho que generalmente se supone; de lo contrario, Dios, al considerar ese hecho como un crimen imperdonable, habría condenado su propia obra, puesto que había creado al hombre para la procreación. Si Adán

hubiera entendido en ese sentido la prohibición de tocar el fruto del árbol y la hubiera cumplido escrupulosamente, ¿dónde estaría la humanidad y qué habría sido de los designios del Creador? Si así fuera, Dios habría creado el inmenso conjunto del universo para dos individuos, y la humanidad habría surgido contra su voluntad y sus previsiones.

Dios no había creado a Adán y Eva para que permanecieran solos en la tierra; y la prueba está en las mismas palabras que les dirige inmediatamente después de su formación, cuando aún estaban en el paraíso terrenal: «Dios los bendijo y les dijo: Creced y multiplicaos, llenad la tierra y sometedla». (Cap. I, v. 28.) Puesto que la multiplicación del hombre era una ley desde el paraíso terrenal, su expulsión no puede tener como causa el hecho supuesto.

Lo que dio crédito a esta suposición fue el sentimiento de vergüenza que se apoderó de Adán y Eva al ver a Dios y que los llevó a cubrirse. Pero esa misma vergüenza es una figura por comparación: simboliza la confusión que todo culpable siente ante aquel a quien ha ofendido.

19 ¿Cuál es, pues, en definitiva, esa falta tan grande que pudo condenar a la reprobación perpetua a todos los descendientes de quien la cometió? Caín, el fratricida, no fue tratado con tanta severidad. Ningún teólogo ha podido definirla lógicamente, porque todos, sin salir del sentido literal, han girado en un círculo vicioso.

Hoy sabemos que esa falta no es un acto aislado, propio de un individuo, sino que comprende, bajo un único hecho alegórico, el conjunto de las transgresiones de las que puede hacerse culpable la humanidad todavía

imperfecta de la tierra, y que se resumen en estas palabras: infracción de la ley de Dios. Por eso la falta del primer hombre, que simboliza a la humanidad, está simbolizada a su vez por un acto de desobediencia.

20 Al decirle a Adán que obtendrá su alimento de la tierra con el sudor de su frente, Dios simboliza la obligación del trabajo; pero ¿por qué hace del trabajo un castigo? ¿Qué sería de la inteligencia del hombre si no la desarrollara mediante el trabajo? ¿Qué sería de la tierra si el trabajo inteligente del hombre no la hiciera fecunda, la transformara y la saneara?

Se dice (cap. II, v. 5 y 7): «El Señor Dios aún no había hecho llover sobre la tierra, y no había hombre que la labrara. El Señor formó entonces al hombre del barro de la tierra». Estas palabras, relacionadas con estas otras: Llenad la tierra, prueban que el hombre estaba, desde el origen, destinado a ocupar toda la tierra y a cultivarla; y, además, que el paraíso no era un lugar limitado a un rincón del globo. Si el cultivo de la tierra debía ser una consecuencia de la falta de Adán, habría resultado que, si Adán no hubiera pecado, la tierra no habría sido cultivada y los propósitos de Dios no se habrían cumplido.

¿Por qué le dice a la mujer que, por haber cometido la falta, dará a luz con dolor? ¿Cómo puede ser un castigo el dolor del parto, puesto que es una consecuencia del organismo y está demostrado fisiológicamente que es necesario? ¿Cómo puede ser un castigo algo que está conforme a las leyes de la naturaleza? Eso es lo que los teólogos aún no han explicado y lo que no podrán hacer mientras no salgan del punto de vista en que se han situado; y, sin embargo, esas palabras, que parecen tan contradictorias, pueden justificarse.

21 Observemos primero que, si en el momento de la creación de Adán y Eva su alma acababa de ser sacada de la nada, como se enseña, debían ser inexpertos en todo; no debían saber qué era morir. Puesto que estaban solos en la tierra, mientras vivieron en el paraíso terrenal no habían visto morir a nadie; ¿cómo habrían podido comprender entonces en qué consistía la amenaza de muerte que Dios les hacía? ¿Cómo habría podido comprender Eva que dar a luz con dolor sería un castigo, puesto que, recién nacida a la vida, nunca había tenido hijos y era la única mujer del mundo?
Las palabras de Dios no debían tener, por tanto, ningún sentido para Adán y Eva. Apenas sacados de la nada, no debían saber ni por qué ni cómo habían salido de ella; no debían comprender ni al Creador ni la finalidad de la prohibición que les imponía. Sin experiencia alguna de las condiciones de la vida, pecaron como niños que actúan sin discernimiento, lo que hace aún más incomprensible la terrible responsabilidad que Dios hizo pesar sobre ellos y sobre la humanidad entera.

22 Lo que es un callejón sin salida para la teología, el Espiritismo lo explica sin dificultad y de manera racional mediante la anterioridad del alma y la pluralidad de las existencias, ley sin la cual todo es misterio y anomalía en la vida del hombre. En efecto, admitamos que Adán y Eva ya habían vivido, y todo queda justificado: Dios no les habla como a niños, sino como a seres capaces de comprenderlo y que lo comprenden, prueba evidente de que poseen conocimientos adquiridos anteriormente. Admitamos, además, que hubieran vivido en un mundo más avanzado y menos material que el nuestro, donde el trabajo del Espíritu suplía el trabajo del cuerpo; que, por su rebelión contra la ley de Dios, representada por la desobediencia, hubieran sido excluidos de él y desterrados como castigo a la tierra,

donde el hombre, por la naturaleza del globo, está obligado a realizar un trabajo corporal; Dios tenía razón al decirles: En el mundo donde vais a vivir de ahora en adelante, «cultivaréis la tierra y obtendréis de ella vuestro alimento con el sudor de vuestra frente»; y a la mujer: «Daréis a luz con dolor», porque tal es la condición de este mundo. (Cap. XI, n.º 31 y siguientes.)

El paraíso terrenal, cuyas huellas se han buscado inútilmente en la tierra, era, por tanto, la figura del mundo feliz donde había vivido Adán, o más bien la raza de los Espíritus de la que es la personificación. La expulsión del paraíso señala el momento en que esos Espíritus vinieron a encarnarse entre los habitantes de este mundo, y el cambio de situación que fue su consecuencia. El ángel armado con una espada llameante que impide la entrada al paraíso simboliza la imposibilidad de que los Espíritus de los mundos inferiores penetren en los mundos superiores antes de haberlo merecido mediante su purificación. (Véase más adelante, cap. XIV, n.º 9 y siguientes.)

23 Caín (después del asesinato de Abel) respondió al Señor:

Mi iniquidad es demasiado grande para poder obtener su perdón. — Hoy me expulsáis de la faz de la tierra, e iré a ocultarme de vuestra presencia. Seré fugitivo y vagabundo por la tierra; por tanto, cualquiera que me encuentre me matará. — El Señor le respondió: No, eso no sucederá; pues cualquiera que mate a Caín será castigado muy severamente. Y el Señor puso una señal en Caín, para que quienes lo encontraran no lo mataran.

Caín, tras retirarse de la presencia del Señor, fue vagabundo por la tierra y habitó hacia la región oriental del Edén. — Y, habiendo conocido a su mu-

jer, ella concibió y dio a luz a Henoc. Luego construyó una ciudad a la que llamó Henoc (Enochia), por el nombre de su hijo. (Cap. IV, versículos del 13 al 16.)

24 Si nos atenemos al sentido literal del Génesis, estas son las consecuencias a las que llegamos: Adán y Eva estaban solos en el mundo después de su expulsión del paraíso terrenal; solo posteriormente tuvieron por hijos a Caín y Abel. Ahora bien, Caín, tras matar a su hermano y retirarse a otra región, no volvió a ver a su padre y a su madre, que quedaron de nuevo solos; solo mucho tiempo después, a la edad de ciento treinta años, Adán tuvo un tercer hijo, llamado Set. Después del nacimiento de Set, vivió todavía, según la genealogía bíblica, ochocientos años, y tuvo hijos e hijas.

Cuando Caín fue a establecerse al oriente del Edén, solo había, por tanto, tres personas en la tierra: su padre y su madre, y él solo por su lado. Sin embargo, tuvo una mujer y un hijo; ¿quién podía ser esa mujer y dónde había podido encontrarla? Construyó una ciudad; pero una ciudad supone habitantes, pues no cabe presumir que la hiciera para él, su mujer y su hijo, ni que hubiera podido construirla él solo.

Hay que inferir, por tanto, de este mismo relato que la región estaba poblada; ahora bien, no podía estarlo por los descendientes de Adán, que entonces no tenía otro que Caín.

La presencia de otros habitantes se desprende también de estas palabras de Caín: «Seré fugitivo y vagabundo, y cualquiera que me encuentre me matará», y de la respuesta que Dios le dio. ¿Por quién podía temer ser asesinado, y de qué servía la señal que Dios puso en él para protegerlo, si no iba a encontrarse con nadie? Si había, pues, en la tierra otros hombres fuera de

la familia de Adán, es porque estaban allí antes que él; de ahí esta consecuencia, extraída del propio texto del Génesis: Adán no es ni el primer ni el único padre del género humano. (Cap. XI, n.º 34.

25 Eran necesarios los conocimientos que el Espiritismo ha aportado sobre las relaciones entre el principio espiritual y el principio material, sobre la naturaleza del alma, su creación en estado de sencillez e ignorancia, su unión con el cuerpo, su marcha progresiva indefinida a través de existencias sucesivas y de los mundos que son otros tantos peldaños en el camino del perfeccionamiento, su liberación gradual de la influencia de la materia mediante el uso de su libre albedrío, la causa de sus inclinaciones buenas o malas y de sus aptitudes, el fenómeno del nacimiento y de la muerte, el estado del Espíritu en la erraticidad y, por último, el porvenir que es la recompensa de sus esfuerzos por mejorar y de su perseverancia en el bien, para arrojar luz sobre todas las partes del Génesis espiritual.

Gracias a esta luz, el hombre sabe ya de dónde viene, adónde va, por qué está en la tierra y por qué sufre; sabe que su porvenir está en sus manos y que la duración de su cautiverio en este mundo depende de él. El Génesis, liberado de la alegoría estrecha y mezquina, se le presenta grande y digno de la majestad, la bondad y la justicia del Creador. Considerado desde este punto de vista, el Génesis confundirá a la incredulidad y la vencerá.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XIII. CARACTERES DE LOS MILAGROS

✦

1 En su acepción etimológica, la palabra milagro (de mirari, admirar) significa: admirable, cosa extraordinaria, sorprendente. La Academia define esta palabra así: Un acto del poder divino contrario a las leyes conocidas de la naturaleza.

En su acepción usual, esta palabra ha perdido, como tantas otras, su significado primitivo. De general que era, se ha restringido a un orden particular de hechos. En el pensamiento de las masas, un milagro implica la idea de un hecho extranatural; en el sentido litúrgico, es una derogación de las leyes de la naturaleza mediante la cual Dios manifiesta su poder. Tal es, en efecto, su acepción común, convertida en el sentido propio, y solo por comparación y por metáfora se aplica a las circunstancias ordinarias de la vida.

Uno de los caracteres del milagro propiamente dicho es ser inexplicable, precisamente porque se realiza fuera de las leyes naturales; y esta es hasta tal punto la idea que se le atribuye que, si un hecho milagroso llega a encontrar su explicación, se dice que ya no es un milagro, por sorprendente que sea.

Otro carácter del milagro es ser insólito, aislado y excepcional; desde el momento en que un fenómeno se reproduce, ya sea espontáneamente o por un acto de la voluntad, es porque está sometido a una ley y, por lo tanto, sea conocida o no esa ley, no puede ser un milagro.

2 La ciencia hace milagros todos los días a los ojos de los ignorantes. Que un hombre realmente muerto sea devuelto a la vida por una intervención divina es un verdadero milagro, porque es un hecho contrario a las leyes de la naturaleza. Pero si ese hombre solo tiene las apariencias de la muerte, si aún queda en él un resto de vitalidad latente y la ciencia, o una acción magnética, consigue reanimarlo, para las personas instruidas es un fenómeno natural, pero a los ojos del vulgo ignorante el hecho pasará por milagroso. Que en ciertas zonas rurales un físico lance una cometa eléctrica y haga caer un rayo sobre un árbol, y ese nuevo Prometeo será sin duda considerado como alguien dotado de un poder diabólico; pero Josué deteniendo el movimiento del sol, o más bien de la tierra, si se admite el hecho, eso sí es un verdadero milagro, pues no existe ningún magnetizador dotado de un poder lo bastante grande para realizar semejante prodigio.
Los siglos de ignorancia fueron fecundos en milagros, porque todo aquello cuya causa se desconocía pasaba por milagroso. A medida que la ciencia reveló nuevas leyes, el círculo de lo maravilloso se fue reduciendo; pero, como no había explorado todo el campo de la naturaleza, todavía quedaba una parte bastante amplia para lo maravilloso.

3 Lo maravilloso, expulsado por la ciencia del ámbito de la materialidad, se ha atrincherado en el de la espiritualidad, que ha sido su último refugio. El Espiritismo, al demostrar que el elemento espiritual es una de las fuerzas vivas de la naturaleza, fuerza que actúa sin cesar junto con la fuerza material, hace que los fenómenos que de él proceden entren en el círculo de los efectos naturales, porque, como los demás, están sometidos a leyes.

3.2 Si lo maravilloso es expulsado de la espiritualidad, ya no tiene razón de ser, y solo entonces se podrá decir que el tiempo de los milagros ha pasado (1).

4 El Espiritismo viene, pues, a su vez, a hacer lo que cada ciencia hizo al surgir: revelar nuevas leyes y explicar, por lo tanto, los fenómenos que dependen de esas leyes.
Es cierto que estos fenómenos están relacionados con la existencia de los Espíritus y con su intervención en el mundo material; ahora bien, ahí es, se dice, donde está lo sobrenatural. Pero entonces habría que demostrar que los Espíritus y sus manifestaciones son contrarios a las leyes de la naturaleza; que eso no es ni puede ser una de esas leyes.
El Espíritu no es otro que el alma que sobrevive al cuerpo; es el ser principal, puesto que no muere, mientras que el cuerpo no es más que un accesorio que se destruye. Su existencia es, pues, tan natural después de la encarnación como durante ella; está sometida a las leyes que rigen el principio espiritual, así como el cuerpo está sometido a las que rigen el principio material; pero, como estos dos principios tienen una afinidad necesaria, reaccionan sin cesar el uno sobre el otro y de su acción simultánea resultan el movimiento y la armonía del conjunto, se deduce que la espiritualidad y la materialidad son las dos partes de un mismo todo, tan naturales la una como la otra, y que la primera no es una excepción, una anomalía en el orden de las cosas.

5 Durante su encarnación, el Espíritu actúa sobre la materia por medio de su cuerpo fluídico o periespíritu; lo mismo ocurre fuera de la encarnación. Hace, como Espíritu y en la medida de sus capacidades, lo que hacía como

hombre; solo que, como ya no tiene su cuerpo carnal por instrumento, se sirve, cuando es necesario, de los órganos materiales de un encarnado, que se convierte en lo que se llama médium.

5.2 Hace como aquel que, al no poder escribir por sí mismo, recurre a la mano de un secretario; o que, al no conocer una lengua, se sirve de un intérprete. Un secretario y un intérprete son los médiums de un encarnado, así como el médium es el secretario o el intérprete de un Espíritu.

6 Como el medio en el que actúan los Espíritus y los medios de ejecución ya no son los mismos que en el estado de encarnación, los efectos son diferentes. Estos efectos solo parecen sobrenaturales porque se producen con ayuda de agentes distintos de aquellos de los que nos servimos; pero, desde el momento en que esos agentes están en la naturaleza y los hechos de manifestación se realizan en virtud de ciertas leyes, no hay nada sobrenatural ni maravilloso.

6.2 Antes de conocerse las propiedades de la electricidad, los fenómenos eléctricos pasaban por prodigios a los ojos de ciertas personas; en cuanto se conoció la causa, lo maravilloso desapareció.

6.3 Lo mismo ocurre con los fenómenos espíritas, que no se apartan del orden de las leyes naturales más que los fenómenos eléctricos, acústicos, luminosos y otros, que han sido la fuente de multitud de creencias supersticiosas.

7 Sin embargo, se dirá, ustedes admiten que un Espíritu puede levantar una mesa y mantenerla en el espacio sin punto de apoyo; ¿no es eso una derogación de la ley de la gravedad?

7.2 — Sí, de la ley conocida; pero ¿se conocen todas las leyes? Antes de que se hubiera experimentado la fuerza ascensional de ciertos gases, ¿quién habría dicho que una máquina pesada que transporta a varios hombres puede vencer la fuerza de atracción? A los ojos del vulgo, ¿no debía parecer eso maravilloso, diabólico?

7.3 Quien hubiera propuesto hace un siglo transmitir un mensaje a quinientas leguas y recibir la respuesta en unos minutos habría pasado por loco; si lo hubiera hecho, se habría creído que tenía al diablo a sus órdenes, pues entonces solo el diablo era capaz de ir tan deprisa; sin embargo, hoy no solo se reconoce que tal cosa es posible, sino que parece completamente natural. ¿Por qué, pues, un fluido desconocido no habría de tener la propiedad, en determinadas circunstancias, de contrarrestar el efecto de la gravedad, como el hidrógeno contrarresta el peso del globo? Eso es, en efecto, lo que sucede en el caso del que se trata. (Libro de los Médiums, cap. IV.)

8 Los fenómenos espíritas, por estar en la naturaleza, se han producido en todos los tiempos; pero, precisamente porque su estudio no podía hacerse por los medios materiales de que dispone la ciencia común, han permanecido más tiempo que otros en el ámbito de lo sobrenatural, del que el Espiritismo los saca hoy.

Lo sobrenatural, basado en apariencias sin explicación, deja libre curso a la imaginación que, al vagar por lo desconocido, engendra entonces las creencias supersticiosas. Una explicación racional fundada en las leyes de la naturaleza, al devolver al hombre al terreno de la realidad, pone freno a los desvaríos de la imaginación y destruye las supersticiones. Lejos de extender el ámbito de lo sobrenatural, el Espiritismo lo restringe hasta sus últimos límites y le quita su último refugio. Si hace creer en la posibilidad de cier-

tos hechos, impide creer en muchos otros, porque demuestra en el círculo de la espiritualidad, como la ciencia en el círculo de la materialidad, lo que es posible y lo que no lo es. Sin embargo, como no pretende tener la última palabra sobre todas las cosas, ni siquiera sobre las que son de su competencia, no se erige en regulador absoluto de lo posible y deja lugar a los conocimientos que reserva el porvenir.

9 Los fenómenos espíritas consisten en los diferentes modos de manifestación del alma o Espíritu, ya sea durante la encarnación o en el estado de erraticidad. Por sus manifestaciones, el alma revela su existencia, su supervivencia y su individualidad; se la juzga por sus efectos; como la causa es natural, el efecto también lo es.

9.2 Estos efectos son el objeto especial de las investigaciones y del estudio del Espiritismo, con el fin de llegar al conocimiento más completo posible de la naturaleza y de los atributos del alma, así como de las leyes que rigen el principio espiritual.

10 Para quienes niegan la existencia del principio espiritual independiente y, por consiguiente, la del alma individual que sobrevive, toda la naturaleza está en la materia tangible; todos los fenómenos relacionados con la espiritualidad son, a sus ojos, sobrenaturales y, por lo tanto, quiméricos; al no admitir la causa, no pueden admitir el efecto; y, cuando los efectos son patentes, los atribuyen a la imaginación, a la ilusión, a la alucinación, y se niegan a examinarlos a fondo; de ahí que tengan una opinión preconcebida que los incapacita para juzgar sensatamente el Espiritismo, porque parten del principio de negar todo lo que no es material.

11 Del hecho de que el Espiritismo admita los efectos que son consecuencia de la existencia del alma no se deduce que acepte todos los efectos calificados de maravillosos ni que pretenda justificarlos y acreditarlos; que se convierta en defensor de todos los soñadores, de todas las utopías, de todas las excentricidades sistemáticas, de todas las leyendas milagrosas: habría que conocerlo muy poco para pensar así.

11.2 Sus adversarios creen oponerle un argumento sin réplica cuando, después de haber realizado eruditas investigaciones sobre los convulsionarios de Saint-Médard, los camisardos de las Cevenas o las religiosas de Loudun, han llegado a descubrir en ellas hechos patentes de engaño que nadie discute; pero ¿son esas historias el evangelio del Espiritismo? ¿Han negado sus partidarios que el charlatanismo haya explotado ciertos hechos en su provecho; que la imaginación haya creado otros; que el fanatismo haya exagerado muchos?

11.3 No es más responsable de las extravagancias que puedan cometerse en su nombre de lo que lo es la verdadera ciencia de los abusos de la ignorancia, ni la verdadera religión de los excesos del fanatismo.

11.4 Muchos críticos solo juzgan el Espiritismo por los cuentos de hadas y las leyendas populares que constituyen sus ficciones; lo mismo daría juzgar la historia por las novelas históricas o las tragedias.

12 Los fenómenos espíritas son, por lo general, espontáneos y se producen sin ninguna idea preconcebida en las personas que menos piensan en ellos; en ciertas circunstancias, algunos pueden ser provocados por los agentes designados con el nombre de médiums: en el primer caso, el médium no es consciente de lo que se produce por su intermedio; en el segundo, actúa con conocimiento de causa; de ahí la distinción entre médiums conscientes

y médiums inconscientes. Estos últimos son los más numerosos y se encuentran a menudo entre los incrédulos más obstinados, que practican así el espiritismo sin saberlo y sin quererlo. Los fenómenos espontáneos tienen, por eso mismo, una importancia capital, pues no se puede poner en duda la buena fe de quienes los obtienen. Ocurre aquí como con el sonambulismo, que en ciertos individuos es natural e involuntario, y en otros es provocado por la acción magnética (1).

Pero, sean o no estos fenómenos el resultado de un acto de voluntad, la causa primera es exactamente la misma y no se aparta en nada de las leyes naturales. Los médiums no producen, por tanto, absolutamente nada sobrenatural; en consecuencia, no hacen ningún milagro; las propias curaciones instantáneas no son más milagrosas que los demás efectos, pues se deben a la acción de un agente fluídico que cumple la función de agente terapéutico, cuyas propiedades no son menos naturales por haber sido desconocidas hasta hoy. El calificativo de taumaturgos, dado a ciertos médiums por la crítica que ignora los principios del espiritismo, es, por tanto, completamente impropio. La calificación de milagros dada, por comparación, a estas clases de fenómenos solo puede inducir a error sobre su verdadero carácter.

(1) El libro de los médiums, cap. V. — Revista Espírita; ejemplos: diciembre de 1865, página 370; — agosto de 1865, página 231.

13 La intervención de inteligencias ocultas en los fenómenos espíritas no los hace más milagrosos que todos los demás fenómenos debidos a agentes invisibles, porque esos seres ocultos que pueblan los espacios son una de las fuerzas de la naturaleza, fuerza cuya acción es incesante tanto sobre el mundo material como sobre el mundo moral.

El espiritismo, al esclarecernos acerca de esta fuerza, nos da la clave de una multitud de cosas inexplicadas e inexplicables por cualquier otro medio, y que pudieron, en tiempos remotos, pasar por prodigios; revela, al igual que el magnetismo, una ley, si no desconocida, al menos mal comprendida; o, mejor dicho, se conocían los efectos, pues se han producido en todos los tiempos, pero no se conocía la ley, y es la ignorancia de esa ley lo que ha engendrado la superstición. Una vez conocida esta ley, lo maravilloso desaparece y los fenómenos entran en el orden de las cosas naturales. Por eso los espíritas no hacen más milagros al hacer girar una mesa o escribir a los difuntos que el médico al hacer revivir a un moribundo, o el físico al hacer caer el rayo. Quien pretendiera hacer milagros con ayuda de esta ciencia sería alguien que ignora la materia o un embaucador.

14 Puesto que el espiritismo rechaza toda pretensión de realizar cosas milagrosas, ¿hay fuera de él milagros en la acepción usual de la palabra?

Digamos primero que, entre los hechos considerados milagrosos que ocurrieron antes del advenimiento del espiritismo y que siguen ocurriendo en nuestros días, la mayoría, si no todos, encuentran su explicación en las nuevas leyes que ha venido a revelar; esos hechos entran, por tanto, aunque con otro nombre, en el orden de los fenómenos espíritas, y como tales no tienen nada de sobrenatural. Quede bien entendido que aquí solo se trata de hechos auténticos, y no de aquellos que, bajo el nombre de milagros, son producto de una indigna superchería destinada a explotar la credulidad; tampoco de ciertos hechos legendarios que pudieron tener, en su origen, un fondo de verdad, pero que la superstición ha amplificado hasta el absurdo. Sobre estos hechos viene el espiritismo a arrojar luz, al dar los medios para distinguir el error de la verdad.

15 En cuanto a los milagros propiamente dichos, como nada es imposible para Dios, sin duda puede hacerlos; ¿los ha hecho? En otras palabras: ¿se aparta de las leyes que ha establecido? No corresponde al hombre prejuzgar los actos de la Divinidad y subordinarlos a la debilidad de su entendimiento; sin embargo, tenemos como criterio de nuestro juicio, respecto de las cosas divinas, los propios atributos de Dios. Al poder supremo une la sabiduría suprema, de donde hay que concluir que no hace nada inútil.

¿Por qué, entonces, haría milagros? Para dar testimonio de su poder, se dice; pero ¿no se manifiesta el poder de Dios de una manera mucho más impresionante por el conjunto grandioso de las obras de la creación, por la sabiduría previsora que preside sus partes más ínfimas como las más grandes, y por la armonía de las leyes que rigen el universo, que por unas pequeñas y pueriles excepciones que todos los prestidigitadores saben imitar? ¿Qué se diría de un sabio mecánico que, para probar su habilidad, desajustara el reloj que ha construido, obra maestra de la ciencia, a fin de mostrar que puede deshacer lo que ha hecho? ¿No se manifiesta su saber, por el contrario, en la regularidad y la precisión del movimiento?

La cuestión de los milagros propiamente dichos no es, por tanto, competencia del espiritismo; pero, apoyándose en este razonamiento: que Dios no hace nada inútil, expresa la opinión de que, como los milagros no son necesarios para la glorificación de Dios, nada en el universo se aparta de las leyes generales. Si hay hechos que no comprendemos, es porque todavía nos faltan los conocimientos necesarios.

16 Admitiendo que Dios haya podido, por razones que no podemos apreciar, apartarse ocasionalmente de las leyes que ha establecido, esas leyes ya no son inmutables; pero al menos es racional pensar que solo él tiene ese

poder; no se podría admitir, sin negarle la omnipotencia, que al Espíritu del mal le sea dado deshacer la obra de Dios, haciendo por su parte prodigios capaces de seducir incluso a los elegidos, lo que implicaría la idea de un poder igual al suyo; y, sin embargo, eso es lo que se enseña. Si Satanás tiene el poder de interrumpir el curso de las leyes naturales, que son la obra divina, sin el permiso de Dios, es más poderoso que Dios: por tanto, Dios no tiene la omnipotencia; si Dios le delega ese poder, como se pretende, para inducir más fácilmente a los hombres al mal, Dios no tiene la bondad suprema. En uno y otro caso, se niega uno de los atributos sin los cuales Dios no sería Dios.

Por eso la Iglesia distingue los buenos milagros, que vienen de Dios, de los malos milagros, que vienen de Satanás; pero ¿cómo diferenciarlos? Sea oficial o no un milagro, no deja de ser una excepción a las leyes que emanan solo de Dios; si un individuo se cura de manera supuestamente milagrosa, ya sea por obra de Dios o de Satanás, no por ello deja de estar curado. Hay que tener una idea muy pobre de la inteligencia humana para esperar que semejantes doctrinas puedan ser aceptadas en nuestros días.

Una vez reconocida la posibilidad de ciertos hechos considerados milagrosos, hay que concluir que, cualquiera que sea la fuente que se les atribuya, son efectos naturales de los que los Espíritus o los encarnados pueden servirse, como de todo, como de su propia inteligencia y de sus conocimientos científicos, para el bien o para el mal, según su bondad o su perversidad. Un ser perverso, aprovechando su saber, puede, por tanto, hacer cosas que pasan por prodigios a los ojos de los ignorantes; pero cuando esos efectos tienen como resultado algún bien, sería ilógico atribuirles un origen diabólico.

17 Pero, se dice, la religión se apoya en hechos que no están explicados ni son explicables. Inexplicados, tal vez; inexplicables, esa es otra cuestión. ¿Conocemos los descubrimientos y los conocimientos que nos reserva el futuro?

17.2 Sin hablar del milagro de la Creación, el mayor de todos sin duda alguna, y que hoy ha entrado en el ámbito de la ley universal, ¿no vemos ya, bajo la influencia del magnetismo, del sonambulismo y del espiritismo, reproducirse los éxtasis, las visiones, las apariciones, la visión a distancia, las curaciones instantáneas, las suspensiones, las comunicaciones orales y de otras clases con los seres del mundo invisible, fenómenos conocidos desde tiempo inmemorial, considerados antaño maravillosos, y de los que hoy se ha demostrado que pertenecen al orden de las cosas naturales, según la ley constitutiva de los seres?

17.3 Los libros sagrados están llenos de hechos de este género calificados de sobrenaturales; pero, como se encuentran otros análogos y aún más maravillosos en todas las religiones paganas de la antigüedad, si la verdad de una religión dependiera del número y de la naturaleza de esos hechos, no se sabe muy bien cuál prevalecería.

18 Pretender que lo sobrenatural es el fundamento necesario de toda religión, que es la clave de bóveda del edificio cristiano, es sostener una tesis peligrosa; si se hacen descansar las verdades del cristianismo sobre la única base de lo maravilloso, se le da un apoyo frágil cuyas piedras se desprenden cada día. Esta tesis, de la que eminentes teólogos se han hecho defensores, conduce directamente a la conclusión de que, en un momento dado, ya no habrá religión posible, ni siquiera la religión cristiana, si se demuestra que lo que se considera sobrenatural es natural; pues, por más argumentos que

se acumulen, no se conseguirá mantener la creencia de que un hecho es milagroso cuando se prueba que no lo es: ahora bien, la prueba de que un hecho no es una excepción a las leyes naturales se da cuando puede explicarse por esas mismas leyes y cuando, al poder reproducirse por mediación de cualquier individuo, deja de ser el privilegio de los santos. Lo que las religiones necesitan no es lo sobrenatural, sino el principio espiritual, que se confunde erróneamente con lo maravilloso y sin el cual no hay religión posible.

El espiritismo considera la religión cristiana desde un punto de vista más elevado; le da una base más sólida que los milagros: las leyes inmutables de Dios, que rigen tanto el principio espiritual como el principio material; esta base desafía al tiempo y a la ciencia, pues el tiempo y la ciencia vendrán a confirmarla.

Dios no es menos digno de nuestra admiración, de nuestra gratitud, de nuestro respeto, por no haberse apartado de sus leyes, grandes sobre todo por su inmutabilidad. No hace falta lo sobrenatural para rendir a Dios el culto que le es debido; ¿no es la naturaleza lo bastante imponente por sí misma como para que todavía haya que añadirle algo para probar el poder supremo? La religión encontrará tantos menos incrédulos cuanto más confirmada esté por la razón en todos sus aspectos. El cristianismo no tiene nada que perder con esta confirmación; por el contrario, solo puede ganar con ella. Si algo ha podido perjudicarlo en la opinión de ciertas personas, es precisamente el abuso de lo maravilloso y de lo sobrenatural.

19 Si se toma la palabra milagro en su acepción etimológica, en el sentido de cosa admirable, tenemos sin cesar milagros ante los ojos; los aspiramos en el aire y los pisamos bajo nuestros pies, pues todo es milagro en la natu-

raleza.

¿Se quiere dar al pueblo, a los ignorantes, a los pobres de espíritu una idea del poder de Dios? Hay que mostrárselo en la sabiduría infinita que lo rige todo, en el admirable organismo de todo lo que vive, en la fructificación de las plantas, en la adaptación de todas las partes de cada ser a sus necesidades, según el medio en que está llamado a vivir; hay que mostrarles la acción de Dios en la brizna de hierba, en la flor que se abre, en el sol que todo lo vivifica; hay que mostrarles su bondad en su solicitud por todas las criaturas, por ínfimas que sean, su previsión en la razón de ser de cada cosa, ninguna de las cuales es inútil, en el bien que siempre surge de un mal aparente y momentáneo. Hacedles comprender, sobre todo, que el mal real es obra del hombre y no de Dios; no intentéis espantarlos con la imagen de las llamas eternas, en las que acaban por dejar de creer y que les hacen dudar de la bondad de Dios; animadlos, en cambio, con la certeza de poder redimirse algún día y reparar el mal que hayan podido hacer; mostradles los descubrimientos de la ciencia como la revelación de las leyes divinas y no como la obra de Satanás; enseñadles, por último, a leer en el libro de la naturaleza, siempre abierto ante ellos; en ese libro inagotable donde la sabiduría y la bondad del Creador están inscritas en cada página: entonces comprenderán que un Ser tan grande, que se ocupa de todo, vela por todo y lo prevé todo, debe ser soberanamente poderoso. El labrador lo verá al trazar su surco, y el desdichado lo bendecirá en sus aflicciones, pues se dirá: Si soy desdichado, es por mi culpa. Entonces los hombres serán verdaderamente religiosos, sobre todo racionalmente religiosos, mucho más que empeñándose en hacerles creer en piedras que sudan sangre o en estatuas que parpadean y derraman lágrimas.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XIV. LOS FLUIDOS

✦

1 La ciencia ha dado la clave de los milagros que dependen más particularmente del elemento material, ya sea explicándolos o demostrando su imposibilidad mediante las leyes que rigen la materia; pero los fenómenos en los que el elemento espiritual tiene una participación preponderante, al no poder explicarse únicamente por las leyes de la materia, escapan a las investigaciones de la ciencia: por eso presentan, más que los otros, los caracteres aparentes de lo maravilloso. Es, pues, en las leyes que rigen la vida espiritual donde puede encontrarse la clave de los milagros de esta categoría.

2 El fluido cósmico universal es, como se ha demostrado, la materia elemental primitiva, cuyas modificaciones y transformaciones constituyen la innumerable variedad de los cuerpos de la naturaleza. Como principio elemental universal, presenta dos estados distintos: el de eterización o imponderabilidad, que puede considerarse el estado normal primitivo, y el de materialización o ponderabilidad, que en cierto modo solo es posterior. El punto intermedio es el de la transformación del fluido en materia tangible; pero, aun allí, no hay una transición brusca, pues nuestros fluidos imponderables pueden considerarse un término medio entre los dos estados. (Cap. IV, n.os 10 y siguientes.)

Cada uno de estos dos estados da lugar necesariamente a fenómenos especiales: al segundo pertenecen los del mundo visible, y al primero los del mundo invisible. Unos, llamados fenómenos materiales, corresponden al ámbito de la ciencia propiamente dicha; los otros, calificados de fenómenos espirituales o psíquicos, porque se relacionan más especialmente con la

existencia de los Espíritus, corresponden al Espiritismo; pero, como la vida espiritual y la vida corporal están en contacto incesante, los fenómenos de estos dos órdenes se presentan a menudo simultáneamente. El ser humano, en estado de encarnación, solo puede percibir los fenómenos psíquicos que se relacionan con la vida corporal; los que pertenecen al ámbito exclusivo de la vida espiritual escapan a los sentidos materiales y solo pueden percibirse en estado de Espíritu (1).

3 En estado de eterización, el fluido cósmico no es uniforme; sin dejar de ser etéreo, experimenta modificaciones tan variadas en su género, y quizá más numerosas, que en el estado de materia tangible. Estas modificaciones constituyen fluidos distintos que, aunque proceden del mismo principio, están dotados de propiedades especiales y dan lugar a los fenómenos particulares del mundo invisible.

Como todo es relativo, estos fluidos tienen para los Espíritus, que son ellos mismos fluídicos, una apariencia tan material como la de los objetos tangibles para los encarnados, y son para ellos lo que para nosotros son las sustancias del mundo terrestre; los elaboran y los combinan para producir efectos determinados, como hacen los seres humanos con sus materiales, aunque mediante procedimientos diferentes.

Pero allí, como aquí, solo a los Espíritus más instruidos les es dado comprender el papel de los elementos constitutivos de su mundo. Los ignorantes del mundo invisible son tan incapaces de explicarse los fenómenos de los que son testigos, y a los que a menudo contribuyen de manera mecánica, como lo son los ignorantes de la tierra de explicar los efectos de la luz o de la electricidad, de decir cómo ven y oyen.

4 Los elementos fluídicos del mundo espiritual escapan a nuestros instrumentos de análisis y a la percepción de nuestros sentidos, hechos para la materia tangible y no para la materia etérea. Algunos pertenecen a un medio tan diferente del nuestro que solo podemos juzgarlos mediante comparaciones tan imperfectas como aquellas con las que un ciego de nacimiento intenta hacerse una idea de la teoría de los colores.

Pero, entre estos fluidos, algunos están íntimamente ligados a la vida corporal y pertenecen en cierto modo al medio terrestre. A falta de percepción directa, pueden observarse sus efectos y adquirirse conocimientos de cierta precisión sobre su naturaleza. Este estudio es esencial, pues es la clave de una multitud de fenómenos inexplicables por las solas leyes de la materia.

5 El punto de partida del fluido universal es el grado de pureza absoluta, del que nada puede darnos una idea; el punto opuesto es su transformación en materia tangible. Entre estos dos extremos existen innumerables transformaciones, que se acercan más o menos al uno y al otro. Los fluidos más próximos a la materialidad, y por consiguiente los menos puros, componen lo que puede llamarse la atmósfera espiritual terrestre. En este medio, donde también se encuentran diferentes grados de pureza, los Espíritus encarnados y desencarnados de la tierra toman los elementos necesarios para el funcionamiento de su existencia. Estos fluidos, por sutiles e impalpables que sean para nosotros, tienen, sin embargo, una naturaleza densa en comparación con los fluidos etéreos de las regiones superiores.

Lo mismo ocurre en la superficie de todos los mundos, salvo las diferencias de constitución y las condiciones de vida propias de cada uno. Cuanto menos material es allí la vida, menos afinidad tienen los fluidos espirituales con la materia propiamente dicha.

La denominación de fluidos espirituales no es rigurosamente exacta, puesto que, en definitiva, se trata siempre de materia más o menos quintaesenciada. Solo el alma o principio inteligente es realmente espiritual. Se los designa así por comparación y, sobre todo, por su afinidad con los Espíritus. Puede decirse que son la materia del mundo espiritual: por eso se los llama fluidos espirituales.

6 ¿Quién conoce, por otra parte, la constitución íntima de la materia tangible? Quizá solo sea compacta con respecto a nuestros sentidos, y lo que lo demostraría es la facilidad con que la atraviesan los fluidos espirituales y los Espíritus, a los que no opone más obstáculos que los cuerpos transparentes a la luz.

La materia tangible, al tener como elemento primitivo el fluido cósmico etéreo, debe poder volver, al disgregarse, al estado de eterización, como el diamante, el más duro de los cuerpos, puede volatilizarse en un gas impalpable. La solidificación de la materia no es en realidad más que un estado transitorio del fluido universal, que puede volver a su estado primitivo cuando dejan de existir las condiciones de cohesión.

¿Quién sabe incluso si, en estado tangible, la materia no puede adquirir una especie de eterización que le daría propiedades particulares? Ciertos fenómenos que parecen auténticos tenderían a hacerlo suponer. Todavía solo contamos con los primeros indicios del mundo invisible, y el porvenir nos reserva sin duda el conocimiento de nuevas leyes que nos permitirán comprender lo que aún es para nosotros un misterio.

7 El periespíritu, o cuerpo fluídico de los Espíritus, es uno de los productos más importantes del fluido cósmico; es una condensación de este fluido alrededor de un foco de inteligencia o alma.

7.2 Hemos visto que el cuerpo carnal también tiene su principio en ese mismo fluido transformado y condensado en materia tangible; en el periespíritu, la transformación molecular se realiza de manera diferente, pues el fluido conserva su imponderabilidad y sus cualidades etéreas.

7.3 El cuerpo periespiritual y el cuerpo carnal tienen, pues, su origen en el mismo elemento primitivo; ambos son materia, aunque en dos estados diferentes.

8 Los Espíritus toman su periespíritu del medio en el que se encuentran, es decir, esta envoltura está formada por los fluidos del ambiente; de ello resulta que los elementos constitutivos del periespíritu deben variar según los mundos.

8.2 Dado que Júpiter se presenta como un mundo muy avanzado en comparación con la Tierra, donde la vida corporal no tiene la materialidad de la nuestra, las envolturas periespirituales deben ser allí de una naturaleza infinitamente más quintaesenciada que en la tierra.

8.3 Ahora bien, del mismo modo que no podríamos existir en ese mundo con nuestro cuerpo carnal, nuestros Espíritus no podrían penetrar en él con su periespíritu terrestre. Al dejar la tierra, el Espíritu deja en ella su envoltura fluídica y se reviste de otra apropiada para el mundo al que debe ir.

9 La naturaleza de la envoltura fluídica siempre está en relación con el grado de adelanto moral del Espíritu. Los Espíritus inferiores no pueden cambiarla a su antojo y, por consiguiente, no pueden trasladarse a voluntad de un mundo a otro. Hay algunos cuya envoltura fluídica, aunque etérea e imponderable con respecto a la materia tangible, es todavía demasiado pesada, si puede expresarse así, con respecto al mundo espiritual, para permi-

tirles salir de su medio. Hay que incluir en esta categoría a aquellos cuyo periespíritu es lo bastante denso como para que lo confundan con su cuerpo carnal y que, por esta razón, creen que siguen vivos. Estos Espíritus, cuyo número es grande, permanecen en la superficie de la tierra como los encarnados, creyendo que siguen dedicándose a sus ocupaciones; otros, un poco más desmaterializados, no lo están, sin embargo, lo suficiente como para elevarse por encima de las regiones terrestres (1).

Los Espíritus superiores, por el contrario, pueden venir a los mundos inferiores e incluso encarnarse en ellos. Toman, de los elementos constitutivos del mundo en el que entran, los materiales de la envoltura fluídica o carnal apropiada para el medio en el que se encuentran. Hacen como el gran señor que deja sus ropas doradas para vestirse momentáneamente de sayal, sin dejar por ello de ser un gran señor.

Así es como Espíritus del orden más elevado pueden manifestarse a los habitantes de la tierra o encarnarse en misión entre ellos. Estos Espíritus traen consigo, no la envoltura, sino el recuerdo por intuición de las regiones de donde vienen y que ven con el pensamiento. Son videntes entre ciegos.

10 La capa de fluidos espirituales que rodean la tierra puede compararse con las capas inferiores de la atmósfera, más pesadas, más compactas y menos puras que las capas superiores. Estos fluidos no son homogéneos; son una mezcla de moléculas de diversas cualidades, entre las que se encuentran necesariamente las moléculas elementales que forman su base, pero más o menos alteradas. Los efectos producidos por estos fluidos estarán en proporción a la suma de las partes puras que contienen. Así ocurre, por comparación, con el alcohol rectificado o mezclado, en diferentes proporciones, con agua u otras sustancias: su peso específico aumenta con esta

mezcla, al mismo tiempo que su fuerza y su inflamabilidad disminuyen, aunque en el conjunto haya alcohol puro.

Los Espíritus llamados a vivir en este medio toman de él su periespíritu; pero, según esté el propio Espíritu más o menos depurado, su periespíritu se forma con las partes más puras o más densas de ese medio. El Espíritu produce en él, siempre por comparación y no por asimilación, el efecto de un reactivo químico que atrae hacia sí las moléculas asimilables a su naturaleza.

De ello resulta este hecho fundamental: la constitución íntima del periespíritu no es idéntica en todos los Espíritus encarnados o desencarnados que pueblan la tierra o el espacio circundante. No ocurre lo mismo con el cuerpo carnal, que, como se ha demostrado, está formado por los mismos elementos, sean cuales sean la superioridad o la inferioridad del Espíritu. Por eso, en todos, los efectos producidos por el cuerpo son los mismos y las necesidades semejantes, mientras que difieren en todo lo inherente al periespíritu.

De ello resulta también que la envoltura periespiritual del mismo Espíritu se modifica con su progreso moral en cada encarnación, aunque se encarne en el mismo medio; que los Espíritus superiores, al encarnarse excepcionalmente en misión en un mundo inferior, tienen un periespíritu menos denso que el de los nativos de ese mundo.

11 El medio siempre está en relación con la naturaleza de los seres que deben vivir en él; los peces están en el agua; los seres terrestres están en el aire; los seres espirituales están en el fluido espiritual o etéreo, incluso en la tierra. El fluido etéreo es para las necesidades del Espíritu lo que la atmósfera es para las necesidades de los encarnados.

11.2 Ahora bien, así como los peces no pueden vivir en el aire y los animales terrestres no pueden vivir en una atmósfera demasiado enrarecida para sus pulmones, los Espíritus inferiores no pueden soportar el resplandor y la impresión de los fluidos más etéreos.

11.3 No morirían en ellos, porque el Espíritu no muere, pero una fuerza instintiva los mantiene alejados, como uno se aleja de un fuego demasiado ardiente o de una luz demasiado deslumbrante.

11.4 Por eso no pueden salir del medio apropiado a su naturaleza; para cambiar de medio, primero deben cambiar su naturaleza; deben despojarse de los instintos materiales que los retienen en los medios materiales; en una palabra, deben purificarse y transformarse moralmente; entonces, gradualmente, se identifican con un medio más purificado, que se convierte para ellos en una necesidad, una exigencia, del mismo modo que los ojos de quien ha vivido mucho tiempo en las tinieblas se acostumbran insensiblemente a la luz del día y al resplandor del sol.

12 Así, todo se relaciona, todo se encadena en el universo; todo está sometido a la gran y armoniosa ley de unidad, desde la materialidad más compacta hasta la espiritualidad más pura. La tierra es como un recipiente del que sale un humo espeso que se aclara a medida que se eleva, y cuyas partículas enrarecidas se pierden en el espacio infinito.

¡El poder divino resplandece en todas las partes de este conjunto grandioso, y se quisiera que, para dar mejor testimonio de su poder, Dios, no contento con lo que ha hecho, viniera a perturbar esta armonía! ¡Que se rebajara al papel de mago mediante efectos pueriles dignos de un prestidigitador! ¡Y, por añadidura, se osa darle como rival en habilidad al propio Satanás! En verdad, jamás se rebaja tanto la majestad divina, ¡y luego se sor-

prenden del avance de la incredulidad!

Tenéis razón al decir: «¡La fe se va!», pero lo que se va es la fe en todo lo que choca con el buen sentido y la razón; la fe semejante a la que hizo decir antaño: «¡Los dioses se van!». Pero la fe en las cosas serias, la fe en Dios y en la inmortalidad sigue viva en el corazón del hombre, y si ha sido ahogada bajo las historias pueriles con las que se la ha sobrecargado, se levanta más fuerte en cuanto queda libre de ellas, ¡como la planta oprimida se endereza en cuanto vuelve a ver el sol!

¡Sí, todo es milagro en la naturaleza, porque todo es admirable y da testimonio de la sabiduría divina! Estos milagros son para todo el mundo, para todos los que tienen ojos para ver y oídos para oír, y no para provecho de unos pocos. ¡No! No hay milagros en el sentido que se atribuye a esta palabra, porque todo deriva de las leyes eternas de la creación.

13 Los fluidos espirituales, que constituyen uno de los estados del fluido cósmico universal, son, pues, la atmósfera de los seres espirituales; son el elemento del que extraen los materiales sobre los que actúan; el medio donde se producen los fenómenos especiales, perceptibles para la vista y el oído del Espíritu, y que escapan a los sentidos carnales, impresionados únicamente por la materia tangible; son, en fin, el vehículo del pensamiento, como el aire es el vehículo del sonido.

14 Los Espíritus actúan sobre los fluidos espirituales, no manipulándolos como los hombres manipulan los gases, sino mediante el pensamiento y la voluntad. El pensamiento y la voluntad son para los Espíritus lo que la mano es para el hombre. Mediante el pensamiento, imprimen a estos fluidos tal o cual dirección; los aglomeran, los combinan o los dispersan; forman con ellos conjuntos que tienen una apariencia, una forma y un color

determinados; cambian sus propiedades como un químico cambia las de los gases u otros cuerpos al combinarlos según ciertas leyes. Es el gran taller o laboratorio de la vida espiritual.

A veces, estas transformaciones son el resultado de una intención; a menudo, son el producto de un pensamiento inconsciente; basta con que el Espíritu piense en una cosa para que esa cosa se produzca.

Así es como, por ejemplo, un Espíritu se presenta a la vista de un encarnado dotado de visión espiritual con la apariencia que tenía en vida en la época en que se lo conoció, aunque haya tenido varias encarnaciones desde entonces. Se presenta con la vestimenta, los signos exteriores, las dolencias, las cicatrices, los miembros amputados, etc., que tenía entonces; un decapitado se presentará sin cabeza. Esto no quiere decir que haya conservado esas apariencias; ciertamente no, pues, como Espíritu, no es cojo, ni manco, ni tuerto, ni decapitado; pero, al volver su pensamiento a la época en que era así, su periespíritu adopta instantáneamente esas apariencias, que abandona también instantáneamente. Por tanto, si una vez fue negro y otra vez blanco, se presentará como negro o como blanco, según aquella de estas dos encarnaciones bajo la cual se lo evoque y a la que se remonte su pensamiento.

Por un efecto análogo, el pensamiento del Espíritu crea fluídicamente los objetos que acostumbraba usar; un avaro manejará oro, un militar tendrá sus armas y su uniforme, un fumador su pipa, un labrador su arado y sus bueyes, una anciana su rueca. Estos objetos fluídicos son tan reales para el Espíritu como lo eran en estado material para el hombre vivo; pero, por la misma razón de que son creados por el pensamiento, su existencia es tan fugaz como el pensamiento (1).

15 La acción de los Espíritus sobre los fluidos espirituales tiene consecuencias de una importancia directa y capital para los encarnados. Desde el momento en que estos fluidos son el vehículo del pensamiento y en que el pensamiento puede modificar sus propiedades, es evidente que deben estar impregnados de las cualidades buenas o malas de los pensamientos que los ponen en vibración, modificados por la pureza o la impureza de los sentimientos. Los malos pensamientos corrompen los fluidos espirituales, como los miasmas nocivos corrompen el aire respirable. Los fluidos que rodean a los malos Espíritus o que estos proyectan están, pues, viciados, mientras que los que reciben la influencia de los buenos Espíritus son tan puros como lo permite el grado de perfección moral de estos.
Sería imposible hacer una enumeración o una clasificación de los buenos y los malos fluidos, ni especificar sus respectivas cualidades, ya que su diversidad es tan grande como la de los pensamientos.

16 Si los fluidos del ambiente son modificados por la proyección de los pensamientos del Espíritu, su envoltura periespiritual, que es parte constituyente de su ser y recibe directamente y de manera permanente la impresión de sus pensamientos, debe llevar aún más la huella de sus cualidades buenas o malas. Los fluidos viciados por los efluvios de los malos Espíritus pueden purificarse al alejarse estos, pero su periespíritu seguirá siendo lo que es mientras el Espíritu no se modifique a sí mismo.

17 Como los hombres son Espíritus encarnados, poseen en parte las atribuciones de la vida espiritual, pues viven de esa vida tanto como de la vida corporal, ante todo durante el sueño, y con frecuencia en estado de vigilia. El Espíritu, al encarnarse, conserva su periespíritu con las cualidades que le son propias, y que, como se sabe, no está circunscrito por el cuerpo, sino

que irradia a su alrededor y lo envuelve como una atmósfera fluídica.
Por su unión íntima con el cuerpo, el periespíritu desempeña un papel preponderante en el organismo; por su expansión, pone al Espíritu encarnado en relación más directa con los Espíritus libres.
El pensamiento del Espíritu encarnado actúa sobre los fluidos espirituales como el de los Espíritus desencarnados; se transmite de Espíritu a Espíritu por la misma vía y, según sea bueno o malo, sanea o vicia los fluidos circundantes.

18 Como el periespíritu de los encarnados tiene una naturaleza idéntica a la de los fluidos espirituales, los asimila con facilidad, como una esponja se impregna de líquido. Estos fluidos ejercen sobre el periespíritu una acción tanto más directa cuanto que, por su expansión y su irradiación, se confunde con ellos.
Al actuar estos fluidos sobre el periespíritu, este, a su vez, actúa sobre el organismo material con el que está en contacto molecular. Si los efluvios son de buena naturaleza, el cuerpo experimenta una impresión saludable; si son malos, la impresión es penosa; si los malos son permanentes y enérgicos, pueden provocar trastornos físicos: ciertas enfermedades no tienen otra causa.
Los medios donde abundan los malos Espíritus están, pues, impregnados de malos fluidos que se absorben por todos los poros periespirituales, como se absorben por los poros del cuerpo los miasmas pestilentes.

19 Lo mismo ocurre en las reuniones de encarnados. Una asamblea es un foco desde el que irradian pensamientos diversos. Como el pensamiento actúa sobre los fluidos del mismo modo que el sonido actúa sobre el aire, estos fluidos nos traen los pensamientos como el aire nos trae el sonido. Se

puede, pues, decir con toda verdad que hay en estos fluidos ondas y rayos de pensamientos que se cruzan sin confundirse, como hay en el aire ondas y rayos sonoros.

Una asamblea es, como una orquesta, un coro de pensamientos en el que cada uno produce su nota. De ello resulta una multitud de corrientes y efluvios fluídicos cuya impresión recibe cada uno por el sentido espiritual, como en un coro musical cada uno recibe la impresión de los sonidos por el sentido del oído.

Pero, así como hay rayos sonoros armónicos o discordantes, también hay pensamientos armónicos o discordantes. Si el conjunto es armónico, la impresión es agradable; si es discordante, la impresión es penosa. Ahora bien, para ello no es necesario que el pensamiento se formule con palabras; la irradiación fluídica existe igualmente, se exprese o no; pero si se mezclan en ella algunos malos pensamientos, producen el efecto de una corriente de aire helado en un medio templado.

Tal es la causa del sentimiento de satisfacción que se experimenta en una reunión afín, animada por pensamientos buenos y benévolos; reina en ella una especie de atmósfera moral saludable, en la que se respira a gusto; se sale reconfortado, porque uno se ha impregnado allí de efluvios fluídicos saludables. Así se explican también la ansiedad y el malestar indefinible que se sienten en un medio hostil, donde los pensamientos malévolos provocan una especie de corrientes de aire nauseabundo.

20 El pensamiento produce, pues, una especie de efecto físico que repercute en lo moral; esto es lo que solo el Espiritismo podía hacer comprender. El hombre lo siente instintivamente, puesto que busca las reuniones homogéneas y afines donde sabe que puede obtener nuevas fuerzas morales;

podría decirse que en ellas repone las pérdidas fluídicas que sufre cada día por la irradiación del pensamiento, como repone mediante los alimentos las pérdidas del cuerpo material. En efecto, el pensamiento es una emisión que ocasiona una pérdida real en los fluidos espirituales y, por consiguiente, en los fluidos materiales, de tal manera que el hombre necesita reconfortarse con los efluvios que recibe del exterior.

Cuando se dice que un médico cura a su enfermo con buenas palabras, se expresa una verdad absoluta, pues el pensamiento benévolo trae consigo fluidos reparadores que actúan tanto sobre lo físico como sobre lo moral.

21 Sin duda es posible, se dirá, evitar a los hombres que sabemos malintencionados, pero ¿cómo sustraerse a la influencia de los malos Espíritus que pululan a nuestro alrededor y se deslizan por todas partes sin ser vistos?

El medio es muy sencillo, pues depende de la voluntad del hombre mismo, que lleva en sí la protección necesaria. Los fluidos se unen en razón de la semejanza de su naturaleza; los fluidos diferentes se repelen; hay incompatibilidad entre los buenos y los malos fluidos, como entre el aceite y el agua.

¿Qué se hace cuando el aire está viciado? Se sanea, se purifica, destruyendo el foco de los miasmas y expulsando los efluvios malsanos mediante corrientes más fuertes de aire saludable. A la invasión de los malos fluidos hay que oponer, pues, los buenos fluidos; y, como cada uno tiene en su propio periespíritu una fuente fluídica permanente, lleva el remedio en sí mismo; solo se trata de purificar esa fuente y darle cualidades tales que sean para las malas influencias una fuerza que las rechace, en lugar de ser una fuerza de atracción. El periespíritu es, pues, una coraza a la que hay que dar el mejor temple posible; ahora bien, como las cualidades del periespíritu están en razón de las cualidades del alma, hay que trabajar en la pro-

pia mejora, pues son las imperfecciones del alma las que atraen a los malos Espíritus.

Las moscas van adonde las atraen los focos de corrupción; destruid esos focos y las moscas desaparecerán. Del mismo modo, los malos Espíritus van adonde los atrae el mal; destruid el mal y se alejarán. Los Espíritus realmente buenos, encarnados o desencarnados, no tienen nada que temer de la influencia de los malos Espíritus.

22 EXPLICACIÓN DE ALGUNOS HECHOS CONSIDERADOS SOBRENATURALES

El periespíritu es el lazo de unión entre la vida corporal y la vida espiritual: por él, el Espíritu encarnado está en continua relación con los Espíritus; por él, en fin, se producen en el hombre fenómenos especiales que no tienen su causa primera en la materia tangible y que, por esa razón, parecen sobrenaturales.

En las propiedades y la irradiación del fluido periespiritual hay que buscar la causa de la doble vista, o vista espiritual, que también puede llamarse vista psíquica, de la que muchas personas están dotadas, a menudo sin saberlo, así como de la vista sonambúlica.

El periespíritu es el órgano sensitivo del Espíritu; por su mediación, el Espíritu encarnado percibe las cosas espirituales que escapan a los sentidos carnales. Por los órganos del cuerpo, la vista, el oído y las diversas sensaciones están localizados y limitados a la percepción de las cosas materiales; por el sentido espiritual, se generalizan; el Espíritu ve, oye y siente con todo su ser lo que está en la esfera de irradiación de su fluido periespiritual.

Estos fenómenos son, en el hombre, la manifestación de la vida espiritual; es el alma la que actúa fuera del organismo. En la doble vista, o percepción

por el sentido espiritual, no ve por los ojos del cuerpo, aunque a menudo, por costumbre, los dirija hacia el punto al que presta atención; ve por los ojos del alma, y la prueba es que ve igualmente bien con los ojos cerrados y más allá del alcance del rayo visual (1).

23 Aunque durante la vida el Espíritu esté sujeto al cuerpo por el periespíritu, no es tan esclavo que no pueda alargar su cadena y trasladarse lejos, ya sea sobre la tierra o a algún punto del espacio. El Espíritu solo está unido a su cuerpo a su pesar, porque su vida normal es la libertad, mientras que la vida corporal es la del siervo atado a la gleba.

El Espíritu es, pues, feliz al dejar su cuerpo, como el pájaro deja su jaula; aprovecha todas las ocasiones para liberarse de él y, para ello, todos los instantes en que su presencia no es necesaria para la vida de relación. Es el fenómeno designado con el nombre de emancipación del alma; tiene lugar siempre durante el sueño: cada vez que el cuerpo descansa y los sentidos están inactivos, el Espíritu se desprende. (Libro de los Espíritus, cap. VIII.)

En esos momentos, el Espíritu vive la vida espiritual, mientras que el cuerpo solo vive la vida vegetativa; se encuentra en parte en el estado en que estará después de la muerte; recorre el espacio, conversa con sus amigos y con otros Espíritus libres o encarnados como él.

El lazo fluídico que lo retiene en el cuerpo solo se rompe definitivamente con la muerte; la separación completa solo tiene lugar por la extinción absoluta de la actividad del principio vital. Mientras el cuerpo vive, el Espíritu, por lejos que esté, es llamado instantáneamente a él en cuanto su presencia es necesaria; entonces retoma el curso de la vida exterior de relación. A veces, al despertar, conserva de sus peregrinaciones un recuerdo, una imagen más o menos precisa, que constituye el sueño; en todos los casos,

trae de ellas intuiciones que le sugieren ideas y pensamientos nuevos y justifican el proverbio: La noche trae consejo.
Así se explican también ciertos fenómenos característicos del sonambulismo natural y magnético, de la catalepsia, de la letargia, del éxtasis, etc., que no son sino manifestaciones de la vida espiritual (1).

24 Ya que la vista espiritual no se realiza por los ojos del cuerpo, la percepción de las cosas no tiene lugar mediante la luz ordinaria; en efecto, la luz material está hecha para el mundo material; para el mundo espiritual existe una luz especial cuya naturaleza nos es desconocida, pero que sin duda es una de las propiedades del fluido etéreo destinada a las percepciones visuales del alma.

24.2 Hay, pues, luz material y luz espiritual. La primera tiene focos circunscritos en los cuerpos luminosos; la segunda tiene su foco en todas partes: esa es la razón por la que no hay obstáculos para la vista espiritual; no la detienen ni la distancia ni la opacidad de la materia; la oscuridad no existe para ella.

24.3 El mundo espiritual está, pues, iluminado por la luz espiritual, que tiene sus efectos propios, como el mundo material está iluminado por la luz solar.

25 El alma, envuelta en su periespíritu, lleva así en sí misma su principio luminoso; al penetrar la materia en virtud de su esencia etérea, no hay cuerpos opacos para su vista.
Sin embargo, la vista espiritual no tiene ni la misma extensión ni la misma penetración en todos los Espíritus; solo los Espíritus puros la poseen en toda su potencia; en los Espíritus inferiores está debilitada por la relativa tosquedad del periespíritu, que se interpone como una especie de niebla.

Se manifiesta en distintos grados en los Espíritus encarnados mediante el fenómeno de la segunda vista, ya sea en el sonambulismo natural o magnético, ya en estado de vigilia. Según el grado de potencia de la facultad, se dice que la lucidez es mayor o menor. Con ayuda de esta facultad, ciertas personas ven el interior del organismo y describen la causa de las enfermedades.

26 La vista espiritual proporciona, pues, percepciones especiales que, al no tener su sede en los órganos materiales, se producen en condiciones muy distintas de las de la vista corporal. Por esa razón, no se pueden esperar de ella efectos idénticos ni experimentar con ella mediante los mismos procedimientos.

26.2 Al realizarse fuera del organismo, tiene una movilidad que frustra todas las previsiones. Hay que estudiarla en sus efectos y en sus causas, y no por asimilación con la vista ordinaria, a la que no está destinada a suplir, salvo en casos excepcionales que no pueden tomarse como regla.

27 La vista espiritual es necesariamente incompleta e imperfecta en los Espíritus encarnados y, por consiguiente, está sujeta a aberraciones. Al tener su sede en el alma misma, el estado del alma debe influir en las percepciones que proporciona. Según su grado de desarrollo, las circunstancias y el estado moral del individuo, puede proporcionar, ya sea durante el sueño o en estado de vigilia: 1° la percepción de ciertos hechos materiales reales, como el conocimiento de acontecimientos que suceden lejos, los detalles descriptivos de una localidad, las causas de una enfermedad y los remedios adecuados; 2° la percepción de cosas igualmente reales del mundo espiritual, como la visión de los Espíritus; 3° imágenes fantásticas creadas por la imaginación, análogas a las creaciones fluídicas del pensamiento. (Véase

más arriba el n° 14.) Estas creaciones están siempre en relación con las disposiciones morales del Espíritu que las engendra. Así, el pensamiento de personas profundamente imbuidas y preocupadas por ciertas creencias religiosas les presenta el infierno, sus hornos, sus torturas y sus demonios, tal como se los figuran: a veces es toda una epopeya; los paganos veían el Olimpo y el Tártaro como los cristianos ven el Infierno y el Paraíso. Si al despertar o al salir del éxtasis estas personas conservan un recuerdo preciso de sus visiones, las toman por realidades y confirmaciones de sus creencias, mientras que no son más que un producto de sus propios pensamientos (1). Hay, pues, una selección muy rigurosa que hacer entre las visiones extáticas antes de aceptarlas. El remedio contra la excesiva credulidad a este respecto es el estudio de las leyes que rigen el mundo espiritual.

(1) Así es como pueden explicarse las visiones de la hermana Elmérich, quien, remontándose al tiempo de la Pasión de Cristo, dice haber visto cosas materiales que nunca han existido más que en los libros que ha leído; las de la señora Cantanille (Revista Espírita, agosto de 1866, p. 240), y una parte de las de Swedenborg.

28 Los sueños propiamente dichos presentan las tres clases de visiones descritas más arriba. A las dos primeras pertenecen los sueños con previsiones, presentimientos y advertencias; en la tercera, es decir, en las creaciones fluídicas del pensamiento, puede encontrarse la causa de ciertas imágenes fantásticas que no tienen nada de real con respecto a la vida material, pero que tienen para el Espíritu una realidad a veces tal que el cuerpo sufre sus repercusiones, y se ha visto encanecer el cabello bajo la impresión de un sueño.

28.2 Estas creaciones pueden ser provocadas: por las creencias exaltadas; por recuerdos retrospectivos; por los gustos, los deseos, las pasiones, el temor, los remordimientos; por las preocupaciones habituales; por las necesidades del cuerpo o una alteración en las funciones del organismo; en fin, por otros Espíritus, con un propósito benévolo o malévolo, según su naturaleza (1).

29 La materia inerte es insensible; el fluido periespiritual también lo es, pero transmite la sensación al centro sensitivo, que es el Espíritu. Las lesiones dolorosas del cuerpo repercuten, por tanto, en el Espíritu como una descarga eléctrica, por medio del fluido periespiritual, cuyos hilos conductores parecen ser los nervios. Es el influjo nervioso de los fisiólogos, quienes, al no conocer las relaciones de este fluido con el principio espiritual, no han podido explicarse todos sus efectos.

Esta interrupción puede tener lugar por la separación de un miembro o la sección de un nervio, pero también, parcial o generalmente, y sin ninguna lesión, en los momentos de emancipación, de gran sobreexcitación o de preocupación del Espíritu. En este estado, el Espíritu deja de pensar en el cuerpo y, en su actividad febril, atrae hacia sí, por así decirlo, el fluido periespiritual, que, al retirarse de la superficie, produce en ella una insensibilidad momentánea. Así es como, en el ardor del combate, un militar a menudo no se da cuenta de que está herido; como una persona cuya atención está concentrada en un trabajo no oye el ruido que se hace a su alrededor. Es un efecto análogo, pero más pronunciado, el que se produce en ciertos sonámbulos, en la letargia y la catalepsia. Así, por último, puede explicarse la insensibilidad de los convulsionarios y de ciertos mártires. (Revista Espírita, enero de 1868: Estudio sobre los Aïssaouas.)

La parálisis no tiene en absoluto la misma causa: aquí el efecto es completamente orgánico; son los propios nervios, los hilos conductores, los que ya no son aptos para la circulación fluídica; son las cuerdas del instrumento las que están alteradas.

30 En ciertos estados patológicos, cuando el Espíritu ya no está en el cuerpo y el periespíritu solo permanece adherido a él por algunos puntos, el cuerpo tiene todas las apariencias de la muerte, y se expresa una verdad absoluta al decir que la vida pende de un hilo.

30.2 Este estado puede durar más o menos tiempo; ciertas partes del cuerpo pueden incluso entrar en descomposición sin que la vida se haya extinguido definitivamente. Mientras no se rompa el último hilo, el Espíritu puede ser llamado de nuevo al cuerpo, ya sea por una acción enérgica de su propia voluntad, ya sea por un influjo fluídico ajeno, igualmente poderoso.

30.3 Así se explican ciertas prolongaciones de la vida contra toda probabilidad y ciertas supuestas resurrecciones. Es la planta que a veces vuelve a brotar con una sola fibrilla de la raíz; pero cuando las últimas moléculas del cuerpo fluídico se han desprendido del cuerpo carnal, o cuando este último se encuentra en un estado de deterioro irreparable, todo retorno a la vida se vuelve imposible (1).

31 El fluido universal es, como se ha visto, el elemento primitivo del cuerpo carnal y del periespíritu, que no son más que transformaciones suyas. Por la identidad de su naturaleza, este fluido puede proporcionar al cuerpo los principios reparadores. Al estar condensado en el periespíritu, el agente propulsor es el Espíritu, encarnado o desencarnado, que infiltra en un cuerpo deteriorado una parte de la sustancia de su envoltura fluídica. La

curación se produce mediante la sustitución de una molécula enferma por una molécula sana. La potencia curativa será, por tanto, proporcional a la pureza de la sustancia inoculada; depende también de la energía de la voluntad, que provoca una emisión fluídica más abundante y da al fluido una mayor fuerza de penetración; por último, de las intenciones que animan a quien quiere curar, sea hombre o Espíritu. Los fluidos que emanan de una fuente impura son como sustancias medicinales alteradas.

32. — Los efectos de la acción fluídica sobre los enfermos son sumamente variados, según las circunstancias; esta acción es a veces lenta y requiere un tratamiento continuado, como en el magnetismo ordinario; otras veces es rápida como una corriente eléctrica. Hay personas dotadas de una potencia tal que producen en ciertos enfermos curaciones instantáneas con la sola imposición de las manos, o incluso con un solo acto de voluntad. Entre los dos polos extremos de esta facultad hay infinitos matices. Todas las curaciones de este género son variedades del magnetismo y solo difieren por la potencia y la rapidez de la acción. El principio es siempre el mismo: es el fluido el que desempeña el papel de agente terapéutico, y su efecto está subordinado a su calidad y a circunstancias especiales.

32 La acción magnética puede producirse de varias maneras: 1° por el fluido mismo del magnetizador; es el magnetismo propiamente dicho, o magnetismo humano, cuya acción está subordinada a la potencia y, sobre todo, a la calidad del fluido.

2° Por el fluido de los Espíritus que actúa directamente y sin intermediario sobre un encarnado, ya sea para curar o calmar un sufrimiento, para provocar el sueño sonambúlico espontáneo o para ejercer sobre el individuo cualquier influencia física o moral. Es el magnetismo espiritual, cuya calidad es

proporcional a las cualidades del Espíritu (1).

3° Por el fluido que los Espíritus vierten sobre el magnetizador y del que este sirve de conductor. Es el magnetismo mixto, semiespiritual o, si se quiere, humano-espiritual. El fluido espiritual, combinado con el fluido humano, da a este último las cualidades que le faltan. La colaboración de los Espíritus, en semejante circunstancia, es a veces espontánea, pero la mayoría de las veces es provocada por la invocación del magnetizador.

34 La facultad de curar mediante el influjo fluídico es muy común y puede desarrollarse con el ejercicio, pero la de curar instantáneamente mediante la imposición de las manos es más rara, y su apogeo puede considerarse excepcional. Sin embargo, se ha visto en diversas épocas, y entre casi todos los pueblos, a individuos que la poseían en un grado eminente.

34.2 En estos últimos tiempos se han visto varios ejemplos notables, cuya autenticidad no puede ponerse en duda. Puesto que estas curaciones se basan en un principio natural y el poder de realizarlas no es un privilegio, se deduce que no se apartan de la naturaleza y que solo tienen de milagroso la apariencia (1).

35 El periespíritu es invisible para nosotros en su estado normal, pero, como está formado de materia etérea, el Espíritu puede, en ciertos casos, hacerle experimentar, mediante un acto de su voluntad, una modificación molecular que lo vuelva momentáneamente visible. Así se producen las apariciones, que, al igual que los demás fenómenos, no están fuera de las leyes de la naturaleza. Este fenómeno no es más extraordinario que el del vapor, que es invisible cuando está muy enrarecido y se vuelve visible cuando se condensa.

Según el grado de condensación del fluido periespiritual, la aparición es a

veces vaga y vaporosa; otras veces está más claramente definida; otras, por último, tiene todas las apariencias de la materia tangible; puede incluso llegar a la tangibilidad real, hasta el punto de que uno puede equivocarse sobre la naturaleza del ser que tiene delante.

Las apariciones vaporosas son frecuentes, y sucede bastante a menudo que algunos individuos se presentan así, después de su muerte, a las personas a quienes han querido. Las apariciones tangibles son más raras, aunque hay ejemplos bastante numerosos y perfectamente auténticos. Si el Espíritu quiere hacerse reconocer, dará a su envoltura todos los signos exteriores que tenía en vida.

36 Cabe señalar que las apariciones tangibles solo tienen las apariencias de la materia carnal, pero no pueden tener sus cualidades; debido a su naturaleza fluídica, no pueden tener la misma cohesión, porque, en realidad, no son carne. Se forman instantáneamente y desaparecen del mismo modo, o se evaporan por la disgregación de las moléculas fluídicas. Los seres que se presentan en estas condiciones no nacen ni mueren como los demás hombres; se los ve y se deja de verlos, sin saber de dónde vienen, cómo han venido ni adónde van; no se los podría matar, encadenar ni encarcelar, puesto que no tienen cuerpo carnal; los golpes que se les dieran caerían en el vacío. Tal es el carácter de los agéneres, con quienes se puede conversar sin sospechar lo que son, pero que nunca permanecen mucho tiempo ni pueden convertirse en comensales habituales de una casa o figurar entre los miembros de una familia.

Hay, además, en toda su persona y en sus maneras algo extraño e insólito que participa de la materialidad y de la espiritualidad; su mirada, vaporosa y penetrante a la vez, no tiene la nitidez de la mirada de los ojos de la carne;

su lenguaje breve y casi siempre sentencioso no tiene nada de la brillantez y la locuacidad del lenguaje humano; su proximidad hace experimentar una sensación particular e indefinible de sorpresa que inspira una especie de temor y, aun tomándolos por individuos como todo el mundo, uno se dice involuntariamente: He aquí un ser singular (1).

37 Como el periespíritu es el mismo en los encarnados y en los desencarnados, por un efecto completamente idéntico, un Espíritu encarnado puede aparecer, en un momento de libertad, en un lugar distinto de aquel donde reposa su cuerpo, con sus rasgos habituales y con todos los signos de su identidad. Este fenómeno, del que existen ejemplos auténticos, es el que ha dado lugar a la creencia en los hombres dobles (2).

38 Un efecto particular de esta clase de fenómenos es que las apariciones vaporosas e incluso tangibles no son perceptibles indistintamente por todo el mundo; los Espíritus solo se muestran cuando quieren y a quienes quieren. Un Espíritu podría, por tanto, aparecer en una reunión a uno o a varios asistentes y no ser visto por los demás. Esto se debe a que esta clase de percepciones se efectúan mediante la vista espiritual y no mediante la vista carnal: pues la vista espiritual no solo no se concede a todo el mundo, sino que, si es preciso, puede ser retirada, por la voluntad del Espíritu, a aquel a quien no quiere mostrarse, del mismo modo que puede concedérsela momentáneamente si lo considera necesario.
La condensación del fluido periespiritual en las apariciones, incluso hasta llegar a la tangibilidad, no tiene, por tanto, las propiedades de la materia ordinaria: de lo contrario, las apariciones, al ser perceptibles por los ojos del cuerpo, lo serían por todas las personas presentes (1).

39 Como el Espíritu puede realizar transformaciones en la estructura de su envoltura periespiritual, y esta envoltura irradia alrededor de los cuerpos como una atmósfera fluídica, puede producirse en la propia superficie del cuerpo un fenómeno análogo al de las apariciones. Bajo la capa fluídica, la figura real del cuerpo puede borrarse de manera más o menos completa y adoptar otros rasgos; o bien los rasgos primitivos, vistos a través de la capa fluídica modificada, como a través de un prisma, pueden adquirir otra expresión. Si el Espíritu, elevándose por encima de lo cotidiano, se identifica con las cosas del mundo espiritual, la expresión de un rostro feo puede volverse bella, radiante e incluso, a veces, luminosa; si, por el contrario, el Espíritu está exaltado por malas pasiones, un rostro bello puede adquirir un aspecto horrible.

Así se producen las transfiguraciones, que son siempre un reflejo de las cualidades y los sentimientos predominantes del Espíritu. Este fenómeno es, pues, el resultado de una transformación fluídica; es una especie de aparición periespiritual que se produce en el propio cuerpo vivo y, a veces, en el momento de la muerte, en lugar de producirse a distancia, como en las apariciones propiamente dichas. Lo que distingue a las apariciones de este género es que generalmente son perceptibles para todos los presentes y para los ojos del cuerpo, precisamente porque tienen como base la materia carnal visible, mientras que en las apariciones puramente fluídicas no hay materia tangible (1).

40 Los fenómenos de las mesas que se mueven y hablan, de la suspensión etérea de los cuerpos pesados, de la escritura mediúmnica, tan antiguos como el mundo, pero comunes hoy en día, dan la clave de algunos fenómenos espontáneos análogos a los que, por desconocer la ley que los rige, se

había atribuido un carácter sobrenatural y milagroso. Estos fenómenos se basan en las propiedades del fluido periespiritual, tanto de los encarnados como de los Espíritus libres.

41 Mediante su periespíritu, el Espíritu actuaba sobre su cuerpo vivo; con ese mismo fluido se manifiesta también actuando sobre la materia inerte, produce los ruidos y los movimientos de mesas y otros objetos que levanta, vuelca o transporta. Este fenómeno no tiene nada de sorprendente si se considera que, entre nosotros, los motores más potentes se encuentran en los fluidos más enrarecidos e incluso imponderables, como el aire, el vapor y la electricidad.

También mediante su periespíritu, el Espíritu hace escribir, hablar o dibujar a los médiums; al no tener un cuerpo tangible para actuar de manera visible cuando quiere manifestarse, se sirve del cuerpo del médium, cuyos órganos toma prestados y hace actuar como si se tratara de su propio cuerpo, y esto mediante el efluvio fluídico que vierte sobre él.

(1) Ejemplo y teoría de la transfiguración, Revista Espírita, marzo de 1859, página 62. (El libro de los médiums, cap. VII, página 142.)

42 Por el mismo medio, el Espíritu actúa sobre la mesa, ya sea para hacerla mover sin un significado determinado, ya sea para hacerla dar golpes inteligentes que indiquen las letras del alfabeto, para formar palabras y frases, fenómeno denominado tiptología. La mesa no es aquí más que un instrumento del que se sirve, como lo hace con el lápiz para escribir; le da una vitalidad momentánea mediante el fluido con el que la penetra, pero no se identifica con ella. Las personas que, llevadas por la emoción al ver manifestarse a un ser querido, abrazan la mesa, realizan un acto ridículo, pues es exactamente como si abrazaran el bastón del que un amigo se sirve para dar

golpes. Lo mismo sucede con quienes dirigen la palabra a la mesa, como si el Espíritu estuviera encerrado en la madera, o como si la madera se hubiera convertido en Espíritu.

Cuando se producen comunicaciones por este medio, hay que imaginar al Espíritu, no dentro de la mesa, sino a su lado, tal como era en vida y tal como se lo vería si, en ese momento, pudiera hacerse visible. Lo mismo sucede en las comunicaciones por la escritura; se vería al Espíritu junto al médium, dirigiendo su mano o transmitiéndole su pensamiento mediante una corriente fluídica.

43 Cuando la mesa se separa del suelo y flota en el espacio sin punto de apoyo, el Espíritu no la levanta a fuerza de brazos, sino que la envuelve y la penetra con una especie de atmósfera fluídica que neutraliza el efecto de la gravitación, como lo hace el aire con los globos y las cometas. El fluido que la penetra le da momentáneamente una ligereza específica mayor. Cuando está clavada al suelo, se encuentra en un caso análogo al de la campana neumática bajo la cual se hace el vacío. Estas son solo comparaciones para mostrar la analogía de los efectos, y no la semejanza absoluta de las causas. (El libro de los médiums, cap. IV.)

Por lo tanto, se comprende que al Espíritu no le resulta más difícil levantar a una persona que levantar una mesa, transportar un objeto de un lugar a otro o lanzarlo a alguna parte; estos fenómenos se producen por la misma ley (1).

Cuando la mesa persigue a alguien, no es el Espíritu quien corre, pues puede permanecer tranquilamente en el mismo lugar, sino que le da el impulso mediante una corriente fluídica con la que la hace mover a su voluntad.

Cuando se oyen golpes en la mesa o en otra parte, el Espíritu no golpea ni con la mano ni con objeto alguno; dirige hacia el punto de donde procede el ruido un chorro de fluido que produce el efecto de una descarga eléctrica. Modifica el ruido, como se pueden modificar los sonidos producidos por el aire (1).

(1) Tal es el principio del fenómeno de los aportes; fenómeno muy real, pero que conviene aceptar solo con extrema reserva, pues es uno de los que más se prestan a la imitación y al engaño. La honradez indiscutible de la persona que los obtiene, su absoluto desinterés material y moral, y la concurrencia de las circunstancias accesorias deben tomarse muy en cuenta. Sobre todo, hay que desconfiar de la excesiva facilidad con la que se producen tales efectos y considerar sospechosos los que se repiten con demasiada frecuencia y, por así decirlo, a voluntad; los prestidigitadores hacen cosas más extraordinarias.

La elevación de una persona es un hecho no menos cierto, pero quizá mucho más raro, porque es más difícil de imitar. Es notorio que el señor Home se ha elevado más de una vez hasta el techo dando la vuelta a la sala. Se dice que san Cupertino tenía la misma facultad, lo cual no es más milagroso en uno que en otro.

(1) Ejemplos de manifestaciones materiales y de perturbaciones causadas por los Espíritus: Revista Espírita, joven de los Panoramas, enero de 1858, página 13; — señorita Clairon, febrero de 1858, página 44; — Espíritu golpeador de Bergzabern, relato completo, mayo, junio, julio de 1858, páginas 125, 153, 184; — Dibbelsdorf, agosto de 1858, página 219; — Panadero de Dieppe, marzo de 1860, página 6; — Comerciante de San Petersburgo, abril de 1860, página 115; — calle de los Noyers, agosto de 1860, p. 236; — Espíritu golpeador del Aube, enero de 1861, página 23; — Íd. en el siglo

XVI, enero de 1864, página 32; — Poitiers, mayo de 1864, página 156, y mayo de 1865, página 134; — hermana María, junio de 1864, página 185; — Marsella, abril de 1865, página 121; — Fives, agosto de 1865, página 225; — las ratas de Equihem, febrero de 1866, página 55.

44 Un fenómeno muy frecuente en la mediumnidad es la aptitud de ciertos médiums para escribir en una lengua que les es extraña; para tratar de palabra o por escrito asuntos que están fuera del alcance de su instrucción. No es raro ver a algunos que escriben con soltura sin haber aprendido a escribir; a otros que hacen poesía sin haber sabido jamás componer un verso en su vida; otros dibujan, pintan, esculpen, componen música, tocan un instrumento, sin conocer el dibujo, la pintura, la escultura o la ciencia musical. Es muy frecuente que un médium escribiente reproduzca, hasta el punto de confundirlas con las originales, la letra y la firma que los Espíritus que se comunican por él tenían en vida, aunque nunca los haya conocido.

Este fenómeno no es más maravilloso que ver a un niño escribir cuando se le guía la mano; así se le puede hacer ejecutar todo lo que se quiera. Se puede hacer escribir a cualquier persona en cualquier lengua dictándole las palabras letra por letra. Se comprende que pueda ocurrir lo mismo en la mediumnidad, si se tiene en cuenta la manera en que los Espíritus se comunican con los médiums, que para ellos no son, en realidad, más que instrumentos pasivos. Pero si el médium domina el mecanismo, si ha superado las dificultades prácticas, si las expresiones le son familiares, si, en fin, tiene en su cerebro los elementos de lo que el Espíritu quiere hacerle ejecutar, se encuentra en la situación del hombre que sabe leer y escribir con soltura; el trabajo es más fácil y más rápido; al Espíritu solo le queda transmi-

tir el pensamiento que su intérprete reproduce con los medios de que dispone.

La aptitud de un médium para cosas que le son extrañas se debe también a menudo a los conocimientos que poseyó en otra existencia y de los que su Espíritu ha conservado la intuición. Si fue poeta o músico, por ejemplo, tendrá más facilidad para asimilar el pensamiento poético o musical que se le quiere hacer reproducir. La lengua que hoy desconoce puede haberle sido familiar en otra existencia: de ahí que tenga una mayor aptitud para escribir mediúmnicamente en esa lengua (1).

45 Los malos Espíritus pululan alrededor de la tierra debido a la inferioridad moral de sus habitantes. Su acción maléfica forma parte de los males a los que la humanidad está expuesta en este mundo. La obsesión, que es uno de los efectos de esta acción, como las enfermedades y todas las tribulaciones de la vida, debe, pues, considerarse una prueba o una expiación y aceptarse como tal.

La obsesión es la acción persistente que un mal Espíritu ejerce sobre un individuo. Presenta características muy distintas, desde la simple influencia moral sin signos exteriores perceptibles hasta la alteración completa del organismo y de las facultades mentales. Anula todas las facultades mediúmnicas; en la mediumnidad auditiva y psicográfica, se manifiesta por la obstinación de un Espíritu en manifestarse con exclusión de todos los demás.

46 Así como las enfermedades son el resultado de las imperfecciones físicas que hacen que el cuerpo sea accesible a las influencias perniciosas exteriores, la obsesión es siempre el resultado de una imperfección moral que da entrada a un Espíritu malo. A una causa física se opone una fuerza física; a una causa moral hay que oponer una fuerza moral. Para prevenir las enfer-

medades se fortalece el cuerpo; para protegerse de la obsesión hay que fortalecer el alma; de ahí la necesidad de que el obsesado trabaje en su propia mejora, lo que suele bastar para librarlo del obsesor, sin ayuda de otras personas. Esta ayuda se vuelve necesaria cuando la obsesión degenera en subyugación y posesión, pues entonces el paciente pierde a veces su voluntad y su libre albedrío.

La obsesión es casi siempre una venganza ejercida por un Espíritu, y la mayoría de las veces tiene su origen en las relaciones que el obsesado tuvo con él en una existencia anterior.

En los casos de obsesión grave, el obsesado está como envuelto e impregnado de un fluido pernicioso que neutraliza la acción de los fluidos saludables y los rechaza. De ese fluido hay que librarlo; ahora bien, un fluido malo no puede ser rechazado por un fluido malo. Mediante una acción idéntica a la del médium sanador en los casos de enfermedad, hay que expulsar el fluido malo con ayuda de un fluido mejor.

Esta es la acción mecánica, pero no siempre basta; también y sobre todo hay que actuar sobre el ser inteligente, al que hay que tener el derecho de hablar con autoridad, y esta autoridad solo la concede la superioridad moral; cuanto mayor es esta, mayor es la autoridad.

Eso no es todo todavía; para asegurar la liberación, hay que lograr que el Espíritu perverso renuncie a sus malos propósitos; hay que hacer nacer en él el arrepentimiento y el deseo del bien, mediante instrucciones hábilmente dirigidas, en evocaciones particulares realizadas con miras a su educación moral; entonces se puede tener la doble satisfacción de liberar a un encarnado y de convertir a un Espíritu imperfecto.

La tarea se hace más fácil cuando el obsesado, comprendiendo su situación, contribuye con su voluntad y su oración; no ocurre así cuando este, sedu-

cido por el Espíritu engañador, se hace ilusiones sobre las cualidades de su dominador y se complace en el error en que este lo sumerge; pues entonces, lejos de colaborar, rechaza toda ayuda. Es el caso de la fascinación, siempre infinitamente más resistente que la subyugación más violenta. (Libro de los Médiums, cap. xxi.)

En todos los casos de obsesión, la oración es el auxiliar más poderoso para actuar contra el Espíritu obsesor.

47 En la obsesión, el Espíritu actúa exteriormente con ayuda de su periespíritu, que identifica con el del encarnado; este último se encuentra entonces atrapado como en una red y obligado a actuar contra su voluntad.

En la posesión, en vez de actuar exteriormente, el Espíritu libre sustituye, por así decirlo, al Espíritu encarnado; establece su morada en el cuerpo de este, sin que por ello el Espíritu encarnado lo abandone definitivamente, lo cual solo puede ocurrir con la muerte. La posesión es, por tanto, siempre temporal e intermitente, pues un Espíritu desencarnado no puede ocupar definitivamente el lugar de un Espíritu encarnado, dado que la unión molecular del periespíritu y del cuerpo solo puede realizarse en el momento de la concepción. (Cap. XI, n.º 18.)

El Espíritu, en posesión momentánea del cuerpo, se sirve de él como del suyo propio; habla por su boca, ve por sus ojos, actúa con sus brazos, como lo habría hecho en vida. Ya no es como en la mediumnidad parlante, en la que el Espíritu encarnado habla transmitiendo el pensamiento de un Espíritu desencarnado; es este último quien habla y actúa, y si se lo ha conocido en vida, se lo reconoce por su lenguaje, su voz, sus gestos y hasta por la expresión de su fisonomía.

48 La obsesión es siempre obra de un Espíritu malintencionado. La posesión puede ser obra de un Espíritu bueno que quiere hablar y, para causar mayor impresión en sus oyentes, toma prestado el cuerpo de un encarnado, que este le presta voluntariamente, como se presta un traje. Esto se hace sin ninguna perturbación ni malestar, y durante ese tiempo el Espíritu se encuentra en libertad como en el estado de emancipación, y la mayoría de las veces permanece al lado de su sustituto para escucharlo.

Cuando el Espíritu poseedor es malo, las cosas suceden de otro modo; no toma prestado el cuerpo, se apodera de él si su titular no tiene la fuerza moral necesaria para resistirle. Lo hace por maldad contra este, a quien tortura y martiriza de todas las maneras, hasta querer hacerlo perecer, ya sea por estrangulación o empujándolo al fuego o a otros lugares peligrosos. Sirviéndose de los miembros y de los órganos del desdichado paciente, blasfema; insulta y maltrata a quienes lo rodean; se entrega a excentricidades y a actos que tienen todas las características de la locura furiosa.

Los hechos de este género, con distintos grados de intensidad, son muy numerosos, y muchos casos de locura no tienen otra causa. A menudo se suman trastornos patológicos que no son más que consecuencias, y contra los cuales los tratamientos médicos son impotentes mientras subsiste la causa primera. El Espiritismo, al dar a conocer esta fuente de una parte de las miserias humanas, indica el medio de remediarlas; este medio consiste en actuar sobre el autor del mal, quien, por ser un ser inteligente, debe ser tratado mediante la inteligencia (1).

49 La obsesión y la posesión son la mayoría de las veces individuales; pero a veces son epidémicas. Cuando una nube de Espíritus malos se abate sobre una localidad, es como cuando una tropa de enemigos viene a invadirla. En

este caso, el número de individuos afectados puede ser considerable (2).

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XV. LOS MILAGROS DEL EVANGELIO

✦

1 Los hechos relatados en el Evangelio, y que hasta ahora se han considerado milagrosos, pertenecen, en su mayoría, al orden de los fenómenos psíquicos, es decir, de aquellos que tienen como causa primera las facultades y los atributos del alma. Al compararlos con los descritos y explicados en el capítulo anterior, se reconoce sin dificultad que existe entre ellos identidad de causa y efecto. La historia muestra otros semejantes en todos los tiempos y en todos los pueblos, porque, desde que existen almas encarnadas y desencarnadas, han debido producirse los mismos efectos. Es cierto que se puede cuestionar en este punto la veracidad de la historia; pero hoy se producen ante nuestros ojos, por así decirlo, a voluntad, y por medio de individuos que no tienen nada de excepcional. El solo hecho de que un fenómeno se reproduzca en condiciones idénticas basta para demostrar que es posible y está sujeto a una ley, y que, por lo tanto, no es milagroso.

El principio de los fenómenos psíquicos se basa, como se ha visto, en las propiedades del fluido periespiritual que constituye el agente magnético; en las manifestaciones de la vida espiritual durante la vida y después de la muerte; y, por último, en el estado constitutivo de los Espíritus y su función como fuerza activa de la naturaleza. Una vez conocidos estos elementos y comprobados sus efectos, tienen como consecuencia que se admita la posibilidad de ciertos hechos que se rechazaban cuando se les atribuía un origen sobrenatural.

[2] Sin prejuzgar en nada la naturaleza de Cristo, cuyo examen no entra en el marco de esta obra, y considerándolo, por hipótesis, solo como un Espíritu superior, no se puede dejar de reconocer en él a uno de los del orden más elevado, situado por sus virtudes muy por encima de la humanidad terrestre. Por los inmensos resultados que produjo, su encarnación en este mundo solo podía ser una de esas misiones que se confían únicamente a los mensajeros directos de la Divinidad para el cumplimiento de sus designios. Suponiendo que no fuera Dios mismo, sino un enviado de Dios para transmitir su palabra, sería más que un profeta, pues sería un Mesías divino.

Como hombre, tenía la organización de los seres carnales; pero como Espíritu puro, desprendido de la materia, debía vivir más de la vida espiritual que de la vida corporal, cuyas debilidades no tenía. Su superioridad sobre los hombres no se debía a las cualidades particulares de su cuerpo, sino a las de su Espíritu, que dominaba la materia de manera absoluta, y a las de su periespíritu, tomado de la parte más quintaesenciada de los fluidos terrestres. (Cap. XIV, n.º 9). Su alma debía estar unida al cuerpo solo por los lazos estrictamente indispensables; constantemente emancipada, debía darle una doble vista no solo permanente, sino de una penetración excepcional y muy superior a la que se observa en los hombres comunes. Lo mismo debía ocurrir con todos los fenómenos que dependen de los fluidos periespirituales o psíquicos. La calidad de estos fluidos le daba un inmenso poder magnético, secundado por el deseo incesante de hacer el bien.

En las curaciones que realizaba, ¿actuaba como médium? ¿Se lo puede considerar un poderoso médium sanador? No; porque el médium es un intermediario, un instrumento del que se sirven los Espíritus desencarnados. Ahora bien, Cristo no necesitaba ayuda, él que ayudaba a los demás; ac-

tuaba, pues, por sí mismo, en virtud de su poder personal, como pueden hacerlo los encarnados en ciertos casos y en la medida de sus fuerzas. ¿Qué Espíritu, además, se habría atrevido a infundirle sus propios pensamientos y encargarle que los transmitiera? Si recibía una influencia ajena, solo podía proceder de Dios; según la definición dada por un Espíritu, era médium de Dios.

[3] José, dice el Evangelio, fue advertido por un ángel que se le apareció en sueños y le dijo que huyera a Egipto con el niño. (San Mateo, cap. ii, v. de 19 a 23.)

Las advertencias mediante sueños desempeñan un gran papel en los libros sagrados de todas las religiones. Sin garantizar la exactitud de todos los hechos relatados ni discutirlos, el fenómeno en sí mismo no tiene nada de anormal cuando se sabe que el tiempo del sueño es aquel en que el Espíritu, desprendiéndose de los lazos de la materia, vuelve momentáneamente a la vida espiritual, donde se reencuentra con aquellos a quienes ha conocido. Los Espíritus protectores eligen a menudo ese momento para manifestarse a sus protegidos y darles consejos más directos. Los ejemplos auténticos de advertencias mediante sueños son numerosos, pero de ello no habría que deducir que todos los sueños son advertencias, y menos aún que todo lo que se ve en sueños tiene su significado. El arte de interpretar los sueños debe incluirse entre las creencias supersticiosas y absurdas. (Cap. XIV, n.os 27 y 28.)

[4] Se dice que una estrella se apareció a los magos que vinieron a adorar a Jesús, que avanzó delante de ellos para indicarles el camino y se detuvo cuando llegaron. (San Mateo, cap. ii, v. de 1 a 12.)

La cuestión no es saber si el hecho relatado por san Mateo es real, o si es

solo una figura para indicar que los magos fueron guiados de manera misteriosa hacia el lugar donde estaba el Niño, puesto que no existe ningún medio de comprobarlo, sino si un hecho de esta naturaleza es posible.

Una cosa es cierta: en esta circunstancia, la luz no podía ser una estrella. Se podía creer así en la época en que se pensaba que las estrellas eran puntos luminosos sujetos al firmamento y que podían caer a la tierra; pero no hoy, cuando se conoce su naturaleza.

Aunque no tenga la causa que se le atribuye, la aparición de una luz con aspecto de estrella no deja de ser algo posible. Un Espíritu puede aparecer bajo una forma luminosa o transformar una parte de su fluido periespiritual en un punto luminoso. Varios hechos de este género, recientes y perfectamente auténticos, no tienen otra causa, y esta causa no tiene nada de sobrenatural.

[5] Entrada de Jesús en Jerusalén. b. —

Cuando se acercaron a Jerusalén y llegaron a Betfagé, cerca del monte de los Olivos, Jesús envió a dos de sus discípulos, — y les dijo: Id a esa aldea que está delante de vosotros, y al llegar encontraréis una burra atada, y a su pollino junto a ella; desatadla y traédmelos. — Si alguien os dice algo, decidle que el Señor los necesita, y enseguida dejará que os los llevéis. — Todo esto sucedió para que se cumpliera esta palabra del profeta: — Decid a la hija de Sion: He aquí tu rey que viene a ti, lleno de dulzura, montado en una burra y en el pollino de la que está bajo el yugo.

Los discípulos fueron, pues, e hicieron lo que Jesús les había mandado. — Y habiendo traído la burra y el pollino, los cubrieron con sus mantos e hicieron que montara encima. (San Mateo, cap. xxi, v. de 1 a 7.)

[6] Beso de Judas

Levantaos, vamos, el que ha de traicionarme está cerca de aquí. — Aún no había terminado de decir estas palabras cuando llegó Judas, uno de los doce, y con él un grupo de personas armadas con espadas y palos, que habían sido enviadas por los príncipes de los sacerdotes y por los ancianos del pueblo. — El que lo traicionaba les había dado una señal para reconocerlo, diciéndoles: Aquel a quien yo bese es el mismo que buscáis; prendedlo. — Enseguida, pues, se acercó a Jesús y le dijo: Maestro, te saludo; y lo besó. — Jesús le respondió: Amigo mío, ¿qué has venido a hacer aquí? Y al mismo tiempo todos los demás, acercándose, se lanzaron sobre Jesús y lo prendieron. (San Mateo, cap. xxvi, v. de 46 a 50.)

[7] Pesca milagrosa

Un día, estando Jesús a orillas del lago de Genesaret, se vio agobiado por la multitud del pueblo que se agolpaba para oír la palabra de Dios, — y vio dos barcas detenidas a la orilla del lago, de las que habían bajado los pescadores, que lavaban sus redes. — Entró, pues, en una de esas barcas, que era de Simón, y le pidió que se alejara un poco de tierra; y, sentado, enseñaba al pueblo desde la barca.

Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: Avanzad hacia aguas profundas y echad vuestras redes para pescar. — Simón le respondió: Maestro, hemos trabajado toda la noche sin sacar nada, pero, aun así, por tu palabra echaré la red. — Habiéndola echado, sacaron tal cantidad de peces que su red se rompió. — E hicieron señas a sus compañeros, que estaban en la otra barca, para que vinieran a ayudarlos. Vinieron, y llenaron tanto sus barcas que poco faltó para que se hundieran. (San Lucas, cap. v, v. de 1 a 7.)

[8] Llamamiento de Pedro, Andrés, Santiago, Juan y Mateo
Mientras Jesús caminaba junto al mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y Andrés, su hermano, que echaban sus redes en el mar, pues eran pescadores; — y les dijo: Seguidme, y os haré pescadores de hombres. — Enseguida dejaron sus redes y lo siguieron.
Avanzando desde allí, vio a otros dos hermanos, Santiago, hijo de Zebedeo, y Juan, su hermano, que estaban en una barca con Zebedeo, su padre, y remendaban sus redes; y los llamó. — En ese mismo momento dejaron sus redes y a su padre, y lo siguieron. (San Mateo, cap. iv, v. de 18 a 22.)
Al salir de allí, Jesús vio al pasar a un hombre llamado Mateo, sentado en la oficina de impuestos, al que dijo: Sígueme; y él enseguida se levantó y lo siguió. (San Mateo, cap. iv, v. 9.)

[9] Estos hechos no tienen nada de sorprendente cuando se conoce el poder de la doble vista y la causa muy natural de esta facultad. Jesús la poseía en grado supremo, y puede decirse que era su estado normal, como lo atestiguan numerosos actos de su vida y lo explican hoy los fenómenos magnéticos y el Espiritismo.
La pesca calificada de milagrosa también se explica por la doble vista. Jesús no produjo espontáneamente peces donde no los había; vio, como habría podido hacerlo un lúcido despierto, mediante la vista del alma, el lugar donde se encontraban, y pudo decir con seguridad a los pescadores que echaran allí sus redes.
La penetración del pensamiento, y por consiguiente ciertas previsiones, son consecuencia de la vista espiritual. Cuando Jesús llama a Pedro, Andrés, Santiago, Juan y Mateo, tenía que conocer sus disposiciones íntimas para saber que lo seguirían y que eran capaces de cumplir la misión que de-

bía encomendarles. Era necesario que ellos mismos tuvieran la intuición de esa misión para entregarse a él. Lo mismo ocurre cuando, el día de la Cena, anuncia que uno de los doce lo traicionará y lo señala diciendo que es el que mete la mano en el plato, y cuando dice que Pedro lo negará.

En muchos lugares del Evangelio se dice: «Pero Jesús, conociendo sus pensamientos, les dijo». Ahora bien, ¿cómo podía conocer sus pensamientos, sino a la vez por la irradiación fluídica que le llevaba esos pensamientos y por la vista espiritual que le permitía leer en el fuero interno de los individuos?

A menudo, cuando se cree que un pensamiento está profundamente sepultado en los repliegues del alma, no se sospecha que se lleva en uno mismo un espejo que lo refleja, un revelador en la propia irradiación fluídica que está impregnada de él. Si se viera el mecanismo del mundo invisible que nos rodea, las ramificaciones de esos hilos conductores del pensamiento que unen a todos los seres inteligentes, corporales e incorporales, los efluvios fluídicos cargados de las huellas del mundo moral y que, como corrientes de aire, atraviesan el espacio, sorprenderían menos ciertos efectos que la ignorancia atribuye al azar. (Cap. XIV, n.os 22 y siguientes.)

10 Pérdida de sangre

Entonces una mujer, enferma de una pérdida de sangre desde hacía doce años, —que había sufrido mucho en manos de varios médicos y que, habiendo gastado todos sus bienes, no había recibido ningún alivio, sino que se había encontrado cada vez peor—, al oír hablar de Jesús, se acercó por detrás entre la multitud y tocó su vestido; pues decía: Si tan solo puedo tocar su vestido, quedaré curada. — En aquel mismo instante se secó la fuente de la sangre que perdía, y sintió en su cuerpo que estaba curada de

aquella enfermedad.

Enseguida Jesús, reconociendo en sí mismo la fuerza que había salido de él, se volvió en medio de la multitud y dijo: ¿Quién ha tocado mis vestidos? — Sus discípulos le dijeron: Usted ve que la multitud lo oprime por todas partes, ¿y pregunta quién lo ha tocado? — Y él miraba a su alrededor para ver a la que lo había tocado.

Pero aquella mujer, que sabía lo que había sucedido en ella, llena de temor y espanto, vino a arrojarse a sus pies y le declaró toda la verdad. — Y Jesús le dijo: Hija mía, tu fe te ha salvado; ve en paz y queda curada de tu enfermedad. (San Marcos, cap. v, vv. del 20 al 34.)

11 Estas palabras: «Reconociendo en sí mismo la fuerza que había salido de él» son significativas; expresan el movimiento fluídico que se producía de Jesús a la mujer enferma; ambos sintieron la acción que acababa de producirse. Es notable que el efecto no fue provocado por ningún acto de la voluntad de Jesús; no hubo ni magnetización ni imposición de manos. La irradiación fluídica normal bastó para realizar la curación.

Pero ¿por qué esa irradiación se dirigió hacia aquella mujer y no hacia otras personas, puesto que Jesús no pensaba en ella y estaba rodeado por la multitud?

La razón es muy sencilla. El fluido, considerado como materia terapéutica, debe alcanzar el trastorno orgánico para repararlo; puede ser dirigido hacia el mal por la voluntad del sanador, o atraído por el deseo ardiente, la confianza, en una palabra, la fe del enfermo. Con respecto a la corriente fluídica, el primero produce el efecto de una bomba impelente y el segundo el de una bomba aspirante. A veces es necesaria la simultaneidad de ambos efectos; otras veces basta uno solo; el segundo fue el que tuvo lugar en esta

circunstancia.

Jesús tenía, pues, razón al decir: «Tu fe te ha salvado». Se comprende que aquí la fe no es la virtud mística tal como algunas personas la entienden, sino una verdadera fuerza de atracción, mientras que quien no la tiene opone a la corriente fluídica una fuerza de repulsión, o al menos una fuerza de inercia que paraliza la acción.

De esto se comprende que, de dos enfermos aquejados del mismo mal, en presencia de un sanador, uno pueda ser curado y el otro no. Este es uno de los principios más importantes de la mediumnidad curativa, y explica, por una causa muy natural, ciertas anomalías aparentes. (Cap. XIV, núms. 31, 32, 33.)

12 Ciego de Betsaida

Al llegar a Betsaida, le llevaron un ciego y le rogaron que lo tocara.

Y tomando al ciego de la mano, lo llevó fuera del pueblo; le puso saliva en los ojos y, después de imponerle las manos, le preguntó si veía algo. — Aquel hombre, mirando, le dijo: Veo caminar a unos hombres que me parecen árboles. — Jesús volvió a ponerle las manos sobre los ojos, y comenzó a ver mejor; y finalmente quedó tan curado que veía con claridad todas las cosas.

Luego lo envió a su casa y le dijo: Vete a tu casa; y si entras en el pueblo, no le digas a nadie lo que te ha sucedido. (San Marcos; cap. viii, vv. del 22

13 Aquí el efecto magnético es evidente; la curación no fue instantánea, sino gradual y como consecuencia de una acción sostenida y reiterada, aunque más rápida que en la magnetización ordinaria. La primera sensación

de aquel hombre es precisamente la que experimentan los ciegos al recobrar la luz; por un efecto óptico, los objetos les parecen de un tamaño desmesurado.

14 Paralítico

Jesús, habiendo subido a una barca, cruzó de nuevo el lago y llegó a su ciudad (Cafarnaúm). — Y cuando le presentaron a un paralítico acostado en una cama, Jesús, viendo su fe, dijo a aquel paralítico: Hijo mío, ten confianza, tus pecados te son perdonados.

Enseguida algunos de los escribas dijeron para sí: Este hombre blasfema. — Pero Jesús, conociendo lo que pensaban, les dijo: ¿Por qué tienen malos pensamientos en sus corazones? — Pues ¿qué es más fácil, decir: Tus pecados te son perdonados, o decir: Levántate y camina? — Pues bien, para que sepan que el Hijo del hombre tiene en la tierra el poder de perdonar los pecados: Levántate, dijo entonces al paralítico; toma tu cama y vete a tu casa.

El paralítico se levantó enseguida y se fue a su casa. — Y el pueblo, al ver aquel milagro, se llenó de temor y glorificó a Dios por haber dado semejante poder a los hombres. (San Mateo, cap. ix, vv. del 1 al 8.)

15 ¿Qué podían significar estas palabras: «Tus pecados te serán perdonados»; y para qué podían servir en la curación? El espiritismo da la clave de ellas, como de una infinidad de otras palabras incomprendidas hasta hoy; nos enseña, por la ley de la pluralidad de las existencias, que los males y las aflicciones de la vida son a menudo expiaciones del pasado, y que sufrimos en la vida presente las consecuencias de las faltas que hemos cometido en una existencia anterior: las diferentes existencias están vinculadas unas a otras hasta que se haya pagado la deuda de las propias imperfecciones.

Si, pues, la enfermedad de aquel hombre era un castigo por el mal que hu-

biera podido cometer, al decirle: «Tus pecados te son perdonados», era como decirle: «Has pagado tu deuda; la causa de tu enfermedad ha sido borrada por tu fe presente; en consecuencia, mereces ser liberado de tu enfermedad». Por eso dice a los escribas: «Es tan fácil decir: Tus pecados te son perdonados, como: Levántate y camina; al cesar la causa, el efecto debe cesar». El caso es el mismo que el de un prisionero a quien vinieran a decir: «Tu crimen está expiado y perdonado», lo que equivaldría a decirle: «Puedes salir de la cárcel».

16 Los diez leprosos

Un día en que iba a Jerusalén y pasaba por los confines de Samaria y Galilea, —estando a punto de entrar en una aldea, diez leprosos salieron a su encuentro; y, manteniéndose a distancia, alzaron la voz y le dijeron: Jesús, Maestro nuestro, tenga piedad de nosotros. — Cuando los vio, les dijo: Vayan a mostrarse a los sacerdotes. Y mientras iban, quedaron curados.

Uno de ellos, al ver que estaba curado, volvió sobre sus pasos, glorificando a Dios en voz alta; — y vino a arrojarse a los pies de Jesús, con el rostro en tierra, dándole gracias; y aquel era samaritano.

Entonces Jesús dijo: ¿No han sido curados los diez? ¿Dónde están, pues, los otros nueve? — No se ha encontrado a nadie que haya vuelto y haya dado gloria a Dios, salvo este extranjero. — Y le dijo: Levántate; ve, tu fe te ha salvado. (San Lucas, cap. xvii, vv. del 11 al 19.)

17 Los samaritanos eran cismáticos, más o menos como los protestantes con respecto a los católicos, y los judíos los despreciaban como herejes. Jesús, al curar indistintamente a los samaritanos y a los judíos, daba a la vez una lec-

ción y un ejemplo de tolerancia; y, al destacar que solo el samaritano había vuelto a dar gloria a Dios, mostraba que había en él más fe verdadera y gratitud que en quienes se decían ortodoxos.

17.2 Al añadir: «Tu fe te ha salvado», hace ver que Dios mira el fondo del corazón y no la forma exterior de la adoración. Sin embargo, los demás fueron curados; era necesario para la lección que quería dar y para demostrar su ingratitud; pero ¿quién sabe qué habrá resultado de ello y si habrán aprovechado el favor que se les había concedido?

17.3 Al decir al samaritano: «Tu fe te ha salvado», Jesús da a entender que no ocurrirá lo mismo con los demás.

18 Mano seca

Jesús entró otra vez en la sinagoga, donde encontró a un hombre que tenía una mano seca. — Y lo observaban para ver si lo curaría en sábado, a fin de tener un motivo para acusarlo. — Entonces dijo a aquel hombre que tenía una mano seca: Levántate, ponte ahí en medio. — Luego les dijo: ¿Está permitido en sábado hacer el bien o el mal, salvar la vida o quitarla? Y ellos guardaron silencio. — Pero él, mirándolos con ira, afligido por la ceguera de sus corazones, dijo a aquel hombre: Extiende la mano. Él la extendió y quedó sana.

Enseguida los fariseos salieron y se reunieron con los herodianos para deliberar sobre el modo de acabar con él. — Pero Jesús se retiró con sus discípulos hacia el mar, donde una gran multitud lo siguió desde Galilea y Judea, —desde Jerusalén, Idumea y más allá del Jordán; y los de los alrededores de Tiro y Sidón, al oír hablar de las cosas que hacía, acudieron en gran número a buscarlo. (San Marcos, cap. III, vv. del 1 al 8.)

19 La mujer encorvada

Jesús enseñaba en una sinagoga todos los sábados. — Y un día vio allí a una mujer poseída por un Espíritu que la tenía enferma desde hacía dieciocho años; y estaba tan encorvada que no podía mirar hacia arriba en absoluto. — Jesús, al verla, la llamó y le dijo: Mujer, estás liberada de tu dolencia. — Al mismo tiempo le impuso las manos; y, al enderezarse enseguida, ella dio gloria a Dios.

Pero el jefe de la sinagoga, indignado porque Jesús la había curado en sábado, dijo al pueblo: Hay seis días destinados a trabajar; vengan en esos días para ser curados, y no en sábado.

El Señor tomó la palabra y le dijo: Hipócritas, ¿hay alguno de ustedes que no desate a su buey o a su asno del pesebre en sábado y lo lleve a beber? — ¿Por qué, pues, no había que liberar de sus ataduras en sábado a esta hija de Abraham, a quien Satanás había tenido así atada durante dieciocho años?

Ante estas palabras, todos sus adversarios quedaron confundidos, y todo el pueblo se alegraba de verlo realizar tantas acciones gloriosas. (San Lucas, cap. xiii, vv. del 10 al 17.)

20 Este hecho demuestra que en aquella época la mayoría de las enfermedades se atribuían al demonio, y que se confundía, como hoy, a los poseídos con los enfermos, pero en sentido inverso; es decir, que hoy quienes no creen en los malos Espíritus confunden las obsesiones con las enfermedades patológicas.

21 Paralítico de la piscina

Después de esto, al llegar la fiesta de los judíos, Jesús fue a Jerusalén. — Había en Jerusalén la piscina de las Ovejas, llamada en hebreo Betsaida, que tenía cinco galerías, — en las cuales yacían numerosos enfermos, ciegos, co-

jos y personas con los miembros atrofiados, que esperaban que el agua se agitara. — Porque el ángel del Señor, en cierto momento, descendía a esta piscina y agitaba el agua; y el primero que entraba, después de que el agua se hubiera agitado de ese modo, quedaba curado, cualquiera que fuera su enfermedad.

Había allí un hombre que llevaba treinta y ocho años enfermo. — Jesús, al verlo tendido y sabiendo que llevaba mucho tiempo enfermo, le dijo: ¿Quiere usted curarse? — El enfermo respondió: Señor, no tengo a nadie que me meta en la piscina después de que el agua se agita; y, mientras tardo en llegar, otro baja antes que yo. — Jesús le dijo: Levántese, tome su cama y camine. — Al instante aquel hombre quedó curado; y, tomando su cama, comenzó a caminar. Aquel día era sábado.

Los judíos dijeron entonces al que había sido curado: Hoy es sábado; no le está permitido llevar su cama. — Él les respondió: El que me curó me dijo: Tome su cama y camine. — Le preguntaron: ¿Quién es ese hombre que le dijo: Tome su cama y camine? — Pero el que había sido curado ni siquiera sabía quién era, pues Jesús se había apartado de la multitud que estaba allí.

Más tarde, Jesús encontró a aquel hombre en el templo y le dijo: Ya ve que está curado; en adelante no peque más, para que no le suceda algo peor.

Aquel hombre fue a ver a los judíos y les dijo que era Jesús quien lo había curado. — Y por esta razón los judíos perseguían a Jesús, porque hacía aquellas cosas en sábado. — Entonces Jesús les dijo: Mi Padre no deja de obrar ahora, y yo también obro sin cesar. (San Juan, cap. v, vv. del 1 al 17.)

22 Piscina (del latín piscis, pez) se decía, entre los romanos, de los depósitos o viveros donde se criaban peces. Más tarde, el significado de esta palabra se extendió a los estanques donde se bañaban en común.

La piscina de Betsaida, en Jerusalén, era una cisterna cercana al Templo, alimentada por un manantial natural cuya agua parece haber tenido propiedades curativas. Sin duda era un manantial intermitente que, en ciertas épocas, brotaba con fuerza y agitaba el agua. Según la creencia popular, ese momento era el más favorable para las curaciones; quizá, en realidad, al brotar, el agua tenía una propiedad más activa, o la agitación producida por el agua que brotaba removía el lodo beneficioso para ciertas enfermedades. Estos efectos son muy naturales y hoy se conocen perfectamente; pero entonces las ciencias estaban poco adelantadas, y se veía una causa sobrenatural en la mayoría de los fenómenos que no se comprendían. Los judíos atribuían, por tanto, la agitación de aquella agua a la presencia de un ángel, y esta creencia les parecía tanto más fundada cuanto que, en ese momento, el agua era más beneficiosa.

Después de curar a aquel hombre, Jesús le dijo: «En adelante no peque más, para que no le suceda algo peor». Con estas palabras le da a entender que su enfermedad era un castigo y que, si no mejora, podrá ser castigado de nuevo con mayor rigor. Esta doctrina concuerda completamente con la que enseña el Espiritismo.

23 Jesús parecía proponerse realizar sus curaciones en sábado para tener ocasión de protestar contra el rigorismo de los fariseos en lo relativo a la observancia de ese día. Quería mostrarles que la verdadera piedad no consiste en la observancia de las prácticas externas y de las formalidades, sino que reside en los sentimientos del corazón.

23.2 Se justifica diciendo: «Mi Padre no deja de obrar hasta el presente, y yo también obro sin cesar»; es decir, Dios no suspende sus obras ni su acción sobre las cosas de la naturaleza en sábado, sigue haciendo que se pro-

duzca lo necesario para su alimento y su salud, y yo sigo su ejemplo.

24 Ciego de nacimiento

Al pasar Jesús, vio a un hombre que era ciego de nacimiento; — y sus discípulos le hicieron esta pregunta: Maestro, ¿es el pecado de este hombre, o el pecado de quienes lo trajeron al mundo, la causa de que haya nacido ciego? Jesús les respondió: No es que haya pecado él ni quienes lo trajeron al mundo, sino que es para que las obras del poder de Dios se manifiesten en él. — Es preciso que yo haga las obras de Aquel que me ha enviado mientras es de día; viene la noche, durante la cual nadie puede obrar. — Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo.

Después de decir esto, escupió en el suelo y, haciendo barro con su saliva, untó con ese barro los ojos del ciego, — y le dijo: Vaya a lavarse en la piscina de Siloé, que significa Enviado. Fue, pues, se lavó allí y regresó viendo con claridad.

Sus vecinos y quienes lo habían visto antes pedir limosna decían: ¿No es este el que estaba sentado y pedía limosna? Unos respondían: Es él; — otros decían: No, es uno que se le parece. Pero él les decía: Soy yo mismo. — Entonces le dijeron: ¿Cómo se le han abierto los ojos? — Les respondió: Ese hombre al que llaman Jesús hizo barro y me untó con él los ojos, y me dijo: Vaya a la piscina de Siloé y lávese allí. Fui, me lavé y veo. — Le dijeron: ¿Dónde está? Les respondió: No lo sé.

Entonces llevaron ante los fariseos a aquel hombre que había sido ciego. — Era sábado cuando Jesús había hecho aquel barro y le había abierto los ojos. Los fariseos también lo interrogaron para saber cómo había recobrado la vista. Y él les dijo: Me puso barro en los ojos; me lavé y veo. — Ante esto, algunos fariseos dijeron: Este hombre no ha sido enviado por Dios, puesto

que no guarda el sábado. Pero otros decían: ¿Cómo podría un hombre malvado hacer tales prodigios? Y había división entre ellos por este motivo.
Entonces volvieron a decirle al ciego: Y tú, ¿qué dices de ese hombre que te ha abierto los ojos? Respondió: Digo que es un profeta. — Pero los judíos no creyeron que aquel hombre hubiera sido ciego y hubiera recobrado la vista hasta que hicieron venir a su padre y a su madre, — a quienes interrogaron, diciendo: ¿Es este su hijo, del que dicen que nació ciego? ¿Cómo es que ahora ve? — El padre y la madre respondieron: Sabemos que este es nuestro hijo y que nació ciego; — pero no sabemos cómo ve ahora, ni sabemos quién le ha abierto los ojos. Pregúntenle; tiene edad suficiente para responder por sí mismo.
Su padre y su madre hablaban así porque temían a los judíos; pues los judíos ya habían acordado que cualquiera que reconociera a Jesús como el Cristo sería expulsado de la sinagoga. — Esto fue lo que obligó al padre y a la madre a responder: Tiene edad suficiente, pregúntenle a él mismo.
Llamaron, pues, por segunda vez a aquel hombre que había sido ciego y le dijeron: Da gloria a Dios; nosotros sabemos que ese hombre es un pecador. — Él les respondió: Si es un pecador, no lo sé; pero lo único que sé es que yo era ciego y ahora veo. — Le dijeron de nuevo: ¿Qué te hizo y cómo te abrió los ojos? — Les respondió: Ya se lo he dicho y lo han oído; ¿por qué quieren oírlo otra vez? ¿Acaso quieren hacerse discípulos suyos? — Ante esto, lo llenaron de insultos y le dijeron: Sé tú su discípulo; nosotros somos discípulos de Moisés. — Sabemos que Dios habló a Moisés, pero de este no sabemos de dónde sale.
Aquel hombre les respondió: Lo asombroso es que ustedes no sepan de dónde es, y que me haya abierto los ojos. — Sabemos que Dios no escucha a los pecadores; pero, si alguien lo honra y hace su voluntad, a ese lo escu-

cha. — Desde que existe el mundo, jamás se ha oído decir que alguien haya abierto los ojos a un ciego de nacimiento. — Si este hombre no hubiera sido enviado por Dios, no podría hacer nada de lo que ha hecho.
Le respondieron: Desde el vientre de tu madre eres todo pecado, ¿y quieres enseñarnos? Y lo expulsaron. (San Juan, cap. ix, vv. del 1 al 34.)

25 Este relato tan sencillo y tan ingenuo lleva en sí un carácter evidente de verdad. Nada fantástico ni maravilloso; es una escena de la vida real captada en el momento. El lenguaje de este ciego es precisamente el de esos hombres sencillos en quienes el buen sentido suple el saber y que rebaten los argumentos de sus adversarios con sencillez y con razones a las que no les faltan ni exactitud ni oportunidad. ¿No es el tono de los fariseos el de esos orgullosos que no admiten nada por encima de su inteligencia y se indignan ante la sola idea de que un hombre del pueblo pueda darles lecciones? Salvo por el color local de los nombres, uno creería estar en nuestro tiempo.
Ser expulsado de la sinagoga equivalía a ser excluido de la Iglesia; era una especie de excomunión. Los espiritistas, cuya doctrina es la de Cristo interpretada según el progreso de los conocimientos actuales, son tratados como los judíos que reconocían a Jesús como el Mesías; al excomulgarlos, se los excluye de la Iglesia, como hicieron los escribas y los fariseos con los partidarios de Jesús. ¡Así, he aquí a un hombre que es expulsado porque no puede creer que quien lo curó sea un pecador y un poseído por el demonio, y porque glorifica a Dios por su curación! ¿No es esto lo que se hace con los espiritistas? Lo que obtienen: sabios consejos de los Espíritus, retorno a Dios y al bien, curaciones, todo es obra del diablo, y se lanza el anatema contra ellos. ¿No se ha visto a sacerdotes decir, desde el púlpito, que era

mejor seguir siendo incrédulo que volver a la fe por el Espiritismo? ¿No se los ha visto decir a los enfermos que no debían dejarse curar por los espiritistas que poseen ese don, porque es un don satánico? ¿Qué más decían y hacían los sacerdotes judíos y los fariseos? Por lo demás, está dicho que hoy todo debe suceder como en tiempos de Cristo.

Esta pregunta de los discípulos: ¿Es el pecado de este hombre la causa de que haya nacido ciego?, indica la intuición de una existencia anterior; de otro modo, no tendría sentido, pues el pecado que fuera la causa de una enfermedad de nacimiento tendría que haberse cometido antes del nacimiento y, por consiguiente, en una existencia anterior. Si Jesús hubiera visto en ello una idea falsa, les habría dicho: «¿Cómo habría podido pecar este hombre antes de nacer?». En lugar de eso, les dice que, si aquel hombre es ciego, no es porque haya pecado, sino para que el poder de Dios se manifieste en él; es decir, que debía ser el instrumento de una manifestación del poder de Dios. Si no era una expiación del pasado, era una prueba que debía servir para su progreso, pues Dios, que es justo, no podía imponerle un sufrimiento sin compensación.

En cuanto al medio empleado para curarlo, es evidente que aquella especie de barro hecho con saliva y tierra solo podía tener virtud por la acción del fluido curativo del que estaba impregnado; así es como las sustancias más insignificantes, el agua, por ejemplo, pueden adquirir cualidades poderosas y efectivas bajo la acción del fluido espiritual o magnético al que sirven de vehículo o, si se quiere, de depósito.

26 Numerosas curaciones de Jesús

Jesús recorría toda Galilea, enseñando en las sinagogas, predicando el Evangelio del reino y curando todas las dolencias y todas las enfermedades entre

el pueblo. — Y, al extenderse su fama por toda Siria, le presentaban a todos los enfermos y a los afligidos por diversos males y dolores, a los poseídos, a los lunáticos y a los paralíticos, y él los curaba; — y una gran multitud lo siguió desde Galilea, Decápolis, Jerusalén, Judea y del otro lado del Jordán. (San Mateo, cap. iv, v. 23, 24, 25.)

27 De todos los hechos que dan testimonio del poder de Jesús, los más numerosos son, sin duda, las curaciones; con ellas quería demostrar que el verdadero poder es el que hace el bien, que su propósito era ser útil y no satisfacer la curiosidad de los indiferentes con cosas extraordinarias.

Al aliviar el sufrimiento, se ganaba el corazón de las personas y conseguía seguidores más numerosos y más sinceros que si solo los hubiera impresionado con un espectáculo para los ojos. Por este medio se hacía amar, mientras que, si se hubiera limitado a producir efectos materiales sorprendentes, como los que pedían los fariseos, la mayoría solo habría visto en él a un hechicero o a un hábil prestidigitador al que los ociosos habrían ido a ver para distraerse.

Así, cuando Juan el Bautista le envía a sus discípulos para preguntarle si es el Cristo, no dice: «Lo soy», pues cualquier impostor habría podido decir lo mismo; no les habla de prodigios ni de cosas maravillosas, sino que les responde sencillamente: «Id a decir a Juan: Los ciegos ven, los enfermos son curados, los sordos oyen, el Evangelio es anunciado a los pobres». Era como decirle: «Reconocedme por mis obras, juzgad el árbol por su fruto», pues en ello está el verdadero carácter de su misión divina.

28 También por el bien que hace demuestra el Espiritismo su misión providencial. Cura los males físicos, pero cura sobre todo las enfermedades morales, y estos son los mayores prodigios con los que se afirma. Sus adeptos

más sinceros no son quienes solo han quedado impresionados al ver fenómenos extraordinarios, sino aquellos cuyo corazón ha sido tocado por el consuelo; quienes han sido liberados de los tormentos de la duda; aquellos cuyo ánimo se ha fortalecido en las aflicciones, que han encontrado fuerza en la certeza del porvenir que ha venido a traerles, en el conocimiento de su ser espiritual y de su destino. Esos son aquellos cuya fe es inquebrantable, porque sienten y comprenden.

Quienes solo ven en el Espiritismo efectos materiales no pueden comprender su poder moral; por eso los incrédulos que solo lo conocen por fenómenos cuya causa primera no admiten no ven en los espíritas más que prestidigitadores y charlatanes. Por tanto, el Espiritismo no triunfará sobre la incredulidad mediante prodigios, sino multiplicando sus beneficios morales, pues, aunque los incrédulos no admitan los prodigios, conocen como todo el mundo el sufrimiento y las aflicciones, y nadie rechaza el alivio y el consuelo. (Cap. XIV, n.º 30.)

29 Llegaron después a Cafarnaún; y Jesús, entrando enseguida en la sinagoga el día de sábado, les enseñaba; — y estaban asombrados de su doctrina, porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas.

Había en la sinagoga un hombre poseído por un Espíritu impuro, que gritó, — diciendo: ¿Qué hay entre tú y nosotros, Jesús de Nazaret? ¿Has venido para perdernos? Sé quién eres: eres el santo de Dios. — Pero Jesús, hablándole con tono amenazante, le dijo: Cállate y sal de este hombre.

— Entonces el Espíritu impuro, agitándose con violentas convulsiones y dando un gran grito, salió de él.

Todos quedaron tan sorprendidos que se preguntaban unos a otros: ¿Qué es esto? ¿Y qué es esta nueva doctrina? Manda con autoridad incluso a los Espíritus impuros, y ellos le obedecen. (San Marcos, cap. i, v. de 2 1 a 27.)

30 Después de que salieron, le presentaron a un hombre mudo poseído por el demonio. — Una vez expulsado el demonio, el mudo habló, y el pueblo quedó maravillado, y decían: Nunca se ha visto nada semejante en Israel.
Pero los fariseos decían, por el contrario: Por el príncipe de los demonios expulsa a los demonios. (San Mateo, cap. ix, v. 32 a 34.)

31 Cuando llegó al lugar donde estaban los otros discípulos, vio a una gran multitud de personas a su alrededor y a unos escribas que discutían con ellos. — En cuanto todo el pueblo vio a Jesús, quedó lleno de asombro y de temor; corrieron hacia él y lo saludaron.
Entonces les preguntó: ¿De qué discutís entre vosotros? — Y un hombre de entre el pueblo, tomando la palabra, le dijo: Maestro, te he traído a mi hijo, que está poseído por un Espíritu mudo; — y dondequiera que se apodera de él, lo arroja al suelo, y el niño echa espuma, rechina los dientes y se queda completamente seco. He pedido a tus discípulos que lo expulsen, pero no han podido.
Jesús les respondió: Oh, gente incrédula, ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os soportaré? ¿Me lo traéis?
— Se lo trajeron; y apenas vio a Jesús, el Espíritu comenzó a agitarlo con violencia, y cayó al suelo, donde se revolcaba echando espuma.
Jesús preguntó al padre del niño: ¿Cuánto tiempo hace que le sucede esto? Desde su infancia, dijo el padre. — Y el Espíritu lo ha arrojado muchas veces, unas al fuego y otras al agua, para hacerlo perecer; pero, si puedes hacer algo, ten compasión de nosotros y socórrenos.

Jesús le respondió: Si puedes creer, todo es posible para quien cree. — Enseguida el padre del niño exclamó y le dijo entre lágrimas: Señor, creo, ayúdame en mi incredulidad.
Y Jesús, viendo que el pueblo acudía en tropel, habló con amenazas al Espíritu impuro y le dijo: Espíritu sordo y mudo, sal del niño, te lo ordeno, y no vuelvas a entrar en él. — Entonces aquel Espíritu, dando un gran grito y agitándolo con violentas convulsiones, salió, y el niño quedó como muerto, de modo que muchos decían que había muerto. — Pero Jesús lo tomó de la mano y lo incorporó, y él se levantó.
Cuando Jesús entró en la casa, sus discípulos le dijeron en privado: ¿Por qué no hemos podido expulsar a ese demonio? — Él les respondió: Esta clase de demonios no puede ser expulsada por ningún otro medio que la oración y el ayuno. (San Marcos, cap. ix, v. de 13 a 28.)

32 Entonces le presentaron a un poseído ciego y mudo, y lo curó, de modo que comenzó a hablar y a ver. — Todo el pueblo quedó lleno de admiración, y decían: ¿No es este el hijo de David?
Pero los fariseos, al oír esto, decían: Este hombre solo expulsa a los demonios por el poder de Belcebú, príncipe de los demonios.
Jesús, conociendo sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido contra sí mismo será arruinado, y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no podrá subsistir. — Si Satanás expulsa a Satanás, está dividido contra sí mismo; ¿cómo subsistirá entonces su reino? — Y si yo expulso a los demonios por Belcebú, ¿por quién los expulsan vuestros hijos? Por eso ellos mismos serán vuestros jueces. — Si expulso a los demonios por el Espíritu de Dios, entonces el reino de Dios ha llegado hasta vosotros. (San Mateo, cap. xii, v. 22 a 28.)

33 Las liberaciones de poseídos figuran, junto con las curaciones, entre los actos más numerosos de Jesús. Entre los hechos de esta naturaleza, hay algunos, como el relatado más arriba, n.º 30, en los que la posesión no es evidente.

33.2 Es probable que en aquella época, como aún ocurre en nuestros días, se atribuyeran a la influencia de los demonios todas las enfermedades cuya causa era desconocida, principalmente el mutismo, la epilepsia y la catalepsia.

33.3 Pero hay otros en los que la acción de los malos Espíritus no es dudosa; presentan una analogía tan sorprendente con aquellos de los que somos testigos que se reconocen en ellos todos los síntomas de este género de afección.

33.4 La prueba de la participación de una inteligencia oculta en tales casos se desprende de un hecho material: las numerosas curaciones radicales obtenidas en algunos centros espíritas mediante la sola evocación y moralización de los Espíritus obsesores, sin magnetización ni medicamentos, y a menudo en ausencia y a distancia del paciente.

33.5 La inmensa superioridad de Cristo le daba tal autoridad sobre los Espíritus imperfectos, llamados entonces demonios, que le bastaba ordenarles que se retiraran para que no pudieran resistirse a esa orden. (Cap. XIV, n.º 46.)

34 El hecho de que se enviaran malos Espíritus al cuerpo de unos cerdos es contrario a toda probabilidad. Un Espíritu malo no deja por ello de ser un Espíritu humano todavía lo bastante imperfecto como para hacer el mal después de la muerte, como lo hacía antes, y es contrario a las leyes de la naturaleza que pueda animar el cuerpo de un animal; hay que ver en ello, por

tanto, una de esas amplificaciones de un hecho real comunes en tiempos de ignorancia y de superstición; o quizá una alegoría para caracterizar las inclinaciones inmundas de ciertos Espíritus.

35 Los obsesados y los poseídos parecen haber sido muy numerosos en Judea en tiempos de Jesús, lo que le daba ocasión de curar a muchos. Los malos Espíritus habían invadido sin duda aquel país y causado una epidemia de posesiones. (Cap. XIV, n.º 49.)

Sin llegar a un estado epidémico, las obsesiones individuales son sumamente frecuentes y se presentan bajo aspectos muy variados que un conocimiento profundo del Espiritismo permite reconocer fácilmente; a menudo pueden tener consecuencias perjudiciales para la salud, ya sea agravando afecciones orgánicas o provocándolas. Sin duda, algún día se incluirán entre las causas patológicas que requieren, por su naturaleza especial, medios curativos especiales. El Espiritismo, al dar a conocer la causa del mal, abre un nuevo camino al arte de curar y proporciona a la ciencia el medio de tener éxito allí donde muchas veces fracasa solo por no atacar la causa primera del mal. (Libro de los Médiums, cap. xxi.)

36 Los fariseos acusaban a Jesús de expulsar a los demonios por medio de los demonios; incluso el bien que hacía era, según ellos, obra de Satanás, sin reflexionar que Satanás, al expulsarse a sí mismo, haría algo propio de un insensato. Esta doctrina sigue siendo la que la Iglesia intenta hacer prevalecer hoy contra las manifestaciones espíritas (1).

(1) «Si Jesús hubiera obrado sus milagros por el poder del demonio, el demonio habría trabajado, pues, para destruir su imperio, y habría empleado su poder contra sí mismo. Ciertamente, un demonio que buscara destruir el reino del vicio para establecer el de la virtud sería un demonio extraño.

Por eso Jesús, para rechazar la absurda acusación de los judíos, les decía: "Si obro prodigios en nombre del demonio, el demonio está, pues, dividido contra sí mismo; busca, pues, destruirse"; respuesta que no admite réplica».

Este es precisamente el argumento que los espiritistas oponen a quienes atribuyen al demonio los buenos consejos que reciben de los Espíritus. El demonio actuaría como un ladrón de profesión que devolviera todo lo que ha robado y exhortara a los demás ladrones a convertirse en personas honradas.

37 Hija de Jairo

Habiendo pasado Jesús de nuevo en la barca a la otra orilla, mientras estaba junto al mar, una gran multitud se reunió a su alrededor. Y un jefe de sinagoga, llamado Jairo, vino a buscarlo; y al encontrarlo, se arrojó a sus pies, — y le suplicaba con gran insistencia, diciéndole: Tengo una hija que está a punto de morir; venga a imponerle las manos para curarla y salvarle la vida. Jesús se fue con él, y lo seguía una gran multitud que lo apretujaba.

Mientras él (Jairo) hablaba todavía, llegaron unas personas de la casa del jefe de la sinagoga y le dijeron: Su hija ha muerto; ¿por qué quiere molestar al Maestro haciéndolo ir más lejos? — Pero Jesús, al oír estas palabras, dijo al jefe de la sinagoga: No tema, solo crea. — Y no permitió que nadie lo siguiera, salvo Pedro, Santiago y Juan, hermano de Santiago.

Al llegar a la casa de aquel jefe de la sinagoga, vio un grupo de personas alborotadas que lloraban y daban grandes gritos; — y al entrar les dijo: ¿Por qué hacen tanto ruido y por qué lloran? Esta niña no está muerta, solo está dormida. — Y se burlaban de él. Después de hacer salir a todos, tomó al padre y a la madre de la niña y a los que habían venido con él, y entró en el

lugar donde la niña estaba acostada. — La tomó de la mano y le dijo: Talitha cumi, es decir: Hija mía, levántate, te lo ordeno.

— En ese mismo instante, la niña se levantó y se puso a caminar; pues tenía doce años, y quedaron extraordinariamente asombrados. (San Marcos, cap. v, v. del 21 al 43.)

Hijo de la viuda de Naím

Al día siguiente, Jesús iba a una ciudad llamada Naím, y sus discípulos lo acompañaban junto con una gran multitud. — Cuando estaba cerca de la puerta de la ciudad, sucedió que llevaban a enterrar a un muerto, que era hijo único de su madre, y aquella mujer era viuda, y una gran cantidad de personas de la ciudad iba con ella. — El Señor, al verla, se compadeció de ella y le dijo: No llore. — Luego, acercándose, tocó el féretro, y quienes lo llevaban se detuvieron. Entonces dijo: Joven, levántate, te lo ordeno. — Al instante el muerto se incorporó y empezó a hablar; y Jesús se lo devolvió a su madre.

Todos los presentes se llenaron de temor y glorificaban a Dios, diciendo: Un gran profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado a su pueblo. — La noticia de este milagro que había hecho se difundió por toda Judea y por todas las regiones de los alrededores. (San Lucas, cap. vii, v. del 11 al 17.)

39 El hecho de que un individuo realmente muerto volviera a la vida corporal sería contrario a las leyes de la naturaleza y, por consiguiente, milagroso. Ahora bien, no es necesario recurrir a este orden de hechos para explicar las resurrecciones obradas por Cristo.

Si, entre nosotros, las apariencias engañan a veces a los profesionales de la medicina, los accidentes de esta naturaleza debían de ser mucho más fre-

cuentes en un país donde no se tomaba ninguna precaución y donde el entierro era inmediato (1). Hay, pues, muchas probabilidades de que, en los dos ejemplos anteriores, solo hubiera síncope o letargo. El propio Jesús lo dice expresamente de la hija de Jairo: Esta niña, dice, no está muerta; solo está dormida.

Dado el poder fluídico que poseía Jesús, nada tiene de extraño que el fluido vivificante, dirigido por una voluntad firme, haya reanimado los sentidos adormecidos; que incluso haya podido hacer volver al cuerpo al Espíritu que estaba a punto de abandonarlo, mientras el lazo periespiritual no estuviera definitivamente roto. Para los hombres de aquel tiempo, que creían al individuo muerto en cuanto dejaba de respirar, había resurrección, y pudieron afirmarlo de muy buena fe; pero en realidad había curación y no resurrección en el sentido de la palabra.

(1) «Ananías, al oír estas palabras, cayó y entregó el Espíritu; y todos los que oyeron hablar de ello se llenaron de un gran temor. — Enseguida, unos jóvenes vinieron a recoger su cuerpo y, después de llevárselo, lo enterraron. — Unas tres horas después, entró su mujer (Safira), que no sabía lo que había sucedido. — Y Pedro le dijo..., etc. — En ese mismo momento ella cayó a sus pies y entregó el Espíritu. Al entrar, aquellos jóvenes la encontraron muerta; y, llevándosela, la enterraron junto a su marido.»

40 La resurrección de Lázaro, por más que se diga, no invalida en absoluto este principio. Llevaba, se dice, cuatro días en el sepulcro; pero se sabe que hay letargos que duran ocho días y más. Se añade que olía mal, lo cual es una señal de descomposición. Esta afirmación tampoco prueba nada, puesto que en ciertos individuos hay una descomposición parcial del cuerpo incluso antes de la muerte, y despiden un olor a podredumbre. La

muerte solo llega cuando se ven afectados los órganos esenciales para la vida.

¿Y quién podía saber si olía mal? Es su hermana Marta quien lo dice, pero ¿cómo lo sabía? Como Lázaro llevaba cuatro días enterrado, ella podía suponerlo, pero no tener la certeza. (Cap. XIV, n.º 29.) (1)

Enseguida, Jesús obligó a sus discípulos a subir a la barca y pasar a la otra orilla antes que él, mientras despedía al pueblo. — Después de despedirlo, subió solo a una montaña para orar; y al llegar la noche, se encontraba solo en aquel lugar.

Entretanto, la barca era fuertemente azotada por las olas en medio del mar, porque el viento era contrario. — Pero en la cuarta vigilia de la noche, Jesús fue hacia ellos caminando sobre el mar (1). — Cuando lo vieron caminar así sobre el mar, se turbaron y decían: Es un fantasma, y gritaron de miedo. — Enseguida Jesús les habló y les dijo: Tranquilícense, soy yo, no teman.

Pedro le respondió: Señor, si es usted, mande que yo vaya hacia usted caminando sobre las aguas. — Jesús le dijo: Ven. Y Pedro, bajando de la barca, caminaba sobre el agua para ir hacia Jesús. Pero al ver un viento fuerte, tuvo miedo; y al empezar a hundirse, gritó: Señor, sálveme. — Enseguida Jesús, tendiéndole la mano, lo sujetó y le dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado? — Y al subir a la barca, cesó el viento. — Entonces los que estaban en aquella barca se acercaron a él y lo adoraron, diciéndole: Usted es verdaderamente hijo de Dios. (San Mateo, cap. xiv, v. del 22 al 33.)

(1) El siguiente hecho demuestra que la descomposición precede a veces a la muerte. En el convento del Buen Pastor, fundado en Tolón por el abate Marin, capellán de los presidios, para las jóvenes arrepentidas, se encontraba una mujer joven que había soportado los sufrimientos más terribles con la calma y la impasibilidad de una víctima expiatoria. En medio de los

dolores, parecía sonreír ante una visión celestial; como santa Teresa, pedía sufrir aún más, su carne se desprendía en jirones, la gangrena invadía sus miembros; por una sabia previsión, los médicos habían recomendado enterrar el cuerpo inmediatamente después del fallecimiento. ¡Cosa extraña! Apenas hubo exhalado el último suspiro, se detuvo todo proceso de descomposición; cesaron las emanaciones cadavéricas; durante treinta y seis horas permaneció expuesta a las oraciones y a la veneración de la comunidad.

42 Este fenómeno encuentra su explicación natural en los principios expuestos anteriormente, cap. XIV, n.º 43.
Ejemplos semejantes demuestran que no es imposible ni milagroso, puesto que está dentro de las leyes de la naturaleza. Puede haberse producido de dos maneras.
Jesús, aunque estaba vivo, pudo aparecer sobre el agua bajo una forma tangible, mientras su cuerpo carnal estaba en otro lugar; esta es la hipótesis más probable. Incluso se pueden reconocer, en el relato, ciertos signos característicos de las apariciones tangibles. (Cap. XIV, n.os 35
Por otro lado, su cuerpo pudo haber sido sostenido y su peso neutralizado por la misma fuerza fluídica que mantiene una mesa en el espacio sin punto de apoyo. El mismo efecto se ha producido varias veces en cuerpos humanos.

43 Seis días después, Jesús tomó a Pedro, Santiago y Juan, y los llevó solos con él a una montaña alta, a un lugar apartado (1), y se transfiguró ante ellos. — Y mientras oraba, su rostro pareció completamente distinto; sus vestiduras se volvieron resplandecientes de luz y blancas como la nieve, de modo que no hay batanero en la tierra que pueda dejarlas tan blancas.

— Y vieron aparecer a Elías y a Moisés, que conversaban con Jesús.
Entonces Pedro dijo a Jesús: Maestro, estamos bien aquí; hagamos aquí tres tiendas: una para usted, una para Moisés y una para Elías; — pues no sabía lo que decía, de tan asustado que estaba.
Al mismo tiempo, apareció una nube que los cubrió; y de aquella nube salió una voz que pronunció estas palabras: Este es mi hijo amado; escúchenlo.
Enseguida, al mirar a su alrededor, ya no vieron a nadie más que a Jesús, que se había quedado solo con ellos.
Cuando bajaban de la montaña, les ordenó que no hablaran con nadie de lo que habían visto hasta que el Hijo del hombre hubiera resucitado de entre los muertos. — Y mantuvieron aquello en secreto, preguntándose unos a otros qué quería decir con estas palabras: Hasta que el Hijo del hombre hubiera resucitado de entre los muertos. (San Marcos, cap. ix, v. del 1 al 9.)

[44] También es en las propiedades del fluido periespiritual donde puede encontrarse la razón de este fenómeno. La transfiguración, explicada en el cap. XIV, n.º 39, es un hecho bastante común que, como consecuencia de la irradiación fluídica, puede modificar la apariencia de un individuo; pero la pureza del periespíritu de Jesús pudo permitir a su Espíritu darle un resplandor excepcional. En cuanto a la aparición de Moisés y de Elías, encaja por completo en el caso de todos los fenómenos del mismo género. (Cap. XIV, n.os 35 y siguientes.)
De todas las facultades que se revelaron en Jesús, no hay ninguna que esté fuera de las condiciones de la humanidad y que no se encuentre en el común de los hombres, porque están en la naturaleza; pero, por la superiori-

dad de su esencia moral y de sus cualidades fluídicas, alcanzaban en él proporciones superiores a las del común de la gente. Nos representaba, aparte de su envoltura carnal, el estado de los Espíritus puros.

45 Un día, después de subir a una barca con sus discípulos, les dijo: Pasemos a la otra orilla del lago. Partieron, pues. — Y mientras cruzaban, se durmió. — Entonces un gran torbellino de viento se abatió de pronto sobre el lago, de modo que su barca se llenaba de agua y estaban en peligro.

45.2 — Se acercaron, pues, a él y lo despertaron, diciéndole: Maestro, perecemos. Jesús se levantó y habló con tono amenazador a los vientos y a las olas agitadas, y se apaciguaron, y sobrevino una gran calma.

45.3 — Entonces les dijo: ¿Dónde está, pues, su fe? Pero ellos, llenos de temor y admiración, se decían unos a otros: ¿Quién es este, que manda de este modo a los vientos y a las olas, y le obedecen? (San Lucas, cap. viii, v. del 22 al 25.)

46 Todavía no conocemos lo suficiente los secretos de la naturaleza para afirmar si existen o no inteligencias ocultas que presiden la acción de los elementos.
Según esta hipótesis, el fenómeno en cuestión podría ser el resultado de un acto de autoridad sobre esas mismas inteligencias y demostraría un poder que a ningún hombre le es dado ejercer.
En cualquier caso, Jesús, durmiendo tranquilamente durante la tempestad, muestra una seguridad que puede explicarse por el hecho de que su Espíritu veía que no había ningún peligro y que la tormenta iba a calmarse.

47 Este milagro, mencionado únicamente en el Evangelio de san Juan, se presenta como el primero que hizo Jesús, y por ello debería haber llamado aún más la atención; debió de causar muy poca impresión, puesto que nin-

gún otro evangelista habla de él. Un hecho tan extraordinario debería haber asombrado en sumo grado a los comensales, y sobre todo al dueño de la casa, quienes ni siquiera parecen haberse dado cuenta de él.

Considerado en sí mismo, este hecho tiene poca importancia comparado con los que dan verdadero testimonio de las cualidades espirituales de Jesús. Admitiendo que las cosas sucedieran tal como se relatan, llama la atención que sea el único fenómeno de este género que produjo; su naturaleza era demasiado elevada para dedicarse a efectos puramente materiales, capaces únicamente de despertar la curiosidad de la multitud, que lo habría equiparado a un mago; sabía que las cosas útiles le ganarían más simpatías y le atraerían más adeptos que aquellas que podían pasar por juegos de habilidad y no tocaban el corazón.

Aunque, en rigor, el hecho pueda explicarse hasta cierto punto por una acción fluídica que, como muestran algunos ejemplos del magnetismo, habría cambiado las propiedades del agua dándole el sabor del vino, esta hipótesis es poco probable, puesto que, en tal caso, el agua, al tener solo el sabor del vino, habría conservado su color, lo que sin duda habría llamado la atención. Es más razonable ver en ello una de esas parábolas tan frecuentes en las enseñanzas de Jesús, como la del Hijo pródigo, la del banquete de bodas y tantas otras. Durante la comida habría hecho una alusión al vino y al agua, de la que habría sacado una enseñanza. Lo que justifica esta opinión son las palabras que le dirige al respecto el encargado del banquete: «Todo hombre sirve primero el buen vino, y después de que se ha bebido mucho, sirve entonces el de menor calidad; pero tú has reservado el buen vino hasta ahora».

[48] La multiplicación de los panes es uno de los milagros que más han intrigado a los comentaristas, al mismo tiempo que ha dado pie a las burlas de los incrédulos. Sin tomarse la molestia de ahondar en su sentido alegórico, estos últimos solo han visto en él un cuento pueril; pero la mayoría de las personas serias han visto en este relato, aunque con una forma distinta de la habitual, una parábola que compara el alimento espiritual del alma con el alimento del cuerpo.

Sin embargo, se puede ver en él algo más que una imagen y admitir, desde cierto punto de vista, la realidad de un efecto material, sin recurrir por ello al prodigio. Sabemos que una gran preocupación del espíritu y la atención sostenida en una cosa hacen olvidar el hambre. Ahora bien, quienes seguían a Jesús eran personas ávidas de escucharlo: no tiene, pues, nada de extraño que, fascinadas por su palabra y quizá también por la poderosa acción magnética que ejercía sobre ellas, no sintieran la necesidad material de comer.

Jesús, que preveía este resultado, pudo, pues, tranquilizar a sus discípulos diciendo, con el lenguaje figurado que le era habitual, y admitiendo que realmente hubieran llevado algunos panes, que esos panes bastarían para saciar a la multitud. Al mismo tiempo les daba una lección: «Dadles vosotros mismos de comer», les decía; con ello les enseñaba que ellos también podían alimentar mediante la palabra.

Así, junto al sentido alegórico moral, pudo producirse un efecto fisiológico natural muy conocido. El prodigio, en este caso, está en el ascendiente de la palabra de Jesús, lo bastante poderosa para cautivar la atención de una multitud inmensa hasta el punto de hacerle olvidar que debía comer. Este poder moral da testimonio de la superioridad de Jesús mucho más que el hecho puramente material de la multiplicación de los panes, que debe con-

siderarse una alegoría.

Esta explicación queda, además, confirmada por el propio Jesús en los dos pasajes siguientes:

49 La levadura de los fariseos

Sus discípulos, al pasar al otro lado del agua, habían olvidado llevar panes. — Jesús les dijo: Cuidaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos. — Pero ellos pensaban y decían entre sí: Es porque no hemos traído panes.

Jesús, al saberlo, les dijo: Hombres de poca fe, ¿por qué habláis entre vosotros de que no habéis traído panes? ¿Todavía no comprendéis ni recordáis que cinco panes bastaron para cinco mil hombres, y cuántos cestos recogisteis? — ¿Y que siete panes bastaron para cuatro mil hombres, y cuántas canastas recogisteis? — ¿Cómo no comprendéis que no os hablaba de pan cuando os dije que os guardarais de la levadura de los fariseos y de los saduceos?

Entonces comprendieron que no les había dicho que se guardaran de la levadura que se pone en el pan, sino de la doctrina de los fariseos y de los saduceos. (San Mateo, cap. xvi, vv. 5 a 12.)

50 Al día siguiente, el pueblo, que había permanecido al otro lado del mar, observó que allí no había habido otra barca, y que Jesús no había subido a ella con sus discípulos, sino que los discípulos se habían marchado solos; — y como después habían llegado otras barcas de Tiberíades, cerca del lugar donde el Señor, tras dar gracias, los había alimentado con cinco panes; — y al saber por fin que Jesús no estaba allí, ni tampoco sus discípulos, subieron a esas barcas y fueron a Cafarnaúm a buscar a Jesús. — Y al encontrarlo al otro lado del mar, le dijeron: Maestro, ¿cuándo has venido aquí?

Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo que me buscáis, no por los milagros que habéis visto, sino porque os he dado pan para comer y os habéis saciado. — Trabajad para obtener, no el alimento que perece, sino el que permanece para la vida eterna y que os dará el Hijo del hombre, porque en él Dios Padre ha impreso su sello y su carácter.

Ellos le dijeron: ¿Qué haremos para realizar las obras de Dios? — Jesús les respondió: La obra de Dios es que creáis en aquel a quien él ha enviado.

Ellos le dijeron: ¿Qué milagro haces, pues, para que al verlo te creamos? ¿Qué haces de extraordinario? —

Nuestros padres comieron el maná en el desierto, según está escrito: Les dio a comer el pan del cielo.

Jesús les respondió: En verdad, en verdad os digo que Moisés no os dio el pan del cielo; es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo. — Porque el pan de Dios es el que ha descendido del cielo y da la vida al mundo.

Entonces le dijeron: Señor, danos siempre de ese pan.

Jesús les respondió: Yo soy el pan de vida; quien viene a mí no tendrá hambre, y quien cree en mí nunca tendrá sed. — Pero ya os lo he dicho: me habéis visto y no creéis.

En verdad, en verdad os digo que quien cree en mí tiene la vida eterna. — Yo soy el pan de vida. — Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. — Pero este es el pan que ha descendido del cielo para que quien lo coma no muera. (San Juan, cap. vi, vv. 22 a 36 y 47 a 50.)

51 En el primer pasaje, Jesús, al recordar el efecto producido anteriormente, da a entender con claridad que no se había tratado de panes materiales; de otro modo, la comparación que establece con la levadura de los fariseos no habría tenido objeto. «¿Todavía no comprendéis —dice— ni recordáis que

cinco panes bastaron para cinco mil hombres, y que siete panes bastaron para cuatro mil hombres? ¿Cómo no comprendéis que no os hablaba de pan cuando os dije que os guardarais de la levadura de los fariseos?» Esta comparación no tenía ninguna razón de ser en la hipótesis de una multiplicación material. El hecho habría sido lo bastante extraordinario en sí mismo para impresionar la imaginación de sus discípulos, quienes, sin embargo, no parecían recordarlo.

Esto se desprende con igual claridad del discurso de Jesús sobre el pan del cielo, en el que se esfuerza por hacer comprender el verdadero sentido del alimento espiritual.

«Trabajad —dice— para obtener, no el alimento que perece, sino el que permanece para la vida eterna y que os dará el Hijo del hombre». Este alimento es su palabra, que es el pan descendido del cielo y que da la vida al mundo. «Yo soy —dice— el pan de vida; quien viene a mí no tendrá hambre, y quien cree en mí nunca tendrá sed».

Pero estas distinciones eran demasiado sutiles para aquellas naturalezas rudas, que solo comprendían las cosas tangibles. El maná que había alimentado el cuerpo de sus antepasados era para ellos el verdadero pan del cielo; allí estaba el milagro. Por tanto, si el hecho de la multiplicación de los panes hubiera ocurrido materialmente, ¿cómo habrían quedado tan poco impresionados esos mismos hombres, en cuyo beneficio se habría producido pocos días antes, como para decirle a Jesús: «¿Qué milagro haces, pues, para que al verlo te creamos? ¿Qué haces de extraordinario?» Es que entendían por milagros los prodigios que pedían los fariseos, es decir, señales en el cielo realizadas a una orden, como por la varita de un encantador. Lo que hacía Jesús era demasiado sencillo y no se apartaba lo suficiente de las leyes

de la naturaleza; ni siquiera las curaciones tenían un carácter lo bastante extraño, lo bastante extraordinario; los milagros espirituales no tenían suficiente consistencia material para ellos.

52 Jesús transportado por el diablo a lo alto del Templo, luego a una montaña, y tentado por él, es una de esas parábolas que le eran tan familiares y que la credulidad pública ha transformado en hechos materiales (1).

53 «Jesús no fue llevado, sino que quería hacer comprender a los hombres que la humanidad está expuesta a fallar y que debe estar siempre en guardia contra las malas inspiraciones a las que su débil naturaleza la lleva a ceder. La tentación de Jesús es, pues, una figura, y habría que estar ciego para tomarla al pie de la letra. ¿Cómo podrían ustedes creer que el Mesías, el Verbo de Dios encarnado, hubiera estado sometido durante un tiempo, por breve que fuera, a las sugerencias del demonio, y que, como dice el Evangelio de Lucas, el demonio lo hubiera dejado por un tiempo, lo que daría a entender que volvería a estar sometido a su poder? No; comprendan mejor las enseñanzas que se les han dado. El Espíritu del mal nada podía contra la esencia del bien. Nadie dice haber visto a Jesús en la montaña ni en lo alto del Templo; sin duda, habría sido un hecho que se habría difundido entre todos los pueblos. La tentación no fue, por tanto, un acto material y físico. En cuanto al acto moral, ¿pueden admitir que el Espíritu de las tinieblas pudiera decir a quien conocía su origen y su poder: "Adórame, y te daré todos los reinos de la tierra"? El demonio habría ignorado, pues, quién era aquel a quien hacía tales ofrecimientos, lo cual no es probable; si lo conocía, su propuesta carecía de sentido, pues sabía bien que sería rechazado por quien venía a destruir su imperio sobre los hombres.
»Comprendan, pues, el sentido de esta parábola, porque lo es, tanto como

las del Hijo pródigo y del Buen Samaritano. Una de ellas nos muestra los peligros que corren los hombres si no resisten a esa voz íntima que les grita sin cesar: "Puedes ser más de lo que eres; puedes poseer más de lo que posees; puedes engrandecerte, adquirir; cede a la voz de la ambición, y todos tus deseos se cumplirán". Les muestra el peligro y el medio de evitarlo, diciendo a las malas inspiraciones: ¡Retírate, Satanás! Es decir: ¡Atrás la tentación!

»Sopesen bien las enseñanzas dadas en los Evangelios; sepan distinguir lo que tiene sentido propio de lo que tiene sentido figurado, y los errores que los han cegado durante tantos siglos se irán borrando poco a poco para dar paso a la resplandeciente luz de la verdad». (Burdeos, 1862. Juan, Evang.)

54 Prodigios en la muerte de Jesús

Desde la sexta hora del día hasta la novena, toda la tierra quedó cubierta de tinieblas.

Al mismo tiempo, el velo del Templo se rasgó en dos de arriba abajo; la tierra tembló, las piedras se partieron; — los sepulcros se abrieron, y varios cuerpos de los santos que estaban en el sueño de la muerte resucitaron; — y, saliendo de sus tumbas después de la resurrección de él, fueron a la ciudad santa y fueron vistos por varias personas. (San Mateo, capítulo xxvii, v. 45, 51, 52, 53.)

55 Es extraño que tales prodigios, ocurridos en el momento mismo en que la atención de la ciudad estaba puesta en el suplicio de Jesús, que era el acontecimiento del día, no fueran advertidos, ya que ningún historiador los menciona. Parece imposible que un terremoto y toda la tierra cubierta de tinieblas durante tres horas, en un país donde el cielo es siempre de una claridad perfecta, pudieran haber pasado inadvertidos.

La duración de esta oscuridad es, en efecto, aproximadamente la de un eclipse de sol, pero esta clase de eclipses solo se produce en la luna nueva, y la muerte de Jesús tuvo lugar durante la luna llena, el 14 del mes de nisán, día de la Pascua de los judíos.

El oscurecimiento del sol también puede deberse a las manchas que se observan en su superficie. En tal caso, el resplandor de la luz se debilita sensiblemente, pero nunca hasta el punto de producir oscuridad y tinieblas. Suponiendo que un fenómeno de este tipo hubiera ocurrido en aquella época, habría tenido una causa perfectamente natural (1).

En cuanto a los muertos resucitados, es posible que algunas personas tuvieran visiones o apariciones, lo cual no es excepcional; pero, como entonces no se conocía la causa de este fenómeno, se imaginaban que los individuos que aparecían salían del sepulcro.

Los discípulos de Jesús, conmovidos por la muerte de su maestro, sin duda relacionaron con ella algunos hechos particulares a los que no habrían prestado ninguna atención en otros momentos. Habría bastado que un fragmento de roca se desprendiera en aquel momento para que unas personas predispuestas a lo maravilloso vieran en ello un prodigio y, al exagerar el hecho, dijeran que las piedras se habían partido.

Jesús es grande por sus obras, y no por las escenas fantásticas con las que un entusiasmo poco esclarecido creyó que debía rodearlo.

(1) En la superficie del sol hay constantemente manchas fijas que siguen su movimiento de rotación y han servido para determinar su duración. Pero estas manchas aumentan a veces en número, extensión e intensidad, y entonces se produce una disminución de la luz y del calor. Este aumento en el número de manchas parece coincidir con ciertos fenómenos astronómicos y con la posición relativa de algunos planetas, lo que provoca su reapa-

rición periódica. La duración de este oscurecimiento es muy variable; a veces es solo de dos o tres horas, pero, en 535, hubo uno que duró catorce meses.

56 Pero María (Magdalena) permaneció fuera, junto al sepulcro, derramando lágrimas. Y mientras lloraba, se inclinó para mirar dentro del sepulcro, — y vio a dos ángeles vestidos de blanco, sentados en el lugar donde había estado el cuerpo de Jesús, uno a la cabecera y el otro a los pies. — Ellos le dijeron: Mujer, ¿por qué llora usted? Ella les respondió: Porque se han llevado a mi Señor y no sé dónde lo han puesto.

Dicho esto, se volvió y vio a Jesús de pie, sin saber, sin embargo, que era Jesús. — Entonces Jesús le dijo: Mujer, ¿por qué llora usted? ¿A quién busca? Ella, pensando que era el jardinero, le dijo: Señor, si usted se lo ha llevado, dígame dónde lo ha puesto y yo me lo llevaré.

Jesús le dijo: María. Al instante ella se volvió y le dijo: Raboní, es decir, Maestro mío. — Jesús le respondió: No me toque, porque aún no he subido a mi Padre; pero vaya a encontrar a mis hermanos y dígales de mi parte: Subo a mi Padre y Padre de ustedes, a mi Dios y Dios de ustedes.

María Magdalena fue, pues, a decir a los discípulos que había visto al Señor y que él le había dicho estas cosas. (San Juan, cap. xi, v. del 4 4 al 18.)

117.— Aquel mismo día, dos de ellos iban a una aldea llamada Emaús, situada a sesenta estadios de Jerusalén, — hablando entre sí de todo lo que había sucedido. — Y ocurrió que, mientras conversaban y discutían sobre ello, Jesús mismo se acercó y se puso a caminar con ellos; — pero sus ojos estaban impedidos de reconocerlo. — Y él les dijo: ¿De qué van hablando así mientras caminan, y por qué están tan tristes?

Uno de ellos, llamado Cleofás, tomó la palabra y le dijo: ¿Es usted el único

forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha sucedido allí estos días? — ¿Qué ha sucedido?, les dijo. Ellos le respondieron: Lo de Jesús de Nazaret, que fue un profeta poderoso ante Dios y ante todo el pueblo; — y cómo los principales sacerdotes y nuestros senadores lo entregaron para que fuera condenado a muerte y lo crucificaron. — Nosotros esperábamos que él sería quien redimiría a Israel y, sin embargo, después de todo esto, hoy es el tercer día desde que sucedieron estas cosas. — Es verdad que algunas mujeres de las que estaban con nosotros nos han asombrado; pues, habiendo ido antes del amanecer a su sepulcro, — y no habiendo encontrado allí su cuerpo, vinieron a decir que incluso se les habían aparecido unos ángeles, quienes les habían dicho que está vivo. — Y algunos de los nuestros, que también fueron al sepulcro, encontraron todo tal como las mujeres les habían contado; pero a él no lo encontraron.

Entonces él les dijo: ¡Oh, insensatos, cuyo corazón tarda en creer todo lo que han dicho los profetas! ¿No era necesario que el Cristo sufriera todas estas cosas y entrara así en la gloria? — Y, comenzando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicaba lo que se había dicho de él en todas las Escrituras.

Cuando estuvieron cerca de la aldea a la que iban, hizo ademán de seguir adelante. — Pero ellos lo obligaron a detenerse, diciéndole: Quédese con nosotros, porque es tarde y el día ya está declinando; y entró con ellos. — Estando a la mesa con ellos, tomó el pan y lo bendijo y, después de partirlo, se lo dio. — Al mismo tiempo se les abrieron los ojos y lo reconocieron; pero él desapareció de su vista.

Entonces se dijeron el uno al otro: ¿No es verdad que nos ardía el corazón cuando nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras? — Y, levantándose en aquel mismo momento, regresaron a Jerusalén y encontra-

ron reunidos a los once apóstoles y a los que permanecían con ellos, — quienes decían: El Señor ha resucitado verdaderamente y se ha aparecido a Simón. — Entonces ellos también contaron lo que les había sucedido por el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Mientras conversaban así, Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo: La paz sea con ustedes; soy yo; no tengan miedo. — Pero, llenos de turbación y espanto, se imaginaron que veían un Espíritu.

Y Jesús les dijo: ¿Por qué se turban? ¿Y por qué surgen tantos pensamientos en sus corazones? — Miren mis manos y mis pies, y reconozcan que soy yo mismo; tóquenme y consideren que un Espíritu no tiene carne ni huesos, como ven que yo tengo. — Después de decir esto, les mostró sus manos y sus pies.

Pero como todavía no creían, tan llenos estaban de alegría y admiración, les dijo: ¿Tienen aquí algo de comer? — Le presentaron un trozo de pescado asado y un panal de miel. — Él comió delante de ellos y, tomando lo que quedaba, se lo dio y les dijo: Esto es lo que les decía cuando aún estaba con ustedes: que era necesario que se cumpliera todo lo que se ha escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los Salmos.

Al mismo tiempo les abrió el entendimiento para que comprendieran las Escrituras; — y les dijo: Así está escrito, y así era necesario que el Cristo sufriera y resucitara de entre los muertos al tercer día; — y que en su nombre se predicaran la penitencia y la remisión de los pecados en todas las naciones, comenzando por Jerusalén. — Ustedes son testigos de estas cosas. — Y voy a enviarles el don de mi Padre, que les ha sido prometido; pero, entretanto, permanezcan en la ciudad hasta que sean revestidos de la fuerza de lo alto. (San Lucas, cap. xxiv, v. del 13 al 49.) î'8/ —

58 Tomás, uno de los doce apóstoles, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. — Los otros discípulos le dijeron, pues: Hemos visto al Señor. Pero él les dijo: Si no veo en sus manos la marca de los clavos que las atravesaron, y si no meto mi dedo en el agujero de los clavos y mi mano en la herida de su costado, no lo creeré.
Ocho días después, estando de nuevo los discípulos en el mismo lugar, y Tomás con ellos, vino Jesús, con las puertas cerradas, se puso en medio de ellos y les dijo: La paz sea con ustedes.
Luego dijo a Tomás: Ponga aquí su dedo y mire mis manos; acerque también su mano y métala en mi costado; y no sea incrédulo, sino creyente. — Tomás le respondió y le dijo: ¡Señor mío y Dios mío! — Jesús le dijo: Usted ha creído, Tomás, porque ha visto; ¡dichosos los que han creído sin haber visto! (San Juan, cap. xx, v. del 20 al 29.)

59 Jesús volvió a mostrarse después a sus discípulos a orillas del mar de Tiberíades, y se mostró de esta manera:
Simón Pedro y Tomás, llamado Dídimo, Natanael, que era de Caná de Galilea, los hijos de Zebedeo y otros dos de sus discípulos estaban juntos. — Simón Pedro les dijo: Voy a pescar. Ellos le dijeron: Nosotros también vamos contigo. Se fueron, pues, y subieron a una barca; pero aquella noche no pescaron nada.
Al llegar la mañana, Jesús apareció en la orilla, sin que sus discípulos reconocieran que era Jesús. — Jesús les dijo entonces: Hijos, ¿no tenéis nada que comer? Ellos le respondieron: No. — Él les dijo: Echad la red al lado derecho de la barca y encontraréis. La echaron enseguida y ya no podían sacarla, de tantos peces como contenía.
Entonces el discípulo a quien Jesús amaba dijo a Pedro: Es el Señor. Y Si-

món Pedro, al saber que era el Señor, se puso la ropa (pues estaba desnudo) y se arrojó al mar. — Los otros discípulos llegaron con la barca; y como solo estaban a unos doscientos codos de tierra, arrastraron hasta allí la red llena de peces. (San Juan, cap. xxi, vv. de i a 8.)

60 Después de esto, los llevó fuera, hacia Betania; y, levantando las manos, los bendijo; — y mientras los bendecía, se separó de ellos y fue elevado al cielo.
Ellos, después de haberlo adorado, regresaron a Jerusalén llenos de alegría; — y estaban continuamente en el Templo, alabando y bendiciendo a Dios. Amén. (San Lucas, cap. xxiv, vv. de 50

61 Las apariciones de Jesús después de su muerte son relatadas por todos los evangelistas con detalles precisos que no permiten dudar de la realidad del hecho. Se explican, además, perfectamente por las leyes fluídicas y las propiedades del periespíritu, y no presentan nada anómalo en relación con los fenómenos del mismo género de los que la historia antigua y contemporánea ofrece numerosos ejemplos, sin exceptuar la tangibilidad. Si se observan las circunstancias que acompañaron sus diversas apariciones, se reconocen en él, en esos momentos, todas las características de un ser fluídico. Aparece de improviso y desaparece del mismo modo; unos lo ven y otros no, bajo apariencias que impiden que incluso sus discípulos lo reconozcan; se muestra en lugares cerrados donde un cuerpo carnal no habría podido penetrar; su lenguaje mismo no tiene la viveza del de un ser corporal; tiene el tono breve y sentencioso propio de los Espíritus que se manifiestan de esta manera; todos sus modos, en una palabra, tienen algo que no pertenece al mundo terrestre. Verlo causa a la vez sorpresa y temor; sus discípulos, al verlo, no le hablan con la misma libertad; sienten que ya no es el

hombre.

Jesús se mostró, pues, con su cuerpo periespiritual, lo que explica que solo lo vieran aquellos a quienes quiso mostrarse; si hubiera tenido su cuerpo carnal, cualquiera lo habría visto, como cuando vivía. Sus discípulos, que ignoraban la causa primera del fenómeno de las apariciones, no comprendían estas particularidades, que probablemente no advertían; veían a Jesús y lo tocaban, y para ellos debía de ser su cuerpo resucitado. (Cap. XIV, núms. 14 y de 35 a 38.)

62 Mientras la incredulidad rechaza todos los hechos realizados por Jesús que tienen una apariencia sobrenatural y los considera, sin excepción, legendarios, el Espiritismo da una explicación natural de la mayoría de esos hechos; demuestra su posibilidad, no solo mediante la teoría de las leyes fluídicas, sino también por su identidad con hechos análogos producidos por multitud de personas en las condiciones más comunes. Puesto que estos hechos están, en cierto modo, al alcance de todos, no prueban nada, en principio, acerca de la naturaleza excepcional de Jesús (1).

(1) Los numerosos hechos contemporáneos de curaciones, apariciones, posesiones, doble vista y otros, relatados en la Revista Espírita y recordados en las notas anteriores, ofrecen, hasta en las circunstancias de detalle, una analogía tan sorprendente con los que relata el Evangelio, que la similitud de los efectos y las causas resulta evidente. Cabe preguntarse, pues, por qué un mismo hecho tendría una causa natural hoy y sobrenatural antaño, diabólica en unos y divina en otros. Si hubiera sido posible ponerlos aquí unos junto a otros, la comparación habría sido más fácil; pero su número y las explicaciones que la mayoría requiere no lo han permitido.

63 El mayor de los milagros que hizo Jesús, el que verdaderamente acredita su superioridad, es la revolución que sus enseñanzas obraron en el mundo, a pesar de lo escaso de sus medios de acción.

En efecto, Jesús, desconocido, pobre, nacido en la condición más humilde, en un pequeño pueblo casi ignorado y sin preponderancia política, artística o literaria, solo predica durante tres años; en ese breve espacio de tiempo, sus conciudadanos no lo reconocen y lo persiguen, lo calumnian, lo tratan de impostor; se ve obligado a huir para no ser apedreado; es traicionado por uno de sus apóstoles, negado por otro, abandonado por todos en el momento en que cae en manos de sus enemigos. Solo hacía el bien, y eso no lo ponía a salvo de la malevolencia, que volvía contra él los mismos servicios que prestaba. Condenado al suplicio reservado a los criminales, muere ignorado por el mundo, pues la historia contemporánea guarda silencio sobre él (1). No escribió nada y, no obstante, con la ayuda de unos pocos hombres tan desconocidos como él, su palabra bastó para regenerar el mundo; su doctrina acabó con el paganismo todopoderoso y se convirtió en la antorcha de la civilización. Tenía, pues, en su contra todo lo que puede hacer fracasar a los hombres; por eso decimos que el triunfo de su doctrina es el mayor de sus milagros, al mismo tiempo que demuestra su misión divina. Si, en lugar de principios sociales y regeneradores, fundados en el porvenir espiritual del hombre, solo hubiera tenido que ofrecer a la posteridad unos cuantos hechos maravillosos, quizá hoy apenas se lo conocería de nombre.

64 La desaparición del cuerpo de Jesús después de su muerte ha sido objeto de numerosos comentarios; los cuatro evangelistas dan testimonio de ella basándose en el relato de las mujeres que acudieron al sepulcro al tercer día

y no lo encontraron allí. Unos han visto en esta desaparición un hecho milagroso; otros han supuesto una sustracción clandestina.

Según otra opinión, Jesús no habría revestido un cuerpo carnal, sino únicamente un cuerpo fluídico; durante toda su vida solo habría sido una aparición tangible, en una palabra, una especie de agénere. Su nacimiento, su muerte y todos los actos materiales de su vida no habrían sido más que una apariencia. Así es, se dice, como su cuerpo, vuelto al estado fluídico, pudo desaparecer del sepulcro, y con ese mismo cuerpo se habría mostrado después de su muerte.

Sin duda, semejante hecho no es radicalmente imposible, según lo que hoy se sabe sobre las propiedades de los fluidos; pero sería, cuando menos, completamente excepcional y estaría en contradicción manifiesta con el carácter de los agéneres. (Cap. XIV, n.º 36.) La cuestión consiste, pues, en saber si tal hipótesis es admisible, si los hechos la confirman o la contradicen.

65 La estancia de Jesús en la tierra presenta dos períodos: el que precedió a su muerte y el que la siguió. En el primero, desde el momento de la concepción hasta el nacimiento, todo sucede en la madre como en las condiciones ordinarias de la vida (1). Desde su nacimiento hasta su muerte, todo, en sus actos, en su lenguaje y en las diversas circunstancias de su vida, presenta las características inequívocas de la corporeidad. Los fenómenos de orden psíquico que se producen en él son ocasionales y no tienen nada de anómalo, puesto que se explican por las propiedades del periespíritu y se encuentran en diferentes grados en otros individuos. Después de su muerte, por el contrario, todo en él revela al ser fluídico. La diferencia entre los dos estados es tan marcada que no es posible equipararlos.

El cuerpo carnal tiene las propiedades inherentes a la materia propiamente

dicha, que difieren esencialmente de las de los fluidos etéreos; su desorganización se produce por la ruptura de la cohesión molecular. Un instrumento cortante, al penetrar en el cuerpo material, divide sus tejidos; si los órganos esenciales para la vida resultan afectados, su funcionamiento se detiene y sobreviene la muerte, es decir, la muerte del cuerpo. Como esta cohesión no existe en los cuerpos fluídicos, la vida no se basa en el funcionamiento de órganos especiales y no pueden producirse en ellos trastornos análogos; un instrumento cortante, o cualquier otro, penetra en ellos como en un vapor, sin ocasionar ninguna lesión. Por eso esta clase de cuerpos no puede morir y los seres fluídicos designados con el nombre de agéneres no pueden ser matados.

Después del suplicio de Jesús, su cuerpo quedó allí, inerte y sin vida; fue sepultado como los cuerpos ordinarios, y todos pudieron verlo y tocarlo. Después de su resurrección, cuando quiere abandonar la tierra, no muere; su cuerpo se eleva, se desvanece y desaparece sin dejar rastro alguno, prueba evidente de que ese cuerpo era de una naturaleza distinta de la del que pereció en la cruz; de donde hay que concluir que, si Jesús pudo morir, es porque tenía un cuerpo carnal.

Por sus propiedades materiales, el cuerpo carnal es la sede de las sensaciones y de los dolores físicos que repercuten en el centro sensitivo o Espíritu. No es el cuerpo el que sufre, es el Espíritu el que recibe la repercusión de las lesiones o alteraciones de los tejidos orgánicos. En un cuerpo privado del Espíritu, la sensación es absolutamente nula; por la misma razón, el Espíritu que no tiene cuerpo material no puede experimentar los sufrimientos que resultan de la alteración de la materia; de donde también hay que

concluir que, si Jesús sufrió materialmente, como no cabe dudar, es porque tenía un cuerpo material de una naturaleza semejante a la de los de todo el mundo.

66 A los hechos materiales vienen a sumarse consideraciones morales de una fuerza absoluta.

Si Jesús hubiera estado, durante su vida, en las condiciones de los seres fluídicos, no habría experimentado ni el dolor ni ninguna de las necesidades del cuerpo; suponer que fue así es quitarle todo el mérito de la vida de privaciones y sufrimientos que había elegido como ejemplo de resignación. Si todo en él no era más que apariencia, todos los actos de su vida, el anuncio reiterado de su muerte, la dolorosa escena del huerto de los Olivos, su oración a Dios para que apartara el cáliz de sus labios, su pasión, su agonía, todo, hasta su último grito en el momento de entregar el Espíritu, no habría sido más que un vano simulacro para engañar sobre su naturaleza y hacer creer en el sacrificio ilusorio de su vida, una comedia indigna de un simple hombre honrado, con mayor razón de un ser tan superior; en una palabra, habría abusado de la buena fe de sus contemporáneos y de la posteridad. Tales son las consecuencias lógicas de este sistema, consecuencias que no son admisibles, pues equivalen a rebajarlo moralmente en vez de elevarlo.

Jesús tuvo, pues, como todo el mundo, un cuerpo carnal y un cuerpo fluídico, como lo atestiguan los fenómenos materiales y los fenómenos psíquicos que marcaron su vida.

67 ¿Qué ha sido del cuerpo carnal? Es un problema cuya solución, por ahora, solo puede deducirse mediante hipótesis, por falta de elementos suficientes para fundamentar una convicción. Esta solución, por lo demás,

tiene una importancia secundaria y no añadiría nada a los méritos de Cristo, ni a los hechos que atestiguan, de una manera mucho más concluyente, su superioridad y su misión divina.

Por lo tanto, sobre la manera en que se produjo esta desaparición solo puede haber opiniones personales, que únicamente tendrían valor en la medida en que fueran avaladas por una lógica rigurosa y por la enseñanza general de los Espíritus; ahora bien, hasta el presente, ninguna de las que se han formulado ha recibido el aval de este doble examen.

Si los Espíritus aún no han zanjado la cuestión mediante la unanimidad de su enseñanza, es sin duda porque todavía no ha llegado el momento de resolverla, o porque aún faltan los conocimientos con cuya ayuda se podrá resolver por uno mismo. Entretanto, si se descarta la suposición de una sustracción clandestina, se podría encontrar, por analogía, una explicación probable en la teoría del doble fenómeno de los aportes y de la invisibilidad. (Libro de los Médiums, caps. iv y v.)

68 Esta idea sobre la naturaleza del cuerpo de Jesús no es nueva. En el siglo cuarto, Apolinar de Laodicea, jefe de la secta de los apolinaristas, sostenía que Jesús no había tomado un cuerpo como el nuestro, sino un cuerpo impasible, que había descendido del cielo al seno de la santa Virgen y no había nacido de ella; que, por lo tanto, Jesús solo había nacido, sufrido y muerto en apariencia.

68.2 Los apolinaristas fueron anatematizados en el concilio de Alejandría en 360; en el de Roma en 374, y en el de Constantinopla en 381.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XVI. TEORÍA DE LA PRESCIENCIA

✦

1 ¿Cómo es posible el conocimiento del porvenir? Se comprende la previsión de los acontecimientos que son consecuencia del estado presente, pero no la de aquellos que no tienen ninguna relación con él, y menos aún la de los que se atribuyen al azar. Las cosas futuras, se dice, no existen; todavía están en la nada; ¿cómo saber entonces que sucederán? Sin embargo, los ejemplos de predicciones cumplidas son bastante numerosos, de donde hay que concluir que allí se produce un fenómeno cuya clave se desconoce, pues no hay efecto sin causa; esa causa es la que vamos a intentar buscar, y será también el Espiritismo, clave él mismo de tantos misterios, el que nos la proporcionará y, además, nos mostrará que el hecho mismo de las predicciones no se aparta de las leyes naturales.
Tomemos, como comparación, un ejemplo de las cosas habituales, que ayudará a comprender el principio que habremos de desarrollar.

2 Supongamos a un hombre situado en una alta montaña y contemplando la vasta extensión de la llanura. En esa situación, el espacio de una legua será poca cosa, y podrá abarcar fácilmente de una sola mirada todos los accidentes del terreno, desde el comienzo hasta el final del camino.

2.2 El viajero que sigue ese camino por primera vez sabe que, al caminar, llegará al final: esa es una simple previsión de la consecuencia de su marcha; pero los accidentes del terreno, las subidas y las bajadas, los ríos que debe cruzar, los bosques que debe atravesar, los precipicios donde puede caer, los ladrones apostados para desvalijarlo, las casas hospitalarias donde

podrá descansar, todo eso es independiente de su persona: para él es lo desconocido, el porvenir, porque su vista no se extiende más allá del pequeño círculo que lo rodea.

2.3 En cuanto a la duración, la mide por el tiempo que tarda en recorrer el camino; quítensele los puntos de referencia y la duración desaparece. Para el hombre que está en la montaña y sigue con la mirada al viajero, todo eso es el presente.

2.4 Supongamos que ese hombre baja hasta donde está el viajero y le dice: «En tal momento encontrará tal cosa, será atacado y socorrido»; le predecirá el porvenir; es el porvenir para el viajero; para el hombre de la montaña, ese porvenir es el presente.

3 Si ahora salimos del círculo de las cosas puramente materiales y entramos, con el pensamiento, en el ámbito de la vida espiritual, veremos que este fenómeno se produce a mayor escala. Los Espíritus desmaterializados son como el hombre de la montaña: el espacio y la duración desaparecen para ellos. Pero el alcance y la penetración de su vista son proporcionales a su purificación y a su elevación en la jerarquía espiritual; con respecto a los Espíritus inferiores, son como el hombre provisto de un potente telescopio junto al que solo tiene sus ojos. En estos últimos, la vista está limitada, no solo porque les resulta difícil alejarse del globo al que están ligados, sino porque la materia grosera de su periespíritu vela las cosas lejanas, como lo hace la niebla para los ojos del cuerpo.

Se comprende, pues, que, según su grado de perfección, un Espíritu pueda abarcar un período de algunos años, de algunos siglos e incluso de varios miles de años, pues ¿qué es un siglo frente al infinito? Los acontecimientos no se desarrollan sucesivamente ante él, como los incidentes del camino

del viajero: ve simultáneamente el comienzo y el final del período; todos los acontecimientos que, en ese período, son el porvenir para el hombre de la tierra, son para él el presente. Podría, pues, venir a decirnos con certeza: tal cosa sucederá en tal época, porque ve esa cosa como el hombre de la montaña ve lo que espera al viajero en el camino; si no lo hace, es porque el conocimiento del porvenir sería perjudicial para el hombre: entorpecería su libre albedrío, lo paralizaría en el trabajo que debe realizar para su progreso; el bien y el mal que lo esperan, al permanecer desconocidos, constituyen para él la prueba.

Si semejante facultad, aun limitada, puede estar entre los atributos de la criatura, ¿a qué grado de poder no debe elevarse en el Creador, que abarca el infinito? Para él, el tiempo no existe: el comienzo y el final de los mundos son el presente. En este inmenso panorama, ¿qué es la duración de la vida de un hombre, de una generación, de un pueblo?

[4] Sin embargo, como el hombre debe contribuir al progreso general y ciertos acontecimientos deben resultar de su cooperación, puede ser útil, en algunos casos, que se le advierta de esos acontecimientos, para que prepare el camino y esté dispuesto a actuar cuando llegue el momento; por eso Dios permite a veces que se levante una punta del velo; pero siempre es con un fin útil, y nunca para satisfacer una vana curiosidad. Esta misión puede darse, pues, no a todos los Espíritus, ya que los hay que no conocen el porvenir mejor que los hombres, sino a algunos Espíritus suficientemente adelantados para ello; ahora bien, hay que observar que esta clase de revelaciones se hacen siempre espontáneamente, y nunca, o al menos muy rara vez, en respuesta a una pregunta directa.

5 Esta misión también puede encomendarse a ciertos hombres, y he aquí de qué manera:

Aquel a quien se confía la tarea de revelar una cosa oculta puede recibir, sin saberlo, la inspiración de los Espíritus que la conocen, y entonces la transmite maquinalmente, sin darse cuenta. Se sabe, además, que, ya sea durante el sueño o en estado de vigilia, en los éxtasis de la doble vista, el alma se desprende y posee, en mayor o menor grado, las facultades del Espíritu libre. Si es un Espíritu adelantado, si sobre todo ha recibido, como los profetas, una misión especial con ese fin, goza, en los momentos de emancipación del alma, de la facultad de abarcar por sí mismo un período más o menos extenso, y ve como presentes los acontecimientos de ese período. Puede entonces revelarlos en ese mismo instante, o conservar su recuerdo al despertar. Si esos acontecimientos deben permanecer en secreto, perderá su recuerdo o solo le quedará de ellos una vaga intuición, suficiente para guiarlo instintivamente.

Así es como se ve desarrollarse providencialmente esta facultad en ciertas ocasiones, en los peligros inminentes, en las grandes calamidades, en las revoluciones, y como la mayoría de las sectas perseguidas han tenido numerosos videntes; así es también como se ve a grandes capitanes marchar resueltamente contra el enemigo, con la certeza de la victoria; a hombres de genio, como Cristóbal Colón, por ejemplo, perseguir un objetivo prediciendo, por así decirlo, el momento en que lo alcanzarán: es que han visto ese objetivo, que no es desconocido para su Espíritu.

El don de predicción no es, pues, más sobrenatural que una multitud de otros fenómenos; se basa en las propiedades del alma y en la ley de las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible que el Espiritismo viene a dar a conocer. Pero ¿cómo admitir la existencia de un mundo invisi-

ble si no se admite el alma, o si se la admite sin individualidad después de la muerte? El incrédulo que niega la presciencia es consecuente consigo mismo; queda por saber si él mismo es consecuente con la ley natural.

6 Esta teoría de la presciencia quizá no resuelva de manera absoluta todos los casos que puede presentar la revelación del porvenir, pero no se puede negar que establece su principio fundamental.

6.2 Si no se puede explicar todo, es por la dificultad que tiene el hombre para situarse en ese punto de vista extraterrestre; por su propia inferioridad, su pensamiento, llevado sin cesar de nuevo al sendero de la vida material, es a menudo incapaz de desprenderse del suelo.

6.3 A este respecto, ciertos hombres son como las aves jóvenes cuyas alas, demasiado débiles, no les permiten elevarse en el aire, o como aquellos cuya vista es demasiado corta para ver a lo lejos, o, finalmente, como aquellos a quienes les falta un sentido para ciertas percepciones.

7 Para comprender las cosas espirituales, es decir, para formarnos de ellas una idea tan clara como la que nos hacemos de un paisaje que tenemos ante los ojos, nos falta verdaderamente un sentido, exactamente como al ciego le falta el sentido necesario para comprender los efectos de la luz, de los colores y de la visión sin contacto. Por eso solo lo conseguimos mediante un esfuerzo de la imaginación y con ayuda de comparaciones tomadas de las cosas que nos son familiares. Pero las cosas materiales solo pueden dar ideas muy imperfectas de las cosas espirituales; por eso no habría que tomar estas comparaciones al pie de la letra y creer, por ejemplo, en el caso que nos ocupa, que el alcance de las facultades perceptivas de los Espíritus depende de su elevación efectiva, y que necesitan estar en una montaña o por encima de las nubes para abarcar el tiempo y el espacio.

Esta facultad es inherente al estado de espiritualización o, si se quiere, de desmaterialización; es decir, la espiritualización produce un efecto que puede compararse, aunque muy imperfectamente, con el de la visión de conjunto del hombre que está en la montaña; esta comparación tenía simplemente por objeto mostrar que unos acontecimientos que están en el porvenir para unos están en el presente para otros, y pueden así predecirse, lo que no implica que el efecto se produzca de la misma manera....

Para gozar de esta percepción, el Espíritu no necesita, pues, trasladarse a ningún punto del espacio; el que está en la tierra, a nuestro lado, puede poseerla en su plenitud, tan bien como si estuviera a mil leguas de ella, mientras que nosotros no vemos nada fuera del horizonte visual. Como la visión en los Espíritus no se produce de la misma manera ni con los mismos elementos que en el hombre, su horizonte visual es completamente distinto; ahora bien, ese es precisamente el sentido que nos falta para concebirlo; el Espíritu, junto al encarnado, es como el que ve junto a un ciego.

[8] Hay que tener bien presente, además, que esta percepción no se limita a la extensión, sino que comprende la penetración de todas las cosas; es, lo repetimos, una facultad inherente y proporcional al estado de desmaterialización. Esta facultad se atenúa con la encarnación, pero no queda completamente anulada, porque el alma no está encerrada en el cuerpo como en una caja. El encarnado la posee, aunque siempre en menor grado que cuando está enteramente desprendido; eso es lo que da a ciertos hombres una capacidad de penetración que les falta por completo a otros, una mayor exactitud en la apreciación moral, una comprensión más fácil de las cosas extramateriales.

El Espíritu no solo percibe, sino que recuerda lo que ha visto en estado de

Espíritu, y ese recuerdo es como un cuadro que vuelve a dibujarse en su pensamiento. Durante la encarnación ve, pero vagamente y como a través de un velo; en estado de libertad ve y concibe con claridad. El principio de la visión no está fuera de él, sino en él; por eso no necesita nuestra luz exterior. Mediante el desarrollo moral, el círculo de las ideas y de la concepción se amplía; mediante la desmaterialización gradual del periespíritu, este se purifica de los elementos groseros que alteraban la delicadeza de las percepciones; de ahí que sea fácil comprender que la ampliación de todas las facultades sigue el progreso del Espíritu.

9 El grado de extensión de las facultades del Espíritu es lo que, durante la encarnación, lo hace más o menos apto para concebir las cosas espirituales. Sin embargo, esta aptitud no es una consecuencia necesaria del desarrollo de la inteligencia; el saber común no la proporciona; por eso se ven hombres de gran saber tan ciegos para las cosas espirituales como otros lo son para las cosas materiales; se resisten a ellas porque no las comprenden; esto se debe a que su progreso aún no se ha realizado en ese sentido, mientras que se ve a personas de instrucción e inteligencia comunes comprenderlas con la mayor facilidad, lo que prueba que tenían una intuición previa de ellas.

9.2 En estas personas es un recuerdo retrospectivo de lo que han visto y sabido, ya sea en la erraticidad o en sus existencias anteriores, como otros tienen la intuición de las lenguas y las ciencias que han poseído.

10 La facultad de cambiar de punto de vista y situarlo en lo alto no solo ofrece la solución al problema de la presciencia; es, además, la clave de la verdadera fe, de la fe sólida; es también el más poderoso elemento de fuerza y resignación, pues, desde allí, al aparecer la vida terrestre como un

punto en la inmensidad, se comprende el escaso valor de las cosas que, vistas desde abajo, parecen tan importantes; los incidentes, las miserias y las vanidades de la vida se empequeñecen a medida que se despliega el inmenso y espléndido horizonte del porvenir.

10.2 Quien ve así las cosas de este mundo se siente poco o nada afectado por las vicisitudes y, por eso mismo, es tan feliz como se puede ser aquí en la tierra. Hay, pues, que compadecer a quienes concentran sus pensamientos en la estrecha esfera terrestre, porque sienten con toda su fuerza la repercusión de todas las tribulaciones que, como otros tantos aguijones, los hostigan sin cesar.

11 En cuanto al porvenir del Espiritismo, los Espíritus, como se sabe, son unánimes al afirmar su próximo triunfo, a pesar de las trabas que se le oponen; esta previsión les resulta fácil, en primer lugar, porque su propagación es obra personal suya; al contribuir al movimiento o dirigirlo, saben, por lo tanto, lo que deben hacer; en segundo lugar, les basta con abarcar un período de corta duración y, en ese período, ven en su camino los poderosos auxiliares que Dios hace surgir en su favor y que no tardarán en manifestarse.

Sin ser Espíritus desencarnados, basta con que los espiritistas se sitúen treinta años más adelante, en medio de la generación que está creciendo; que, desde allí, consideren lo que sucede hoy; que sigan su curso, y verán consumirse en vanos esfuerzos a quienes se creen llamados a derribarlo; los verán desaparecer poco a poco de la escena, junto al árbol que crece y cuyas raíces se extienden cada día más.

12 Los acontecimientos comunes de la vida privada son, las más de las veces, consecuencia de la manera de actuar de cada uno; uno triunfará gracias a sus capacidades, su habilidad, su perseverancia, su prudencia y su energía, allí donde otro fracasará por su insuficiencia; de modo que puede decirse que cada uno es el artífice de su propio porvenir, el cual nunca está sometido a una fatalidad ciega e independiente de su persona. Conociendo el carácter de un individuo, se puede predecir fácilmente la suerte que lo espera en el camino que emprende.

13 Los acontecimientos que afectan a los intereses generales de la humanidad están regidos por la Providencia. Cuando una cosa está en los designios de Dios, debe cumplirse de todos modos, ya sea por un medio o por otro. Los hombres contribuyen a su ejecución, pero ninguno es indispensable; de lo contrario, Dios mismo estaría a merced de sus criaturas.

13.2 Si aquel a quien corresponde la misión de ejecutarla falta a su cometido, se encarga a otro. No hay ninguna misión fatal; el hombre es siempre libre de cumplir la que le ha sido confiada y que ha aceptado voluntariamente; si no lo hace, pierde su beneficio y asume la responsabilidad de los retrasos que puedan deberse a su negligencia o a su mala voluntad; si se convierte en un obstáculo para su cumplimiento, Dios puede quebrarlo con un soplo.

14 El resultado final de un acontecimiento puede, pues, ser seguro porque está en los propósitos de Dios; pero como, las más de las veces, los detalles y el modo de ejecución están subordinados a las circunstancias y al libre albedrío de los hombres, las vías y los medios pueden ser contingentes.

14.2 Los Espíritus pueden advertirnos sobre el conjunto, si es útil que estemos prevenidos; pero, para precisar el lugar y la fecha, sería necesario que conocieran de antemano la decisión que tomará tal o cual individuo; ahora bien, si esa decisión aún no está en su pensamiento, según cuál sea, puede adelantar o retrasar el desenlace y modificar los medios secundarios de acción, aunque se llegue al mismo resultado.

14.3 Así, por ejemplo, los Espíritus pueden prever, por el conjunto de las circunstancias, que una guerra está más o menos próxima, que es inevitable, sin poder predecir el día en que comenzará ni los incidentes particulares que pueden ser modificados por la voluntad de los hombres.

15 Para fijar la época de los acontecimientos futuros, hay que tener en cuenta, además, una circunstancia inherente a la naturaleza misma de los Espíritus.

El tiempo, al igual que el espacio, solo puede evaluarse mediante puntos de comparación o de referencia que lo dividan en períodos que se puedan contar. En la tierra, la división natural del tiempo en días y años está marcada por la salida y la puesta del sol y por la duración del movimiento de traslación de la tierra. La subdivisión de los días en veinticuatro horas es arbitraria; se indica mediante instrumentos especiales, como los relojes de arena, las clepsidras, los relojes, los relojes de sol, etc. Las unidades de medida del tiempo deben variar según los mundos, puesto que los períodos astronómicos son diferentes; así, por ejemplo, en Júpiter los días equivalen a diez de nuestras horas y los años a cerca de doce años terrestres.

Hay, pues, para cada mundo una manera diferente de calcular la duración según la naturaleza de las revoluciones astrales que se realizan en él; esto ya sería una dificultad para que los Espíritus que no conocieran nuestro

mundo determinaran nuestras fechas. Pero, fuera de los mundos, estos medios de evaluación no existen. Para un Espíritu, en el espacio, no hay salida ni puesta de sol que marque los días, ni revolución periódica que marque los años; para él solo existen la duración y el espacio infinitos. (Cap. VI, n.º 1 y siguientes.) Por tanto, quien nunca hubiera venido a la tierra no tendría ningún conocimiento de nuestros cálculos, que, por lo demás, le serían enteramente inútiles; más aún: quien nunca hubiera estado encarnado en ningún mundo no tendría ninguna noción de las fracciones de la duración. Cuando un Espíritu ajeno a la tierra viene a manifestarse en ella, solo puede asignar fechas a los acontecimientos identificándose con nuestros usos, lo que sin duda está en su poder, pero que, las más de las veces, no considera útil hacer.

16 El modo de calcular la duración es una convención arbitraria establecida entre los encarnados para las necesidades de la vida corporal de relación. Para medir la duración como nosotros, los Espíritus solo podrían hacerlo con ayuda de nuestros instrumentos de precisión, que no existen en la vida espiritual.

Sin embargo, los Espíritus que componen la población invisible de nuestro globo, donde ya han vivido y donde siguen viviendo entre nosotros, están naturalmente identificados con nuestras costumbres, cuyo recuerdo conservan en la erraticidad. Tienen, pues, menos dificultad que los demás para situarse en nuestro punto de vista en lo que respecta a los usos terrestres; en Grecia contaban por olimpiadas; en otros lugares, por períodos lunares o solares, según los tiempos y los lugares. Por consiguiente, podrían asignar más fácilmente una fecha a los acontecimientos futuros cuando la conocen; pero, además de que no siempre les está permitido, se lo impide el he-

cho de que, siempre que las circunstancias particulares están subordinadas al libre albedrío y a la eventual decisión del hombre, la fecha precisa solo existe realmente cuando el acontecimiento se ha cumplido.

Por eso las predicciones detalladas no pueden ofrecer certeza y solo deben aceptarse como probabilidades, aun cuando no lleven consigo un sello de legítima sospecha. Por eso también los Espíritus verdaderamente sabios nunca predicen nada para épocas fijas; se limitan a advertirnos sobre el desenlace de las cosas que nos es útil conocer. Insistir en obtener detalles precisos es exponerse a los engaños de los Espíritus frívolos, que predicen todo lo que se quiere sin preocuparse por la verdad y se divierten con los temores y las decepciones que causan.

Las predicciones que ofrecen mayor probabilidad son las que tienen un carácter de utilidad general y humanitaria; solo hay que contar con las demás cuando se hayan cumplido. Según las circunstancias, pueden aceptarse como advertencia, pero sería imprudente actuar prematuramente con vistas a su realización en una fecha fija. Se puede tener por seguro que, cuanto más detalladas son, más sospechosas resultan.

17 La forma bastante generalizada que se ha empleado hasta aquí para las predicciones las convierte en verdaderos enigmas, a menudo indescifrables. Esta forma misteriosa y cabalística, de la que Nostradamus ofrece el modelo más completo, les da cierto prestigio a los ojos del vulgo, que les atribuye tanto más valor cuanto más incomprensibles son. Por su ambigüedad, se prestan a interpretaciones muy diferentes, de modo que, según el sentido atribuido a ciertas palabras alegóricas o convencionales, la manera de efectuar el cálculo extrañamente complicado de las fechas y con un poco de buena voluntad, se encuentra en ellas casi todo lo que se

quiere.

Sea como fuere, no se puede negar que algunas tienen un carácter serio y asombran por su veracidad. Es probable que esta forma velada haya tenido, en otro tiempo, su razón de ser e incluso su necesidad.

Hoy las circunstancias ya no son las mismas; el positivismo del siglo se acomodaría poco al lenguaje sibilino. Por eso las predicciones de nuestros días ya no adoptan esas formas extrañas; las que hacen los Espíritus no tienen nada de místico; hablan el lenguaje de todo el mundo, como lo habrían hecho en vida, porque no han dejado de pertenecer a la humanidad: nos advierten sobre las cosas futuras, personales o generales, cuando puede ser útil, en la medida de la perspicacia de la que están dotados, como lo harían consejeros o amigos. Sus previsiones son, pues, más bien advertencias que no restan nada al libre albedrío que predicciones propiamente dichas que implicarían una fatalidad absoluta. Su opinión está, además, casi siempre fundamentada, porque no quieren que el hombre anule su razón bajo una fe ciega, lo que permite apreciar su acierto.

18 La humanidad contemporánea también tiene sus profetas; más de un escritor, poeta, literato, historiador o filósofo ha presentido en sus escritos el curso futuro de las cosas que hoy vemos realizarse.

Esta aptitud se debe a menudo, sin duda, a la rectitud del juicio que deduce las consecuencias lógicas del presente; pero a menudo también es resultado de una clarividencia especial inconsciente o de una inspiración ajena. Lo que estos hombres hicieron en vida pueden, con mayor razón, hacerlo y con más exactitud en estado de Espíritu, cuando la vista espiritual ya no está oscurecida por la materia.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XVII. PREDICCIONES DEL EVANGELIO

✦

1 Y habiendo llegado a su tierra, les enseñaba en sus sinagogas, de modo que, llenos de asombro, decían: ¿De dónde le vienen a este esa sabiduría y esos milagros?

1.2 — ¿No es el hijo de ese carpintero? ¿No se llama su madre María? ¿Y sus hermanos Santiago, José, Simón y Judas? — ¿Y no están todas sus hermanas entre nosotros? ¿De dónde le vienen, pues, todas estas cosas?

1.3 — Y así encontraban en él motivo de escándalo. Pero Jesús les dijo: Un profeta solo carece de honra en su tierra y en su casa. — Y no hizo allí muchos milagros, a causa de su incredulidad. (San Mateo, cap. xiii, v. del 54 al 58.)

2 Jesús enunciaba allí una verdad convertida en proverbio, que pertenece a todos los tiempos y a la que podría darse mayor alcance diciendo que nadie es profeta en vida.

En el lenguaje actual, esta máxima se refiere al crédito del que un hombre goza entre los suyos y entre aquellos con quienes vive, a la confianza que les inspira por la superioridad de su saber y de su inteligencia. Si admite excepciones, son raras y, en todos los casos, nunca son absolutas; el principio de esta verdad es una consecuencia natural de la debilidad humana y puede explicarse así:

La costumbre de verse desde la infancia, en las circunstancias corrientes de la vida, establece entre los hombres una especie de igualdad material que hace que a menudo se nieguen a reconocer una superioridad moral en

aquel de quien han sido compañeros o con quien han compartido la mesa, que ha salido del mismo ambiente y cuyas primeras debilidades han visto; el orgullo sufre por el ascendiente al que se ve obligado a someterse. Quien se eleva por encima del nivel común es siempre blanco de los celos y de la envidia; quienes se sienten incapaces de alcanzar su altura se esfuerzan por rebajarlo mediante la denigración, la maledicencia y la calumnia; cuanto más pequeños se ven, más fuerte gritan, creyendo engrandecerse y eclipsarlo con el ruido que hacen. Tal ha sido y tal será la historia de la humanidad mientras los hombres no hayan comprendido su naturaleza espiritual ni hayan ampliado su horizonte moral; por eso este prejuicio es propio de los espíritus estrechos y vulgares, que lo refieren todo a su persona.

Por otra parte, generalmente nos formamos un ideal de los hombres a quienes solo conocemos por su espíritu, ideal que crece con la distancia de los tiempos y los lugares. Casi los despojamos de su humanidad; parece que no debieran hablar ni sentir como todo el mundo, que su lenguaje y sus pensamientos debieran mantenerse constantemente a la altura de lo sublime, sin pensar que el espíritu no puede estar incesantemente en tensión y en un estado perpetuo de sobreexcitación. En el trato diario de la vida privada, se ve demasiado al hombre material, al que nada distingue del común de la gente. El hombre corporal, que impresiona los sentidos, borra casi al hombre espiritual, que solo impresiona al espíritu: de lejos, solo se ven los destellos del genio; de cerca, se ven los descansos del espíritu.

Después de la muerte, al dejar de existir la comparación, solo queda el hombre espiritual, y parece tanto más grande cuanto más lejano es el recuerdo del hombre corporal. Por eso los hombres que han marcado su paso por la tierra con obras de verdadero valor son más apreciados después de su muerte que en vida. Se los juzga con mayor imparcialidad, porque, al haber

desaparecido los envidiosos y los celosos, ya no existen los antagonismos personales. La posteridad es un juez desinteresado que aprecia la obra del espíritu, la acepta sin entusiasmo ciego si es buena y la rechaza sin odio si es mala, haciendo abstracción de la individualidad que la produjo.

Jesús podía escapar tanto menos a las consecuencias de este principio, inherente a la naturaleza humana, cuanto que vivía en un ambiente poco ilustrado y entre hombres entregados por completo a la vida material. Sus compatriotas solo veían en él al hijo del carpintero, al hermano de hombres tan ignorantes como ellos, y se preguntaban qué podía hacerlo superior a ellos y darle derecho a censurarlos; por eso, al ver que su palabra tenía menos crédito entre los suyos, que lo despreciaban, que entre los extranjeros, fue a predicar entre quienes lo escuchaban y en medio de los cuales encontraba simpatía.

Puede juzgarse qué sentimientos animaban a sus allegados hacia él por el hecho de que sus propios hermanos, acompañados de su madre, acudieron a una reunión en la que se encontraba para apoderarse de él, diciendo que había perdido la razón. (San Marcos, cap. iii, v. 20, 21, y del 31 al 35. — El Evangelio según el espiritismo, cap. xiv.)

Así, por un lado, los sacerdotes y los fariseos acusaban a Jesús de actuar por medio del demonio; por otro, sus parientes más cercanos lo tachaban de loco. ¿No es así como se trata hoy a los espiritistas, y deben estos quejarse de no recibir de sus conciudadanos un trato mejor que el que recibió Jesús? Lo que nada tenía de sorprendente hace dos mil años, en un pueblo ignorante, resulta más extraño en el siglo diecinueve entre las naciones civilizadas.

3 (Después de la curación del lunático.) — Todos quedaron asombrados por el gran poder de Dios. Y mientras todos admiraban lo que hacía Jesús, él dijo a sus discípulos: Guardad bien en vuestro corazón lo que voy a deciros. El Hijo del hombre debe ser entregado en manos de los hombres. — Pero ellos no entendían este lenguaje; les estaba tan oculto que no comprendían nada de él, e incluso temían preguntarle al respecto. (San Lucas, cap. ix, v. 44, 45.)

4 Desde entonces, Jesús comenzó a revelar a sus discípulos que tenía que ir a Jerusalén; que allí sufriría mucho por parte de los senadores, los escribas y los jefes de los sacerdotes; que sería condenado a muerte y que resucitaría al tercer día. (San Mateo, cap. xvi, v. 21.)

5 Cuando estaban en Galilea, Jesús les dijo: El Hijo del hombre debe ser entregado en manos de los hombres; — y le darán muerte, y resucitará al tercer día: lo que los afligió profundamente. (San Mateo, cap. xvii, v. 21, 22.)

6 Cuando Jesús iba a Jerusalén, tomó aparte a sus doce discípulos y les dijo: Vamos a Jerusalén y el Hijo del hombre será entregado a los jefes de los sacerdotes y a los escribas, que lo condenarán a muerte, — y lo entregarán a los gentiles para que se burlen de él, lo azoten y lo crucifiquen; y resucitará al tercer día. (San Mateo, cap. xx, v. 17 a 19.)

7 Después Jesús, tomando aparte a los doce apóstoles, les dijo: Mirad, vamos a Jerusalén, y todo lo que los profetas han escrito acerca del Hijo del hombre se va a cumplir; — porque será entregado a los gentiles; se burlarán de él, lo azotarán y le escupirán en el rostro. — Y después de azotarlo le

darán muerte, y resucitará al tercer día.
Pero ellos no comprendieron nada de todo aquello: este lenguaje les estaba oculto y no entendían lo que les decía. (San Lucas, cap. xviii, v. 31 al 34.)

8 Jesús, habiendo terminado todos sus discursos, dijo a sus discípulos: Sabéis que dentro de dos días se celebrará la Pascua y que el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado.
Al mismo tiempo, los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo se reunieron en el patio del sumo sacerdote llamado Caifás, — y deliberaron juntos para encontrar la manera de apoderarse de Jesús con astucia y darle muerte. — Y decían: No debe ser durante la fiesta, por temor a que se produzca algún tumulto entre el pueblo. 'San Mateo, cap. xxvi, v. 1 al 5.)

9 Aquel mismo día, algunos fariseos vinieron a decirle: Marchaos, salid de este lugar, porque Herodes quiere daros muerte. — Él les respondió: Id a decir a ese zorro: Todavía tengo que expulsar demonios y devolver la salud a los enfermos hoy y mañana, y al tercer día llegaré a mi consumación por mi muerte. (San Lucas, cap. xiii, v. 31, 32.)

10 Guardaos de los hombres, porque os harán comparecer en sus asambleas y os harán azotar en sus sinagogas; y seréis presentados, por causa mía, ante los gobernadores y los reyes, para dar testimonio ante ellos, así como ante las naciones. (San Mateo, cap. x, v. 17, 18.)

11 Os expulsarán de las sinagogas; y viene el tiempo en que cualquiera que os dé muerte creerá hacer algo agradable a Dios. — Os tratarán de esta manera porque no conocen ni a mi Padre ni a mí. — Os digo estas cosas para que, cuando llegue el tiempo, recordéis que os las he dicho. (San Juan, cap. xvi, v. 1 al 4.)

12 Seréis traicionados y entregados a los magistrados por vuestros padres y vuestras madres, por vuestros hermanos, por vuestros parientes y por vuestros amigos, y darán muerte a varios de vosotros; — y seréis odiados por todos a causa de mi nombre. — Sin embargo, no se perderá un solo cabello de vuestra cabeza. — Por vuestra paciencia poseeréis vuestras almas. (San Lucas, cap. xxi, v. 16 al 19.)

13 (Martirio de san Pedro.) En verdad, en verdad os digo que, cuando erais más joven, os ceñíais vos mismo e ibais adonde queríais; pero cuando seáis viejo, extenderéis las manos, y otro os ceñirá y os llevará adonde no querríais ir. — Decía esto para indicar con qué muerte había de glorificar a Dios. (San Juan, cap. xxi, ciudades impenitentes.

14 Entonces comenzó a reprochar a las ciudades en las que había hecho muchos milagros que no hubieran hecho penitencia.
¡Ay de ti, Corazín! ¡Ay de ti, Betsaida! Porque, si los milagros que se han hecho en medio de vosotras se hubieran hecho en Tiro y en Sidón, hace tiempo que habrían hecho penitencia con saco y ceniza. — Por eso os declaro que, en el día del juicio, Tiro y Sidón serán tratadas con menos rigor que vosotras.
Y tú, Cafarnaúm, ¿seguirás elevándote hasta el cielo? Serás rebajada hasta el fondo del infierno, porque, si los milagros que se han hecho en medio de ti se hubieran hecho en Sodoma, quizá subsistiría todavía hoy. — Por eso te declaro que, en el día del juicio, la tierra de Sodoma será tratada con menos rigor que tú. (San Mateo, cap. xi, v. 20 a 24.)

15 Cuando Jesús salió del Templo para marcharse, sus discípulos se acercaron a él para hacerle observar la estructura y la grandeza de aquel edificio. — Pero él les dijo: ¿Veis todos estos edificios? En verdad os digo que serán

destruidos de tal manera que no quedará en ellos piedra sobre piedra. (San Mateo, cap. xxiv, v. 1, 2.)

16 Habiendo llegado después cerca de Jerusalén, y mirando la ciudad, lloró por ella, diciendo: — ¡Ah! ¡Si al menos reconocieras en este día, que todavía se te concede, lo que puede procurarte la paz! Pero ahora todo eso está oculto a tus ojos.

16.2 — Por eso vendrá un tiempo desdichado para ti, en el que tus enemigos te rodearán de trincheras, te encerrarán y te estrecharán por todas partes; — te derribarán por tierra, a ti y a tus hijos que están en medio de ti, y no te dejarán piedra sobre piedra, porque no has reconocido el tiempo en que Dios te ha visitado. (San Lucas, cap. xix, v. del 41 al 44.)

17 Sin embargo, tengo que seguir caminando hoy, mañana y al día siguiente, porque no debe un profeta sufrir la muerte fuera de Jerusalén. Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a quienes son enviados a ti, cuántas veces he querido reunir a tus hijos como una gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y tú no has querido. — Se acerca el tiempo en que vuestra casa quedará desierta. Os digo, en verdad, que de ahora en adelante no volveréis a verme hasta que digáis: Bendito sea el que viene en nombre del Señor. (San Lucas, cap. xiii, v. 33, 34, 35.)

18 Cuando vean a un ejército rodear Jerusalén, sepan que su desolación está cerca. — Entonces, que los que estén en Judea huyan a las montañas; que los que se encuentren dentro de ella se retiren, y que los que estén en los campos de alrededor no entren en ella.

18.2 — Porque esos serán los días de la venganza, para que se cumpla todo lo que está en la Escritura. — ¡Ay de las que estén embarazadas o amamantando en aquellos días, porque esta tierra estará abrumada de males, y

la ira del cielo caerá sobre este pueblo!

18.3 — Pasarán a filo de espada; serán llevados cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será pisoteada por los gentiles, hasta que se cumpla el tiempo de las naciones. (San Lucas, cap. xxi, v. de 20

19 (Jesús camino del suplicio). Lo seguía una gran multitud del pueblo y de mujeres que se golpeaban el pecho y lloraban. — Pero Jesús, volviéndose, les dijo: Hijas de Jerusalén, no lloren por mí, sino lloren por ustedes mismas y por sus hijos; — porque vendrá un tiempo en que se dirá: Dichosas las estériles, los vientres que no llevaron hijos y los pechos que no amamantaron.

19.2 — Entonces comenzarán a decir a las montañas: ¡Caigan sobre nosotros!, y a las colinas: ¡Cúbrannos! — Porque, si así tratan a la madera verde, ¿cómo será tratada la madera seca? (San Lucas, cap. xxiii, v. de 27 a 31.)

20 La facultad de presentir las cosas futuras es uno de los atributos del alma y se explica por la teoría de la presciencia. Jesús la poseía, como todas las demás, en un grado eminente. Por tanto, pudo prever los acontecimientos que seguirían a su muerte, sin que haya en ello nada sobrenatural, puesto que vemos que se reproduce ante nuestros ojos en las condiciones más comunes. No es raro que algunas personas anuncien con precisión el instante de su muerte: es que su alma, en estado de desprendimiento, es como el hombre de la montaña (cap. XVI, n.º 1); abarca el camino que ha de recorrer y ve su término.

Con mayor razón debía ocurrir así con Jesús, pues, al tener conciencia de la misión que venía a cumplir, sabía que la muerte por el suplicio era su consecuencia necesaria. La visión espiritual, que era permanente en él, así como la penetración del pensamiento, debía mostrarle las circunstancias y

el momento fatal. Por la misma razón, podía prever la ruina del Templo, la de Jerusalén, las desgracias que iban a azotar a sus habitantes y la dispersión de los judíos.

21 La incredulidad, que no admite la vida espiritual independiente de la materia, no puede comprender la presciencia: por eso la niega, atribuyendo al azar los hechos auténticos que se cumplen ante sus ojos. Es notable que retroceda ante el examen de todos los fenómenos psíquicos que se producen por todas partes, sin duda por temor a ver surgir en ellos al alma y a que esta la desmienta.

22 (Juan el Bautista). Al ver a varios de los fariseos y de los saduceos que venían a su bautismo, les dijo: Raza de víboras, ¿quién les ha enseñado a huir de la ira que ha de caer sobre ustedes?

22.2 — Den, pues, frutos dignos de penitencia; — y no piensen decirse a sí mismos: Tenemos a Abraham por padre; porque les declaro que Dios puede hacer nacer de estas mismas piedras hijos para Abraham; — porque el hacha ya está puesta a la raíz de los árboles: por tanto, todo árbol que no produzca buenos frutos será cortado y arrojado al fuego. (San Mateo, cap. iii, v. 7 a 10.)

23 ¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, porque cierran a los hombres el reino de los cielos; pues ustedes mismos no entrarán en él, y además se oponen a los que desean entrar!
¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, porque, con el pretexto de sus largas oraciones, devoran las casas de las viudas; por eso recibirán un juicio más riguroso!
¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, porque recorren el mar y la tierra para hacer un prosélito, y, después de que llega a serlo, lo hacen dos

veces más digno del infierno que ustedes!

¡Ay de ustedes, guías ciegos que dicen: Si un hombre jura por el templo, no es nada; pero quien jura por el oro del templo queda obligado por su juramento! — ¡Insensatos y ciegos! ¿Qué debe estimarse más: el oro o el templo que santifica el oro? — Y si un hombre, dicen ustedes, jura por el altar, no es nada; pero quien jura por la ofrenda que está sobre el altar queda obligado por su juramento. — ¡Ciegos! ¿Qué debe estimarse más: la ofrenda o el altar que santifica la ofrenda?

— Por tanto, quien jura por el altar jura por el altar y por todo lo que está sobre él; — y quien jura por el templo jura por el templo y por quien habita en él; — y quien jura por el cielo jura por el trono de Dios y por quien está sentado en él.

¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, que pagan el diezmo de la menta, del eneldo y del comino, y han abandonado lo más importante de la ley, a saber: la justicia, la misericordia y la fe! Estas eran las cosas que debían practicar, sin omitir, sin embargo, las otras. — ¡Guías ciegos, que ponen tanto cuidado en colar lo que beben por temor a tragarse un mosquito, y se tragan un camello!

¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, porque limpian el exterior de la copa y del plato, y por dentro están llenos de rapiña e impureza! — ¡Fariseos ciegos! Limpien primero el interior de la copa y del plato, para que el exterior también quede limpio.

¡Ay de ustedes, escribas y fariseos hipócritas, porque se parecen a sepulcros blanqueados que, por fuera, parecen hermosos a los ojos de los hombres, pero que, por dentro, están llenos de huesos de muertos y de toda clase de podredumbre!

— Así, por fuera, parecen justos, pero, por dentro, están llenos de hipocre-

sía e iniquidades.

¡Ay de ustedes, escribas y fariseos, que construyen tumbas para los profetas y adornan los monumentos de los justos, — y dicen: Si hubiéramos vivido en tiempos de nuestros padres, no nos habríamos unido a ellos para derramar la sangre de los profetas! — Acaben, pues, también de colmar la medida de sus padres. — Serpientes, raza de víboras, ¿cómo podrán evitar ser condenados al infierno? — Por eso voy a enviarles profetas, sabios y escribas, y matarán a unos, crucificarán a otros, azotarán a otros en sus sinagogas y los perseguirán de ciudad en ciudad; — para que recaiga sobre ustedes toda la sangre inocente que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien mataron entre el templo y el altar. — En verdad les digo que todo esto caerá sobre esta generación de hoy. (San Mateo, cap. xxi, v. de 13 a 36.)

24 Entonces sus discípulos se acercaron y le dijeron: ¿Sabe que los fariseos, al oír lo que acaba de decir, se han escandalizado? — Pero él respondió: Toda planta que mi Padre celestial no haya plantado será arrancada. — Déjenlos; son ciegos que guían a ciegos; si un ciego guía a otro, ambos caen en el hoyo. (San Mateo, cap. xv, v. 12, 13, 14.)

25 El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. (San Mateo, cap. xxiv, v. 33.)

26 Las palabras de Jesús no pasarán, porque serán verdaderas en todos los tiempos; su código moral será eterno, porque encierra las condiciones del bien que conduce al hombre a su destino eterno. Pero ¿han llegado hasta nosotros sus palabras libres de toda mezcla y de falsas interpretaciones? ¿Todas las sectas cristianas han captado su espíritu? ¿Ninguna ha desviado su verdadero sentido a causa de los prejuicios y de la ignorancia de las leyes

de la naturaleza? ¿Ninguna ha hecho de ellas un instrumento de dominación para servir a la ambición y a los intereses materiales, un peldaño para elevarse, no al cielo, sino en la tierra?

¿Todas se han propuesto como regla de conducta la práctica de las virtudes que él estableció como condición expresa de la salvación? ¿Todas están exentas de los reproches que dirigía a los fariseos de su tiempo? ¿Todas, en fin, son, tanto en la teoría como en la práctica, la expresión pura de su doctrina?

La verdad, al ser una, no puede encontrarse en afirmaciones contrarias, y Jesús no pudo querer dar un doble sentido a sus palabras. Por tanto, si las distintas sectas se contradicen; si unas consideran verdadero lo que otras condenan como herejías, es imposible que todas estén en la verdad. Si todas hubieran captado el sentido verdadero de la enseñanza evangélica, se habrían encontrado en el mismo terreno y no habría habido sectas.

Lo que no pasará es el verdadero sentido de las palabras de Jesús; lo que pasará es lo que los hombres han construido sobre el sentido falso que han dado a esas mismas palabras.

Como Jesús tenía la misión de traer a los hombres el pensamiento de Dios, solo su doctrina pura puede ser la expresión de ese pensamiento; por eso dijo: Toda planta que mi Padre celestial no haya plantado será arrancada.

27 ¿Nunca han leído estas palabras en las Escrituras: La piedra que fue rechazada por los que construían se ha convertido en la principal piedra angular? Esto es lo que ha hecho el Señor, y nuestros ojos lo ven con admiración. — Por eso les declaro que el reino de Dios les será quitado y será dado a un pueblo que produzca sus frutos. — Quien se deje caer sobre esta piedra se hará pedazos contra ella, y ella aplastará a aquel sobre quien caiga.

Los principales sacerdotes y los fariseos, al oír estas palabras de Jesús, comprendieron que hablaba de ellos; — y, aunque querían apoderarse de él, temieron al pueblo, porque lo consideraba un profeta. (San Mateo, cap. xxi, v. de 42

28 La palabra de Jesús se ha convertido en la piedra angular, es decir, la piedra que consolida el nuevo edificio de la fe, levantado sobre las ruinas del antiguo; como los judíos, los principales sacerdotes y los fariseos rechazaron esta palabra, ella los aplastó, como aplastará a quienes, desde entonces, la han desconocido o han desvirtuado su sentido en provecho de su ambición.

29 Había un padre de familia que, después de plantar una viña, la cercó con un seto; y, cavando en la tierra, construyó allí una torre; luego, tras arrendarla a unos viñadores, se fue a un país lejano.
Cuando se acercaba el tiempo de los frutos, envió a sus siervos a los viñadores para recoger el fruto de su viña. — Pero los viñadores se apoderaron de sus siervos, golpearon a uno, mataron a otro y apedrearon a otro. — Les envió de nuevo otros siervos, más numerosos que los primeros, y los trataron de la misma manera. — Por último, les envió a su propio hijo, diciéndose a sí mismo: Tendrán algún respeto por mi hijo. — Pero los viñadores, al ver al hijo, se dijeron entre sí: Este es el heredero; vengan, matémoslo y seremos dueños de su herencia. — Así, se apoderaron de él, lo echaron fuera de la viña y lo mataron.
Por tanto, cuando venga el señor de la viña, ¿cómo tratará a esos viñadores? — Le respondieron: Hará perecer miserablemente a esos malvados y arrendará su viña a otros viñadores que le entreguen los frutos a su tiempo. (San Mateo, cap. xii, v. de 33 a 41.)

30 El padre de familia es Dios; la viña que ha plantado es la ley que ha establecido; los viñadores a quienes ha arrendado su viña son los hombres que deben enseñar y practicar su ley; los siervos que les envió son los profetas a quienes ellos dieron muerte; su hijo, a quien envía por último, es Jesús, a quien dieron muerte igualmente. ¿Cómo tratará, pues, el Señor a sus mandatarios que han quebrantado su ley? Los tratará como ellos trataron a sus enviados, y llamará a otros que le rindan mejores cuentas de sus bienes y del cuidado de su rebaño.

Así ocurrió con los escribas, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos; así ocurrirá cuando venga de nuevo a pedir cuentas a cada uno de lo que ha hecho con su doctrina; quitará la autoridad a quien haya abusado de ella, pues quiere que su campo sea administrado según su voluntad.

Después de dieciocho siglos, la humanidad, llegada a la edad adulta, está madura para comprender lo que Cristo solo esbozó, porque, como él mismo dice, no lo habrían comprendido. Ahora bien, ¿a qué resultado han llegado quienes, durante este largo período, han estado encargados de su educación religiosa? A ver cómo la indiferencia sucede a la fe y la incredulidad se erige en doctrina. En ninguna otra época, en efecto, el escepticismo y el espíritu de negación estuvieron más extendidos en todas las clases de la sociedad.

Pero, si algunas de las palabras de Cristo están veladas bajo la alegoría, en todo lo que concierne a la regla de conducta, las relaciones entre los hombres y los principios de moral que establece como condición expresa de la salvación (j Evangelio según el Espiritismo, cap. xv), es claro, explícito y sin ambigüedad.

¿Qué se ha hecho de sus máximas de caridad, de amor y de tolerancia; de las recomendaciones que hizo a sus apóstoles de convertir a los hombres

mediante la dulzura y la persuasión; de la sencillez, de la humildad, del desinterés y de todas las virtudes de las que dio ejemplo? En su nombre, los hombres se han lanzado anatemas y maldiciones; se han degollado en nombre de quien dijo: Todos los hombres son hermanos. Se ha hecho un Dios celoso, cruel, vengativo y parcial de aquel a quien proclamó infinitamente justo, bueno y misericordioso; se han sacrificado a este Dios de paz y de verdad más miles de víctimas en las hogueras, mediante las torturas y las persecuciones, de las que jamás sacrificaron los paganos a los falsos dioses; se han vendido las oraciones y los favores del cielo en nombre de quien expulsó a los vendedores del Templo y dijo a sus discípulos: Dad gratuitamente lo que habéis recibido gratuitamente.

¿Qué diría Cristo si viviera hoy entre nosotros? Si viera a sus representantes ambicionar los honores, las riquezas, el poder y el fasto de los príncipes del mundo, mientras que él, más rey que los reyes de la tierra, hizo su entrada en Jerusalén montado en un asno, ¿no tendría derecho a decirles: ¿Qué habéis hecho de mis enseñanzas, vosotros que rendís culto al becerro de oro, que dedicáis en vuestras oraciones una gran parte a los ricos y una escasa parte a los pobres, cuando os dije: Los primeros serán los últimos y los últimos serán los primeros en el reino de los cielos? Pero, aunque no esté entre nosotros en carne, está en Espíritu y, como el señor de la parábola, vendrá a pedir cuentas a sus viñadores del producto de su viña cuando haya llegado el tiempo de la cosecha.

31 Tengo también otras ovejas que no son de este redil; también debo traerlas; escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo pastor. (San Juan, cap. x, v. 16.)

32 Con estas palabras, Jesús anuncia claramente que un día los hombres se unirán en una creencia única; pero ¿cómo podría realizarse esta unificación? La cosa parece difícil si se consideran las diferencias que existen entre las religiones, el antagonismo que mantienen entre sus respectivos adeptos y su obstinación en creerse poseedoras exclusivas de la verdad. Todas desean la unidad, pero todas se ilusionan con que se realizará en su beneficio, y ninguna está dispuesta a hacer concesiones en sus creencias.

Sin embargo, la unidad se realizará en la religión como tiende a realizarse en lo social, lo político y lo comercial, mediante la reducción de las barreras que separan a los pueblos, mediante la asimilación de las costumbres, de los usos y del lenguaje; los pueblos del mundo entero ya fraternizan, como los de las provincias de un mismo imperio; se presiente esta unidad, se la desea. Se realizará por la fuerza de las cosas, porque se convertirá en una necesidad para estrechar los lazos de fraternidad entre las naciones; se realizará mediante el desarrollo de la razón humana, que hará comprender la puerilidad de estas disensiones; mediante el progreso de las ciencias, que demuestra cada día los errores materiales en los que se apoyan y desprende poco a poco las piedras carcomidas de sus cimientos. Si la ciencia derriba, en las religiones, lo que es obra de los hombres y fruto de su ignorancia de las leyes de la naturaleza, no puede destruir, pese a la opinión de algunos, lo que es obra de Dios y de eterna verdad; al despejar lo accesorio, prepara los caminos de la unidad.

Para llegar a la unidad, las religiones deberán encontrarse en un terreno neutral, pero común a todas; para ello, todas tendrán que hacer concesiones y sacrificios más o menos grandes, según la multiplicidad de sus dogmas particulares. Pero, en virtud del principio de inmutabilidad que todas profesan, la iniciativa de las concesiones no podrá venir del ámbito oficial;

en lugar de tener su punto de partida arriba, lo tendrán abajo, por la iniciativa individual. Desde hace algún tiempo se está produciendo un movimiento de descentralización que tiende a adquirir una fuerza irresistible. El principio de inmutabilidad, que las religiones han considerado hasta ahora como un escudo protector, se convertirá en un elemento destructor, ya que, al permanecer inmóviles los cultos mientras la sociedad avanza, se verán desbordados y luego absorbidos por la corriente de las ideas de progreso.

Entre las personas que se separan total o parcialmente de los troncos principales, y cuyo número crece sin cesar, si algunas no quieren nada, la inmensa mayoría, que de ningún modo se conforma con la nada, quiere algo; ese algo aún no está definido en su pensamiento, pero lo presienten; tienden al mismo fin por caminos diferentes, y por ellas comenzará el movimiento de concentración hacia la unidad.

En el estado actual de la opinión y de los conocimientos, la religión que un día habrá de reunir a todos los hombres bajo una misma bandera será la que mejor satisfaga la razón y las legítimas aspiraciones del corazón y del espíritu; la que no sea desmentida en ningún punto por la ciencia positiva; la que, en lugar de permanecer inmóvil, siga a la humanidad en su marcha progresiva sin dejarse superar jamás; la que no sea exclusiva ni intolerante; la que emancipe la inteligencia al admitir únicamente la fe razonada; aquella cuyo código moral sea el más puro, el más racional, el más acorde con las necesidades sociales y, en fin, el más apropiado para establecer en la tierra el reinado del bien mediante la práctica de la caridad y de la fraternidad universales.

Entre las religiones existentes, las que más se acerquen a estas condiciones normales serán las que menos concesiones tengan que hacer; si una de ellas

las cumpliera por completo, se convertiría naturalmente en el eje de la unidad futura; esta unidad se realizará en torno a la que menos deje que desear a la razón, por las adhesiones individuales y voluntarias, sin una decisión oficial, pues la conciencia no se reglamenta.

Lo que mantiene el antagonismo entre las religiones es la idea de que cada una tiene su dios particular y su pretensión de poseer al único verdadero y al más poderoso, que está en constante hostilidad con los dioses de los otros cultos y ocupado en combatir su influencia. Cuando estén convencidas de que solo hay un Dios en el universo y de que, en definitiva, es el mismo al que adoran bajo los nombres de Jehová, Alá o Deus; cuando estén de acuerdo sobre sus atributos esenciales, comprenderán que un Ser único solo puede tener una voluntad; se tenderán la mano como los siervos de un mismo Señor y los hijos de un mismo Padre, y habrán dado un gran paso hacia la unidad.

33 Entonces sus discípulos le preguntaron: ¿Por qué, pues, dicen los escribas que es necesario que Elías venga primero? — Pero Jesús les respondió: Es verdad que Elías debe venir y que restablecerá todas las cosas.

Pero os declaro que Elías ya vino, y no lo reconocieron, sino que lo trataron como les pareció. Así también darán muerte al Hijo del hombre.

Entonces sus discípulos comprendieron que les había hablado de Juan el Bautista. (San Mateo, cap. xvii, v. de 10 a 13.)

34 Elías ya había regresado en la persona de Juan el Bautista. (Evangelio según el Espiritismo, cap. iv, n.º 10.) Su nueva venida se anuncia de manera explícita; ahora bien, como solo puede regresar con un cuerpo nuevo, esto constituye la consagración formal del principio de la pluralidad de las existencias. (Evangelio según el Espiritismo, cap. iv.)

35 Si me amáis, guardad mis mandamientos, — y rogaré a mi Padre, y os enviará otro Consolador, para que permanezca eternamente con vosotros: — El Espíritu de Verdad, que este mundo no puede recibir porque no lo ve; pero vosotros lo conoceréis, porque permanecerá con vosotros y estará en vosotros.

35.2 — Pero el Consolador, que es el Espíritu Santo, a quien mi Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que os he dicho. (San Juan, cap. xiv, v. 15, 16, 17, 26. — Evangelio según el Espiritismo, cap. vi.)

36 Sin embargo, os digo la verdad: Os conviene que me vaya, porque, si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero me voy, y os lo enviaré, — y, cuando haya venido, convencerá al mundo en lo referente al pecado, a la justicia y al juicio: — en lo referente al pecado, porque no han creído en mí; — en lo referente a la justicia, porque me voy a mi Padre y ya no me veréis; en lo referente al juicio, porque el príncipe de este mundo ya está juzgado.

Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no podéis soportarlas.

Cuando haya venido ese Espíritu de Verdad, os enseñará toda verdad, pues no hablará por sí mismo, sino que dirá todo lo que haya oído y os anunciará las cosas venideras.

Él me glorificará, porque recibirá de lo que es mío y os lo anunciará. (San Juan, cap. xvi, v. de 7 a 14).

37 Esta predicción es sin duda una de las más importantes desde el punto de vista religioso, pues deja constancia de la manera menos equívoca de que Jesús no dijo todo lo que tenía que decir, porque no habría sido comprendido, ni siquiera por sus apóstoles, ya que es a ellos a quienes se dirige.

Si les hubiera dado instrucciones secretas, ellos las habrían mencionado en el Evangelio. Puesto que no lo dijo todo a sus apóstoles, sus sucesores no pudieron saber más que ellos; por tanto, pudieron equivocarse sobre el sentido de sus palabras, dar una falsa interpretación a sus pensamientos, a menudo velados bajo la forma de parábolas. Las religiones fundadas en el Evangelio no pueden, por tanto, decir que poseen toda la verdad, puesto que él se reservó completar más adelante sus instrucciones. Su principio de inmutabilidad es una protesta contra las propias palabras de Jesús.
Anuncia bajo el nombre de Consolador y de Espíritu de Verdad a aquel que debe enseñar todas las cosas y hacer recordar lo que él ha dicho; por tanto, su enseñanza no estaba completa; además, prevé que se habrá olvidado lo que dijo y que se lo habrá desvirtuado, puesto que el Espíritu de Verdad debe hacerlo recordar y, de común acuerdo con Elías, restablecer todas las cosas, es decir, conforme al verdadero pensamiento de Jesús.

38 ¿Cuándo debe venir este nuevo revelador? Es evidente que, si en la época en que hablaba Jesús los hombres no estaban en condiciones de comprender las cosas que le quedaban por decir, no podían adquirir en unos pocos años los conocimientos necesarios.

38.2 Para comprender ciertas partes del Evangelio, a excepción de los preceptos morales, hacían falta conocimientos que solo el progreso de las ciencias podía dar y que debían ser obra del tiempo y de varias generaciones. Por tanto, si el nuevo Mesías hubiera venido poco tiempo después de Cristo, habría encontrado el terreno igualmente poco propicio y no habría hecho más que él.

38.3 Ahora bien, desde Cristo hasta nuestros días no se ha producido ninguna gran revelación que haya completado el Evangelio y aclarado sus partes oscuras, indicio seguro de que el enviado aún no había aparecido.

39 ¿Quién debe ser ese enviado? Al decir Jesús: «Rogaré a mi Padre y él os enviará otro Consolador», indica claramente que no es él mismo; de otro modo habría dicho: «Volveré para completar lo que os he enseñado». Luego añade: Para que permanezca eternamente con vosotros, y estará en vosotros.

39.2 Esto no puede entenderse de una individualidad encarnada, que no puede permanecer eternamente con nosotros, y menos aún estar en nosotros, pero se comprende muy bien de una doctrina que, en efecto, una vez que la hemos asimilado, puede estar eternamente en nosotros.

39.3 El Consolador es, por tanto, en el pensamiento de Jesús, la personificación de una doctrina sumamente consoladora, cuyo inspirador debe ser el Espíritu de Verdad.

40 El Espiritismo cumple, como se ha demostrado (cap. I, n.º 30), todas las condiciones del Consolador prometido por Jesús. No es una doctrina individual, una concepción humana; nadie puede decir que es su creador. Es el producto de la enseñanza colectiva de los Espíritus, presidida por el Espíritu de Verdad. No suprime nada del Evangelio: lo completa y lo esclarece; con ayuda de las nuevas leyes que revela, unidas a las de la ciencia, permite comprender lo que era ininteligible y admitir la posibilidad de lo que la incredulidad consideraba inadmisible. Ha tenido sus precursores y sus profetas, que presintieron su llegada. Por su poder moralizador, prepara el reino del bien en la tierra.

La doctrina de Moisés, incompleta, quedó circunscrita al pueblo judío; la

de Jesús, más completa, se extendió por toda la tierra mediante el cristianismo, pero no convirtió a todo el mundo; el Espiritismo, más completo aún, al tener raíces en todas las creencias, convertirá a la humanidad (1).

41 Al decir Cristo a sus apóstoles: «Otro vendrá más tarde, que os enseñará lo que no puedo deciros ahora», proclamaba por ello mismo la necesidad de la reencarnación. ¿Cómo podían estos hombres aprovechar la enseñanza más completa que debía darse más adelante; cómo serían más capaces de comprenderla si no habían de volver a vivir?

41.2 Jesús habría dicho algo incoherente si los hombres futuros debieran ser, según la doctrina común, hombres nuevos, almas salidas de la nada al nacer. Admitid, por el contrario, que los apóstoles y los hombres de su tiempo han vivido desde entonces; que vuelven a vivir todavía hoy, y la promesa de Jesús queda justificada; su inteligencia, que ha debido desarrollarse al contacto con el progreso social, puede soportar ahora lo que entonces no podía soportar. Sin la reencarnación, la promesa de Jesús habría sido ilusoria.

42 Si se dijera que esta promesa se cumplió el día de Pentecostés con el descenso del Espíritu Santo, se respondería que el Espíritu Santo los inspiró, que pudo abrir su inteligencia, desarrollar en ellos las aptitudes mediúmnicas que debían facilitar su misión, pero que no les enseñó nada más de lo que había enseñado Jesús, pues no se encuentra rastro alguno de una enseñanza especial. El Espíritu Santo no cumplió, por tanto, lo que Jesús había anunciado del Consolador: de otro modo, los apóstoles habrían aclarado, durante su vida, todo lo que ha permanecido oscuro en el Evangelio hasta hoy y cuya interpretación contradictoria ha dado lugar a las innumerables sectas que han dividido el cristianismo desde el primer siglo.

43 Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguien quiere venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz y que me siga; — pues quien quiera salvar su vida la perderá, y quien pierda su vida por amor a mí la encontrará.
¿Y de qué le serviría a un hombre ganar el mundo entero y perder su alma? ¿O qué podrá dar el hombre a cambio para rescatar su alma después de haberla perdido? — Pues el Hijo del hombre debe venir en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces dará a cada uno según sus obras.
En verdad os digo que hay algunos de los que están aquí que no experimentarán la muerte sin haber visto al Hijo del hombre venir en su reino. (San Mateo, cap. xvi, v. de 21 a 28.)

44 Entonces el sumo sacerdote, levantándose en medio de la asamblea, interrogó a Jesús y le dijo: ¿No respondéis nada a lo que estos declaran contra vos? — Pero Jesús permanecía en silencio y no respondió nada. El sumo sacerdote lo interrogó de nuevo y le dijo: ¿Sois el Cristo, el Hijo de Dios bendito por siempre? — Jesús le respondió: Lo soy, y un día veréis al Hijo del hombre sentado a la derecha de la majestad de Dios y viniendo sobre las nubes del cielo.
Enseguida el sumo sacerdote, rasgándose las vestiduras, les dijo: ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? (San Marcos, cap. xiv, v. de 60 a 63.)

45 Jesús anuncia su segunda venida, pero no dice que volverá a la tierra con un cuerpo carnal, ni que el Consolador estará personificado en él. Se presenta como quien debe venir en Espíritu, en la gloria de su Padre, a juzgar el mérito y el demérito, y dar a cada uno según sus obras cuando se hayan cumplido los tiempos.
Estas palabras: «Hay algunos de los que están aquí que no experimentarán

la muerte sin haber visto al Hijo del hombre venir en su reino», parecen una contradicción, puesto que es seguro que no vino en vida de ninguno de los que estaban presentes. Sin embargo, Jesús no podía equivocarse en una previsión de esta naturaleza, y sobre todo acerca de una cosa contemporánea que lo concernía personalmente; primero hay que preguntarse si sus palabras siempre se han transmitido con plena fidelidad. Cabe dudarlo, si se piensa que no escribió nada; que sus palabras solo se recogieron después de su muerte; y cuando se ve que el mismo discurso se reproduce casi siempre en términos distintos en cada evangelista, esto constituye una prueba evidente de que no son las expresiones textuales de Jesús. Es, además, probable que el sentido haya sufrido a veces alteraciones al pasar por traducciones sucesivas.

Por otro lado, es seguro que, si Jesús hubiera dicho todo lo que habría podido decir, se habría expresado sobre todas las cosas de una manera clara y precisa que no habría dado lugar a ningún equívoco, como lo hace con los principios morales, mientras que tuvo que velar su pensamiento sobre los asuntos que no juzgó oportuno profundizar. Los apóstoles, convencidos de que la generación presente debía ser testigo de lo que anunciaba, debieron interpretar el pensamiento de Jesús según su propia idea; pudieron, por consiguiente, redactarlo referido al presente de una manera más absoluta de lo que quizá él mismo lo hizo. Sea como sea, ahí está el hecho que demuestra que las cosas no sucedieron como ellos creyeron.

46 Un punto capital que Jesús no pudo desarrollar, porque los hombres de su tiempo no estaban suficientemente preparados para ese orden de ideas y sus consecuencias, pero cuyo principio, sin embargo, estableció, como lo hizo con todas las cosas, es la gran e importante ley de la reencarnación.

Esta ley, estudiada y puesta de manifiesto en nuestros días por el Espiritismo, es la clave de muchos pasajes del Evangelio que, sin ella, parecen contrasentidos.

En esta ley puede encontrarse la explicación racional de las palabras anteriores, admitiéndolas como textuales. Puesto que no pueden aplicarse a la persona de los apóstoles, es evidente que se refieren al reino futuro de Cristo, es decir, al tiempo en que su doctrina, mejor comprendida, será la ley universal. Al decirles que algunos de los que están presentes verán su venida, esto solo podía entenderse en el sentido de que volverían a vivir en aquella época. Pero los judíos se figuraban que iban a ver todo lo que Jesús anunciaba y tomaban sus alegorías al pie de la letra.

Por lo demás, algunas de sus predicciones se cumplieron en su tiempo, como la ruina de Jerusalén, las desgracias que la siguieron y la dispersión de los judíos; pero él dirige su mirada más lejos y, al hablar del presente, alude constantemente al futuro.

47 También oiréis hablar de guerras y de rumores de guerras; pero guardaos bien de turbaros, pues es necesario que estas cosas sucedan; pero todavía no será el fin, — pues se verá levantarse pueblo contra pueblo y reino contra reino; y habrá pestes, hambres y terremotos en diversos lugares, — y todas estas cosas solo serán el comienzo de los dolores. (San Mateo, cap. xxiv, v. 6, 7, 8.)

48 Entonces el hermano entregará al hermano a la muerte, y el padre al hijo; los hijos se levantarán contra sus padres y sus madres, y los harán morir. — Y seréis odiados por todo el mundo a causa de mi nombre; pero quien persevere hasta el fin se salvará. (San Marcos, cap. xiii, v. 12, 13).

49 Cuando veáis que la abominación de la desolación predicha por el profeta Daniel estará en el lugar santo, que quien lea entienda bien lo que lee.
Entonces, que quienes estén en Judea huyan a las montañas. — Que quien esté en lo alto del tejado no baje de él para llevarse algo de su casa; — y que quien esté en el campo no vuelva para tomar sus vestiduras. — Pero ay de las mujeres que estén embarazadas o amamantando en aquellos días. — Rogad, pues, a Dios que vuestra huida no ocurra durante el invierno ni en el día del sábado, — pues la aflicción de aquel tiempo será tan grande que no ha habido otra semejante desde el comienzo del mundo hasta el presente, y nunca la habrá. — Y si aquellos días no hubieran sido abreviados, ningún hombre se habría salvado, pero aquellos días serán abreviados en favor de los elegidos. (San Mateo, cap. xxiv, v. la a 22.)

50 Inmediatamente después de esos días de aflicción, el sol se oscurecerá y la luna dejará de dar su luz; las estrellas caerán del cielo y las potencias de los cielos serán sacudidas.
Entonces, la señal del Hijo del hombre aparecerá en el cielo, y todos los pueblos de la tierra llorarán y gemirán; y verán al Hijo del hombre venir sobre las nubes del cielo con gran majestad.
Y enviará a sus ángeles, que harán oír el sonido resonante de sus trompetas y reunirán a sus elegidos de los cuatro rincones del mundo, desde un extremo del cielo hasta el otro.
Aprended una comparación tomada de la higuera. Cuando sus ramas ya están tiernas y brotan sus hojas, sabéis que el verano está cerca. — Del mismo modo, cuando veáis todas estas cosas, sabed que el Hijo del hombre está cerca y que está como a la puerta.
En verdad os digo que esta raza no pasará hasta que todas estas cosas se ha-

yan cumplido. (San Mateo, cap. xxiv, v. de 29 a 34.)
Y en la venida del Hijo del hombre sucederá lo que sucedió en tiempos de Moisés; — pues, como en los últimos tiempos antes del diluvio los hombres comían y bebían, se casaban y casaban a sus hijos, hasta el día en que Noé entró en el arca; — y no supieron del momento del diluvio hasta que llegó y se llevó a todo el mundo, así sucederá también en la venida del Hijo del hombre. (San Mateo, cap. xxiv, v. 37, 38.)

51 En cuanto a ese día o a esa hora, nadie lo sabe, ni los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino solo el Padre. (San Marcos, cap. xiii, v. 32.)

52 En verdad, en verdad os digo que lloraréis y gemiréis, y el mundo se alegrará; estaréis tristes, pero vuestra tristeza se convertirá en alegría. — Una mujer, cuando da a luz, siente dolor porque ha llegado su hora; pero después de haber dado a luz a un hijo, ya no recuerda todos sus sufrimientos, por la alegría de haber traído un hombre al mundo.

52.2 — Así también vosotros estáis ahora tristes, pero volveré a veros, y vuestro corazón se alegrará, y nadie os arrebatará vuestra alegría. (San Juan, cap. xvi, v. 20, 21, 22.)

53 Surgirán varios falsos profetas que engañarán a muchas personas, — y como abundará la iniquidad, la caridad de muchos se enfriará; — pero se salvará quien persevere hasta el fin. — Y este Evangelio del reino será predicado en toda la tierra para servir de testimonio a todas las naciones, y entonces llegará el fin. (San Mateo, cap. xxiv, v. de Il a 14.)

54 Este cuadro del fin de los tiempos es evidentemente alegórico, como la mayoría de los que presentaba Jesús. Las imágenes que contiene, por su fuerza, pueden impresionar a inteligencias todavía poco cultivadas. Para

causar impresión en esas imaginaciones poco sutiles, hacían falta descripciones vigorosas, de colores marcados. Jesús se dirigía sobre todo al pueblo, a los hombres menos instruidos, incapaces de comprender las abstracciones metafísicas y de captar la delicadeza de las formas. Para llegar al corazón, había que hablar a los ojos mediante signos materiales y a los oídos mediante la fuerza del lenguaje.

Como consecuencia natural de esta disposición de ánimo, el poder supremo solo podía manifestarse, según la creencia de entonces, mediante cosas extraordinarias, sobrenaturales; cuanto más imposibles eran, más se aceptaban como probables.

El Hijo del hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con gran majestad, rodeado de sus ángeles y al son de las trompetas, les parecía mucho más imponente que un ser investido únicamente de poder moral. Por eso los judíos, que esperaban en el Mesías a un rey de la tierra, poderoso entre todos los reyes, que pusiera a su nación en el primer puesto y restableciera el trono de David y de Salomón, no quisieron reconocerlo en el humilde hijo del carpintero, sin autoridad material, tratado de loco por unos y de secuaz de Satanás por otros; no podían comprender a un rey sin refugio y cuyo reino no era de este mundo.

Sin embargo, este pobre proletario de Judea se ha convertido en el más grande entre los grandes; ha conquistado para su soberanía más reinos que los más poderosos potentados; con su sola palabra y unos cuantos pescadores miserables, ha revolucionado el mundo, y a él deberán los judíos su rehabilitación.

55 Cabe señalar que, entre los antiguos, los terremotos y el oscurecimiento del sol eran los símbolos obligados de todos los acontecimientos y de todos los presagios siniestros; se los encuentra en la muerte de Jesús, en la de César y en multitud de circunstancias de la historia del paganismo.

55.2 Si estos fenómenos se hubieran producido con tanta frecuencia como se cuenta, parecería imposible que los hombres no hubieran conservado su recuerdo mediante la tradición.

55.3 Aquí se añaden las estrellas que caen del cielo, como para dar testimonio a las generaciones futuras más instruidas de que solo se trata de una ficción, puesto que ahora se sabe que las estrellas no pueden caer.

56 Sin embargo, bajo estas alegorías se ocultan grandes verdades: en primer lugar, el anuncio de las calamidades de todo tipo que azotarán a la humanidad y la diezmarán; calamidades engendradas por la lucha suprema entre el bien y el mal, la fe y la incredulidad, las ideas progresistas y las ideas retrógradas.

56.2 En segundo lugar, el de la difusión, por toda la tierra, del Evangelio restablecido en su pureza primitiva; después, el reino del bien, que será el de la paz y la fraternidad universal, surgirá del código de moral evangélica puesto en práctica por todos los pueblos.

56.3 Será verdaderamente el reino de Jesús, puesto que presidirá su establecimiento y los hombres vivirán bajo el amparo de su ley; reino de felicidad, pues, dice él, «después de los días de aflicción vendrán los días de alegría».

57 ¿Cuándo se cumplirán estas cosas? «Nadie lo sabe —dice Jesús—, ni siquiera el Hijo»; pero, cuando llegue el momento, los hombres serán advertidos por señales precursoras. Estas señales no estarán en el sol ni en las es-

trellas, sino en el estado social y en fenómenos más morales que físicos, que en parte pueden deducirse de sus alusiones.

Es muy cierto que este cambio no podía producirse en vida de los apóstoles, pues de otro modo Jesús no habría podido ignorarlo y, además, semejante transformación no podía cumplirse en unos pocos años. Sin embargo, les habla como si debieran ser testigos de ella; es que, en efecto, podrán volver a vivir en esa época y trabajar ellos mismos en la transformación. Unas veces habla del destino próximo de Jerusalén y otras toma este hecho como punto de comparación para el futuro.

58 ¿Es el fin del mundo lo que Jesús anuncia con su nueva venida y cuando dice: «Cuando el Evangelio sea predicado por toda la tierra, entonces llegará el fin»?

No es razonable suponer que Dios destruya el mundo precisamente en el momento en que entre en la vía del progreso moral mediante la práctica de las enseñanzas evangélicas; además, nada en las palabras de Cristo indica una destrucción universal que, en tales condiciones, no estaría justificada.

Como la práctica general del Evangelio ha de traer una mejora en el estado moral de los hombres, traerá, por eso mismo, el reino del bien y provocará la caída del reino del mal. Por tanto, es al fin del viejo mundo, del mundo gobernado por los prejuicios, el orgullo, el egoísmo, el fanatismo, la incredulidad, la codicia y todas las malas pasiones, a lo que Cristo alude cuando dice: «Cuando el Evangelio sea predicado por toda la tierra, entonces llegará el fin; pero este fin traerá una lucha, y de esa lucha surgirán los males que él prevé».

59 En los últimos tiempos, dice el Señor, derramaré de mi espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán; vuestros jóvenes tendrán visiones y vuestros ancianos tendrán sueños. — En aquellos días, derramaré de mi espíritu sobre mis siervos y sobre mis siervas, y profetizarán. (Hechos, cap. ii, v. 17, 18.)

60 Si se considera el estado actual del mundo físico y del mundo moral, las tendencias, las aspiraciones, los presentimientos de las masas, la decadencia de las viejas ideas que desde hace un siglo luchan en vano contra las ideas nuevas, no se puede dudar de que se prepara un nuevo orden de cosas y de que el viejo mundo se acerca a su fin.

Si ahora, teniendo en cuenta la forma alegórica de ciertos cuadros y examinando el sentido íntimo de sus palabras, se compara la situación actual con los tiempos descritos por Jesús como los que han de marcar la era de la renovación, no se puede negar que varias de sus predicciones se cumplen hoy; de donde hay que concluir que nos acercamos a los tiempos anunciados, lo cual confirman los Espíritus que se manifiestan en todos los puntos del globo.

61 Como se ha visto (cap. I, n.º 32), el advenimiento del Espiritismo, al coincidir con otras circunstancias, cumple una de las predicciones más importantes de Jesús, por la influencia que necesariamente ha de ejercer sobre las ideas. Además, está claramente anunciado en la que se recoge en los Hechos de los Apóstoles: «En los últimos tiempos, dice el Señor, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán».

Es el anuncio inequívoco de la difusión de la mediumnidad, que se revela en nuestros días en individuos de toda edad, de ambos sexos y de todas las

condiciones, y, por consiguiente, de la manifestación universal de los Espíritus, pues sin los Espíritus no habría médiums. Se dice que esto sucederá en los últimos tiempos; ahora bien, puesto que no nos acercamos al fin del mundo, sino, por el contrario, a su regeneración, estas palabras deben entenderse como los últimos tiempos del mundo moral que termina. (Evangelio según el Espiritismo, cap. xxi.)

62 Cuando el Hijo del hombre venga en su majestad, acompañado de todos los ángeles, se sentará en el trono de su gloria; — y, reunidas todas las naciones ante él, separará a unos de otros, como un pastor separa las ovejas de los machos cabríos, y pondrá a las ovejas a su derecha y a los machos cabríos a su izquierda. — Entonces el Rey dirá a los que estén a su derecha: Venid, vosotros, que habéis sido bendecidos por mi Padre, etc. (San Mateo, cap. xxv, v. de 31 a 46. — Evangelio según el Espiritismo, cap. xv.)

63 Como el bien ha de reinar en la tierra, es necesario que los Espíritus endurecidos en el mal y que podrían perturbarla sean excluidos de ella. Dios los ha dejado allí el tiempo necesario para su mejora; pero, llegado el momento en que el globo debe elevarse en la jerarquía de los mundos por el progreso moral de sus habitantes, se prohibirá permanecer en él, como Espíritus y como Encarnados, a quienes no hayan aprovechado las enseñanzas que han podido recibir allí.

63.2 Serán desterrados a mundos inferiores, como lo fueron antaño a la tierra los de la raza adámica, mientras que serán reemplazados por Espíritus mejores. Esta separación, que presidirá Jesús, es la que representan estas palabras del juicio final: «Los buenos pasarán a mi derecha y los malos a mi izquierda». (Cap. XI, n.º 31 y siguientes.)

64 La doctrina de un juicio final, único y universal, que ponga fin para siempre a la humanidad, repugna a la razón, en el sentido de que implicaría la inactividad de Dios durante la eternidad que precedió a la creación de la tierra y la eternidad que seguirá a su destrucción.

64.2 Cabe preguntarse de qué utilidad serían entonces el sol, la luna y las estrellas, que, según el Génesis, fueron hechos para iluminar nuestro mundo. Sorprende que una obra tan inmensa haya sido hecha para tan poco tiempo y en beneficio de seres cuya mayor parte estaba destinada de antemano a los suplicios eternos.

65 Materialmente, la idea de un juicio único era, hasta cierto punto, admisible para quienes no buscan la razón de las cosas, cuando se creía que toda la humanidad estaba concentrada en la Tierra y que todo en el universo había sido hecho para sus habitantes; es inadmisible desde que se sabe que hay miles de millones de mundos semejantes que perpetúan las humanidades durante la eternidad, y entre los cuales la Tierra es un punto imperceptible de los menos importantes.

Por este solo hecho se ve que Jesús tenía razón al decir a sus discípulos: «Hay muchas cosas que no puedo deciros, porque no las comprenderíais», puesto que el progreso de las ciencias era indispensable para una sana interpretación de algunas de sus palabras. Sin duda, los apóstoles, san Pablo y los primeros discípulos habrían establecido de muy distinta manera ciertos dogmas si hubieran tenido los conocimientos astronómicos, geológicos, físicos, químicos, fisiológicos y psicológicos que se poseen hoy. Por eso Jesús aplazó el complemento de sus enseñanzas y anunció que todas las cosas debían ser restablecidas.

66 Moralmente, un juicio definitivo y sin apelación es inconciliable con la bondad infinita del Creador, a quien Jesús nos presenta sin cesar como un buen Padre que siempre deja una vía abierta al arrepentimiento y está dispuesto a tender sus brazos al hijo pródigo. Si Jesús hubiera entendido el juicio en ese sentido, habría desmentido sus propias palabras.

Y además, si el juicio final ha de sorprender de improviso a los hombres en medio de sus trabajos habituales y a las mujeres embarazadas, cabe preguntarse con qué fin Dios, que no hace nada inútil ni injusto, haría nacer niños y crearía almas nuevas en ese momento supremo, en el término fatal de la humanidad, para hacerlas comparecer a juicio al salir del seno de su madre, antes de que tengan conciencia de sí mismas, mientras que otros han tenido miles de años para reconocerse. ¿A qué lado, a la derecha o a la izquierda, pasarán esas almas que aún no son ni buenas ni malas, y a las que desde entonces queda cerrada toda vía posterior de progreso, puesto que la humanidad ya no existirá? (Cap. II, n.º 19.)

Que quienes se conforman con semejantes creencias las conserven, están en su derecho, y nadie tiene nada que objetar; pero que tampoco les parezca mal que no todo el mundo comparta su opinión.

67 El juicio por vía de emigración, tal como se ha definido más arriba (63), es racional; se funda en la justicia más rigurosa, puesto que deja eternamente al Espíritu su libre albedrío; no establece privilegios para nadie; Dios concede a todas sus criaturas, sin excepción, la misma libertad para progresar; la puerta del cielo está siempre abierta para quienes se hacen dignos de entrar en él; incluso la aniquilación de un mundo, que traería consigo la destrucción del cuerpo, no interrumpiría en nada la marcha progresiva del Espíritu. Tal es la consecuencia de la pluralidad de los mundos

y de la pluralidad de las existencias.

Según esta interpretación, la denominación de juicio final no es exacta, puesto que los Espíritus pasan por tribunales semejantes en cada renovación de los mundos que habitan, hasta que hayan alcanzado cierto grado de perfección. Por consiguiente, no hay, propiamente hablando, un juicio final, sino juicios generales en todas las épocas de renovación parcial o total de la población de los mundos, a consecuencia de las cuales se producen las grandes emigraciones e inmigraciones de Espíritus.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0

XVIII. HAN LLEGADO LOS TIEMPOS

✦

1 Han llegado los tiempos señalados por Dios, se nos dice por todas partes, en que van a cumplirse grandes acontecimientos para la regeneración de la humanidad. ¿En qué sentido deben entenderse estas palabras proféticas?

1.2 Para los incrédulos, no tienen ninguna importancia; a sus ojos, no son más que la expresión de una creencia pueril sin fundamento; para la mayoría de los creyentes, tienen algo de místico y sobrenatural que les parece anunciar la alteración de las leyes de la naturaleza.

1.3 Ambas interpretaciones son igualmente erróneas: la primera, porque implica la negación de la Providencia; la segunda, porque estas palabras no anuncian la perturbación de las leyes de la naturaleza, sino su cumplimiento.

2 Todo es armonía en la creación; todo revela una previsión que no falla ni en las cosas más pequeñas ni en las más grandes; debemos, pues, descartar primero toda idea de capricho incompatible con la sabiduría divina; en segundo lugar, si nuestra época está señalada para el cumplimiento de ciertas cosas, es porque tienen su razón de ser en la marcha del conjunto.
Sentado esto, diremos que nuestro globo, como todo cuanto existe, está sometido a la ley del progreso. Progresa físicamente por la transformación de los elementos que lo componen, y moralmente por la purificación de los Espíritus encarnados y desencarnados que lo pueblan. Estos dos progresos se acompañan y marchan paralelamente, pues la perfección de la morada guarda relación con la de su habitante. Físicamente, el globo ha sufrido transformaciones, comprobadas por la ciencia, que lo han hecho sucesiva-

mente habitable para seres cada vez más perfeccionados; moralmente, la humanidad progresa mediante el desarrollo de la inteligencia, del sentido moral y la suavización de las costumbres. Al mismo tiempo que el mejoramiento del globo se realiza bajo la acción de las fuerzas materiales, los hombres contribuyen a él con los esfuerzos de su inteligencia; sanean las regiones insalubres, facilitan las comunicaciones y hacen más productiva la tierra.

Este doble progreso se realiza de dos maneras: una lenta, gradual e imperceptible; otra mediante cambios más bruscos, en cada uno de los cuales se produce un movimiento ascendente más rápido que marca, con rasgos definidos, las etapas de progreso de la humanidad. Estos movimientos, subordinados en sus detalles al libre albedrío de los hombres, son en cierto modo inevitables en su conjunto, porque están sometidos a leyes, como los que se producen en la germinación, el crecimiento y la madurez de las plantas, dado que la meta de la humanidad es el progreso, pese a la marcha rezagada de algunos individuos; por eso el movimiento progresivo es unas veces parcial, es decir, limitado a una raza o a una nación, y otras veces general.

El progreso de la humanidad se realiza, pues, en virtud de una ley; ahora bien, como todas las leyes de la naturaleza son obra eterna de la sabiduría y de la presciencia divinas, todo lo que es efecto de esas leyes es resultado de la voluntad de Dios, de una voluntad que no es accidental ni caprichosa, sino inmutable. Así pues, cuando la humanidad está madura para subir un peldaño, puede decirse que han llegado los tiempos señalados por Dios, como también puede decirse que, en determinada estación, han llegado los tiempos de la maduración de los frutos y de la cosecha.

3 Del hecho de que el movimiento progresivo de la humanidad sea inevitable, porque está en la naturaleza, no se sigue que Dios sea indiferente a él y que, después de haber establecido leyes, haya vuelto a la inacción, dejando que las cosas sigan solas su curso.

3.2 Sus leyes son eternas e inmutables, sin duda, pero porque su propia voluntad es eterna y constante, y porque su pensamiento anima todas las cosas sin interrupción; su pensamiento, que todo lo penetra, es la fuerza inteligente y permanente que lo mantiene todo en armonía; si ese pensamiento dejara de actuar un solo instante, el universo sería como un reloj sin péndulo regulador.

3.3 Dios vela, pues, sin cesar por la ejecución de sus leyes, y los Espíritus que pueblan el espacio son sus ministros, encargados de los detalles según las atribuciones correspondientes a su grado de adelanto.

4 El universo es a la vez un mecanismo inconmensurable dirigido por un número no menos inconmensurable de inteligencias, un inmenso gobierno en el que cada ser inteligente tiene su parte de acción bajo la mirada del soberano Señor, cuya voluntad única mantiene en todas partes la unidad.

4.2 Bajo el imperio de esta vasta potencia reguladora, todo se mueve, todo funciona en un orden perfecto; lo que nos parece una perturbación son movimientos parciales y aislados que solo nos parecen irregulares porque nuestra visión es limitada. Si pudiéramos abarcar el conjunto, veríamos que esas irregularidades son solo aparentes y que armonizan con el todo.

5 La previsión de los movimientos progresivos de la humanidad no tiene nada de sorprendente en seres desmaterializados que ven la meta hacia la que tienden todas las cosas, algunos de los cuales poseen el pensamiento directo de Dios, y que juzgan, por los movimientos parciales, el momento en que podrá realizarse un movimiento general, como se juzga de antemano el tiempo que necesita un árbol para dar frutos, como los astrónomos calculan la época de un fenómeno astronómico por el tiempo que necesita un astro para completar su revolución.

Pero todos los que anuncian estos fenómenos, los autores de almanaques que predicen los eclipses y las mareas, no están ciertamente en condiciones de hacer ellos mismos los cálculos necesarios: no son más que ecos; lo mismo ocurre con los Espíritus secundarios cuya visión es limitada y que solo repiten lo que los Espíritus superiores han tenido a bien revelarles.

6 La humanidad ha realizado hasta hoy progresos indiscutibles; los hombres, mediante su inteligencia, han llegado a resultados que nunca habían alcanzado en las ciencias, las artes y el bienestar material; todavía les queda por realizar un inmenso progreso: hacer reinar entre ellos la caridad, la fraternidad y la solidaridad, para asegurar el bienestar moral. No podían lograrlo ni con sus creencias ni con sus instituciones anticuadas, restos de otra época, buenas en cierto momento, suficientes para un estado transitorio, pero que, habiendo dado todo lo que podían dar, serían hoy un freno. Así, un niño es estimulado por motivos que pierden su fuerza cuando llega la edad madura. Los hombres ya no necesitan solamente el desarrollo de la inteligencia, sino la elevación del sentimiento, y para ello hay que destruir todo lo que pudiera exacerbar en ellos el egoísmo y el orgullo.

Tal es el período en el que van a entrar de ahora en adelante, y que marcará

una de las fases principales de la humanidad. Esta fase, que se está gestando en este momento, es el complemento necesario del estado anterior, como la edad adulta es el complemento de la juventud; por consiguiente, podía preverse y predecirse de antemano, y por eso se dice que han llegado los tiempos señalados por Dios.

7 En estos tiempos, no se trata de un cambio parcial, de una renovación limitada a una región, a un pueblo, a una raza; es un movimiento universal que se realiza en el sentido del progreso moral. Un nuevo orden de cosas tiende a establecerse, y los hombres que más se oponen a él trabajan para ello sin saberlo; la generación futura, libre de las escorias del viejo mundo y formada por elementos más depurados, estará animada por ideas y sentimientos muy distintos de los de la generación presente, que se aleja a pasos de gigante. El viejo mundo habrá muerto y vivirá en la historia como hoy los tiempos de la Edad Media, con sus costumbres bárbaras y sus creencias supersticiosas.

Por lo demás, todos saben que el orden de cosas actual deja que desear; después de haber agotado, en cierto modo, el bienestar material que es producto de la inteligencia, se llega a comprender que el complemento de ese bienestar solo puede encontrarse en el desarrollo moral. Cuanto más se avanza, más se siente lo que falta, sin poder todavía definirlo claramente: es el efecto del trabajo interior que se realiza para la regeneración; se tienen deseos, aspiraciones que son como el presentimiento de un estado mejor.

8 Pero un cambio tan radical como el que se está gestando no puede realizarse sin conmoción; hay una lucha inevitable entre las ideas. De este conflicto nacerán forzosamente perturbaciones temporales, hasta que el terreno quede despejado y se restablezca el equilibrio.

8.2 Es, pues, de la lucha de las ideas de donde surgirán los graves acontecimientos anunciados, y no de cataclismos o catástrofes puramente materiales. Los cataclismos generales eran consecuencia del estado de formación de la tierra; hoy ya no son las entrañas del globo las que se agitan, sino las de la humanidad.

9 La humanidad es un ser colectivo en el que se producen las mismas revoluciones morales que en cada ser individual, con la diferencia de que unas se realizan de año en año y otras de siglo en siglo. Si se la sigue en sus evoluciones a través de los tiempos, se verá la vida de las diversas razas marcada por períodos que dan a cada época una fisonomía particular.
Junto a los movimientos parciales, hay un movimiento general que da impulso a la humanidad entera; pero el progreso de cada parte del conjunto es relativo a su grado de adelanto. Así sería una familia compuesta por varios hijos, de los cuales el menor está en la cuna y el mayor tiene diez años, por ejemplo. Dentro de diez años, el mayor tendrá veinte y será un hombre; el menor tendrá diez y, aunque haya avanzado, seguirá siendo un niño; pero a su vez se convertirá en hombre. Lo mismo ocurre con las distintas fracciones de la humanidad; las más atrasadas avanzan, pero no podrían alcanzar de un salto el nivel de las más adelantadas.

10 La humanidad, al llegar a la edad adulta, tiene nuevas necesidades, aspiraciones más amplias, más elevadas; comprende el vacío de las ideas con las que ha sido arrullada, la insuficiencia de sus instituciones para su felicidad; ya no encuentra en el estado de las cosas las satisfacciones legítimas a las que se siente llamada; por eso se sacude los pañales y se lanza, impulsada por una fuerza irresistible, hacia costas desconocidas, en busca de nuevos horizontes menos limitados.

¡Y es en el momento en que se siente demasiado estrecha en su esfera material, en que la vida intelectual se desborda, en que el sentimiento de la espiritualidad florece, cuando unos hombres que se dicen filósofos esperan llenar el vacío con las doctrinas de la nada y del materialismo! ¡Extraña aberración! Esos mismos hombres que pretenden impulsarla hacia delante se esfuerzan por encerrarla en el estrecho círculo de la materia del que aspira a salir; le cierran la vista de la vida infinita y le dicen, mostrándole la tumba: ¡Nec plus ultra!

11 La marcha progresiva de la humanidad se realiza de dos maneras, como hemos dicho: una gradual, lenta, imperceptible, si se consideran épocas cercanas entre sí, que se traduce en mejoras sucesivas de las costumbres, las leyes y los usos, y solo se advierte a la larga, como los cambios que las corrientes de agua producen en la superficie del globo; la otra, mediante movimientos relativamente bruscos, rápidos, semejantes a los de un torrente que rompe sus diques, que le hacen recorrer en unos pocos años el espacio que habría tardado siglos en recorrer. Se produce entonces un cataclismo moral que sepulta en unos instantes las instituciones del pasado, al que sucede un nuevo orden de cosas que se asienta poco a poco, a medida que se restablece la calma, y se vuelve definitivo.

A quien vive lo bastante para abarcar las dos vertientes de la nueva fase, le parece que un mundo nuevo ha surgido de las ruinas del antiguo; el carácter, las costumbres, los usos, todo ha cambiado; es que, en efecto, han surgido hombres nuevos, o mejor dicho, regenerados; las ideas que se lleva la generación que se extingue han dejado paso a ideas nuevas en la generación que surge.

La humanidad ha llegado a uno de estos períodos de transformación o, si

se quiere, de crecimiento moral. De la adolescencia pasa a la edad adulta; el pasado ya no puede bastar para sus nuevas aspiraciones, para sus nuevas necesidades; ya no puede ser conducida por los mismos medios; ya no se conforma con ilusiones y fascinaciones: su razón madura necesita alimentos más sustanciales. El presente es demasiado efímero; siente que su destino es más vasto y que la vida corporal es demasiado limitada para contenerlo por entero; por eso dirige su mirada al pasado y al porvenir, para descubrir en ellos el misterio de su existencia y encontrar una certeza consoladora.

12 Todo aquel que ha meditado sobre el Espiritismo y sus consecuencias, y no lo circunscribe a la producción de algunos fenómenos, comprende que abre a la humanidad un camino nuevo y despliega ante ella los horizontes del infinito; al iniciarla en los misterios del mundo invisible, le muestra su verdadero papel en la creación, un papel perpetuamente activo, tanto en el estado espiritual como en el corporal.

12.2 El hombre ya no camina a ciegas: sabe de dónde viene, adónde va y por qué está en la tierra. El porvenir se le muestra en su realidad, libre de los prejuicios de la ignorancia y de la superstición; ya no es una vaga esperanza: es una verdad palpable, tan cierta para él como la sucesión del día y de la noche.

12.3 Sabe que su ser no se limita a unos instantes de una existencia efímera; que la vida espiritual no se interrumpe con la muerte; que ya ha vivido, que volverá a vivir y que nada de cuanto adquiere en perfección mediante el trabajo se pierde; encuentra en sus existencias anteriores la razón de lo que es hoy; y de lo que el hombre hace de sí mismo hoy, puede deducir lo que será algún día.

13 Con la idea de que la actividad y la cooperación individuales en la obra general de la civilización se limitan a la vida presente, de que no se ha sido nada y no se será nada, ¿qué le importa al hombre el progreso posterior de la humanidad? ¿Qué le importa que en el porvenir los pueblos estén mejor gobernados, sean más felices, más ilustrados y mejores unos con otros? Puesto que no ha de obtener ningún fruto de ello, ¿no queda ese progreso perdido para él? ¿De qué le sirve trabajar para quienes vendrán después de él, si nunca ha de conocerlos, si son seres nuevos que poco después volverán también a la nada? Bajo el dominio de la negación del porvenir individual, todo se reduce forzosamente a las mezquinas proporciones del momento y de la personalidad.

Pero, por el contrario, ¡qué amplitud da al pensamiento del hombre la certeza de la perpetuidad de su ser espiritual! ¡Qué hay más racional, más grandioso, más digno del Creador que esa ley según la cual la vida espiritual y la vida corporal son solo dos modos de existencia que se alternan para realizar el progreso! ¡Qué hay más justo y más consolador que la idea de los mismos seres progresando sin cesar, primero a través de las generaciones de un mismo mundo, y después de mundo en mundo hasta la perfección, sin interrupción! Todas las acciones tienen entonces un propósito, pues al trabajar para todos se trabaja para uno mismo, y recíprocamente; de modo que ni el progreso individual ni el progreso general son jamás estériles; beneficia a las generaciones y a las individualidades futuras, que no son otras que las generaciones y las individualidades pasadas, llegadas a un grado más alto de adelanto.

14 La vida espiritual es la vida normal y eterna del Espíritu, y la encarnación es solo una forma temporal de su existencia. Salvo la vestidura exterior, existe, pues, identidad entre los encarnados y los desencarnados; son las mismas individualidades bajo dos aspectos diferentes, que pertenecen unas veces al mundo visible y otras al mundo invisible, que vuelven a encontrarse en uno u otro, y que contribuyen en ambos al mismo fin, por medios adecuados a su situación.

De esta ley se desprende la de la perpetuidad de las relaciones entre los seres; la muerte no los separa ni pone fin a sus relaciones de afecto ni a sus deberes recíprocos. De ahí la solidaridad de todos con cada uno y de cada uno con todos; de ahí también la fraternidad. Los hombres solo vivirán felices en la tierra cuando estos dos sentimientos hayan entrado en sus corazones y en sus costumbres, pues entonces ajustarán a ellos sus leyes y sus instituciones. Este será uno de los principales resultados de la transformación que se está realizando.

Pero ¿cómo conciliar los deberes de la solidaridad y de la fraternidad con la creencia de que la muerte hace que los hombres sean para siempre extraños unos a otros? Mediante la ley de la perpetuidad de las relaciones que unen a todos los seres, el Espiritismo funda este doble principio en las leyes mismas de la naturaleza; hace de él no solo un deber, sino una necesidad. Mediante la ley de la pluralidad de las existencias, el hombre se vincula a lo que se ha hecho y a lo que se hará, a los hombres del pasado y a los del porvenir; ya no puede decir que no tiene nada en común con quienes mueren, puesto que unos y otros vuelven a encontrarse sin cesar, en este mundo y en el otro, para subir juntos la escala del progreso y prestarse apoyo mutuo. La fraternidad ya no se circunscribe a unos pocos individuos que el azar reúne durante el transcurso efímero de la vida; es perpetua como la vida

del Espíritu, universal como la humanidad, que constituye una gran familia cuyos miembros son todos solidarios entre sí, cualquiera que sea la época en que hayan vivido.

Estas son las ideas que se desprenden del Espiritismo y que suscitará entre todos los hombres cuando esté universalmente difundido, comprendido, enseñado y practicado. Con el Espiritismo, la fraternidad, sinónimo de la caridad predicada por Cristo, ya no es una palabra vana; tiene su razón de ser. Del sentimiento de fraternidad nace el de reciprocidad y el de los deberes sociales, de hombre a hombre, de pueblo a pueblo, de raza a raza; de estos dos sentimientos bien comprendidos surgirán forzosamente las instituciones más provechosas para el bienestar de todos.

15 La fraternidad debe ser la piedra angular del nuevo orden social; pero no hay fraternidad real, sólida y efectiva si no se apoya en una base inquebrantable; esa base es la fe; no la fe en tales o cuales dogmas particulares que cambian con los tiempos y los pueblos y se arrojan piedras unos a otros, pues al anatematizarse mantienen el antagonismo; sino la fe en los principios fundamentales que todo el mundo puede aceptar: Dios, el alma, el porvenir, el progreso individual indefinido, la perpetuidad de las relaciones entre los seres. Cuando todos los hombres estén convencidos de que Dios es el mismo para todos, de que ese Dios, soberanamente justo y bueno, no puede querer nada injusto, de que el mal viene de los hombres y no de él, se considerarán hijos de un mismo padre y se tenderán la mano.

Esta es la fe que da el Espiritismo y que será en adelante el eje sobre el que se moverá el género humano, cualesquiera que sean sus formas de adoración y sus creencias particulares, que el Espiritismo respeta, pero de las que no tiene que ocuparse.

Solo de esta fe puede surgir el verdadero progreso moral, porque solo ella da un fundamento lógico a los derechos legítimos y a los deberes; sin ella, el derecho es el que otorga la fuerza; el deber, un código humano impuesto por la coacción. Sin ella, ¿qué es el hombre? Un poco de materia que se disuelve, un ser efímero que solo está de paso; el genio mismo no es más que una chispa que brilla un instante para apagarse para siempre; ciertamente, no hay en ello mucho que pueda elevarlo a sus propios ojos.

Con semejante pensamiento, ¿dónde están realmente los derechos y los deberes? ¿Cuál es el fin del progreso? Solo esta fe hace sentir al hombre su dignidad por la perpetuidad y la progresión de su ser, en un porvenir que no es mezquino ni está circunscrito a la personalidad, sino que es grandioso y espléndido; este pensamiento lo eleva por encima de la tierra; se siente crecer al pensar que tiene su papel en el universo; que ese universo es su dominio, que podrá recorrer algún día, y que la muerte no hará de él una nulidad ni un ser inútil para sí mismo y para los demás.

16 El progreso intelectual realizado hasta el día de hoy en las más vastas proporciones es un gran paso y marca la primera fase de la humanidad, pero por sí solo es incapaz de regenerarla; mientras el hombre esté dominado por el orgullo y el egoísmo, utilizará su inteligencia y sus conocimientos en beneficio de sus pasiones y de sus intereses personales; por eso los aplica al perfeccionamiento de los medios para perjudicar a los demás y destruirse unos a otros.

Solo el progreso moral puede asegurar la felicidad de los hombres en la tierra poniendo freno a las malas pasiones; solo él puede hacer reinar entre ellos la concordia, la paz y la fraternidad.

Él derribará las barreras entre los pueblos, hará caer los prejuicios de casta y

acallará los antagonismos entre las sectas, al enseñar a los hombres a considerarse hermanos llamados a ayudarse mutuamente y no a vivir unos a expensas de otros.

También el progreso moral, secundado aquí por el progreso de la inteligencia, unirá a los hombres en una misma creencia establecida sobre las verdades eternas, que no están sujetas a discusión y por eso mismo son aceptadas por todos. La unidad de creencia será el vínculo más poderoso, el fundamento más sólido de la fraternidad universal, quebrantada en todos los tiempos por los antagonismos religiosos que dividen a los pueblos y a las familias, que hacen ver en el prójimo a enemigos de los que hay que huir, a los que hay que combatir y exterminar, en lugar de hermanos a los que hay que amar.

17 Semejante estado de cosas supone un cambio radical en el sentir de las masas, un progreso general que solo podía realizarse saliendo del círculo de las ideas estrechas y rastreras que fomentan el egoísmo. En diversas épocas, hombres excepcionales han tratado de impulsar a la humanidad por este camino; pero la humanidad, todavía demasiado joven, ha permanecido sorda, y sus enseñanzas han sido como la buena semilla caída sobre la piedra.

Hoy, la humanidad está madura para elevar su mirada más de lo que lo ha hecho, para asimilar ideas más amplias y comprender lo que no había comprendido.

La generación que desaparece se llevará consigo sus prejuicios y sus errores; la generación que surge, nutrida en una fuente más pura, imbuida de ideas más sanas, imprimirá al mundo el movimiento ascendente en el sentido del progreso moral que debe marcar la nueva fase de la humanidad.

18 Esta fase se manifiesta ya por signos inequívocos, por intentos de reformas útiles, por ideas grandes y generosas que salen a la luz y que empiezan a encontrar eco. Así vemos fundarse multitud de instituciones protectoras, civilizadoras y emancipadoras, bajo el impulso y por iniciativa de hombres evidentemente predestinados a la obra de la regeneración; vemos que las leyes penales se impregnan cada día de un sentimiento más humano. Los prejuicios de raza se debilitan, los pueblos empiezan a mirarse como miembros de una gran familia; mediante la uniformidad y la facilidad de los medios de intercambio, suprimen las barreras que los dividían; desde todas las partes del mundo, se reúnen en asambleas universales para los torneos pacíficos de la inteligencia.

Pero a estas reformas les falta una base para desarrollarse, completarse y consolidarse, una predisposición moral más general para fructificar y ser aceptadas por las masas. No por ello dejan de ser un signo característico de los tiempos, el preludio de lo que se realizará a mayor escala, a medida que el terreno sea más propicio.

19 Un signo no menos característico del período en que entramos es la evidente reacción que se produce en favor de las ideas espiritualistas; se manifiesta una repulsión instintiva contra las ideas materialistas.

19.2 El espíritu de incredulidad que se había apoderado de las masas, ignorantes o instruidas, y les había hecho rechazar, junto con la forma, el fondo mismo de toda creencia, parece haber sido un sueño del que se despierta sintiendo la necesidad de respirar un aire más vivificante. Involuntariamente, donde se ha creado el vacío se busca algo, un punto de apoyo, una esperanza.

20 En este gran movimiento regenerador, el Espiritismo tiene un papel considerable, no el Espiritismo ridículo inventado por una crítica burlona, sino el Espiritismo filosófico, tal como lo comprende cualquiera que se tome el trabajo de buscar la almendra bajo la cáscara.

Por las pruebas que aporta de las verdades fundamentales, llena el vacío que la incredulidad crea en las ideas y las creencias; por la certeza que ofrece de un porvenir conforme a la justicia de Dios, y que la razón más rigurosa puede admitir, templa las amarguras de la vida y previene los funestos efectos de la desesperación.

Al dar a conocer nuevas leyes de la naturaleza, da la clave de fenómenos incomprendidos y de problemas insolubles hasta hoy, y acaba a la vez con la incredulidad y la superstición. Para él, no hay nada sobrenatural ni maravilloso; todo se realiza en el mundo en virtud de leyes inmutables.

Lejos de sustituir un exclusivismo por otro, se erige en defensor absoluto de la libertad de conciencia; combate el fanatismo en todas sus formas y lo corta de raíz al proclamar la salvación para todos los hombres de bien, y la posibilidad, para los más imperfectos, de alcanzar, mediante sus esfuerzos, la expiación y la reparación, la perfección que por sí sola conduce a la felicidad suprema. En lugar de desalentar al débil, lo anima mostrándole el puerto al que puede llegar.

No dice: Fuera del Espiritismo no hay salvación, sino, con Cristo: Fuera de la Caridad no hay salvación, principio de unión y tolerancia que reunirá a los hombres en un sentimiento común de fraternidad, en lugar de dividirlos en sectas enemigas.

Por este otro principio: Solo es inquebrantable la fe que puede mirar a la razón cara a cara en todas las edades de la humanidad, destruye el imperio de la fe ciega que anula la razón, de la obediencia pasiva que embrutece;

emancipa la inteligencia del hombre y eleva su moral.
Consecuente consigo mismo, no se impone; dice lo que es, lo que quiere, lo que ofrece, y espera que se acuda a él libremente, voluntariamente; quiere ser aceptado por la razón y no por la fuerza. Respeta todas las creencias sinceras y solo combate la incredulidad, el egoísmo, el orgullo y la hipocresía, que son las llagas de la sociedad y los obstáculos más serios para el progreso moral; pero no lanza el anatema contra nadie, ni siquiera contra sus enemigos, porque está convencido de que el camino del bien está abierto a los más imperfectos y de que tarde o temprano entrarán en él.

21 Si suponemos que la mayoría de los hombres está imbuida de estos sentimientos, podemos figurarnos fácilmente las modificaciones que introducirían en las relaciones sociales: caridad, fraternidad, benevolencia para todos, tolerancia para todas las creencias, tal será su divisa.

21.2 Es la meta hacia la que tiende evidentemente la humanidad, el objeto de sus aspiraciones, de sus deseos, sin que comprenda bien los medios para realizarlos; prueba, tantea, pero la detienen resistencias activas o la fuerza de inercia de los prejuicios, de las creencias estancadas y reacias al progreso.

21.3 Son estas resistencias las que hay que vencer, y esa será la obra de la nueva generación; si seguimos el curso actual de las cosas, reconoceremos que todo parece predestinado a abrirle el camino; tendrá de su parte el doble poder del número y de las ideas, y además la experiencia del pasado.

22 La nueva generación avanzará, pues, hacia la realización de todas las ideas humanitarias compatibles con el grado de adelanto que haya alcanzado. Como el Espiritismo avanza hacia la misma meta y realiza sus aspiraciones, se encontrarán en el mismo terreno. Los hombres de progreso en-

contrarán en las ideas espíritas una poderosa palanca, y el Espiritismo encontrará en los hombres nuevos espíritus enteramente dispuestos a acogerlo. En este estado de cosas, ¿qué podrán hacer quienes quisieran interponerse?

23 No es el Espiritismo el que crea la renovación social, es la madurez de la humanidad la que hace de esta renovación una necesidad. Por su poder moralizador, por sus tendencias progresistas, por la amplitud de sus miras, por la generalidad de las cuestiones que abarca, el Espiritismo es, más que cualquier otra doctrina, apto para secundar el movimiento regenerador; por eso es contemporáneo suyo.

23.2 Ha llegado en el momento en que podía ser útil, pues también para él los tiempos han llegado; antes habría encontrado obstáculos insuperables; habría sucumbido inevitablemente, porque los hombres, satisfechos con lo que tenían, no sentían todavía la necesidad de lo que aporta.

23.3 Hoy, nacido con el movimiento de las ideas que fermentan, encuentra el terreno preparado para recibirlo; los espíritus, cansados de la duda y de la incertidumbre, asustados por el abismo que se abre ante ellos, lo acogen como un ancla de salvación y un consuelo supremo.

24 Al decir que la humanidad está madura para la regeneración, no se quiere decir que todos los individuos lo estén en el mismo grado, pero muchos tienen, por intuición, el germen de las ideas nuevas que las circunstancias harán brotar; entonces se mostrarán más adelantados de lo que se suponía, y seguirán con entusiasmo el impulso de la mayoría.
Sin embargo, hay algunos que son profundamente reacios, incluso entre los más inteligentes, y que, sin duda, nunca se unirán, al menos en esta existencia: unos, de buena fe, por convicción; otros, por interés. Aquellos

cuyos intereses materiales están ligados al estado presente de las cosas, y que no están lo bastante adelantados para renunciar a ellos, a quienes el bien general les importa menos que el propio, no pueden ver sin aprensión el menor movimiento reformador. La verdad es para ellos una cuestión secundaria o, mejor dicho, la verdad, para ciertas personas, está enteramente en lo que no les causa ninguna perturbación; todas las ideas progresistas son a sus ojos ideas subversivas, por eso les profesan un odio implacable y les hacen una guerra encarnizada. Demasiado inteligentes para no ver en el Espiritismo un auxiliar de esas ideas y los elementos de la transformación que temen, porque no se sienten a su altura, se esfuerzan por abatirlo; si lo juzgaran sin valor y sin alcance, no se preocuparían por él. Ya lo hemos dicho en otra parte: «Cuanto más grande es una idea, más adversarios encuentra, y se puede medir su importancia por la violencia de los ataques de que es objeto».

25 El número de los rezagados es todavía grande, sin duda, pero ¿qué pueden hacer contra la marea que sube, sino arrojarle algunas piedras? Esa marea es la generación que surge, mientras ellos desaparecen con la generación que se va cada día a grandes pasos.

25.2 Hasta entonces, defenderán el terreno palmo a palmo; hay, pues, una lucha inevitable, pero una lucha desigual, pues es la del pasado decrépito que cae a pedazos contra el porvenir juvenil; la del estancamiento contra el progreso; la de la criatura contra la voluntad de Dios, pues los tiempos señalados por él han llegado.

26 Para que los hombres sean felices en la tierra, es necesario que esta solo esté poblada por buenos Espíritus encarnados y desencarnados que solo quieran el bien. Como ese tiempo ha llegado, una gran emigración se está

produciendo en este momento entre quienes la habitan; aquellos que hacen el mal por el mal, y a quienes no conmueve el sentimiento del bien, al no ser ya dignos de la tierra transformada, serán excluidos de ella, porque volverían a llevar allí la perturbación y la confusión y serían un obstáculo para el progreso. Irán a expiar su endurecimiento, unos en mundos inferiores, otros entre razas terrestres atrasadas que serán el equivalente de mundos inferiores, adonde llevarán sus conocimientos adquiridos y a las que tendrán la misión de hacer avanzar. Serán reemplazados por Espíritus mejores que harán reinar entre ellos la injusticia, la paz, la fraternidad.

La tierra, según dicen los Espíritus, no debe ser transformada por un cataclismo que aniquilaría súbitamente a una generación. La generación actual desaparecerá gradualmente, y la nueva la sucederá del mismo modo, sin que nada cambie en el orden natural de las cosas.

Todo sucederá, pues, exteriormente como de costumbre, con esta única diferencia, pero esta diferencia es capital: una parte de los Espíritus que encarnaban en ella ya no volverán a encarnar allí. En un niño que nazca, en lugar de un Espíritu atrasado e inclinado al mal, que habría encarnado en él, habrá un Espíritu más adelantado e inclinado al bien.

Se trata, pues, mucho menos de una nueva generación corporal que de una nueva generación de Espíritus. Así, quienes esperen ver que la transformación se produzca por efectos sobrenaturales y maravillosos quedarán decepcionados.

[27] La época actual es la de la transición; los elementos de las dos generaciones se mezclan. Situados en el punto intermedio, asistimos a la partida de una y a la llegada de la otra, y cada una se manifiesta ya en el mundo por los caracteres que le son propios.

Las dos generaciones que se suceden tienen ideas y puntos de vista completamente opuestos. Por la naturaleza de las disposiciones morales, pero sobre todo de las disposiciones intuitivas e innatas, es fácil distinguir a cuál de las dos pertenece cada individuo.

La nueva generación, que debe fundar la era del progreso moral, se distingue por una inteligencia y una razón generalmente precoces, unidas al sentimiento innato del bien y a las creencias espiritualistas, lo que es señal indudable de cierto grado de adelanto anterior. No estará compuesta exclusivamente por Espíritus eminentemente superiores, sino por aquellos que, habiendo progresado ya, están predispuestos a asimilar todas las ideas progresistas y son aptos para secundar el movimiento regenerador.

Lo que distingue, por el contrario, a los Espíritus atrasados es, en primer lugar, la rebelión contra Dios al negarse a reconocer cualquier poder superior a la humanidad; luego, la propensión instintiva a las pasiones degradantes, a los sentimientos contrarios a la fraternidad propios del egoísmo, del orgullo y del apego a todo lo material.

Estos son los vicios de los que la tierra debe purificarse mediante el alejamiento de quienes se niegan a enmendarse, porque son incompatibles con el reinado de la fraternidad y porque los hombres de bien siempre sufrirán por el contacto con ellos; cuando la tierra se vea libre de ellos, los hombres avanzarán sin trabas hacia el porvenir mejor que les está reservado desde esta vida, como recompensa por sus esfuerzos y su perseverancia, a la espera de que una purificación aún más completa les abra la entrada a los mundos superiores.

28 Por esta emigración de los Espíritus no debe entenderse que todos los Espíritus rezagados serán expulsados de la tierra y relegados a los mundos inferiores. Muchos, por el contrario, volverán a ella, pues muchos han cedido al arrastre de las circunstancias y del ejemplo; en ellos, la apariencia era peor que el fondo. Una vez sustraídos a la influencia de la materia y de los prejuicios del mundo corporal, la mayoría verá las cosas de una manera muy distinta a como las veía en vida, como lo muestran numerosos ejemplos. En esto los ayudan los Espíritus benévolos que se interesan por ellos y se apresuran a ilustrarlos y a mostrarles el camino equivocado que han seguido. Con nuestras oraciones y exhortaciones, nosotros mismos podemos contribuir a su mejora, porque existe una solidaridad perpetua entre los muertos y los vivos.

La manera en que se realiza la transformación es muy sencilla y, como se ve, es enteramente moral y no se aparta en nada de las leyes de la naturaleza.

29 Ya sean los Espíritus de la nueva generación nuevos Espíritus mejores o los antiguos Espíritus mejorados, el resultado es el mismo; desde el momento en que traen mejores disposiciones, siempre se trata de una renovación. Los Espíritus encarnados forman así dos categorías, según sus disposiciones naturales: por una parte, los Espíritus rezagados que se van; por otra, los Espíritus progresistas que llegan. El estado de las costumbres y de la sociedad dependerá, pues, en un pueblo, en una raza o en el mundo entero, de cuál de las dos categorías tenga la preponderancia.

Para simplificar la cuestión, supongamos un pueblo en un grado cualquiera de adelanto, compuesto, por ejemplo, por veinte millones de almas; como la renovación de los Espíritus se realiza a medida que se producen las

muertes, aisladas o en masa, necesariamente hubo un momento en que la generación de los Espíritus rezagados superaba en número a la de los Espíritus progresistas, que solo contaban con escasos representantes sin influencia, y cuyos esfuerzos por hacer prevalecer el bien y las ideas progresistas quedaban paralizados. Ahora bien, al marcharse unos y llegar otros, al cabo de cierto tiempo las dos fuerzas se equilibran y sus influencias se contrarrestan. Más tarde, los recién llegados son mayoría y su influencia se vuelve preponderante, aunque todavía se ve obstaculizada por la de los primeros; estos, al seguir disminuyendo mientras los otros se multiplican, acabarán por desaparecer; llegará, pues, un momento en que la influencia de la nueva generación será exclusiva; pero esto no puede comprenderse si no se admite la vida espiritual independiente de la vida material.

30 Asistimos a esta transformación, al conflicto que resulta de la lucha entre las ideas contrarias que buscan implantarse; unas avanzan con la bandera del pasado, otras con la del porvenir. Si se examina el estado actual del mundo, se reconocerá que, considerada en su conjunto, la humanidad terrestre todavía está lejos del punto intermedio en que las fuerzas se equilibran; que los pueblos, considerados por separado, se encuentran a gran distancia unos de otros en esta escala; que algunos se acercan a ese punto, pero ninguno lo ha sobrepasado todavía. Por lo demás, la distancia que los separa de los puntos extremos dista mucho de ser igual en duración y, una vez cruzado el límite, el nuevo camino se recorrerá con tanta mayor rapidez cuanto que una multitud de circunstancias vendrán a allanarlo.

Así se realiza la transformación de la humanidad. Sin la emigración, es decir, sin la partida de los Espíritus rezagados que no deben volver, o que solo deben volver después de haber mejorado, la humanidad terrestre no per-

manecería por ello indefinidamente estancada, porque los Espíritus más atrasados también avanzan a su vez; pero habrían hecho falta siglos, y quizá miles de años, para alcanzar el resultado que bastará medio siglo para realizar.

31 Una comparación común permitirá comprender aún mejor lo que sucede en esta circunstancia. Supongamos un regimiento compuesto en su gran mayoría por hombres turbulentos e indisciplinados: estos provocarán en él sin cesar un desorden que la severidad de la ley penal a menudo tendrá dificultades para reprimir.

31.2 Estos hombres son los más fuertes porque son los más numerosos; se apoyan, se animan y se estimulan con el ejemplo. Los pocos buenos carecen de influencia; sus consejos son despreciados; los demás se burlan de ellos, los maltratan, y ellos sufren por ese contacto. ¿No es esta la imagen de la sociedad actual?

31.3 Supongamos que se retira a estos hombres del regimiento uno por uno, de diez en diez, de cien en cien, y que se los reemplaza a medida que salen por un número igual de buenos soldados, incluso por aquellos que fueron expulsados, pero que se hayan enmendado seriamente: al cabo de algún tiempo se tendrá siempre el mismo regimiento, pero transformado; el buen orden habrá sucedido al desorden. Así será con la humanidad regenerada.

32 Las grandes partidas colectivas no tienen únicamente por objeto acelerar las salidas, sino transformar más rápidamente el espíritu de la masa, librándola de las malas influencias, y dar mayor ascendiente a las ideas nuevas. Precisamente porque muchos, a pesar de sus imperfecciones, están maduros para esta transformación, muchos parten para ir a renovarse en una

fuente más pura. Mientras hubieran permanecido en el mismo medio y bajo las mismas influencias, habrían persistido en sus opiniones y en su manera de ver las cosas. Una estancia en el mundo de los Espíritus basta para abrirles los ojos, porque allí ven lo que no podían ver en la tierra. El incrédulo, el fanático, el absolutismo podrán, pues, volver con ideas innatas de fe, de tolerancia y de libertad. A su regreso encontrarán las cosas cambiadas y quedarán bajo el ascendiente del nuevo medio en el que habrán nacido. En vez de oponerse a las ideas nuevas, serán sus auxiliares.

33 La regeneración de la humanidad no necesita, pues, de manera absoluta, la renovación integral de los Espíritus: basta una modificación de sus disposiciones morales; esta modificación se realiza en todos aquellos que están predispuestos a ella, cuando se sustraen a la influencia perniciosa del mundo. Quienes vuelven entonces no son siempre otros Espíritus, sino a menudo los mismos Espíritus que piensan y sienten de otra manera.

Cuando esta mejora es aislada e individual, pasa inadvertida y no tiene una influencia visible en el mundo. Muy distinto es el efecto cuando se realiza simultáneamente en grandes masas; pues entonces, según las proporciones, en una generación pueden modificarse profundamente las ideas de un pueblo o de una raza.

Esto es lo que se observa casi siempre después de las grandes conmociones que diezman las poblaciones. Los azotes destructores solo destruyen el cuerpo, pero no afectan al Espíritu; aceleran el movimiento de ida y vuelta entre el mundo corporal y el mundo espiritual y, por consiguiente, el movimiento progresivo de los Espíritus encarnados y desencarnados. Cabe observar que, en todas las épocas de la historia, las grandes crisis sociales han ido seguidas de una era de progreso.

34 Uno de estos movimientos generales es el que se está realizando en este momento y que debe dar lugar a la reorganización de la humanidad. La multiplicidad de las causas de destrucción es un signo característico de los tiempos, pues deben acelerar el brote de los nuevos gérmenes.

34.2 Son las hojas de otoño que caen y a las que sucederán nuevas hojas llenas de vida, pues la humanidad tiene sus estaciones, como los individuos tienen sus edades. Las hojas muertas de la humanidad caen arrastradas por las ráfagas y los golpes de viento, pero para renacer más vigorosas bajo el mismo soplo de vida, que no se extingue, sino que se purifica.

35 Para el materialista, los azotes destructores son calamidades sin compensación, sin resultados útiles, puesto que, según él, aniquilan a los seres sin retorno. Pero para quien sabe que la muerte solo destruye la envoltura, no tienen las mismas consecuencias ni le causan el menor espanto; comprende su finalidad y sabe también que los hombres no pierden más al morir juntos que al morir por separado, puesto que, de una manera u otra, siempre hay que llegar a ello.

Los incrédulos se reirán de estas cosas y las calificarán de quimeras; pero, digan lo que digan, no escaparán a la ley común; caerán a su vez como los demás, y entonces, ¿qué será de ellos? Dicen: nada; pero vivirán a pesar de sí mismos y un día se verán obligados a abrir los ojos.

Une Sacra · edición 1.4 · unesacra.com · CC BY-NC-SA 4.0